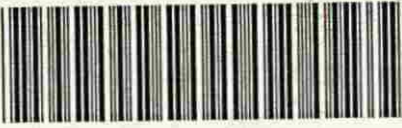




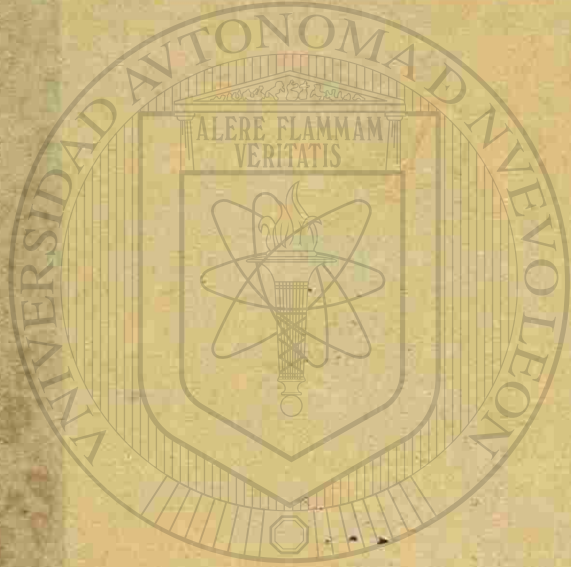
19  
CIC

PL  
COP  
ELI  
P. GO

PC2519  
S78  
v.1



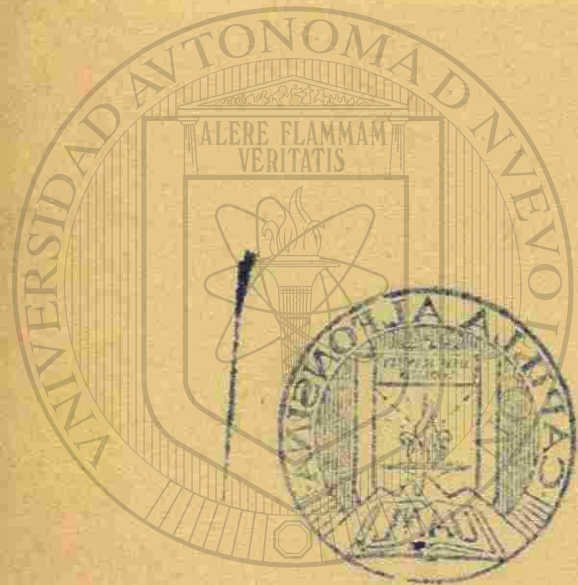
1020026932



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

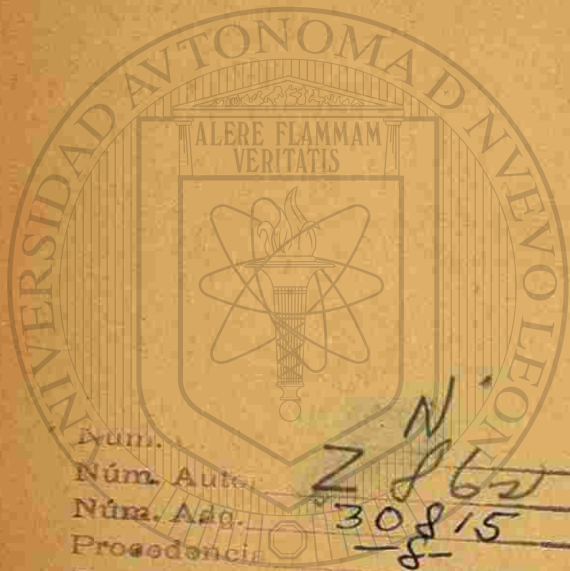


FONDO  
RICARDO COARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SU EXCELENCIA EUGENIO ROUGON



Num. \_\_\_\_\_  
Núm. Auto. 2862  
Núm. Adg. 30815  
Procedencia 8  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EMILIO ZOLA

Su Excelencia

Eugenio Rougón

Traducción de  
**EMILIO M.<sup>a</sup> MARTINEZ**

Tomo I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA CENTRAL

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

GASSO HERMANOS, Editores

SANTA TERESA, 6

101183

BARCELONA

30815

843 PQ 2519

Z. 578

v. 1



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. Gasó Hermanos — Barcelona

## Su Excelencia Eugenio Rougón

I

El presidente se hallaba aún en pie, en medio del ligero tumulto que su entrada acababa de producir. Sentóse y dijo á media voz con negligencia:

—Se abre la sesión.

Y clasificó los proyectos de ley, que tenía delante de sí, en su mesa bufete. A su izquierda, un secretario, miope, con la punta de la nariz pegada al papel, leía el acta de la última sesión, con rápido balbuceo, que ningún diputado escuchaba. En el sordo y confuso rumor de la sala, aquella lectura no llegaba sino á oídos de los ujieres, muy dignos, muy correctos, ante las actitudes indolentes de los miembros de la Cámara.

No llegaban á ciento los diputados presentes. Unos medio se rapantigaban sobre las banquetas de terciopelo encarnado, con la mirada vaga y dormitando ya. Otros, encorvados al borde de sus pupi-

fres, como dominados por el tedio producido por la pesada carga de una sesión pública, golpeaban suavemente la caoba con las yemas de los dedos. Por el acristalado vano que recortaba en el cielo una media luna gris, entraba toda la lluviosa tarde de mayo, cayendo á plomo é iluminando con regularidad la ostentosa severidad de la sala. La claridad descendía por las gradas en amplio manto rojizo, de sombrío resplandor, iluminando aquí y allá con rosado reflejo, los ángulos de los bancos vacíos; mientras que, detrás del presidente, la desnudez de las estatuas y de las esculturas, llenaban lienzos de pared de blanca claridad.

Un diputado, en el banco tercero, á la derecha, había permanecido en pie en el estrecho pasillo. Restregábase con la mano su áspera sotabarba gris, en actitud de hombre preocupado; y, como subiese un ujier, le detuvo y le dirigió una pregunta en voz queda.

—No, señor Kahn—contestó el ujier,—el señor presidente del Consejo de Estado no ha llegado todavía.

Entonces el señor Kahn se sentó. Después, volviéndose bruscamente hacia su vecino de la izquierda, le preguntó:

—Diga usted, Béjuin, ¿acaso habría usted visto á Rougon esta mañana?

El señor Béjuin, hombrecillo delgado, moreno, de fisonomía poco comunicativa, alzó la cabeza, inquieta la mirada y con el pensamiento en otra parte.

Había sacado la tablilla de su pupitre. Púsose á despachar su correspondencia, en papel azul, con membrete comercial, que contenía estas palabras: *Béjuin y Compañía, cristalería de San Florencio*.

—¿Rougon?—repitió.—No, no le he visto. No he tenido tiempo de pasar por el Consejo de Estado.

Y con todo sosiego volvió á su tarea. Consultaba un librito de memorias y escribía su segunda carta, acompañado del confuso zumbido del secretario, que daba fin á la lectura del acta.

El señor Kahn se echó atrás, con los brazos cruzados. Su rostro, de facciones abultadas y cuya bien formada nariz denunciaba su origen hebreo, permanecía áspero y desapacible. Contempló los dorados del techo y se detuvo viendo chorrear un aguacero que azotaba los vidrios del vano; después, con la mirada distraída, pareció examinar atentamente la ornamentación complicada de la gran pared que tenía en frente. Detúvose un instante mirando los testers de ambos lados, tapizados de terciopelo verde, cargados de atributos y de encuadramientos dorados. Luego, después de haber medido con la vista los pares de columnas, entre las cuales las estatuas alegóricas de la *Libertad* y del *Orden público* exhibían sus rostros de mármol con las pupilas vacías, concluyó por absorberse en el espectáculo del cortinaje de seda verde que ocultaba el fresco representando á Luis Felipe, prestando juramento á la Carta.

En esto el secretario se había sentado y el run-run continuaba en la sala. El presidente, sin darse la ma-

yor prisa, hojeaba á la continua sus papeles. Apoyó maquinalmente la mano sobre el pedal de la campanilla, cuyo prolongado repiqueteo no estorbó ninguna de las conversaciones particulares. Y, en pie, en medio del ruido, permaneció esperando un instante.

—Señores—empezó diciendo,—he recibido una carta...

Se interrumpió para sonar de nuevo el timbre, esperando todavía, dominando con su grave y aburrido semblante el bufete monumental, que extendía debajo de él sus tableros de mármol rojo encuadrados en mármol blanco. Su abotonada levita se destacaba del bajorelieve colocado á espaldas de la mesa, cortando con su negro perfil los peplos de la Agricultura y de la Industria, con delineaciones clásicas.

—Señores—prosiguió en cuanto hubo obtenido un poco de silencio,—he recibido una carta del señor de Lamberthon, en la que da sus excusas por no poder asistir á la sesión de hoy.

Oyóse una ligera risa en uno de los bancos, el sexto frontero al bufete. Tratábase de un diputado joven, de veintiocho años á lo sumo, rubio y hermoso, que procuraba ahogar con sus blancas manos una argentina carcajada de mujer bonita. Uno de sus colegas, de gran obesidad, se acercó para preguntarle al oído:

—¿Por ventura Lamberthon ha encontrado en realidad á su mujer?... Cuéntemelo usted, La Rouquette.

El presidente había tomado un puñado de papeles y hablaba con voz monótona; fragmentos de frases llegaban hasta el fondo de la sala.

—Pídense licencias para ausentarse... el señor Blanchet, el señor Buquin-Lecomte, el señor de la Villardière.

Y mientras que la Cámara consultada concedía los permisos, el señor Kahn, harto sin duda de contemplar la tela de seda verde que cubría la sediciosa imagen de Luis Felipe, habíase medio vuelto para mirar á las tribunas. Por encima del basamento de mármol amarillo vetado de laca, una sola hilera de tribunas ostentaba, de una á otra columna, trozos de pasamano de terciopelo amaranto; mientras que, en todo lo alto, una guardamalleta de cuero estampado, no llegaba á disimular el hueco dejado por la supresión de la segunda hilera, reservada para los periodistas y para el público, antes del imperio. Entre las gruesas columnas amarillentas, desarrollando su suntuosidad un tanto pesada en torno del hemicíclo, las angostas tribunas parecían hundirse, envueltas en la sombra, vacías casi, y animadas tan sólo por tres ó cuatro toaletas claras de mujer.

—¡Calla! el coronel Jobelin ha llegado—murmuró el señor Kahn.

Y saludó al coronel, quien ya le había visto. El coronel Jobelin llevaba la levita azul oscuro que había adoptado como uniforme civil, después de su retiro. Hallábase solo en la tribuna de los cuestores,



con su roseta de oficial, tan grande, que parecía el nudo de un pañuelo de seda.

Más allá, á la izquierda, los ojos del señor Kahn acababan de fijarse en un joven y una joven, apretados tiernamente uno contra otro, en un rincón de la tribuna del Consejo de Estado. El joven se inclinaba á cada instante y hablaba al oído de la mujer, la que se sonreía con dulzura, sin mirarle, con la vista fija en la figura alegórica del *Orden público*.

—Diga usted, Béjuin—dijo en voz queda el diputado tocando á su colega en la rodilla.

El señor Béjuin escribía su quinta carta. Levantó la cabeza azorado.

—Usted no ve allá arriba al joven d'Escorailles y á la linda señora de Bouchard. Apuesto á que le está pellizcando las caderas. ¡Qué ojos más lánguidos se nos trae ella!... Todos los amigos de Rougón se han dado cita. También se ven allí, en la tribuna del público, á madama Courreur y al matrimonio Charbonnel.

Un repique de timbre más prolongado se dejó oír. Un ujier, con hermosa voz de bajo, gritó: «¡Silencio, señores!» Pusiéronse todos á escuchar. Y el presidente pronunció estas frases, de las que no se perdió ni una sola palabra:

—El señor Kahn pide autorización para hacer imprimir el discurso que ha pronunciado en la discusión del proyecto de ley relativo al establecimiento de

un impuesto municipal sobre los coches y los caballos que circulan en París.

Un murmullo se extendió por todos los bancos y las conversaciones se volvieron á reanudar. El señor La Rouquette había ido á sentarse junto al señor Kahn.

—Por lo que se ve, trabaja usted en pro de las poblaciones—le dijo en tono de broma.

Y en seguida, sin dejarle contestar, agregó:

—¿No ha visto usted á Rougón? ¿No sabe usted nada?... Todo el mundo habla de ello. Parece que todavía no hay nada de seguro.

Volvióse y miró el reloj.

—Ya son las doce y media. ¡Yo sería quien desfilaría, á no ser por la lectura de ese demontre de dictámen!... ¿Es así como así para hoy?

—A todos se nos ha avisado—respondió el señor Kahn.—Yo no he oído decir que haya habido contraorden... Hará usted bien en quedarse. En seguida se votarán los cuatrocientos mil francos del bautizo.

—Sin duda—repuso el señor La Rouquette.—El anciano general Legrain, que ahora se encuentra imposibilitado de ambas piernas, se ha mandado traer por su criado; está en la sala de Conferencias esperando el resultado del sufragio... El emperador tiene razón al contar con la adhesión del Cuerpo legislativo en masa. Ninguno de nuestros votos le debe faltar en esta ocasión solemne.

El joven diputado había hecho un gran esfuerzo para componerse un semblante serio de hombre

político. Su rostro aninado, adornado con algunos pelos rubios, se engallaba en su corbata, con cierto balanceo. Pareció que saboreaba un instante las dos últimas frases de orador que se le habían ocurrido. En seguida, y bruscamente, soltó una gran carcajada.

—¡Gran Dios!—dijo.—Cuidado que el matrimonio Charbonnel tiene una gran cabeza.

Entonces, el señor Kahn y él bromearon á expensas de los Charbonnel. La mujer llevaba un extravagante chal amarillo; y el marido llevaba una de esas levitas de provincia, que parecen cortadas á hachazos; y ambos rechonchos, coloradotes, apoyaban la barba casi en la baranda de terciopelo, para mejor enterarse de la sesión, que sus enarcados ojos parecían no comprender ni pizca.

—Si Rougón salta—murmuró el señor La Rouquette,—no doy dos céntimos por el asunto de los Charbonnel... Lo mismo que el de la señora Correur.

Inclinóse al oído del señor Kahn, y continuó muy bajito:

—En resumidas cuentas, usted que conoce á Rougón, dígame con seguridad quién es esa señora Correur. A lo que parece tuvo una fonda, ¿verdad que sí? Tiempo atrás tenía de pupilo á Rougón. Hasta se cuenta que le prestaba dinero... ¿Y ahora qué ocupación es la suya?

El señor Kahn se había puesto muy serio, y se rascaba la sotabarba con lentitud.

Madama Correur es una señora muy respetable —dijo con lisura.

Esta frase cortó en redondo la curiosidad del señor La Rouquette. Mordióse los labios, en la actitud del estudiante que acaba de recibir una lección. Ambos por un instante estuvieron mirando silenciosos á madama Correur, sentada junto á los Charbonnel. Llevaba un vestido de seda color de malva, muy vistoso, cuajado de blondas y de joyas; con el rostro muy colorado y con la frente cubierta de ricitos de muñeca rubia, ostentaba su cuello regordete, bellísimo todavía, á pesar de sus cuarenta y ocho años.

En esto, en el fondo de la sala, se percibió de súbito un ruido de puerta, un roce de faldas que hizo volver las cabezas. Una joven, de admirable belleza, vestida por modo extraño con un vestido de raso verde mar, de pésimo corte, acababa de entrar en la tribuna del Cuerpo diplomático, seguida de una señora de edad, vestida de negro.

—¡Calle! ¡La bella Clorinda!—murmuró el señor La Rouquette, quien se levantó para saludar á todo trance.

El señor Kahn se había levantado asimismo. Inclinóse hacia el señor Béjuin, ocupado en poner el sobre á sus cartas.

—Diga usted, Béjuin—dijo por lo bajo,—la condesa Balbi y su hija están allí. Voy á subir para preguntarles si no han visto á Rougón.

El presidente había tomado de la mesa un nuevo

puñado de papeles. Sin cesar de leer, dirigió una mirada á la hermosa Clorinda Balbi, cuya llegada producía un continuo murmurio en la sala; y mientras que pasaba una por una las cuartillas á un secretario, decía sin puntos ni comas, por modo interminable:

—Presentación de un proyecto de ley que tiene á prorrogar la percepción de una sobretasa en los arbitrios de la ciudad de Lille... Presentación de un proyecto de ley relativo á la reunión en una sola comuna de los pueblos de Doulevant-le-Petit y de Ville-en-Blaisais (Alto-Marne).

Cuando el señor Kahn volvió á ocupar su puesto, sentíase afligido en extremo.

—Con seguridad, nadie le ha visto—dijo á sus colegas Béjuin y La Rouquette, á quienes encontró en el hemiciclo. Háseme asegurado que el emperador le había mandado llamar ayer noche, pero ignoro qué resultó de la entrevista... Nada más fastidioso que no saber á qué atenerse.

El señor La Rouquette, mientras volvía la espalda, susurraba al oído del señor Béjuin:

—El bueno de Kahn tiene miedo de que Rougón se indisponga con las Tullerías. Ya podría correr tras de su ferrocarril.

Entonces el señor Béjuin, que era parco en palabras, soltó con gravedad esta frase:

—El día en que Rougón deje el Consejo de Estado, resultará una pérdida para todo el mundo.

Y llamó con un gesto á un ujier, para rogarle que

fuese á echar al buzón las cartas que acababa de escribir.

Los tres diputados se quedaron al pie de la mesa del presidente, á la izquierda. Hablaron con discreción y prudencia de la desgracia que amenazaba á Rougón. Un lejano pariente de la emperatriz, un tal Rodríguez, reclamaba al gobierno francés la cantidad de dos millones, desde 1808. Durante la guerra de España, al tal Rodríguez, que era armador, le fué capturado un barco cargado de azúcar y de café, en el golfo de Gascuña y llevado á Brest por una de nuestras fragatas, la *Vigilante*. A consecuencia del informe que llevó á efecto la comisión local, el oficial de administración declaró la validez de la captura, sin remitirse al Consejo de presas. En esto, el señor Rodríguez habíase apresurado á recurrir al Consejo de Estado. Después, habiendo fallecido, su hijo, bajo todos los gobiernos, había intentado vanamente recurrir á otro tribunal, hasta el día en que una palabra de su lejana prima, que llegó á hacerse omnipotente, bastó para que el pleito se pudiese en el Registro.

Por encima de sus cabezas, los tres diputados oían la monótona voz del presidente, quien proseguía:

—Presentación de un proyecto de ley autorizando al departamento de Calvados para emitir un empréstito de trescientos mil francos... Presentación de un proyecto de ley autorizando á la ciudad de Amiens para realizar un empréstito de doscientos mil francos para la creación de nuevos paseos... Pre-

sentación de un proyecto de ley autorizando al departamento de las Costas del Norte para contratar un empréstito de trescientos cuarenta y cinco mil francos, destinado á cubrir los déficits de los últimos cinco años...

—La verdad es—dijo el señor Kahn bajando aún más la voz,—que el Rodríguez de que se trata, tuvo una ocurrencia ingeniosísima. Poseía con uno de sus yernos, residente en Nueva York, barcos gemelos, que viajaban á discreción, con bandera americana ó española, según los peligros de la travesía... Rougón me ha asegurado que el barco aprehendido era muy suyo, y que en modo alguno había lugar para atender sus reclamaciones.

—Tanto más—añadió el señor Béjuin,—cuanto que el proceso es inatacable. El oficial de administración de Brest tenía perfecto derecho para determinar la validez, según uso y costumbre del puerto, sin remitirse al Consejo de presas.

Hubo un instante de silencio. El señor La Rouquette, apoyado contra el basamento de mármol, alzaba la nariz y procuraba llamar la atención de la hermosa Clorinda.

—Pero—preguntó con candidez,—¿por qué Rougón se opone á que se devuelvan los dos millones al Rodríguez? ¿Qué le va ni le viene?

—Es cuestión de conciencia—dijo gravemente el señor Kahn.

El señor La Rouquette miró á sus dos colegas,

uno tras otro; mas, viéndoles tan solemnes, ni siquiera se sonrió.

—Luego—continuó el señor Kahn, como contándose á las cosas que no decía en voz alta,—Rougón tiene sus disgustos desde que Marsy es ministro del Interior. Nunca pudieron aguantarse uno á otro... Decíame Rougón que, á no ser por su adhesión al emperador, á quien tiene ya prestados tantos servicios, hace mucho tiempo que se habría retirado á la vida privada... Sea como sea, ya no se siente á sus anchas en las Tullerías y conoce que hay necesidad de un cambio de cosas.

—Obra como hombre honrado—repitió el señor Béjuin.

—Sí—dijo el señor La Rouquette con expresión maliciosa,—si quiere retirarse, la ocasión es de perlas... Sea como fuere, sus amigos lo sentirán en el alma. Miren ustedes allá arriba al coronel, con su semblante inquieto; ¡estaba tan seguro de que el 15 de agosto próximo se le colgaría al cuello el cordón rojo!... ¡Y la linda señora de Bouchard, que había jurado que su digno esposo sería jefe de división en el Interior antes de seis meses!... El jovencito d'Escorailles, el niño mimado de Rougón, debía de poner la credencial debajo de la servilleta del señor Bouchard, el día del Santo de la señora... ¡Calle! ¿en dónde se han metido el joven d'Escorailles y la señora de Bouchard?

Aquellos señores les buscaron con la vista. Descubriéronles por fin en el fondo de la tribuna, cuyo

primer banco ocupaban al dar comienzo la sesión. Habíanse refugiado allí, á la sombra, detrás de un viejo señor calvo; y ambos permanecían muy tranquilos y muy coloraditos.

En aquel instante el presidente daba fin á su lectura. Y con voz un tanto desmayada, que mal se compadecía con la bárbara rudeza de la frase, dejó oír estas últimas palabras:

—Presentación de un proyecto de ley que tiene por objeto la autorización del tipo de interés de un empréstito autorizado por la ley de 9 de junio de 1853, y un impuesto extraordinario para el departamento de la Mancha.

El señor Kahn acababa de correr al encuentro de un diputado que entraba en la Cámara. Llevólo al grupo, diciendo:

—Aquí tienen ustedes al señor Combelot... Va á darnos noticias.

El señor de Combelot era un chambelán á quien el departamento de las Landas había nombrado diputado, cediendo á un formal deseo emitido por el emperador; inclinóse con discreción, en espera de que se le interrogase. Era hombre de elevada estatura, de muy blanco cutis y con barba de azabache, que le proporcionaba envidiables triunfos entre el sexo hermoso.

—¡Bueno!—preguntó el señor Kahn,—¿qué es lo que se murmura en el castillo? ¿Qué es lo que el emperador ha determinado?

—Dios mío—contestó el señor Combelot tartajeando,

do,—¡se dicen tantas cosas!... El emperador está á partir piñones con el señor presidente del Consejo de Estado. Lo cierto es que la entrevista ha sido amistosísima... Sí, ha sido amistosísima.

Y se detuvo después de haber pesado la palabra, para saber si no había ido demasiado lejos.

—¿Luego la dimisión ha quedado retirada?—repuso el señor Kahn, cuyos ojos echaron chispas.

—Yo no he dicho semejante cosa—agregó el chambelán sumamente inquieto. Como ustedes comprenden, mi situación es especial...

Y no acabó; contentóse con sonreír y se dió prisa para subir á su banco. El señor Kahn se encogió de hombros, y dirigiéndose al señor La Rouquette:

—Pero yo estoy en que usted debería de estar al corriente... La señora de Lorentz, su hermana de usted, ¿no le cuenta á usted nada?

—¡Oh! mi hermana es todavía más muda que el señor Combelot—dijo el joven diputado riendo.—Desde que es dama de honor en las Tullerías, se las echa de tan grave como un ministro... No obstante, ayer me aseguró que la dimisión sería aceptada. Y á propósito de esto se me contó una chusca historia. A lo que parece, se ha enviado una dama á Rougón, para que se deje vencer. ¿Saben ustedes lo que ha hecho Rougón? Pues ha puesto de patitas en la calle á la tal dama, y hay que contar que era de lo más delicioso.

—Rougón es casto—declaró solemnemente el señor Béjuin.

El señor La Rouquette por poco se descoyunta de risa. Protestaba, y habría citado hechos, si así le hubiese venido en gana.

—Así, pues, madama Correur...—dijo entre dientes.

—¡Nunca!—exclamó el señor Kahn,—usted no sabe de la misa la media, tocante á esa historia.

—Pues si no, la bella Clorinda.

—¡Ca! Rougón es demasiado hombre para dejarse engatusar por aquel diablo de mujer.

Y aquellos señores se acercaron más, para enzarzarse en una conversación arriesgada, en la que se cruzaron palabras de gran crudeza. Contaron las anécdotas que circulaban acerca de dos italianas, madre é hija, medio aventureras, medio grandes damas, con quienes se tropezaba por do quiera, en medio de todos los bullicios: en casa de los ministros, en los proscenios de los teatritos, en las playas á la moda, en el fondo de los figones más ignorados. La madre, á lo que se aseguraba, procedía de lecho real; la hija, con ignorancia de nuestras conveniencias sociales, que la convertía en *una gran diablesa*, original y pésimamente educada, reventaba caballos, enseñaba sus medias sucias y sus botinas destalonadas en las aceras los días de lluvia, y buscaba un marido, con atrevidas sonrisas de mujer de mundo. El señor La Rouquette refirió que en casa del caballero Rusconi, legado de Italia, ha-

biase presentado una noche de Diana cazadora, tan desnuda, que en un tris estuvo que al día siguiente no hubiese sido pedida en matrimonio por el viejo señor de Nougardède, senador que se perecía por los manjares apetitosos. Y en tanto que se ocupaban de esta historia, los tres diputados lanzaban miradas á la hermosa Clorinda, quien, mal que pesara al reglamento, miraba á los miembros de la Cámara, uno tras otro, con ayuda de unos grandes gemelos de teatro.

—No, no—repetía el señor Kahn,—¡nunca Rougón perdería la chaveta hasta tal punto!... Dice que es mujer muy avisada y la llama entre risas la «señorita Maquiavelo». Ella le divierte, y pare usted de contar.

—Eso no hace al caso—acabó diciendo el señor Béjuin.—Rougón hace mal en no casarse... El matrimonio da al hombre reputación, buen concepto.

Entonces los tres se pusieron de acuerdo sobre la clase de mujer que vendría de molde á Rougón: una mujer de cierta edad, por lo menos de treinta y cinco primaveras, rica, y que mantuviese su casa montada bajo un pie de la más excelsa honestidad.

Entretanto difundióse gran clamoreo. Absorbíanse hasta tal punto en sus escabrosas anécdotas, que ya no paraban mientes en cuanto pasaba á su alrededor. A lo lejos, en el fondo de los comedores, oíase la voz de los ujieres que gritaban: «¡A la sesión, señores, á la sesión!». Y los diputados llegaban de todos lados, por las puertas de maciza cao-

ba, de doble hoja, que exhibían las estrellas de oro de sus maderas. La sala, hasta entonces medio vacía, se iba llenando poco á poco. Los grupitos que, dominados por el aburrimiento, hablaban de banco á banco, los dormilones ahogando sus bostezos, sentíanse amenazados en la creciente marea, en medio de una considerable distribución de apretones de manos. Al tomar asiento en sus sitios, lo mismo á la derecha que á la izquierda, los miembros se sonreían; tenían aspecto de familia, rostros por igual penetrados del sagrado deber que iban á cumplir en aquel recinto. Un señor grueso, en el último banco de la izquierda, que se había entregado á Morfeo más de la cuenta, fué despertado por su vecino; y cuando éste le hubo insinuado algunas palabras al oído, apresuróse á restregarse los ojos, tomando una posición conveniente. La sesión, después de haberse arrastrado con pesadez, por tratarse de asuntos fastidiosos en demasía para aquellos señores, iba por último á revestir un interés capital.

Empujados por la multitud, el señor Kahn y sus dos colegas subieron hasta sus respectivos bancos, sin que de ello se percataran. Continuaron hablando y ahogando sus risitas. El señor La Rouquette refería un nuevo lance referente á la bella Clorinda. Ocurriósele un día el extravagante capricho de tapizar su habitación con colgaduras negras tachonadas de lágrimas de plata, y de recibir allí á sus íntimos, tendida en su lecho, envuelta en colchas,

así mismo negras, que no permitían ver más que la punta de la nariz.

El señor Kahn tomaba asiento, cuando de repente volvió en sí.

—Ese La Rouquette es un verdadero babeiaca cuando se descuelga con tales chinchorreos de comadre—dijo para sí.—¡Ahora he perdido la coyuntura de ver á Rougón!

Y volviéndose hacia su vecino hecho una furia:

—Pero oiga usted, Béjuin; bien podía usted haberme prevenido.

Rougón, que acababa de ser introducido con el ceremonial de costumbre, había tomado asiento entre dos consejeros de Estado, en el banco de los comisarios del gobierno, una especie de enorme caja de caoba, instalada en la parte baja de la mesa presidencial, en el mismo sitio en que se hallaba la tribuna suprimida. Con sus anchos hombros y espaldas parecía amenazado de reventar el uniforme de paño verde, recargado de oro en el cuello y en las bocamangas. Con el rostro vuelto hacia la sala, con su opulenta cabellera gris caída sobre la cuadrada frente, apagaba la mirada bajo los carnosos párpados, siempre medio caídos; y la gran nariz, los labios abiertos en plena carne, las abultadas mejillas en las cuales sus cuarenta y seis años no dibujaban la menor arruga, ofrecían una ruda vulgaridad, que la belleza de la fuerza transfiguraba con sus destellos. Permaneció retrepado en el asiento, con toda tranquilidad, con la barba hundida

en el cuello del uniforme, sin parecer ver á nadie, con el semblante indiferente y un tanto hastiado.

—Tiene su aspecto de cada día—dijo en voz queda Béjuin.

Los diputados se inclinaron en sus bancos para ver qué cara ponía. Un cuchicheo de discretas observaciones corría de oído en oído. Mas la entrada de Rougón producía viva impresión sobre todo en las tribunas. Los Charbonnel, para demostrar que se hallaban allí, alargaban su par de rostros entusiasmados, con riesgo de dar con sus humanidades en tierra. Madama Correur tenía un poco de tos y sacaba un pañuelo que agitaba ligeramente, so color de llevarse lo á los labios. El coronel Jobelin se había enderezado, y la seductora señora de Bouchard, habiéndose vuelto á bajar al primer banco, bufaba un tanto, al rehacer el nudo del sombrero, mientras que el señor d'Escorailles, á su espalda, permanecía mudo y en extremo contrariado. La bella Clorinda no se molestaba lo más mínimo. Viendo que Rougón no alzaba los ojos, púsose á dar golpecitos con sus gemelos sobre el mármol de la columna en que se apoyaba; mas como continuase sin mirarla, dijo á su madre, con voz tan clara, que toda la sala la oyó:

—¡Está de morros, el muy socarrón!

Algunos diputados se volvieron, sonriéndose. Rougón se decidió á dirigir una mirada á la bella Clorinda. Entonces, en la creencia de que la dirigía un imperceptible saludo con la cabeza, ella, radiante

de triunfo, batió palmas, se retrepó riendo, hablando en alta voz á su madre, sin que la importasen un comino todos aquellos hombres de allá abajo que la señalaban con el dedo.

Rougón, con toda lentitud, antes de volver á bajar los párpados, había recorrido con la vista las tribunas, y su amplia mirada envolvió á un tiempo á madama Bouchard y á los Charbonnel. Su rostro permaneció mudo. Volvió á hundir la barba en el cuello del uniforme, con los ojos medio entornados y ahogando un ligero bostezo.

—De todos modos, voy á decirle dos palabras—susurró el señor Kahn al oído del señor Béjuin.

Pero al levantarse, el presidente, que desde hacía un instante se aseguraba de que todos los diputados ocupaban su puesto, dió un campanillazo magistral. Y, de repente, reinó un profundo silencio.

Un caballero rubio estaba en pie en el primer banco, un banco de mármol amarillo, con antepecho de mármol blanco. Tenía en la mano un papelote, del que no apartaba la vista, sin dejar por ello de hablar.

—Tengo el honor—dijo con voz musical,—de presentar un informe sobre el proyecto de ley dirigido al ministerio de Estado, sobre el ejercicio de 1856, referente á un crédito de cuatrocientos mil francos, para los gastos del ceremonial y de las fiestas del bautizo del príncipe imperial.

Y hacía ademán de ir á depositar el informe, con



mesurado andar, cuando todos los diputados, al unísono, gritaron:

— ¡La lectura, la lectura!

El informante esperó á que el presidente hubiese dispuesto que la lectura se efectuara; y empezó con acento casi de ternura:

«— Señores, el proyecto de ley que nos ha sido presentado es de aquellos que hacen parecer lentas en demasía las formas ordinarias de la votación, en atención á que retardan el espontáneo ímpetu del Cuerpo legislativo».

— ¡Muy bien!— gritaron muchos miembros.

«— Entre las familias más humildes— prosiguió el informante modulando cada frase,— el nacimiento de un hijo, de un heredero, con todas las ideas de transmisión que se relacionan con este título, asunto es de tan jubilosa alegría, que las desventuras del pasado se olvidan, y que tan sólo la esperanza se cierne sobre la cuna del recién nacido. Mas, ¿qué decir sobre esta fiesta del hogar, cuando es al propio tiempo la de una gran nación, y que es también un acontecimiento europeo?».

Entonces el alborozo no tuvo límites. Aquel arranque de retórica dejó túrulata á la Cámara. Rougón, que parecía dormir, no veía delante de sí, sobre las gradas, más que rostros entusiasmados. Ciertos diputados exageraban su atención, llevándose las manos á las orejas para no perder un punto de aquella prosa alambicada. El informante, tras de breve pausa, alzaba la voz:

«— Aquí, señores, se trata, en efecto, de la gran familia francesa, que invita á todos sus miembros á expresar su alegría; y cuánta pompa no se necesitaría, á ser posible que las manifestaciones exteriores pudiesen responder á la grandeza de sus legítimas esperanzas!»

Y se vino con una nueva pausa.

— ¡Bien, muy bien!— gritaron las mismas voces.

— Eso es hablar con delicadeza— hizo notar el señor Kahn,— ¿no le parece á usted Béjuin?

El señor Béjuin mecía la cabeza, con los ojos fijos en la araña que pendía del hueco acristalado, delante de la mesa presidencial. Disfrutaba que era un contento.

En las tribunas, la bella Clorinda, asestados los gemelos, no perdía un rasgo de la fisonomía del ponente; los Charbonnel tenían húmedos los ojos. Madama Correur tomaba la afectada actitud de la mujer de gran tono; mientras que el coronel daba muestras de aprobación con la cabeza y mientras la linda señora de Bouchard se dejaba caer sobre las rodillas del señor d'Escorailles. Sin embargo, tanto el presidente, como sus secretarios, y hasta los ujieres, escuchaban sin pestañear, solemnemente.

«— La cuna del príncipe imperial— continuó el informante,— es en lo sucesivo la seguridad para el porvenir; ya que, perpetuando la dinastía que en masa hemos aclamado, asegura la prosperidad de la nación, su reposo en la estabilidad, y, por ende, la del resto de Europa».

¡Qué de chists! ¡chists! hubieron de impedir que el entusiasmo estallara ante aquella conmovedora imagen de la cuna.

«—En otra época, un vástago de esta ilustre sangre parecía también prometido á grandes destinos, pero los tiempos no tienen semejanza alguna. Esa paz es el resultado del reinado sabio y profundo, cuyos frutos recogemos, así como el genio de la guerra dictó el poema épico que constituye el primer Imperio.

»Saludado á su venida al mundo por el cañón que, desde el Norte al Mediodía, proclamaba el éxito de nuestros ejércitos, el rey de Roma no tuvo siquiera la fortuna de servir á su patria; tales fueron entonces las enseñanzas de la Providencia.

—¿Qué es lo que dice? parece que va muy lejos —murmuró el escéptico señor La Rouquette.— Todo ese pasaje es una insigne torpeza; va á deslucir cuanto ha dicho hasta ahora.

En realidad, todos los diputados parecían inquietos. ¿A qué venía aquel recuerdo histórico que menoscababa su celo? Algunos había que se sonaban; pero el informante, sintiendo el frío producido por su última frase, se sonrió. Alzó la voz y prosiguió su antítesis, contrapesando las palabras, seguro del efecto que habían de producir.

«—Pero venido en uno de estos días solemnes en que el nacimiento de uno solo debe ser considerado como la salvación de todos, el Hijo de Francia parece darnos en el día de hoy, tanto á nosotros como

á las generaciones futuras, el derecho de vivir y de morir en el hogar paterno. Este es para en adelante la prenda de la clemencia divina».

Aquello fué una cascada de frases exquisitas. Todos los diputados comprendieron, y un murmullo de satisfacción recorrió la sala. La seguridad de una paz eterna no podía ser más halagüeña. Aquellos señores, tranquilizados, volvieron á sus encantadoras actitudes de hombres políticos que hacían un despilfarro de literatura. Podían vivir descansados. Europa entera pertenecía á su amo y señor.

«—El emperador, convertido en árbitro de Europa—proseguía el informante con nueva expansión,— iba á firmar paz tan generosa, que, reuniendo las productoras fuerzas de la nación, constituye la alianza de los pueblos, lo mismo que la de los reyes, cuando plugo á Dios colmar su felicidad al propio tiempo que su gloria. ¿No hay motivo para pensar que, desde este punto y hora, entrevió años sin cuento de prosperidad, al contemplar esa cuna en que descansa, tan tierno aún, el continuador de su gran política».

Muy bonita resultaba también aquella imagen. Y aquello con seguridad estaba permitido; algunos diputados lo afirmaban, moviendo con dulzura la cabeza. Pero el informe empezaba á parecer un si es ó no es largo. Muchos de los miembros recobraban su gravedad; muchos había que hasta miraban á las tribunas con el rabillo del ojo, como gente práctica que experimenta cierta contrariedad al pre-

sentarse por tal modo, en el vestido casero de su política; habíalos así mismo que se distraían, con su faz terrosa, pensando en sus negocios y volviendo á dar golpecitos con las yemas de los dedos en sus pupitres de caoba; y, por modo vago, pasaban por su memoria antiguas sesiones, antiguas abnegaciones, que aclamaban poderes para la cuna. El señor La Rouquette se volvía con frecuencia para ver la hora; cuando la aguja señaló las tres menos cuarto, hizo un gesto de desesperación; iba á faltar á una cita. A su lado, el señor Kahn y el señor Béjuin permanecían inmóviles, con los brazos cruzados, con los párpados en movimiento constante, pasando la vista desde los grandes testers de terciopelo verde al bajo relieve de mármol blanco, que la levita del presidente manchaba de negro. Y, en la tribuna diplomática, la bella Clorinda, con los gemelos siempre encarados, habíase puesto á examinar detenidamente á Rougón, quien conservaba en su banco la actitud soberbia de un toro amodorrado.

A todo esto, el informante, no se daba la menor prisa, leyendo para sí, con movimiento rítmico y hermoso de los hombros.

«—Tengamos, pues, plena y entera confianza, y que el Cuerpo legislativo, en esta grande y solemne ocasión, haga memoria de su paridad de origen con el emperador, la cual le presta casi un derecho de familia más que á los otros cuerpos del Estado, para asociarse á las alegrías del soberano.

»Hijo, como él, del libre sufragio del pueblo, el

»Cuerpo legislativo se convierte en este instante en la voz misma de la nación, para ofrecer al augusto infante el homenaje de un inalterable respeto, de una abnegación á toda prueba, y ese amor sin límites que hace de la fe política una religión, cuyos deberes se bendicen».

Esto debía de irse acercando al final, ya que se trataba de homenaje, de religión y de deberes. Los Charbonnel se aventuraron á cambiar sus impresiones en voz queda, en tanto que madama Correur ahogaba una ligera tos en su pañuelo. La señora de Bouchard, volvió, como quien no hacía la cosa, á subir al fondo de la tribuna del Consejo de Estado, junto al señor Julio d'Escorailles.

En efecto, el informante, cambiando bruscamente de acento, bajando del tono solemne al familiar, masculló rápidamente:

«—Os proponemos, señores, la aprobación pura y sencilla del proyecto de ley, tal como ha sido presentado por el Consejo de Estado».

Y tomó asiento, en medio de un gran rumor.

—¡Muy bien, muy bien!— exclamó toda la sala. Estallaron los bancos. El señor de Combélot, cuya sonriente atención no se había desmentido un minuto, hasta llegó á lanzar un: ¡Viva el emperador! que se perdió en medio del ruido. Y se hizo casi una ovación al coronel Jobelin, que se hallaba en pie, á orillas de la tribuna en que se encontraba solo, entregándose á aplaudir con sus secas manos, á pesar de las disposiciones del reglamento. Todo el éxtasis

de las primeras frases volvía á parecer con nuevo desbordamiento de congratulaciones. Era aquel el final de la imposición. De uno á otro banco, cruzábanse palabras cariñosas, mientras que un aluvión de amigos se precipitaba hacia el informante, para estrecharle enérgicamente las dos manos.

Después, en medio del tumulto, una voz no tardó en dominar.

—¡La discusión, la discusión!

El presidente, en pie delante de la mesa, parecía esperar aquel grito. Tocó el timbre, y en la sala, súbitamente respetuosa, dijo:

—Señores, un gran número de miembros pide que se pase inmediatamente á la discusión.

—¡Sí, sí!—apoyó con un solo clamor la Cámara entera.

Y no hubo discusión. Se votó sin perder momento. Los dos artículos del proyecto de ley, puestos sucesivamente á votación, fueron adoptados, quedando sentados los que aprobaban. No bien el presidente daba fin á la lectura del artículo, cuando de arriba abajo de las gradas, todos los diputados se levantaban en masa, con gran ruido de pies, como impulsados por un arranque de entusiasmo. Después las urnas circularon, los ujieres pasaron por entre los bancos, recogiendo los votos en las cajas de zinc. El crédito de cuatrocientos mil francos quedaba concedido por la unanimidad de doscientos treinta y nueve votos.

—Ya hemos hecho la buena obra—dijo ingenua-

mente el señor Béjuin, quien se puso á reír acto seguido, creyendo haber soltado una idea ingeniosa.

—Tiempo hace que dieron las tres y yo me largo—murmuró el señor La Rouquette, pasando por delante del señor Kahn.

La sala iba despejándose. Unos diputados, pasito á paso, llegaban á las puertas y parecían desaparecer en las paredes. La orden del día llamaba á la discusión de las leyes de interés local.

Muy pronto no quedaron en los bancos sino los miembros de buena voluntad, sin duda aquellos á quienes aquel día no les llamaba fuera ningún interés particular; continuaron su interrumpido sueño, ó reanudaron su conversación en el punto en que la habían interrumpido; y la sesión quedó terminada, como había empezado, en medio de tranquila indiferencia. Hasta el sordo y confuso murmullo fué extinguiéndose poco á poco, como si el cuerpo legislativo se hubiese entregado completamente al sueño, en un rincón de París silencioso.

—Oiga usted, Béjuin—preguntó el señor Kahn,—procure usted á la salida hacer hablar á Delestang. Ha venido con Rougón y debe de saber algo.

—¡Calle! tiene usted razón, es Delestang—dijo el señor Béjuin, mirando al consejero de Estado sentado á la izquierda de Rougón.—Nunca les conozco con esos diantres de uniformes.

—Por mi parte yo no me voy hasta echar el guante á nuestro gran hombre—agregó el señor Kahn.—Es preciso que sepamos.

El presidente ponía á votación una interminable caterva de proyectos de ley que se votaban quedando sentados los que aprobaban. Los diputados, maquinalemente se levantaban, se volvían á sentar, sin cesar de hablar y hasta sin dejar de dormir. El aburrimiento revestía tales proporciones, que los contados curiosos de las tribunas se eclipsaron. Tan sólo los amigos de Rougón se quedaban. Esperaban todavía que llegaría á hablar.

De pronto un diputado con correctas patillas de abogado de provincia, se levantó. Esto interrumpió en seco el monótono funcionamiento de la máquina de votar. Una viva sorpresa hizo volver todas las cabezas.

—Señores—dijo el diputado, de pie,—suplico que se me permita explicar los motivos que me han obligado á separarme, muy á pesar mío, de la mayoría de la comisión.

La voz era tan desapacible y tan extravagante, que la bella Clorinda ahogó una carcajada con las manos. Pero, allá abajo, entre aquellos señores, la admiración subía de punto. ¿Qué era aquello? ¿por qué hablaba aquel señor? Entonces, interrogándose unos á otros, concluyóse por saber que el presidente acababa de poner á discusión un proyecto de ley autorizando al departamento de los Pirineos orientales á hacer un empréstito de doscientos cincuenta mil francos, para la construcción de un Palacio de Justicia en Perpignan. El orador, consejero general del departamento, hablaba contra el proyecto de

ley. Aquello parecía interesante y se prestó atención.

Sin embargo, el diputado de las correctas patillas procedía con exquisita prudencia. Se venía con frases llenas de reticencias, en medio de las cuales se descolgaba con saludos y reverencias para todas las autoridades imaginables. Pero las cargas del departamento eran abrumadoras; y aquí trazó un cuadro completo de la situación financiera de los Pirineos Orientales. A parte de esto, la necesidad de un nuevo Palacio de Justicia no le parecía bien demostrada. Y de este modo estuvo hablando cerca de un cuarto de hora. Cuando se sentó, sentíase muy conmovido. Rougón, que había alzado los párpados, volvió á dejarlos caer lentamente.

Entonces llegó su vez al ponente, un viejecillo viaracho, que se expresó con toda claridad y lisura, como hombre seguro del terreno que pisaba. Empezó por dirigir algunas galantes frases á su honorable colega, con quien tenía la pena de no andar de acuerdo. No había más sino que el departamento de los Pirineos Orientales se hallaba muy lejos de encontrarse tan alcanzado como quería darse á entender; y, en apoyo de su aserto, rehizo, echando mano de otras cifras, el cuadro completo de la situación financiera del departamento. Por lo demás, la necesidad de un nuevo Palacio de Justicia, no podía ponerse en tela de juicio, y á este fin ofreció los necesarios detalles. El antiguo palacio se encontraba situado en un barrio tan populoso, que el rui-

do de las calles no dejaba que los jueces oyeran á los letrados. Además, era sobrado pequeño, en tal medida, que cuando los testigos eran en gran número, habían de quedarse en un pasillo de la escalera, lo que les exponía á ser el blanco de obsesiones peligrosas. El ponente dió fin, lanzando como argumento que no tenía vuelta de hoja, que el mismo guardasellos era quien había provocado la presentación del proyecto de ley.

Rougón no se movía; tenía las manos cruzadas sobre los muslos y el cuello apoyado contra el banco de caoba. En cuanto se hubo abierto la discusión, sus anchos hombros y sus robustas espaldas se ostentaban más pesados aún. Y, lentamente, al ver que el primer orador parecía dispuesto á replicar, enderezó su gran corpulencia, sin llegar á ponerse en pie, y dijo con voz pastosa esta sola frase:

—El señor ponente se ha olvidado de añadir que el ministro del Interior y el de Hacienda han aprobado el proyecto de ley.

Dejóse caer y se entregó de nuevo á su actitud de toro adormecido. Un ligero estremecimiento había corrido entre los padres de la patria. El orador volvió á sentarse y saludó inclinando la cabeza. Y la ley fué votada. Los escasos miembros que seguían curiosamente el debate, tomaron actitudes de indiferencia.

Rougón había hablado. De una tribuna á otra, el coronel Jobelin cambió un guiñar de ojos con el ma-

trimonio Charbonnel; en tanto que madama Correur se aprestaba á dejar la tribuna, como se deja un palco de teatro antes de bajarse el telón, cuando el héroe de la comedia ha soltado su última tirada. Ya el señor d'Escorailles y la señora de Bouchard habían desaparecido. Clorinda, en pie contra la balaustrada de terciopelo, dominando la sala con su soberbia estatura, envolvíase lentamente en su chal de encajes, paseando una mirada en torno al hemicycle. La lluvia no azotaba ya los vidrios del vano, mas el cielo permanecía sombrío y amenazador con algunos nubarrones. A la incierta claridad, la caoba de los pupitres parecía negra; un obscuro vapor parecía extenderse por las gradas, en donde las calvas testas de algunos diputados destacaban blancas manchas; y, sobre los mármoles de los basamentos, bajo la vaga palidez de las figuras alegóricas, el presidente, los secretarios y los ujieres, colocados en hilera, ofrecían rígidos contornos de sombras chinescas. La sesión, en aquella claridad bruscamente desaparecida, parecía como que se ahogaba.

—¡Gran Dios! se muere una ahí dentro,—dijo Clorinda, impeliendo á su madre fuera de la tribuna.

Y espantó á los ujieres dormidos en el comedor, con la extraña manera como se había arrollado el chal á la cintura.

Abajo, en el vestíbulo, aquellas damas se tropezaron con el coronel Jobelin y con madama Correur.

—Lo estamos esperando,—dijo el coronel;—tal vez saldrá por aquí... De todos modos, he hecho

una señal á Kahn y á Béjuin, para que vengan á darme noticias.

Madama Correur se había acercado á la condesa Balbi, y, con acento de desolación, exclamó:

—¡Ah! ¡sería una gran desgracia!—Y no se explicó más.

El coronel alzó los ojos al cielo.

—Hombres como Rougón son indispensables al país,—repuso tras corto silencio. El emperador cometería una falta.

Y volvió á reinar silencio. Clorinda quiso meter la cabeza en la sala de «Pasos perdidos»; pero un ujier cerró bruscamente la puerta. Entonces volvió junto á su madre, muda bajo su velito negro. Y murmuró:

—Es atroz esto de esperar tanto.

Llegaron unos soldados. El coronel anunció que la sesión quedaba concluída. En efecto, aparecieron los Charbonnel en lo alto de la escalera. Bajaron con toda precaución, costeano la baranda, el uno detrás del otro. Así que el señor Charbonnel distinguió al coronel, le gritó:

—No ha hablado gran cosa, pero lindamente les ha cerrado á todos el pico.

—Le faltan ocasiones—contestó el coronel al oído del buen hombre, en cuanto estuvo cerca de él,—á no ser por esto, ya le oiría usted. Necesita foguearse.

En esto los soldados habían formado doble hilera, desde la sala de sesiones á la galería de la pre-

sidencia, que daba al vestíbulo. En tanto que los tambores tocaban la marcha, el cortejo se presentó. A la cabeza venían dos ujieres, vestidos de negro, llevando el clac bajo el brazo, la cadena al cuello y la espada con puño de acero al costado. Seguía después el presidente, á quien daban escolta dos oficiales. Cerraban la marcha los secretarios del despacho y el de la presidencia. Cuando el presidente pasó por delante de la bella Clorinda, le dirigió una sonrisa como hombre de mundo, á pesar de la pompa del cortejo.

—¡Ah! están ustedes ahí—dijo el señor Kahn, que corría azorado.

Y aunque la sala de los «Pasos perdidos» estuviese á la sazón prohibida al público, él les hizo entrar á todos y les dirigió al vano de una de las grandes puertas-ventanas que daban al jardín. Parecía hecho una furia.

—¡También ahora se me ha escapado!—murmuró.

—Ha desfilado por la calle de Borgoña, mientras yo estaba al acecho en la sala del general Foy... Pero nada importa; de todos modos vamos á saber. He lanzado á Béjuin en seguimiento de Delestang.

Y tuvo lugar una segunda espera, durante diez largos minutos. Los diputados salían en actitud indolente, por las dos grandes cancelas de paño verde que resguardan las puertas. Algunos quedábanse atrás para encender un cigarro. Otros, en pequeños grupos, se paraban, riendo, cambiando apretones de manos. Entretanto, madama Correur

había ido á contemplar el grupo de Laoconte. Y en tanto que los Charbonnel echaban el cuello atrás para ver una gaviota que la burguesa fantasía del pintor había trazado sobre el marco de un fresco, como si volase del cuadro, la bella Clorinda, en pie ante la gran Minerva de bronce, se interesaba por los brazos y seno de aquella diosa gigante. En el vano de la puerta-ventana, el coronel Jobelin y el señor Kahn hablaban con animación en voz baja.

—¡Ah! aquí tenemos á Béjuin—exclamó el último.

Todos se acercaron alargando los rostros. El señor Béjuin respiraba fuertemente.

—Y bien, ¿qué hay?—le preguntaron.

—Pues bien, la dimisión ha sido aceptada; Rougón se retira.

Aquello fué una desgracia imprevista, y reinó un prolongado silencio. Clorinda, que anudaba nerviosamente una punta del chal para ocupar sus irritados dedos, distinguió entonces en el fondo del jardín á la linda señora de Bouchard, que andaba despacito del brazo del señor d'Escorailles, con la cabeza un poquitín inclinada sobre su hombro. Habían bajado antes que los demás, aprovechándose de una puerta abierta; y, en aquellas avenidas reservadas á las graves meditaciones, bajo el encaje de las nuevas hojas, iban paseando su ternura. Clorinda les llamó con la mano.

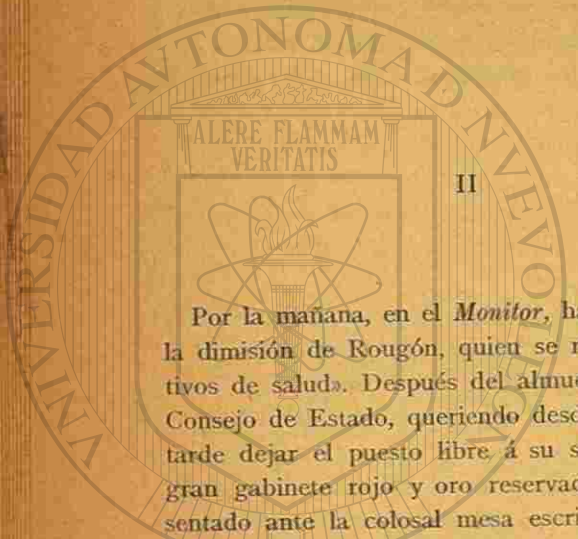
—El gran hombre se retira—dijo á la joven, que se sonreía.

La señora de Bouchard dejó bruscamente el brazo de su caballero, pálida y del todo seria; mientras que el señor Kahn, en medio del consternado grupo de los amigos de Rougón, protestaba, alzando desesperadamente los brazos al cielo, sin encontrar palabras.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30815





Por la mañana, en el *Monitor*, habíase anunciado la dimisión de Rougón, quien se retiraba por «motivos de salud». Después del almuerzo había ido al Consejo de Estado, queriendo desde aquella misma tarde dejar el puesto libre á su sucesor. Y, en el gran gabinete rojo y oro reservado al presidente, sentado ante la colosal mesa escritorio de palisandro, vaciaba los cajones, clasificaba papeles, que ataba en paquetes con trozos de bramante color de rosa.

Tocó el timbre y entró un ujier, hombre corpulento, que había servido en caballería.

—Tráigame usted una bujía encendida—dijo Rougón.

Y, al retirarse el ujier, después de haber puesto sobre la mesa uno de los pequeños candelabros de la chimenea, le volvió á llamar.

—¡Merle, escuche usted! No permita que entre nadie. ¿Entiende usted? Nadie.

—Está bien, señor presidente—contestó el ujier, quien cerró la puerta sin hacer ruido.

Rougón dejó ver una imperceptible sonrisa. Volvióse hacia Delestang, quien se hallaba en pie al otro extremo de la estancia, ante un estante, cuyos compartimientos examinaba atentamente.

—Ese bueno de Merle no há leído el *Monitor* esta mañana—dijo por lo bajo.

Delestang movió la cabeza, no ocurriéndosele nada que decir. Tenía una magnífica testa; era muy calvo, pero la suya era una de esas calvicies precoces que gustan á las mujeres. Su desprovisto cráneo, que le agrandaba desmesuradamente la frente, le daba un aspecto de vasta inteligencia. Su sonrosado rostro, un tanto encuadrado y sin un pelo de barba, traía á la memoria esas caras correctas y pensativas, que los pintores de imaginación se complacen en prestar á los grandes hombres políticos.

—Merle le es á usted muy devoto—concluyó por decir.

Y volvió á fijar la mirada en un legajo que examinaba. Rougón, que había arrugado un puñado de papeles, les prendió fuego en la bujía y luego les echó en una ancha copa de bronce, colocada en un rincón del despacho. Estuvo mirándoles arder.

—Delestang, se servirá usted no tocar los legajos de la parte baja—repuso.—Los hay que á mí sólo me es dado entender.

Entonces, ambos continuaron su tarea en silencio,

durante un buen cuarto de hora. Hacía un sol espléndido, el sol penetraba por los tres ventanales que daban al malecón. Uno de ellos, entreabierto, dejaba pasar las ténues y frescas brisas del Sena, que alzaban á veces la franja de seda de los cortinajes. Papeles arrugados, tirados sobre la alfombra, tomaban vuelo con ligero rumor.

—Mire usted, mire usted esto—dijo Delestang poniendo en manos de Rougón una carta que acababa de encontrar.

Rougón tomó la carta y la quemó con todo sosiego en la bujía. Tratábase de una carta delicada. Y hablaron con entrecortadas frases, interrumpiéndose á cada minuto, con la nariz metida en los papelotes. Rougón daba las gracias á Delestang por haber ido á ayudarle. Aquel «buen amigo» era el único en cuya compañía podía lavar la ropa sucia de sus cinco años de presidencia. Habíale conocido en la Asamblea legislativa, en donde ambos se sentaban en el mismo banco, al lado el uno del otro. Allí era en donde había concebido verdadera inclinación por aquel bello joven, diputándole por adorablemente necio, vacío de sentido y soberbio por añadidura. Decía con frecuencia, como convencido, que «aquel demontre de Delestang iría lejos». Y le prestaba su apoyo, hacíasele suyo por el agradecimiento y le utilizaba como un mueble en el cual encerraba cuanto no podía guardar dentro de sí.

—¡Cuán necios somos guardando papeles!—murmuró Rougón abriendo otro cajón que rebosaba.

—Aquí tenemos una carta de mujer—dijo Delestang con guiñar de ojos.

Rougón se rió de buena gana hasta el punto de que todo su robusto cuerpo parecía descoyuntarse. Tomó la carta, haciendo mil protestas. En cuanto hubo leído las primeras líneas, exclamó:

—¡El jovencito d'Escorailles es quien la ha extraviado aquí!... ¡Lindos arambeles son las tales aristas! Con tres líneas de puño de una mujer se va lejos.

Y mientras quemaba la carta, añadía:

—Ya lo sabe usted, Delestang, ¡no se fíe usted del sexo débil!

Delestang bajó la cabeza. Siempre se encontraba embarcado en algún amorío escabroso. En 1851 hasta estuvo amenazado de comprometer su porvenir en política; hallábase entonces perdido de amor por la mujer de un diputado socialista, y las más de las veces, para complacer al marido, votaba con la oposición contra el Elíseo. Así fué que el 2 de diciembre, fué víctima de un accidente tan desagraciado como imprevisto. Mantúvose encerrado durante dos días, perdido, anonadado, temblando de que se le fuese á poner á buen recaudo de un instante á otro. Rougón tuvo que sacarle de aquel mal paso, decidiéndole á no presentarse en las elecciones y llevándolo al Elíseo, en donde pescó para él una plaza de consejero de Estado. Delestang, hijo de un tratante en vinos de Bercy, antiguo abogado, propietario de una granja modelo cerca de Sainte-

Menehould, era archimillonario y habitaba en la calle del Coliseo un hotel elegantísimo.

—Sí, no os fiéis de las mujeres—repetía Rougón, que hacía una pausa á cada palabra para dirigir miradas á los legajos.—Cuando las mujeres no os ponen una corona en la cabeza, os echan una cuerda al cuello... A nuestra edad, ya lo sabe usted, precisa andar con tiento con nuestro corazón y con nuestro estómago.

En esto se oyó un gran ruido en la antesala. Percibíase la voz de Merle, que defendía la puerta. Y, bruscamente entró un hombrecillo, diciendo:

—¡Eh! ¡qué diantre! tengo que estrechar la mano á mi caro amigo.

—¡Calle! ¡Du Poizat!—exclamó Rougón sin levantarse.

Y, como Merle hiciese grandes demostraciones para excusarse, le mandó que cerrase la puerta. En seguida, con toda tranquilidad:

—Creía que se hallaba usted en Bressuire... ¡Qué! ¡se abandona una subprefectura como si fuese una vieja querida!...

Du Poizat, delgaducho, con cara de garduña, con blanquísimos dientes, pero mal colocados, se encogió ligeramente de hombros.

—Estoy en París desde esta mañana, para asuntos del servicio, y no contaba con ir hasta esta noche á estrecharle á usted la mano, calle de Marbeuf. Le habría pedido á usted que me convidara á comer... Pero así que he leído el *Monitor*...

Y arrastró una butaca hasta delante de la mesa y se instaló sin rodeos frontero á Rougón.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que pasa? Yo llego del fondo de las Deux Sèvres... Ya he barruntado algo por allí; pero estaba muy lejos de sospechar... ¿Por qué no me ha escrito usted?

Rougón, á su vez, se encogió de hombros. Era evidente que Du Poizat había sabido allí su desgracia y que acudía á ver si habría todavía medio de agarrarse á las ramas. Miróle hasta el fondo del alma, diciendo:

—Le habría escrito á usted esta noche... Conque, amigo mío, á presentar la dimisión.

—Esto es cuanto quería saber; presentaré la dimisión—contestó sencillamente Du Poizat.

Levantóse y se puso á silbar una tonada. Andando á paso menudo por la habitación, vió á Delestang, de rodillas sobre la alfombra, en medio de un diluvio de legajos. Fué, sin decir una palabra, á darle un apretón de manos y luego sacó del bolsillo un cigarro que encendió en la bujía.

—Se puede fumar, puesto que hay mudanza de casa—dijo instalándose de nuevo en el sillón.—¡Es muy divertido esto de mudarse!

Rougón se absorbía con un rollo de papeles, que leía con profunda atención. Escogíalos con todo cuidado, quemando unos y conservando otros. Du Poizat, con la cabeza retrepada, arrojando por las comisuras de los labios ligeros hilitos de humo, le miraba obrar. Habíanse conocido unos meses antes

de la revolución de febrero. Ambos habitaban á la sazón en casa de madama Melania Correur, hotel de Vanneau, calle de Vanneau. Du Poizat se encontraba allí como compatriota; había nacido, al igual que madama Correur, en Coulonges, pequeña ciudad del distrito de Niort. Su padre, que era alguacil, lo había mandado á estudiar la carrera de Derecho á París, en donde le tenía señalada la exorbitante pensión de cien francos mensuales, á pesar de que había ganado bonitas sumas, prestando á la semana; la fortuna del buen hombre resultaba tan inexplicable hasta en el país, que se le acusaba de haber encontrado un tesoro, en el fondo de un viejo armario, cuyo embargo había trabajado. Desde los primeros tiempos de la propaganda bonapartista, Rougón utilizó á aquel muchacho flacucho, que se comía furiosamente sus cien francos mensuales, con inquietadoras sonrisas; y ambos fueron de consuno cómplices en los asuntos más delicados. Con el andar de los tiempos, cuando Rougón quiso entrar en la Asamblea legislativa, Du Poizat fué quien llegó á trabajar su elección por todo lo alto en el distrito de los Deux-Sèvres. Luego, después del golpe de Estado, Rougón, á su vez, hizo los imposibles á favor de Du Poizat, haciéndole nombrar subprefecto en Bressuire. El joven, que contaba apenas treinta años, habíase propuesto triunfar en su país, á algunas leguas de su padre, cuya avaricia le martirizaba desde su salida del colegio.

—¿Y el papá Du Poizat, cómo anda?—preguntó Rougón sin alzar los ojos.

—Demasiado bien—contestó el otro sin rodeos.—Ha puesto de patitas en la calle á su última criada, porque se comía tres libras de pan. Ahora tiene tres escopetas cargadas detrás de la puerta, y cuando voy á verle, no tengo más remedio que parlamentar por encima de la pared del patio.

Sin dejar de hablar, Du Poizat se había inclinado y registraba con los dedos el interior de la copa de bronce, en donde quedaban algunos fragmentos de papel medio consumidos; mas como Rougón se hubiese percatado de aquel juego, alzó vivamente la cabeza. Siempre había tenido algún miedo de su antiguo lugarteniente, cuyos blancos y mal colocados dientes se asemejaban á los de un lobo. Su gran preocupación, en otro tiempo, cuando trabajaban juntos, consistía en no dejar en su poder el menor documento comprometedor. Por esto, al ver que trataba de leer las palabras que habían quedado intactas, echó en la copa un puñado de cartas ardiendo. Du Poizat comprendió á las mil maravillas; pero se sonrió y lo echó á broma.

—Día de gran limpieza—murmuró.

Y, tomando un par de grandes tijeras, sirvióse de ellas como de unas pinzas. Quemaba á la llama de la bujía las cartas que se iban apagando, hacía que ardieran en el aire las bolas de papel sobrado apretadas; y removía los residuos abrasados, como si hubiese agitado el humeante alcohol de una fuente

de ponche. Las chispas corrían de acá para allá en la copa, mientras que subía un azulado humo, dirigiéndose suavemente á la ventana abierta. La bujía chisporroteaba á ratos y luego ardía con ingente y viva llama.

—Esta su bujía de usted se parece á un cirio— agregó Du Poizat echándolo á guasa.—¡Eh! ¡qué entierro, caro amigo! ¡cuántos muertos que enterrar en la ceniza!

Rougón iba á contestar, cuando un nuevo rumor llegó de la antesala. Merle, por segunda vez, defendía la puerta. Mas como las voces iban en aumento:

—Delestang, hágame el favor de ir á ver qué es lo que pasa—dijo Rougón.—Si me dejo ver, nos vamos á ver acosados.

Delestang abrió prudentemente la puerta, que volvió á cerrar tras sí; pero asomó enseguida la cabeza, diciendo:

—Es Kahn quien está ahí.

—Pues bien, que entre—dijo Rougón.—Pero él solo ¿entiende usted?

Y llamó á Merle para darle nuevas órdenes.

—Pido á usted mil perdones, querido amigo—repuso volviéndose hacia Kahn, cuando el ujier hubo salido.—¡Pero estoy tan ocupado!... Siéntese usted al lado de Du Poizat y no se muevan; de otro modo les planto en la puerta á los dos.

El diputado no pareció ni por soñación conmovido por aquella acogida brutal. Estaba acostumbrado á

las genialidades de Rougón. Tomó un sillón y sentóse junto á Du Poizat, que encendía un segundo cigarro. Y luego, después de haber respirado fuerte:

—Ya hace calor—dijo.—Vengo de la calle de Marbeuf, pues creía encontrarle á usted todavía en su casa.

Rougón no contestó nada, y hubo unos instantes de silencio. Continuaba arrugando papeles y los echaba en una canastilla que había acercado junto á sí.

—Tengo que hablar con usted—repuso el señor Kahn.

—Hable usted, hable usted—dijo Rougón.—Le escucho.

Pero el diputado pareció de repente hacer alto en el desorden que reinaba en la habitación.

—¿Qué es, pues, lo que está usted haciendo?—le preguntó con fingida sorpresa.—¿Cambia usted de gabinete?

El acento era tan natural, que Delestang tuvo la complacencia de molestarse para poner un *Monitor* ante la vista del señor Kahn.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó éste en cuanto hubo echado una mirada al periódico.—Yo creía que el asunto quedaba arreglado desde anoche. Es una verdadera fatalidad... Ah, mi querido amigo...

Habíase levantado y estrechaba las manos á Rougón. Este le miraba y no decía una palabra; en su redondo semblante dos anchos pliegues de mofa aparecían en las comisuras de sus labios. Y como

Du Poizat afectase indiferencia, Rougón sospechó que se habían visto por la mañana; con tanto mayor motivo cuanto que el señor Kahn había descuidado parecer admirado, al reparar en el subprefecto. Uno de ellos debió de haber venido al Consejo de Estado, mientras que el otro corría á la calle de Marbeuf. De este modo estaban seguros de no dejar de dar con él.

—¿Conque tenía usted algo que decirme?—repuso Rougón con su ademán placentero.

—No hablemos de eso ya, mi querido amigo—exclamó el diputado.—Bastante tarea tiene usted encima. No sería yo quien vendría en un día semejante á atormentarle todavía más con mis miserias.

—No, no se reprima usted; diga usted lo que le parezca.

—¡Pues bien! se trata de mi asunto, ya sabe usted, de aquella maldita concesión... Hasta estoy contento de que el señor Poizat esté aquí. El podrá proporcionarnos ciertos informes.

Y, sin escasear detalles, expuso la situación en que se encontraba su asunto. Tratábase de una vía férrea de Niort á Angers, cuyo proyecto acariciaba hacía tres años. La verdad era que aquel ferrocarril pasaba á Bressuire, en donde poseía altos hornos, cuyo valor debería de convertirse en diez veces mayor; hasta allí, los transportes permanecían siendo difíciles, la empresa no hacía sino vegetar. Luego, en la emisión de acciones del proyecto, había toda una esperanza de pesca en agua turbia de las

más productivas. Así era que el señor Kahn desplegabá una actividad prodigiosa para obtener la concesión; Rougón le apoyaba enérgicamente, y la concesión iba á ser otorgada, cuando el señor de Marsy, ministro del Interior, enfurruñado por no tener parte en el negocio, en el que olfateaba chanchullos soberbios, y deseoso por otra parte de disgustar á Rougón, había empleado toda su alta influencia para combatir el proyecto. Con la audacia que le hacía tan temible, hasta acababa de hacer ofrecer la concesión por el ministro de Obras públicas al director de la Compañía del Oeste; y hacía correr el rumor de que tan sólo la Compañía podría llevar á buen término un enlace, cuyos trabajos demandaban serias garantías. El señor Kahn iba á verse despojado. La caída de Rougón consumaba su ruina.

—Supe ayer—dijo,—que un ingeniero de la Compañía estaba encargado de estudiar un nuevo trazado... ¿Ha llegado á su noticia algo sobre esto, señor Poizat?

—Ya se ve que sí—contestó el subprefecto;—y hasta se ha dado comienzo á los estudios... Se trata de evitar el recodo que usted hacía, para ir á pasar á Bressuire. La línea marcharía en derechura por Parthenay y por Thouars.

El diputado hizo un gesto de desaliento.

—Eso es persecución—murmuró.—¿Qué les va ni les viene que pase por mi fábrica?... Pero protestaré, escribiré una Memoria en contra de su trazado... Me vuelvo á Bressuire con usted.

—No, no me espere usted—dijo Du Poizat sonriendo.—Parece que voy á presentar mi dimisión.

El señor Kahn se dejó caer sobre su sillón, como amenazado por una última catástrofe; restregábase la sotabarba con ambas manos, y miraba á Rougón en actitud súplicante. Este había dejado ya sus legajos, y con los codos apoyados en la mesa, escuchaba.

—Usted quiere que le dé un consejo, ¿verdad que sí?—le dijo por último con rudo acento.—Pues bien, háganse ustedes los muertos, mis buenos amigos; procuren que las cosas queden tal como están y esperen á que volvamos á ser los amos... Du Poizat va á presentar su dimisión, porque, si así no lo hiciese, la recibiría antes de quince días. En cuanto á usted, Kahn, escriba al emperador, impida usted por todos los medios que la concesión se haga á favor de la Compañía del Oeste. Con seguridad que usted no la obtendrá, pero, mientras no pertenezca á nadie, podrá más adelante ser de usted.

Y, como ambos señores movían la cabeza en son de duda:

—Es cuanto puedo hacer en obsequio de ustedes—repuso con mayor sequedad.—Estoy caído, déjenme ustedes tiempo para volverme á levantar. ¿Tengo acaso el semblante triste? No por cierto, ¿no es así? Pues bien, háganme el favor de no parecer que van detrás de mi cortejo fúnebre... Por mi parte estoy satisfechísimo con volver á la vida privada. Voy por fin á descansar un poco.

Respiró con fuerza, cruzando los brazos y mecendo su corpulento busto. Y el señor Kahn no volvió á hablar de su asunto. Fingió la expresión indiferente de Poizat, tendiendo á manifestar una tranquilidad de espíritu á carta cabal. Delestang se las había con otro estante; hacía tras de los sillones, tan imperceptible ruido, que habríasele tenido á ratos por el muy prudente que produciría una legión de ratones saltados en medio de los legajos. El sol, que se deslizaba sobre la roja alfombra, iluminaba un ángulo de la mesa con rojiza claridad, en cuyo centro la bujía continuaba ardiendo con pálido fulgor.

Entretanto habíase entablado una íntima conversación. Rougón, que de nuevo se puso á atar paquetes, aseguraba que la política no era para él. Sonreíase con semblante bonachón, mientras que sus párpados, como fatigados, se entornaban sobre el destello de sus ojos. El habría querido poseer inmensas tierras que cultivar, con inúmeros rebaños que apacentar, caballos, bueyes, carneros, perros, de los cuales se constituiría en rey absoluto. Y refería que en los pasados tiempos, en Plassans, cuando no era sino un abogadillo de provincia, su mayor placer consistía en alejarse, puesto de blusa, para cazar durante dos días enteros en las gargantas del Seille, en donde mataba águilas. Teníase por campesino, y su abuelo había cavado la tierra. Después había llegado á cobrar aversión al mundo. El poder le aburría. Se iba á pasar el verano en el campo. En toda su vida habíase sentido tan ligero

como desde la mañana de aquel día; é imprimía á sus robustos hombros encogimientos formidables, como si hubiese echado al suelo pesada carga.

—¿De qué emolumentos disfrutaba usted aquí como presidente? ¿ochenta mil francos?—preguntó el señor Kahn.

Dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—Y ahora no se quedará usted más que con sus treinta mil francos de senador.

¡Maldito lo que le importaba! Vivía poco más que con nada, no tenía vicios, y así era la verdad. No era jugador, ni trasnochador, ni era goloso. Soñaba con ser amo de su casa, y aquí paz y después gloria. Y, sin ser parte á remediarlo, volvía á su idea de poner una granja en que todos los animales le prestasen obediencia; aquel era su ideal, tener un látigo y mandar, ser superior, más inteligente y más fuerte. Poquito á poco se fué animando y habló de las bestias como hubiese hablado de los hombres, diciendo que las muchedumbres se parecen por el palo, que los pastores no guían los rebaños sino á pedradas. Se transfiguraba; sus gruesos labios se hendían de desprecio, su rostro por completo respiraba la fuerza. En su cerrado puño agitaba un legajo, que parecía á punto de lanzar á la cabeza del señor Kahn y de Du Poizat, inquietos y contrariados ante aquel brusco ataque de furor.

—El emperador no ha obrado bien—murmuró Du Poizat.

Entonces, en un santiamén, Rougón se sosegó;

volvió á su rostro la palidez ordinaria y su cuerpo pareció aplanarse con pesadez de hombre obeso. Púsose á hacer el elogio del emperador, por modo desmedido: era una inteligencia poderosa, un talento de increíble profundidad. Du Poizat y el señor Kahn cambiaron una mirada. Pero Rougón ensalzaba más todavía, hablando de su abnegación y diciendo con gran humildad que habíase sentido siempre orgulloso de ser un simple instrumento en manos de Napoleón III. Concluyó hasta con hacer perder la paciencia á Du Poizat, joven de viveza enfadosa. Y se entabló una disputa. Du Poizat hablaba amargamente de todo cuanto Rougón y él habían hecho por el Imperio, desde 1848 á 1851, cuando ambos engañaban el hambre en casa de madama Melania Correur. Hablaba de días terribles, sobre todo durante el primer año, días que transcurrieron chapoteando en el fango de París, para atraerse partidarios. Y, andando el tiempo, habían arriesgado veinte veces la pelleja. ¿No había sido Rougón quien, en la mañana del 2 de diciembre, se había apoderado del Palacio Borbón, á la cabeza de un regimiento de línea? Pues así se jugaba la cabeza. Y hoy se le sacrificaba víctima de una intriga cortesana. Pero Rougón protestaba; no había habido sacrificio; él, por sí y ante sí, se retiraba por motivos puramente personales. Y después, como Du Poizat, una vez lanzado, tratase á la gente de las Tullerías de «marranos», acabó por hacerle callar, asestando un puñetazo sobre el bufete de palisandro, que crugió de modo lastimero.



—Todo eso pertenece al género tonto—dijo sencillamente Rougón.

—Va usted un tanto lejos—masculló el señor Kahn.

Delestang, en extremo pálido, se había puesto de pie, detrás de los sillones. Abrió con gran tiento la puerta para ver si alguien escuchaba; pero tan sólo distinguió en la antesala la alta silueta de Merle, quien, vuelto de espaldas, parecía dar grandes muestras de discreción. La frase de Rougón había hecho ruborizar á Du Poizat, quien se calló, desimpresionado y mascando el cigarro, con ademán de descontento.

—No hay duda de que el emperador está mal rodeado—prosiguió Rougón tras de corto silencio.—Me he permitido decírselo, y se ha sonreído. Hasta se ha dignado bromear, agregando que los que á mí me rodean no eran mejores que los suyos.

Du Poizat y el señor Kahn se rieron con cierta violencia. Aquella contestación parecía de perlas.

—Pero, lo repito—continuó Rougón con particular acento,—me retiro por mi propia voluntad. Si se les interroga á ustedes, á ustedes que son mis amigos, afirmen que todavía ayer por la tarde era yo libre de retirar mi dimisión... Desmientan ustedes asimismo las chismografías que circulan tocante á ese asunto Rodríguez, del que, á lo que parece, se constituye toda una novela. Sobre este particular yo he podido encontrarme en desacuerdo con la mayoría del Consejo de Estado, y con este motivo ha habido en realidad ciertos rozamientos que han

apresurado mi retirada. Pero á mí me abonaban motivos más antiguos y más serios. Hallábame decidido, desde hacía mucho tiempo, á abandonar la alta posición que debía á la benevolencia del emperador.

Y dijo toda aquella tirada acompañándola con un movimiento de la mano derecha, de que abusaba siempre que hablaba á la Cámara. Aquellas explicaciones estaban á todas luces destinadas al público. El señor Kahn y Du Poizat, que conocían bien á su Rougón, trataron, con frases habilidosas, de saber lo que había de verdad. El grande hombre (como familiarmente se le llamaba entre ellos) debía de jugar un juego formidable. Llevaron la conversación á la política en general. Rougón se reía del régimen parlamentario, que llamaba «el estercolero de las medianías». A su parecer, la Cámara disfrutaba aún de una libertad absurda; hablábase en ella mucho más de la cuenta. Francia debía de ser gobernada por una máquina bien montada, con el emperador en todo lo alto y con los grandes cuerpos y los funcionarios por debajo de él, reducidos al estado de engranajes. Y se reía, henchido el pecho, en tanto que extremaba su sistema, con rabioso desprecio contra los imbéciles que piden gobiernos fuertes.

—Pero—interrumpió el señor Kahn,—con el emperador arriba y con los demás abajo, la cosa no resulta divertida más que para el emperador.

—Cuando uno se aburre, toma el portante—dijo tranquilamente Rougón.

Sonrióse y luego agregó:

—Se espera á que la cosa resulte divertida, y se vuelve.

Ocurrió un largo silencio. El señor Kahn púsose á restregar su sotabarba, muy satisfecho porque sabía cuanto quería saber. La víspera, en la Cámara, había estado en lo cierto, cuando insinuaban que Rougón, viendo su crédito vacilante en las Tullerías, se había anticipado, *de motu proprio*, á contrarrestar una desgracia para hacerse nueva piel, y el asunto Rodríguez le ofreció una soberbia ocasión para caer como hombre honrado.

—¿Y qué se dice?—preguntó Rougón para romper el silencio.

—Por mi parte, acabo de llegar—contestó Du Poizat.—Sin embargo, hace un instante oí decir en un café, á un señor condecorado, que aprobaba en gran manera la retirada de usted.

—Ayer, Béjuin se sentía afectadísimo—dijo á su vez el señor Kahn;—Béjuin le quiere á usted mucho. Es un muchacho un tanto frío, pero de gran solidez... Hasta el joven La Rouquette me pareció muy sensato y comedido. Hablaba de usted en los mejores términos.

Y la conversación continuó refiriéndose á unos y otros. Rougón, sin el menor encogimiento, dirigía preguntas y hacía dar reseña exacta por el diputado, quien le suministró, con la mayor complacencia, las notas más precisas sobre la actitud del Cuerpo legislativo tocante á él.

—Esta tarde—interrumpió Du Poizat, á quien dolía en el alma el no tener informe alguno que presen-

tar,—me pasearé por París, y mañana por la mañana, al levantarme, tendré largo y tendido que contar á usted.

—A propósito—exclamó el señor Kahn riendo,—¡me olvidaba de hablar á usted de Combelot!... No, en mi vida he visto hombre más fastidioso...

Pero se contuvo, en vista de un guiño que le hizo Rougón, señalándole la espalda de Delestang, encaramado á la sazón en una silla y ocupado en desear la parte superior de una librería, en donde se hallaban amontonados muchos periódicos. El señor de Combelot se había casado con una hermana de Delestang. Este, después de la desgracia de Rougón, se sentía un tanto contrariado por su parentesco con un chambelán; así fué que quiso demostrar cierta desenvoltura. Volvióse, y dijo sonriendo:

—¿Por qué no prosigue usted?... Combelot es un simple. ¡Eh! ¡queda soltada la palabra!

Aquella desahogada ejecución de un hermano político regocijó infinito á aquellos señores. Delestang, viendo su buen éxito, llevó las cosas hasta el punto de burlarse de la barba de Combelot, aquella famosa barba negra, tan célebre entre el sexo débil. En seguida, sin transición, pronunció con seriedad estas palabras, echando un paquete de periódicos en la alfombra.

—Lo que pone triste á unos, alegra á otros.

Esta gran verdad trajo á la conversación el nombre de Marsy. Rougón, baja la cabeza y como perdido en el fondo de una cartera, cada una de cuyas

alzándose desdenosamente de hombros.—Todo el mundo ha escrito de esas cartas estúpidas que se ven en poder de cualquiera.

Tomó la carta, la encendió en la bujía, y se sirvió de ella como de una cerilla para prender fuego al montón de papeles que había en la chimenea. Permaneció allí un instante, agachado, en su enorme corpulencia, vigilando las hojas abrasadas que revoloteaban hasta á la alfombra. Algunos importantes documentos administrativos se ennegrecían y se retorcián como láminas de plomo; los billetes, los sucios papelotes de mal trazadas letras, ardían cual lengüecillas azules; al paso que en el ardiente brasero, en medio de millares de chispas, había fragmentos consumidos que permanecían intactos, legibles aún.

En aquel instante la puerta se abrió de par en par, y oyóse una voz entre carcajadas.

—Bien, bien, ya le excusaré á usted, Merle... Yo soy de casa. ¡Voto á sanes! Si no me deja usted entrar por aquí, daré la vuelta por la sala de sesiones.

Era el señor d'Escorailles, á quien hacía seis meses Rougón había hecho nombrar auditor en el Consejo de Estado. Traía del brazo á la linda señora de Bouchard, fresquísima en su vestido claro de primavera.

—¡Buena la tenemos! ¡Mujeres ahora!—refunfuñó Rougón.

No se apartó en seguida de la chimenea, sino que permaneció agachado, teniendo en la mano la pala, con la que sofocaba la llama, por temor á un incen-

do. Alzó su redonda cara con desapacible gesto. El señor d'Escorailles no se desconcertó en lo más mínimo. Tanto él como la joven, desde el umbral habían dejado de sonreirse, para revestirse de la actitud que requerían las circunstancias.

—Querido maestro—le dijo,—aquí le traigo á usted una de sus amigas que estaba absolutamente empuñada en demostrarle su gran sentimiento... Hemos leído el *Monitor* esta mañana...

—Conque ustedes también han leído el *Monitor*—gruñó Rougón, quien se decidió por último á ponerse en pie.

Mas reparó en una persona á quien no había visto aún; y masculló, después de guñar los ojos:

—¡Ah, señor Bouchard!

Era, en efecto, el marido. Acababa de entrar, tras de las faldas de su mujer, silencioso y digno. El señor Bouchard contaba sesenta años; tenía la cabeza del todo blanca, la mirada apagada y el rostro como gastado por sus veinticinco años de servicio administrativo. No pronunció una palabra: tomó con ademán profundamente conmovido la mano de Rougón, que agitó tres veces, de arriba abajo, con toda la energía de que se sentía capaz.

—Mil gracias—les dijo Rougón;—han sido ustedes muy amables al venirme á ver; solo que me van ustedes á estorbar de lo lindo... En fin, colóquense por aquel lado... Du Poizat, dé usted un sillón á la señora.

Y, al volverse, se encontró cara á cara con el coronel Jobelin.

—¡También usted, coronel!—exclamó.

Como la puerta se había quedado abierta, Merle no había podido oponerse á la entrada del coronel, que subía la escalera pisando los talones de los Bouchard. Llevaba á su hijo de la mano, un mozalbete de quince abriles, á la sazón alumno del tercer año en el Liceo de Luis el Grande.

—He querido traer conmigo á Augusto. En la desgracia es cuando se revelan los verdaderos amigos... Augusto, da un apretón de manos.

Pero Rougón se lanzó hacia la antesala, gritando:

—¡Cierre usted de una vez la puerta, Merle! ¿En qué está usted pensando? Todo París se va á meter aquí.

El ujier mostró su faz tranquila, diciendo:

—Es que han visto á vucencia, señor presidente.

Y tuvo que hurtar el cuerpo para dejar pasar á los Charbonnel. Llegaban uno al lado del otro, pero sin darse el brazo, bufando, desolados, estupefactos. Y hablaron al mismo tiempo.

—Acabamos de ver el *Monitor*... ¡Ah, qué noticia! ¡qué desolación para la pobre madre de usted! Y en cuanto á nosotros, ¡en qué triste situación vamos á quedar!

Estos, más ingenuos que los demás, se acercaban sin perder momento, á exponer sus cuitas y la situación de sus pequeños negocios. Rougón les hizo callar y fué á correr el cerrojo que había debajo de la cerradura de la puerta, murmurando que ahora ya podían echarla abajo. Después, viendo que ninguno de sus amigos parecía determinado

á dejar el puesto, se llenó de resignación y trató de dar fin á su tarea, en medio de las nueve personas que llenaban el gabinete. La mudanza de los papeles había acabado por volver de arriba abajo la habitación. Rodaba sobre la alfombra una confusión de legajos, por tal modo que el coronel y el señor Bouchard, que quisieron acercarse al vano de una ventana, hubieron de tomar las más grandes precauciones para no aplastar en su camino algún asunto importante. Todos los asientos estaban llenos de paquetes atados; la señora de Bouchard fué la única persona que pudo sentarse en una butaca que había quedado libre; y sonreíase por las galante-rías que le dirigían Du Poizat y el señor Kahn, mientras que el señor d'Escorailles, no dando con ningún taburete, le deslizó debajo de los pies una burda carpeta azul atestada de cartas. Los cajones del bufete, echados patas arriba en un rincón, permitían á los Charbonnel acurrucarse por un instante, para recobrar aliento, mientras que el joven Augusto, entusiasmado por haber caído en aquel zafarrancho, huroneaba y desaparecía tras la montaña de paquetes, en mitad de la cual Delestang parecía atrincherarse. Este levantaba la mar de polvo, echando desde arriba los periódicos de la biblioteca. A la señora de Bouchard la acometió una ligera tos.

—Hace usted mal en permanecer en medio de tanta inmundicia—dijo Rougón, ocupado en vaciar las cajas que había rogado á Delestang que no tocara.

Pero la joven señora, toda coloradita por haber

tosido, le aseguró que se encontraba á pedir de boca y que su sombrero no temía al polvo. La concurrencia empezó y no acabó sus lamentaciones. En realidad de verdad, al emperador se le importaban un ardite los intereses de la nación, al dejarse rodear por personajes tan poco dignos de su confianza. Francia sufría una gran pérdida. Por lo demás, siempre sucedía lo propio: una gran inteligencia ha de conjurar contra ella todas las medianías.

—Los gobiernos son ingratos—declaró el señor Kahn.

—¡Peor para ellos!—dijo el coronel.—Se hieren hiriendo á sus servidores.

Pero el señor Kahn quiso ser el último en hablar, y se dirigió á Rougón:

—Cuando un hombre como usted cae, el luto es de la nación.

La concurrencia dió su aprobación.

—Sí, sí; un luto nacional.

Ante la estupidez de tales elogios, Rougón levantó la cabeza. Sus grises mejillas se iluminaban y su entero rostro traslucía una contenida sonrisa de satisfacción. Sentía cierta coquetería por su fuerza, como una mujer por su gracia; holgábase de recibir las lisonjas como quien dice á quemarropa, en mitad de su ancho pecho, sobrado robusto para que le aplastase fuerza alguna. Entretanto resultaba evidente que sus amigos se molestaban mutuamente; acechábanse con la mirada, tratando de echarse la zancadilla los unos á los otros, y sin determinarse á hablar alto. Ahora que el gran hombre parecía sojuzgado, la

ocasión era llegada de arrancarle alguna expresión consoladora. El que se arriesgó, el primero en hablar fué el coronel. Llevóse al hueco de una ventana á Rougón, quien le siguió dócilmente, con una caja bajo el brazo.

—¿Se ha acordado usted de mí?—le preguntó en voz bajita y con sonrisa cariñosa.

—Sin duda alguna. Hace cuatro días que se me volvió á prometer el nombramiento de comendador á favor de usted. No hay más sino que á la hora presente, me es imposible dar ninguna seguridad... Temo, se lo confieso á usted, que mis amigos recibían de rechazo las consecuencias de mi desgracia.

Los labios del coronel temblaron de emoción. Tartamudeó que había que luchar y que él lucharía también. Después volvióse bruscamente, y llamó:

—¡Augusto!

El mozalbete se había puesto á gatas sobre la mesa, en disposición de leer los títulos de los legajos, lo que le permitía al propio tiempo, echar ardientes miradas á las botinas de la señora de Bouchard. Acercóse corriendo á su padre.

—¡Aquí tiene usted á mi buen mozo!—prosiguió el coronel á media voz.—Ya sabe usted que será necesario colocarme esta calamidad, mejor hoy que mañana. Cuento con usted. Vacilo todavía entre la magistratura y la administración... Da un apretón de manos, Augusto, para que tu buen amigo haga memoria de tí.

Durante este tiempo, la señora de Bouchard, que,

impaciente, mordía uno de sus guantes, habíase levantado para acercarse á la ventana de la izquierda, ordenando al señor d'Escorailles que la siguiera. El marido se encontraba ya allí, con los codos apoyados en el alféizar, contemplando el paisaje. En frente, las hojas de los grandes castaños de las Tullerías se estremecían al tibio calor del sol; mientras que el Sena, desde el puente Real al de la Concordia, arrastraba sus azules aguas salpicadas de lentejuelas de luz.

La señora de Bouchard se volvió de repente, exclamando:

—¡Oh, señor Rougón, dignese venir á ver!...

Y, como Rougón se apresurase á dejar al coronel para obedecer, Du Poizat, que había ido en pos de la joven, se retiró discretamente y fué á reunirse con Kahn en la ventana del centro.

—Mire usted aquel barco cargado de ladrillos, que en un tris ha estado que no zozobre—decía la señora de Bouchard.

Rougón permaneció allí con complacencia, al sol, hasta que el señor d'Escorailles, á una nueva mirada de la joven, le dijo:

—El señor Bouchard quiere presentar su dimisión, y le hemos traído para que usted alegue sus razones para excusarle.

Entonces el señor Bouchard explicó que las injusticias le indignaban sobremanera.

—Sí, señor Rougón, empecé por ser empleado expedicionario en el Interior y he llegado á desempeñar el puesto de jefe de oficina, sin deber nada al

favor ni á la intriga... soy jefe de oficina desde el 47. ¡Pues bien! la plaza de jefe de división ha estado ya cinco veces vacante, cuatro veces en tiempo de la república, y una vez durante el imperio, sin que el ministro se haya acordado de mí, que tenía derechos jerárquicos... Ahora ya no se encuentra usted allí para mantener la promesa que me tenía usted hecha, y por lo tanto prefiero retirarme.

Rougón tuvo que calmarle. La plaza no ha sido dada todavía á nadie; si esta vez se le volvía á escapar, tan sólo sería una ocasión perdida, ocasión que volvería á darse con seguridad. Luego tomó las manos de la señora de Bouchard, felicitándola paternalmente. La casa del jefe de oficina fué la primera que le había acogido, cuando su llegada á París. Fué allí en donde encontró al coronel, primo hermano del jefe de oficina. Más adelante, cuando el señor Bouchard heredó de su padre, á los cincuenta y cuatro años, y encontrándose de golpe y porrazo picado con la comezón de casarse, Rougón sirvió de testigo á la señora de Bouchard, antes llamada Adela Desvignes, señorita muy bien educada, hija de una honrada familia de Rambouillet. El jefe de negociado había puesto los ojos en una joven de provincia, porque estaba por la honradez. Adela, rubia, pequeñita, preciosa, con la ingenuidad un tanto sosa de sus ojos azules, contaba ya con su tercer amante al cabo de cuatro años de matrimonio.

—Así, no tiene usted que pasar malos ratos—le dijo Rougón, que seguía estrechándole las muñecas con sus gruesas manos.—Ya sabe usted que se hace

cuanto á usted se le antoja... Julio dirá á usted un día de éstos á qué altura nos encontramos.

Y atrajo á parte al señor d'Escorailles, para decirle que por la mañana había escrito á su padre, á fin de tranquilizarle. El joven auditor había de conservar con todo sosiego su posición. La familia d'Escorailles era una de las más antiguas de Plasans, en donde disfrutaba de la veneración pública. Así pues, Rougón, que en otros tiempos había arrastrado destalonados zapatos por delante del hotel del viejo marqués, padre de Julio, cifraba su orgullo en proteger al joven. La familia conservaba un devoto culto por Enrique V, sin dejar por ello de permitir que el muchacho acortase distancias con el imperio, lo cual era resultado de la abominación de los tiempos que corrían.

En la ventana del centro, que habían abierto para aislarse mejor, el señor Kahn y Du Poizat conversaban, mirando á lo lejos los techos de las Tullerías, que azuleaban en una polvareda de sol. Calábanse mutuamente y dejaban escapar frases, interrumpidas por grandes silencios. Rougón era sobrado astuto—decían. No habría debido de incomodarse á propósito de aquel asunto Rodríguez, de tan fácil componenda. Luego, con los ojos extraviados, el señor Kahn murmuró, como si hablara consigo mismo:

—Sabe uno que cae, mas no sabe nunca si se volverá á levantar.

Du Poizat hizo como que no había entendido. Y, largo rato después, dijo:

—¡Oh! es un mozo que se pierde de vista.

Entonces, el diputado se volvió de súbito, y le habló muy de prisa, en la misma cara:

—Dicho sea entre nosotros, yo le tengo miedo. Está jugando con fuego... Es verdad que somos sus amigos y, en modo alguno, hay que pensar en abandonarle. Me inclino tan sólo á hacer constar que no ha pensado gran cosa en nosotros en toda esta trapatista... Yo, por ejemplo, tengo entre manos intereses enormes, que acaba de comprometer con su calaverada. No le asistiría derecho para guardarme rencor, ¿no le parece á usted? si ahora fuese yo á llamar á otra puerta; porque, al fin y á la postre, no soy yo sólo el que sufre, sino también los pueblos.

—Hay que llamar á otra puerta—repetía Du Poizat sonriendo.

Pero el otro, pasto de súbita cólera, soltó la rienda á la verdad.

—¿Cabe esto en lo posible?... Ese diablo de hombre os indispone con todo el mundo. El que pertenece á los suyos lleva en sus espaldas un cartel de desafío.

Sosegóse, suspirando y mirando del lado del Arco de Triunfo, cuyo inmenso bloque de grisácea piedra, emergía de la verde mancha de los Campos Elíseos. Y prosiguió con mayor suavidad:

—¿Qué quiere usted? yo, en punto á fidelidad, rayo en la estupidez.

El coronel, desde hacía un instante, se mantenía en pie detrás de aquellos señores.

—La fidelidad es el camino del honor—dijo sentenciosamente con su acento militar.

Du Poizat y el señor Kahn se apartaron para hacer lugar al coronel, quien prosiguió:

—Rougón contrae en el presente día una deuda con nosotros. Rougón ya no se pertenece.

Aquella frase obtuvo un éxito enorme. No, con seguridad, Rougón ya no se pertenecía. Y era preciso decírselo en redondo, para que se penetrase de sus deberes. Los tres bajaron la voz, maquinando, distribuyéndose esperanzas. De vez en cuando se volvían y echaban una mirada á la vasta habitación, para ver si algún amigo no monopolizaba por demasiado rato al grande hombre.

Entonces, el gran hombre, recogía los paquetes sin dejar de continuar conversando con la señora de Bouchard. Entretanto, en el rincón en que habían quedado silenciosos y contrariados hasta entonces, los Charbonnel andaban á la greña. En dos ocasiones tentados estuvieron de apoderarse de Rougón, quien se había dejado arrebatarse por el coronel y la joven. El señor Charbonnel acabó por empujar á su señora hacia él.

—Esta mañana—balbuceó,—hemos recibido una carta de su madre de usted...

No la dejó acabar. El mismo se llevó á los Charbonnel al hueco de la derecha, dejando otra vez los legajos, sin demasiada impaciencia.

—Hemos recibido una carta de su señora madre de usted—repitió la señora de Charbonnel.

E iba á leerla, cuando Rougón la tomó para recorrerla con una mirada. Los Charbonnel, antiguos tratantes en aceites de Plassans, eran los protegidos de

madama Felicitas, como se llamaba en la pequeña ciudad á la madre de Rougón. Habíaselos recomendado con motivo de una demanda que presentaban al Consejo de Estado. Uno de sus sobrinos, un tal Chevassu, abogado en Faverolles, cabeza de partido de un departamento vecino, había muerto, dejando una fortuna de quinientos mil francos á las Hermanas de la Sagrada Familia. Los Charbonnel, que en su vida habían pensado en la herencia, convertidos de repente en herederos por fallecimiento de un hermano del difunto, protestaron de aquella disposición testamentaria; y como la comunidad pidiese al Consejo de Estado autorización para aceptar el legado, los Charbonnel abandonaron su vieja morada de Plassans y acudieron á París, para alojarse en la calle de Jacob, hotel del Perigord, á fin de seguir más de cerca el curso de su negocio, que marchaba con pies de plomo seis meses hacía.

—Nos hallamos sobremanera tristes—suspiraba la señora de Charbonnel, en tanto que Rougón leía la carta.—Por mi parte, yo no quería ni aun oír hablar de semejante proceso. Pero Charbonnel repetía que, contándose con usted, era dinero ganado, que tan sólo tendría usted que pronunciar una palabra para que los quinientos mil francos entrasen de rondón en nuestro bolsillo... ¿No es así, señor Charbonnel?

El antiguo tratante en aceites, movió con desesperación la cabeza.

—Era una decente cantidad—continuaba la esposa,—y valía la pena de alterar una miaja su existen-



cia... ¡Ah, sí, no está poco alterada nuestra existencia!... ¿Sabe usted, señor Rougón, que ayer, sin ir más lejos, la sirvienta del hotel se negó á cambiarnos las servilletas sucias? ¡A mí, que en Plassans tengo la friolera de cinco armarios de ropa blanca!

Y continuó quejándose amargamente de París, que no podía ver ni en pintura. Habían ido allí para ocho días; y esperando poderse marchar, una semana tras otra, no se habían mandado enviar nada. Y ahora que á aquello no se le veía el fin, se emperraban en su habitación amueblada, comiéndose lo que á la criada le daba la gana de servirles, sin ropa blanca y sin vestidos casi. Ni siquiera tenían cepillo, y la señora de Charbonnel hacía su tocado con un peine roto. A veces se sentaban sobre su maletín y derramaban abundantes lágrimas de aburrimiento y de coraje.

—¡Y está además tan mal frecuentado el tal hotel!—murmuró el señor Charbonnel con sus reventones y pudibundos ojos.—Hay junto á nosotros un joven... ¡y se oyen tales cosas!

Rougón doblaba la carta.

—Mi madre—dijo,—dá á ustedes el excelente consejo de que se armen de paciencia. Y yo no puedo hacer más que inducirles á que hagan nueva provisión de valor... El asunto de ustedes me parece de lo mejor; mas hé aquí que yo me voy y no me atrevo á prometerles nada.

—Mañana mismo nos largamos—exclamó la señora de Charbonnel, en un arranque de desesperación. Mas, apenas lanzado aquel grito, quedóse pálida

como la muerte. El señor Charbonnel tuvo que sostenerla. Y ambos permanecieron un instante sin palabra, con los labios temblorosos y mirándose, con grandes ganas de echarse á llorar. Desfallecían y les acometía sobresalto tal, que no parecía sino que, por modo súbito, á los quinientos mil del pico se les hubiese tragado la tierra en presencia suya.

Rougón continuaba cariñosamente:

—Tienen ustedes que habérselas con una gran potencia. Monseñor Rochart, obispo de Faverolles, ha venido en persona á París para apoyar la demanda de las hermanas de la Sagrada Familia. A no ser por su intervención, tiempo hace que habrían ustedes tenido sentencia favorable. Por desgracia, el clero es poderosísimo en los tiempos que alcanzamos... Mas yo dejo amigos aquí y espero poder obrar sin ponerme en evidencia. Tanto tiempo han esperado ustedes, que si se van mañana...

—Nos quedaremos, nos quedaremos—se apresuró á tartamudear la señora de Charbonnel.—¡Ah, señor Rougón de mis pecados, he aquí una herencia que nos habrá costado un ojo de la cara.

Rougón volvió con presteza á sus papeles, dirigió una mirada de satisfacción á toda la estancia, aliviado de enorme peso, al no ver á nadie que pudiese llenarle todavía el hueco de alguna ventana. Toda la reunión quedaba satisfecha. En pocos minutos dió un gran avance á su tarea. Anímabale una alegría muy propia de él; brutal, que se fisgaba de la gente y que le vengaba de las

molestias que se le imponían. Durante un cuarto de hora, apareció terrible para con sus amigos, cuyas monsergas acababa de escuchar con placidez tanta. Fué tan lejos, mostróse con tal dureza con la linda señora de Bonchard, que los ojos de la joven se arrasaron de lágrimas, sin que por ello dejase de sonreír. Los amigos se reían, acostumbrados como se hallaban á aquellos desgraciados é inesperados accidentes. Nunca sus negocios iban por mejor camino que en los momentos en que Rougón ejercitaba sus fuerzas, tratádoles á la baqueta.

En esto, con toda discreción, se dió un golpecito en la puerta.

—No, no, no abra usted—gritó á Delestang, que se levantaba.—¿Se burlan acaso de mí? Tengo ya la cabeza hecha una olla de grillos.

Y como se empujase la puerta con mayor violencia:

—¡Ah, si me quedara—murmuró entre dientes,— qué bonitamente plantaría á ese Merle de patitas en el arroyo!

No volvieron á llamar. En cambio, en un santiamén, en un rincón del gabinete, se abrió una puertecilla, para dejar paso á una enorme falda de seda azul, que entraba de espaldas. Y aquella falda, de tonos clarísimos y adornada con lazos de seda, permaneció allí un instante, medio en la sala, sin que otra cosa se llegara á ver. Una voz de mujer, delgadita y delicada, hablaba vivamente en la parte de afuera.

—¡Señor Rougón!—llamó la dama, dejando ver por último su rostro.

Era madama Correur, con sombrero adornado con un haz de rosas. Rougón, que se adelantaba furioso con los puños cerrados, inclinó los hombros y fué á estrechar la mano de la recién llegada, doblando el espinazo.

—Estaba preguntando á Merle qué tal se encontraba aquí—dijo madama Correur, envolviendo con tierna mirada al gran diablo de ujier, que se hallaba en pie y sonriente delante de ella.—Y usted, señor Rougón, ¿está usted satisfecho de él?

—¡Y tanto, ya lo creo!—contestó Rougón con afectada amabilidad.

Merle conservaba su beatífica sonrisa, fijos los ojos en el rollizo pescuezo de madama Correur. Esta se ponía tan hueca, y atraía con la mano los ricitos de sus sienes.

—Pues nada más hay que pedir, niño mío—prosiguió.—Cuando coloco á alguien me huelgo de que todos queden satisfechos... Y si necesitase usted algún consejo, venga usted á verme, por la mañana, ya lo sabe usted, de ocho á nueve. Con que, siga usted portándose bien.

Y entró en el gabinete, diciendo á Rougón:

—No hay nada como los antiguos militares

Luego, no le dejó, hízole atravesar toda la pieza y le llevó, pasito á paso, delante de la ventana, al otro extremo. Reñale por no haber abierto. Si Merle no hubiese consentido en introducirla por la puertecilla, habría tenido que quedarse fuera. Y no obstan-

te, ¡Dios sabía si necesitaba verle! porque, al fin y á la postre, no podía largarse de aquella manera, sin decirle el estado en que se hallaban sus peticiones. Sacó del bolsillo un librito de memorias, de gran riqueza y forrado de moaré color de rosa.

—No he visto el *Monitor* sino después del almuerzo—le dijo.—Sin perder un momento, tomé un fiacre... Veamos, ¿en qué estado se encuentra el asunto de madama Leture, la viuda del capitán, que pide un estanco? Yo le tengo prometido que se sabría el resultado la semana próxima... Y el asunto de aquella señorita, ¿no se acuerda usted? Hermimia Villecoq, antigua pensionista de Saint-Denis, con quien su seductor, oficial él, consiente en casarse si algún alma honrada y caritativa se allana á adelantar la dote reglamentaria. Habíamos pensado en la emperatriz... ¿Y todas esas señoras, madama Chardón, madama Testanière, madama Jalaguier, que esperan hace tantos meses?...

Rougón, con la mayor complacencia, daba contestaciones, explicando las dilaciones y descendiendo á los detalles más minuciosos. Hizo, sin embargo, comprender á madama Correur que ahora debía contar mucho menos con él. Entonces ella puso el grito en el cielo. ¡Sentíase tan feliz haciendo favores! ¿Qué iba á ser de ella con semejante caterva de señoras? Y de este modo llegó á hablar de sus asuntos personales, que Rougón conocía al dedillo. Repetía que era una Martineau, de los Martineau de Coulonges, una buena familia de la Vendée, en que podían citarse hasta siete notarios de padre á hijo. Nunca supo ex-

plicarse con claridad el origen de su nombre de Correur. A la edad de veinticuatro años había tocado soleta con un mozo cocinero, de resultas de todo un verano de citas ocurridas bajo un cobertizo. Su padre estuvo si las lía ó no las lía á consecuencia de tamaño escándalo, verdadera monstruosidad de que la comarca se ocupaba todavía. Desde entonces vivía en París, como si hubiese muerto para su familia. Diez veces había escrito á su hermano, al frente ahora del despacho, sin haber obtenido de él la menor contestación; de este silencio acusaba á su cuñada, «mujer metida con los curas, que llevaba por las narices á aquel babieca de Martineau»—según decía ella.—Una de sus ideas fijas consistía en volver allá, como Du Poizat, para exhibirse como mujer de medios y respetada.

—He vuelto á escribir hace ocho días—prosiguió;—apuesto á que la muy... echa mis cartas al fuego... Sin embargo, si Martineau falleciese, no tendría más remedio que abrirme la casa de par en par. Como carecen de hijos, no me faltarían intereses que arreglar... Martineau cuenta con quince años más que yo, y anda gotoso, según se me ha dicho.

En seguida cambió súbitamente de tono, y repuso:

—En fin, no hay que pensar en esto... Para usted es para quien se trata de trabajar ahora. ¿No digo bien, Eugenio? Se trabajará, ya lo verá usted. Fuerza es que usted lo sea todo, para que nosotros seamos algo... ¿Hace usted memoria del 51?

Rougón se sonrió. Y, como ella le estrechara ma-

ternalmente ambas manos, él se inclinó á su oído y dijo bajito:

—Si ve usted á Guilquin, dígame que se ponga en razón. ¿No tuvo la ocurrencia, la semana última, después de haberse hecho llevar al cuartelillo, de dar mi nombre para que fuese yo á reclamarlo?

Madama Correur prometió hablar á Guilquin, uno de aquellos sus antiguos pupilos, del tiempo en que Rougón se hospedaba en el hotel de Vanneau, muchacho que no tenía precio á veces, pero que era por lo común empedernido calavera, capaz de comprometer al sol que sale.

—Tengo un fiacre abajo y echo á correr—le dijo sonriente, y en alta voz, ya en medio del gabinete.

Quedóse allí, no obstante, todavía unos minutos, ganosa de ver á la reunión desfilar al mismo tiempo que ella. Para iniciar el movimiento de retirada, hasta llegó á ofrecer á alguno llevárselo en su compañía en el fiacre. El coronel fué quien aceptó, quedando convenido que Augustito subiría al lado del cochero. Entonces se dió principio á gran distribución de apretones de manos. Rougón se había situado junto á la puerta, abierta de par en par. Al pasar por delante de él, todos y cada uno tuvieron su última frasecita de pésame. El señor Kahn, Du Poizat y el coronel, estiraron el cuello y le soltaron muy bajito alguna palabra al oído, á fin de que no les olvidase. Los Charbonnel se encontraban ya en el primer peldaño de la escalera y madama Correur platicaba con Merle, en el fondo de la antesala, mientras que la señora de Bouchard, esperada de allí á

algunos pasos por su consorte y por el señor d'Escorailles, se retardaba aún delante de Rougón, graciosísima y muy dulce, preguntándole á qué hora podría verle, calle de Marbeuf, á solas, porque ella era una estúpida cuando había gente. Pero el coronel, al oír que le hacía tamaña pregunta, se acercó inopinadamente; los demás le siguieron y hubo nueva entrada general.

—Todos iremos á verle á usted—exclamó el coronel.

—No tiene usted para qué enterrarse en vida—decían muchas voces.

El señor Kahn con un ademán impuso silencio. Y acto seguido lanzó la famosa frase:

—Usted no se pertenece; usted pertenece á sus amigos, á Francia entera.

Y desaparecieron por fin. Rougón pudo cerrar la puerta y lanzó un gran suspiro de satisfacción. Delestang, de quien había hecho caso omiso, salió entonces de detrás del montón de cajas, á cuyo abrigo acababa de dar fin á la clasificación de los papeles, como amigo concienzudo. Sentíase un tanto orgulloso de su tarea; había obrado mientras que los demás se despepitaban por hablar. Así fué que recibió con verdadero regocijo las demostraciones de agradecimiento del gran hombre. Nadie como él para prestar un servicio; poseía un espíritu de orden, un método para el trabajo que le llevarían muy lejos; y Rougón dió todavía con muchas otras frases lisonjeras, sin que pudiese colegirse si las decía ó no en tono de broma. Por último, volviéndose á

un lado y otro, y dirigiendo una mirada á todos los rincones:

—Creo que todo ha terminado, gracias á usted... Ya no hay más que dar orden á Merle para me mande llevar á casa todos esos paquetes.

Llamó al ujier y le indicó sus papeles personales. A todas sus recomendaciones, el ujier contestaba:

—Sí, señor presidente.

—¡Eh! ¡so animal! —concluyó por gritar Rougón excitado,—no me llame usted más presidente, porque no lo soy ya.

Merle se inclinó, dió un paso hacia la puerta, y allí se quedó titubeando. Después volvió para decir:

—Hay abajo una dama á caballo que pregunta por el señor... Ha dicho riendo que sería muy capaz de subir á caballo, si la escalera fuese lo bastante ancha... No pretende más que estrechar la mano al señor.

Rougón apretaba ya los puños, creyéndolo pura broma. Pero Delestang, que había ido á mirar por una ventana del pasillo, acudió balbuceando y muy conmovido, diciendo:

—¡La señorita Clorinda!

Entonces Rougón mandó contestar que él bajaba. Después, como Delestang y él tomasen los sombreros, se le quedó mirando, fruncidas las cejas, como sospechoso en presencia de la emoción que demostraba.

—Desconfíe usted de las mujeres—le dijo.

Y, ya en el umbral, dió una última mirada al gabinete. Por las tres ventanas, que habían quedado

abiertas, una radiante claridad iluminaba los estantes vacíos, los cajones diseminados, los paquetes atados y amontonados en mitad de la alfombra. El gabinete parecía inmenso y lleno de tristeza. En el fondo de la chimenea, el montón de papeles quemados á manos llenas, apenas dejaban una paletadita de negra ceniza. Al cerrar la puerta, la bujía, olvidada en un ángulo del bufete, se apagó haciendo estallar la arandela de cristal, en el silencio de la vacía estancia.

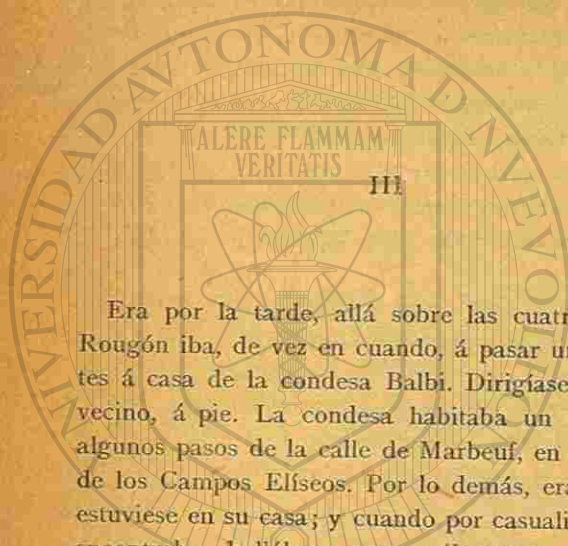
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
"ALFONSO CASTELLANOS"  
Apto. 1625, Av. Universidad, México

con la misma sonrisa provocadora, la madre sin decir esta boca es mía, la hija hablando en alta voz y asestándole con fijeza sus miradas á los ojos. Rougón se mantenía firme, huía de ellas, agitaba los párpados para no tenerlas que ver y no aceptaba las invitaciones que le dirigían. Después, asediado, perseguido hasta en su propia casa, delante de la cual Clorinda hacía ostentación de pasar á caballo, se determinó á pedir los necesarios informes, antes de arriesgarse á dejarse ver en su casa.

En la embajada de Italia se le habló de aquellas señoras en los términos más favorables: el conde Balbi había existido en realidad; la condesa conservaba importantes relaciones en Turín; la hija, por último, había estado á punto, el año anterior, de casarse con un príncipe alemán. Mas, en casa de la duquesa de Sanquirino, á quien se dirigió en seguida, los informes cambiaron de medio á medio. Afir-mósele allí que Clorinda había venido al mundo dos años después del fallecimiento del conde; por lo demás corría una muy complicada leyenda referente al matrimonio Balbi; marido y mujer habían pasado una interminable serie de aventuras, desenfrenos mútuos, un divorcio obtenido en Francia, una reconciliación acaecida en Italia, que les había hecho vivir en una especie de concubinato. Un joven agregado de embajada, muy al corriente de cuanto pasaba en la corte del rey Víctor Manuel, se expresó con más claridad aún; según él, si la condesa conservaba allí alguna influencia, debíala á una antigua amistad con un elevado personaje; y daba á en-



Era por la tarde, allá sobre las cuatro, cuando Rougón iba, de vez en cuando, á pasar unos instantes á casa de la condesa Balbi. Dirigíase allí como vecino, á pie. La condesa habitaba un hotelito, á algunos pasos de la calle de Marbeuf, en la avenida de los Campos Elíseos. Por lo demás, era raro que estuviere en su casa; y cuando por casualidad allí se encontraba, hallábase entre sábanas y hacía que se la excusase. Esto no era parte para que la escalera del hotelito no se viese llena de una zambra de bulliciosos visitantes, ni para que las puertas de los salones dejaran de abrirse y cerrarse á todo vuelo. Su hija Clorinda recibía en una galería, una especie de taller de pintor, que daba á la avenida con grandes huecos acristalados.

Durante cerca de tres meses, Rougón, con su brutalidad de hombre casto, había hecho oídos de mercader á las insinuaciones de aquellas señoras, quienes se habían hecho presentar á él, en un baile en el ministerio de Negocios extranjeros. Tropezábase con ellas por do quier, sonrientes una y otra

tender que habría permanecido en Turín, á no ser por cierto enorme escándalo, sobre el cual no supo dar más explicaciones. Rougón, atraído poco á poco por el interés de aquella información, acudió hasta á la prefectura de policía, en donde nada preciso pudo obtener; los legajos referentes á ambas extranjeras, las presentaban sencillamente como mujeres que llevaban gran tren, sin que se les conociese una fortuna sólida. Decían ellas que poseían bienes en el Piamonte. La verdad era que á veces se ofrecían bruscas alteraciones en su lujo; entonces desaparecían sin decir oste ni moste, para volverse á presentar sin tardanza con nuevo esplendor. En resumen, nada se sabía con seguridad acerca de ellas, y se tenía por preferible el no saber nada. Frecuentaban la más encopetada sociedad, y su casa era aceptada como terreno neutral, en donde se toleraban las excentricidades de Clorinda, en calidad de flor exótica. Rougón tomó la determinación de ir á visitar á aquellas damas.

A la tercera visita, la curiosidad del gran hombre había subido de punto. Eran tardas sus sensaciones y difíciles de despertar. Lo que al principio le atrajo hacia Clorinda fué ese misterio de lo desconocido, toda una vida pasada, toda una idea fija de porvenir que creía leer en el fondo de sus grandes ojos de joven diosa. Habíansele contado abominables anécdotas, una primera debilidad con un cochero, y más adelante un ajuste cerrado con un banquero, que había pagado la mentida virginidad de la señorita con el hotelito de los Campos Elíseos,

Pero, en ciertas ocasiones, parecíale tan niña, que le asaltaba la duda, prometiéndose confesarla y volver para descifrar la clave de aquella extraña criatura, cuyo viviente enigma acababa por ocupar su imaginación tanto como cualquier delicado problema de alta política. Había vivido hasta allí desdeñando á las mujeres, y la primera con la cual venía á caer, era con seguridad la máquina más complicada que se pudiese imaginar.

Al día siguiente del en que Clorinda había ido al trote de su caballo de alquiler, á darle un apretón de manos á manera de pésame, á la puerta del Consejo de Estado, Rougón le devolvió la visita, que, por lo demás, ella le había exigido solemnemente. Proponíase—le decía—referirle algo que le apartaría de sus murrias. Llamábala bromeando «su vicio»; y en su casa olvidábase de buen grado de todo, divertido, halagado, despierta la imaginación, tanto más cuanto que él la delectaba aún, tan poco adelantado como el primer día. Al volver la esquina de la calle de Marbeuf, dirigió una mirada, en la calle del Coliseo, al hotel habitado por Delestang, á quien creía haber sorprendido ya muchas veces, con el rostro pegado á las persianas á medio echar, de su gabinete, atisbando, á la parte opuesta de la avenida, las ventanas de Clorinda; pero las persianas, hallándose á la sazón echadas, Delestang debía de haber salido por la mañana para la granja modelo de la Chamade.

La puerta del hotel Balbi estaba, como de ordina-

rio, abierta de par en par. Rougón encontró al pie de la escalera á una mujercilla morena, mal peinada, arrastrando una falda amarilla, hecha jirones, que tiraba bocados á una naranja como si fuese una manzana.

—Antonia, ¿está su ama de usted en casa?—le preguntó.

No le contestó, teniendo la boca llena y agitando violentamente la cabeza con una carcajada. Tenía los labios embadurnados con el jugo de la naranja, y entornaba sus ojillos que parecían dos gotas de tinta sobre su tez morena.

Rougón subió, acostumbrado ya al servicio desordenado de la casa. En la escalera se tropezó con un criado de gran estatura y mal encarado; su aspecto era el de un bandido, con larga y negra barba; miróle con toda tranquilidad sin cederle el lado de la barandilla. Después, en el pasillo del piso primero, encontróse solo, en frente de tres puertas abiertas. La de la izquierda daba á la habitación de Clorinda. Tuvo la curiosidad de alargar la cabeza. A pesar de que ya eran las cuatro, la habitación no estaba todavía en orden; un biombo, desplegado delante de la cama, medio ocultaba las conchas colgantes; y, echados sobre el mismo mueble, secábanse las faldas del día anterior, llenas de barro en la parte baja. Delante de la ventana, la jofaina, llena de agua de jabón, rodaba por los suelos, mientras que el gato de la casa, un gato gris, dormía hecho un ovillo entre un montón de ropa.

En el segundo piso era en donde Clorinda se encontraba generalmente, en una galería de que, sucesivamente, había hecho taller, fumadero, estufa y salón de verano.

A medida que Rougón subía, sentía ir en aumento una batahola de voces, de ruidosas carcajadas y de muebles echados patas arriba. Y, cuando se halló delante de la puerta, acabó por darse cuenta de que un piano físico producía el zipizape, mientras que una voz cantaba. Llamó por dos veces sin obtener contestación. Entonces resolvióse á entrar.

—¡Ah! ¡bravo, bravo, aquí está!—gritó Clorinda batiendo palmas.

Rougón, por lo común tan difícil de desconcertar, se quedó por un instante en el umbral, casi con timidez. Ante el cascado piano que aporreaba con furia para obtener sonidos menos discordantes, se hallaba el caballero Rusconi, el legado de Italia, un moreno con gracia, y, cuando se terciaba, diplomático serio. En mitad de la habitación, el diputado La Rouquette valsaba con una silla, cuyo respaldo, estrechaba amorosamente en sus brazos, tan impulsado por su brío, que había sembrado el suelo de sillas tumbadas acá y allá.

Y á la deslumbradora claridad de uno de los vanos, en frente de un joven que la dibujaba al carbón en un lienzo blanco, Clorinda, en pie en medio de una mesa, poníase como modelo de Diana cazadora, con los muslos al aire, al igual que el seno, los brazos, toda ella desnuda. En un canapé tres caba-



llos, muy serios, fumaban gruesos cigarros mirándola, con las piernas cruzadas y sin decir una palabra.

—¡Espere usted, no se mueva!—decía el caballero Rusconi á Clorinda, que se disponía á saltar de la mesa. Voy á hacer las presentaciones.

Y, seguido por Rougón, dijo en tono de broma al pasar por delante del señor La Rouquette, quien había caído falto de aliento en un sillón:

—El señor La Rouquette, á quien usted ya conoce. Un futuro ministro.

Después, acercándose al pintor, prosiguió:

—El señor Luigi Pozzo, mi secretario. Diplomático, pintor, músico y enamorado.

Y echó en olvido á los tres caballeros del sofá. Pero al volverse, reparó en ellos; dejó el tono de broma, inclinóse del lado suyo y murmuró con voz ceremoniosa:

—El señor Brambilla, el señor Staderino, el señor Viscardi, los tres refugiados políticos.

Los tres venecianos, sin dejar sus cigarros, saludaron. El caballero Rusconi volvía al piano, cuando Clorinda le interpeló vivamente, reprochándole ser un mal maestro de ceremonias. Y, á su vez, señalando á Rougón, dijo sencillamente, con entonación particular, sumamente lisonjera:

—El señor Eugenio Rougón.

Saludáronse nuevamente. Rougón, quien por un instante, había tenido miedo de aquella comprometedora broma, quedó sorprendido del exquisito tac-

to y de la súbita dignidad de aquella real moza, medio en cueros en su traje de gasa. Sentóse y pidió noticias de la condesa Balbi, como lo hacía comúnmente; hasta daba á entender, en cada visita, que allí iba por la madre, lo que le parecía más conveniente.

—Habría tenido el mayor placer ofreciéndole mis respetos—agregó, con arreglo á la fórmula que había adoptado para aquellas circunstancias.

—¡Pero si mamá está allí!—dijo Clorinda señalando á un rincón de la estancia, con el extremo de su arco de madera dorada.

Y la condesa, en efecto, se encontraba allí, detrás de los muebles, recostada en amplio sillón. Aquello produjo verdadera sorpresa. A la cuenta, los tres refugiados políticos debían de ignorar también su presencia; así fué que se levantaron y saludaron. Rougón se dirigió á estrecharle la mano. Manteníase en pie, y ella, tendida siempre, contestaba con monosílabos, con aquella continua sonrisa que no la dejaba nunca, hasta cuando se encontraba mal. Luego volvió á su silencio, distraída y dirigiendo miradas del lado de la avenida, por donde se deslizaba un río de coches. Habíase sin duda sentado allí para ver pasar la gente. Rougón se apartó de allí.

Entretanto, el caballero Rusconi, sentado nuevamente al piano, buscaba una tonada, pulsando suavemente las teclas y canturreando á media voz frases italianas. El señor La Rouquette se abanicaba

con el pañuelo. Clorinda, con toda gravedad, había vuelto á su posición. Y Rougón, en el recogimiento súbito que se había creado, andaba despacito, de un lado á otro, mirando las paredes. La galería se veía atestada de una multitud de objetos; varios muebles, un pupitre, un gran cofre, muchas mesas, todo colocado en medio, dejando un laberinto de estrechos pasos; en un lado había plantas de estufa, relegadas al olvido, echadas unas sobre otras, muriéndose de sed, con sus verdes palmas colgantes y ya corroídas de moho; mientras que al otro lado se veía un gran montón de arcilla seca, en la que se distinguían aún los brazos y las piernas desmenuzadas de una estatua que Clorinda había esbozado, instalada de repente por el capricho de convertirse en artista. La galería, de gran extensión, no presentaba en realidad libre sino un reducido espacio delante de uno de los huecos, especie de cuadro transformado en saloncillo con dos sofás y tres sillones desapareados.

—Puede usted fumar,—dijo Clorinda á Rougón.

El le dió las gracias, pero no fumaba nunca. Clorinda, sin volverse, exclamó:

—Caballero, sírvase hacerme un cigarrillo. Ha de haber tabaco delante de usted, sobre el piano.

Y, en tanto que el caballero hacía el cigarrillo, de nuevo reinó el silencio. Rougón, contrariado por verse allí con toda aquella gente, iba á tomar el sombrero. Pasó no obstante por delante de Clorinda, erguida la cabeza y sonriendo:

—¿No me rogó usted que pasase por aquí para enseñarme algo?—le preguntó.

No le contestó en seguida, muy seria y entregada por entero á su oficio de modelo.

—¿Qué es lo que quería usted enseñarme?

—¡Yo!—le contestó.

Y dijo aquello con acento soberano, sin un gesto, instalada sobre la mesa, en su actitud de diosa. Rougón, muy serio á su vez, retrocedió un paso y la miró con detención. Hallábase en realidad soberbiamente hermosa, con su puro perfil, con su airoso cuello unido á sus hombros por airosa inclinación. Poseía sobre todo esa belleza majestuosa, la belleza del busto. Sus redondeados brazos y piernas revestían marmóreos fulgores. Su cadera izquierda, un poco hacia adelante, la inclinaba un tanto, con la mano derecha al aire, dejando al descubierto, desde el sobaco al talón, una extensa línea, poderosa al par que flexible, ahuecada en el talle y saliente en el muslo. Con la otra mano se apoyaba en el arco con el ademán tranquilamente enérgico de la cazadora clásica, poco cuidadosa de su desnudez, desdenosa del amor de los hombres, fría, altanera, inmortal.

—¡Lindo, muy lindo!—murmuró Rougón, no sabiendo qué decir.

La verdad era que la encontraba abrumadora, en su inmovilidad de estatua. Aparecía tan victoriosa, tan segura de encontrarse clásicamente bella, que, á haberse él atrevido, habríala criticado como

obra de arte, alguno de cuyos rasgos salientes herían sus ojos burgueses; más le habrían gustado un talle más delgado, unas caderas menos voluminosas, un seno más alto. Acometióle un deseo de hombre brutal, el de cogerle una pantorrilla. Tuvo que retirarse más aún, para no ceder á la tentación.

—¿Ha visto usted bastante?—preguntó Clorinda, seria y siempre convencida.—Espere usted, y mire otra cosa.

Y, bruscamente, dejó de ser Diana. Dejó caer el arco y se convirtió en Venus. Con las manos echadas detrás de la cabeza y jugueteando en su cabellera, con el busto medio recostado y elevando los senos, se sonreía, entreabría los labios, y extrañaba su mirar, como anegado súbitamente en un rayo de sol. Parecía más pequeña, con más redondeados miembros, dorada toda ella con un estremecimiento de deseo, cuyas tibias ondulaciones recorrerían su satinado cutis. Hallábase encogida, brindándose, haciéndose deseable, en actitud de amante sumisa, que desea ser acogida por entero en un solo abrazo.

Los señores Brambilla, Staderino y Viscardi, sin abandonar su lúgubre empaque de conspiradores, aplaudieron con gravedad.

—¡Brava, brava, brava!

El señor La Rouquette volvía loco de entusiasmo, mientras que el caballero Rusconi, que se había acercado á la mesa para alargar el cigarro á la joven, permanecía allí, con la mirada atónita, con li-

gero balanceo de la cabeza, como si marcase el ritmo de su admiración.

Rougón no dijo nada. Apretó las manos con fuerza tal, que le crujieron los dedos. Un ligero escalofrío acababa de correrle desde la cerviz hasta los talones. Y ya entonces no pensó en irse y se instaló en una butaca. Mas Clorinda había recobrado ya la libertad de su incomparable cuerpo, riendo á carcajadas y fumándose su cigarrillo con atrevido fruncimiento de labios. Contaba que se habría periculado por dedicarse al teatro; todo habría sabido representarlo, la cólera, la ternura, el pudor, el espanto; y, con una actitud, con un movimiento de la fisonomía, indicaba personajes. En seguida, dijo de repente:

—Señor Rougón, ¿quiere usted que le imite cuando habla en la Cámara?

Y se esponjó, se engalló, resoplando, echando los puños adelante, con mímica tan especial, tan verdadera imitación, que todos se quedaron con la boca abierta. Rougón se reía como un chiquillo; le resultaba adorable, muy astuta y muy de temer.

—Clorinda, Clorinda—murmuró Luigi, dando golpecitos con el tiento en el caballete.

Movíase por tal modo, que ya no le era posible trabajar. Había dejado el carbón para extender los colores sobre la tela, con la aplicación del colegial. En medio de las carcajadas, él se mantenía serio, dirigiendo incendiarias miradas á la joven y mirando con terrible semblante á los hombres con

quienes bromeaba. El era quien había concebido la idea de retratarla en aquel traje de Diana cazadora, del que hablaba todo París desde el último baile de la embajada. Llamábase primo suyo, sin más razón que la de haber nacido ambos en la misma calle, en Florencia.

—¡Clorinda!—repitió con acento de cólera.

—Luigi tiene razón—dijo la joven.—No son ustedes personas de juicio; ¡hacen ustedes un ruido de dos mil demonios!... ¡Trabajemos, trabajemos!

Y se colocó de nuevo en su actitud olímpica. Volvió á convertirse en hermosa estatua de mármol. Aquellos señores se quedaron en su sitio, inmóviles, como enclavados. El señor La Rouquette era el único que sobre el brazo del sillón se aventuraba á tocar un discreto redoble de tambor, con las yemas de los dedos. Rougón, tumbado de espaldas, miraba á Clorinda, un tanto soñador, pasto de vaga meditación, en que la joven se revestía de desmesuradas proporciones. Fuere como fuere, el mecanismo de una mujer resultaba cosa extraña. Nunca le había pasado por las mientes el hacer semejante estudio, y empezaba á entrever complicaciones extraordinarias. Por un instante, concibió con toda claridad el poderío de aquel desnudo seno, capaz de conmover un mundo. Clorinda, á sus turbados ojos, se engrandecía cada vez más, y cubría todo el acristalado hueco con su cuerpo de gigantesca estatua. Pero agitó los párpados y volviola á encontrar en la mesa mucho menos corpulenta que él. Entonces se sonrió;

á haberlo querido, habríala azotado como á una niña; y se quedó sorprendido por haber tenido miedo un solo momento.

En esto, al otro extremo de la galería, se percibía un ténue murmullo de voces. Rougón prestó oído por costumbre, mas no oyó sino un rápido rumor de sílabas italianas. El caballero Rusconi, que acababa de deslizarse por detrás de los muebles, se apoyaba con una mano en el respaldo del sillón de la condesa, inclinado respetuosamente hacia ella, pareciendo como que le contaba algún asunto de largos detalles. La condesa se satisfacía con dar muestras de aprobación con la cabeza. Una vez, sin embargo, hizo un violento gesto de negativa; el caballero entonces se inclinó aún más y la sosegó con su voz cantante, que se deslizaba como gorgojo de ave canora. Rougón, merced á su conocimiento del provenzal, acabó por sorprender algunas palabras, que le pusieron serio.

—Mamá—dijo de repente Clorinda, ¿acaso habrías enseñado al caballero el telegrama de ayer noche?

—¡Un telegrama!—dijo en voz alta el caballero.

La condesa había sacado del bolsillo un paquete de cartas, en el cual buscó por largo rato. Por último le entregó un pedazo de papel azul, muy arrugado. En cuanto hubo pasado por él la vista, hizo un gesto de admiración y de cólera.

—¡Cómo!—exclamó en francés, olvidando á las personas que allí había;—esto lo sabe usted desde

ayer. Pero yo no he recibido la noticia sino esta mañana.

Clorinda soltó una franca carcajada, lo que acabó por amostazarle.

—Y la señora condesa deja que le cuente el asunto de pe á pa, ¡como si lo ignorase!... Vaya, puesto que el local de la embajada se encuentra aquí, vendré todos los días á abrir la correspondencia.

La condesa se sonreía, y continuaba buscando en el atado de cartas; sacó otro papel y se lo dió á leer. Esta vez pareció muy satisfecho. Y se reanudó la conversación en voz baja; habíale vuelto al semblante su respetuosa sonrisa, y, al separarse de la condesa, le besó la mano.

—Quedan terminados los asuntos serios—dijo á media voz, volviendo á sentarse al piano.

Y aporreó con toda su fuerza una canallesca ronda, muy popular en aquel año. Después, repentinamente, habiendo mirado la hora, corrió á tomar el sombrero.

—¿Se va usted?—preguntó á Clorinda.

Llamóle con un ademán, y apoyándosele en el hombro, se puso á hablarle al oído. Rusconi movía la cabeza y se reía. Luego murmuraba:

—¡Fuerte, muy fuerte!... pero lo escribiré allá.

Y salió después de haber saludado. Luigi, dando un golpe con el tiento, había hecho que se levantara Clorinda, puesta en cuclillas sobre la mesa. Sin duda el río de carruajes que se deslizaba á lo largo de la avenida acababa por aburrir á la con-

desa, pues tiró del cordón que se hallaba á su espalda, en cuanto hubo perdido de vista el cupé del caballero, sumergido en medio de los landós que bajaban del Bosque. Quien entró fué aquel gran diablo de criado, con cara de bandido, dejando la puerta abierta. La condesa se apoyó en su brazo y atravesó lentamente la estancia, en medio de aquellos señores, en pie é inclinados á su paso. Ella contestaba con la cabeza, sonriendo. Después, ya en el umbral, volvióse y dijo á Clorinda:

—Tengo jaqueca y voy á tenderme un poco.

—Flaminio—dijo la joven al lacayo que se llevaba á su madre,—póngale usted una plancha caliente á los pies.

Los tres refugiados políticos no volvieron á sentarse. Permanecieron todavía allí unos instantes, puestos en fila, acabando de mascujar los cigarros, que echaron en un rincón, detrás del montón de arcilla, con el mismo ademán correcto y ajustado. Desfilaron por delante de Clorinda y se fueron en procesión.

—¡Gran Dios!—decía el señor La Rouquette, quien acababa de entablar una conversación seria con Rougón.—De sobra sé que esta cuestión de los azúcares es muy importante. Se trata nada menos que de toda una rama de la industria francesa. La desgracia está en que nadie, en la Cámara, me parece que haya estudiado á fondo la materia.

Rougón, á quien aburría de lo lindo, contestaba tan solo con movimientos de cabeza. El joven dipu-

tado se acercó más y prosiguió, dando á su rostro de muñeca repentina gravedad:

—Por lo que á mi toca, yo tengo un tío dedicado al negocio de azúcares. Posee una de las más importantes refinerías de Marsella... Pues bien, he ido á pasar tres meses con él; he tomado notas, ¡oh, la mar de notas! Hablaba con los obreros y me ponía al tanto de todo... En fin, como usted comprende, me proponía hablar en la Cámara.

Y tomaba estudiadas actitudes ante Rougón, empleando enorme trabajo para hablarle de los únicos objetos que se figuraba le debían interesar, deseoso por otra parte de exhibirse á él bajo el aspecto de hombre político de toda solidez.

—¿Y usted no ha hablado?—interrumpió Clorinda, á quien la presencia del señor La Rouquette parecía impacientarse.

—No, no he hablado—repuso con voz tarda,—creí que no debía de hablar... A última hora tuve miedo de que mis guarismos no fuesen del todo exactos.

Rougón le miró cara á cara, diciendo con gravedad:

—¿Tiene usted noticia de los terrones de azúcar que se consumen diariamente en el Café Inglés?

El señor La Rouquette se quedó un momento estupefacto, con los ojos desencajados. Luego soltó una carcajada.

—¡Ah! ¡muy bonito, muy bonito!—exclamó.—Comprendido, usted lo toma á broma... Mas esa es

cuestión de azúcar; y yo hablaba de la cuestión de los azúcares... ¡Magnífico! Me permitirá usted que repita el donaire, ¿verdad?

Y daba saltitos de alegría en el sillón. Recobró su sonrosado semblante, sentóse á su comodidad y púsose á la caza de ingeniosos chistes. Pero Clorinda le embistió por el ramo de mujeres. Habíale visto la antevíspera, en Variedades, con una rubilla, fea como un pecado y con la cabeza desgreñada como un perro de aguas. El empezó por negarlo; pero molestado en seguida por la manera cruel con que trataba al «perrillo de aguas», lo echó todo á rodar, saliendo á la defensa de aquella dama, persona muy digna, que no resultaba tan mal como ella decía; y hasta la habló de sus cabellos, de su talle, de su pierna. Clorinda se puso hecha un basilisco, y el señor La Rouquette acabó por exclamar:

—Me está esperando y me voy á verla.

Entonces, cuando hubo cerrado la puerta, la joven batió palmas, repitiendo en tono de triunfo:

—Ya se fué; ¡buen viaje!

Saltó con ligereza de la mesa y corrió hacia Rougón, á quien tendió sus dos manos. Ofrecíase en extremo cariñosa, sentíase—según decía—muy contrariada porque no la hubiese encontrado sola. ¡Cuánto trabajo la había costado el despedir á toda aquella gente! Ninguno comprendía, era la verdad... ¡Cuán ridículo parecía aquel señor La Rouquette con sus azúcares!... Mas ahora, tal vez, no se les iba ya á molestar, y podrían hablar... ¡Tenía tantas co-

sas que decirle! Hablando, hablando, le condujo hacia un sofá. Rougón se había sentado, sin soltarle las manos, cuando Luigi dió unos golpes secos con el tiento, repitiendo en tono amoscado:

—¡Clorinda, Clorinda!

—¡Calle! ¡es verdad, el retrato!—dijo riéndose.

Escapóse del lado de Rougón, y fué á inclinarse detrás del pintor, en actitud cariñosa. ¡Oh! ¡qué bonito era lo que había hecho! Resultaba á las mil maravillas. Pero, hablando con verdad, sentíase un tanto fatigada, por lo que pedía un cuartito de hora de descanso. Por lo demás, podía ir pintando el traje; no tenía precisión de plantarse en la mesa para el vestido. Luigi lanzaba miradas asesinas á Rougón y continuaba mascullando palabras de pocos amigos. Entonces, con gran rapidez, Clorinda le habló en italiano, con las cejas fruncidas, pero sin dejar de sonreír. Luigi se calló y volvió á manejar el pincel, aunque viniéndole muy cuesta arriba.

—No miento—repuso, volviendo á sentarse junto á Rougón;—tengo la pierna izquierda completamente adormecida.

Y se daba golpes en la pierna izquierda, para hacer circular la sangre—decía.—Bajo la gasa distinguíase el rosado color de las rodillas. Entretanto, habíase olvidado de que estaba desnuda; inclinábase hacia él, con seriedad, arañándose el cutis del hombro contra el recio paño de su gabán. Echóse entonces una mirada y se quedó más colorada que unas brasas. Y, de prisa y corriendo, fué en busca

de una gran prenda de encaje negro, en la cual se envolvió.

—Tengo un poco de frío—dijo después de haber empujado hasta delante de Rougón una butaca, en la cual se sentó.

Bajo los encajes dejaba ver tan sólo los extremos de sus desnudos brazos. Habíase anudado también el cuello, como para improvisarse una enorme corbata, en cuyo fondo hundía la barba. Allí dentro, con el busto enteramente sumergido, aparecía por completo negra, con su rostro de nuevo pálido y grave.

—Por último, ¿qué es lo que le ha sucedido á usted?—le preguntó.—Cuéntemelo usted todo.

Y le interrogó sobre su desgracia, con franqueza de curiosidad filial. Siendo extranjera, hacíase repetir hasta tres veces detalles que decía no comprender. Interrumpíale con exclamaciones en lengua italiana; mientras que en sus negros ojos, podía Rougón leer toda la emoción de su relato. ¿Por qué se había puesto de punta con el emperador? ¿cómo había podido renunciar á una posición tan elevada? ¿quiénes eran sus enemigos, para que por tal modo se hubiera dejado supeditar? Y cuando vacilaba, cuando le acosaba para conseguir cierta confesión que no quería hacer, mirábale con tan efusivo candor, que acababa por entregársele, contándole las cosas hasta el final. Pronto, á no dudarle, llegó á saber cuanto deseaba. Hízole además algunas preguntas, nada pertinentes, al asunto, cuya singula-

ridad sorprendió á Rougón. Luego, con las manos juntas, Clorinda se calló. Había cerrado los ojos y reflexionaba profundamente.

—¿Y bien?— preguntó Rougón sonriendo.

—Nada— murmuró la joven;— he tenido un gran sentimiento.

Rougón se sintió conmovido. Trató de tomarle otra vez las manos; mas ella las hundió entre los encajes, y el silencio continuó. Al cabo de dos buenos minutos abrió los párpados y dijo:

—¿Luego, usted tiene sus proyectos?...

Rougón la miró con fijeza. Despertose en él una sospecha. Mas ofrecíase á la sazón tan seductora, recostada en el fondo del sillón, en tan lánguida actitud, como si las penas de su «buen amigo» la hubiesen anonadado, que no paró mientes en el ligero escalofrío que acababa de sorprenderle. Clorinda le lisonjeó en gran manera. Era seguro que no permanecería por mucho tiempo alejado del poder y llegaría á ser el amo el mejor día. Segura estaba de que había de alimentar grandes pensamientos y confiar en su estrella, pues esto se le leía en la frente. ¿Por qué no la tomaba por confidente?... ¡Era ella tan discreta, sería ella tan feliz si la considerase por mitad en su porvenir! Rougón, fuera de sí, procurando siempre volver á coger las manitas que se hundían entre los encajes, siguió hablando, habló siempre, hasta el punto de dar rienda suelta á todo, á sus esperanzas, á sus certidumbres. Ella no le impulsaba, lo que hacía era dejarle en libertad, sin un ademán,

por miedo á contenerle. Examinábale, detallábale miembro por miembro, sondándole el cráneo, sopesando sus hombros, midiéndole el pecho. Véase en él en definitiva al hombre sólido, quien, por fuerte que ella era, habríasela echado con sólo un movimiento á la espalda, llevándosela sin el menor esfuerzo tan arriba como ella habría querido.

—¡Ah, mi buen amigo!—le dijo de repente.—¡No he sido yo quien ha dudado nunca!

Habíase incorporado, abriendo los brazos y dejando resbalar la manteleta de encajes. Entonces se volvió á presentar, más desnuda todavía, tendiendo el seno, deslizado los hombros fuera de la gasa, con movimiento tan flexible de gata enamorada, que parecía surgir de su corpiño. Aquello fué como súbita visión, como recompensa y promesa otorgadas á Rougón. ¿Y no era por ventura la manteleta de encajes la que se había deslizado? Volvió á atraerla hacia sí y la anudó más estrechamente.

—¡Chist!—murmuró.—¡Luigi refunfuña.

Y corrió junto al pintor, é inclinándose por segunda vez, le habló muy de prisa al oído. Rougón, cuando ya no se hallaba allí, por tal modo trémula, se restregó rudamente las manos, enervado, amotazado casi. Producíale á flor del cutis una irritación extraordinaria. Y la injuriaba; á los veinte años, no se habría sentido más imbécil. Acababa de confesarle como un niño, precisamente á él, que hacía dos meses se esforzaba en hacerla hablar, sin conseguir de ella más que seductoras risas. Habíale



bastado con negarle un instante sus manos; y había abandonado hasta decirselo todo, para que se las volviese á entregar. Ahora todo resultaba evidente, le conquistaba, y discutía si valía todavía la pena de ser seducido.

A Rougón se le escapó una sonrisa de hombre fuerte; la aniquilaría cuando le viniese en ganas. Y acudíanle pensamientos nada honrados, todo un proyecto de seducción, tras de cuya realización la dejaría plantada, después de haber sido su dueño. Ciertamente que no podía desempeñar el papel de imbécil con aquella moza que de tal manera le exhibía el seno. No estaba sin embargo, muy seguro de que la manteleta no se hubiese desprendido por sí sola.

—¿Cree usted por ventura que tengo grises los ojos?—le preguntó Clorinda acercándose.

Rougón se puso en pie y la miró muy de cerca, sin turbar la límpida quietud de sus ojos. Pero como adelantase las manos, Clorinda le dió un golpe. No tenía para qué tocar. Sentíase muy fría en aquel instante. Arrebujábase en su manteleta con pudor que se alarmaba ante los menores agujeritos del encaje. Por más que lo echaba á broma, que la impacientaba y que hacía como que iba á valerse de la fuerza, ella no dejaba de cubrirse más y más y dejaba escapar ligeros gritos cuando siquiera le rozaba los encajes. Por lo demás, no quiso volverse á sentar.

—Prefiero andar un poco—decía,—así las piernas se me desentumecen.

Entonces él la siguió y anduvieron juntos de una parte á otra. Rougón trató de confesarla á su vez. Clorinda, por regla general, no contestaba á las preguntas. Su conversación era brusca, irregular, interrumpida por exclamaciones y mezclada con historias, que no concluía jamás. Como la interrogase hábilmente Rougón acerca de una ausencia de quince días, que había realizado con su madre, el mes anterior, ella ensartó una interminable serie de anécdotas sobre sus viajes. Había estado en todas partes, en Inglaterra, en España, en Alemania, había visto cuanto había que ver. En seguida se descolgó con un chaparrón de observaciones pueriles sobre la alimentación, sobre las modas, sobre el tiempo que reinaba. A veces daba comienzo á un relato, en el cual se ponía en escena, con personajes conocidos, á quienes mentaba; Rougón prestaba atención, creyendo que iba por último á dejar escapar una confidencia; mas el relato convertíase en infantil, ó bien quedaba sin desenlace. Tampoco aquel día logró sacar nada en límpio. No se le echaba de menos en el rostro aquella risita que era como una máscara; y permanecía impenetrable, en medio de su expansión parlanchina. Rougón, ensordecido con tan estupendos relatos, desmentidos los unos con los otros, llegaba á no saber darse cuenta de si tenía á su lado una muchacha de doce años, inocente hasta

la imbecilidad, ó una mujer pozo de ciencia, vuelta á la candidez por verdadero refinamiento.

Clorinda interrumpió una aventura que le había acaecido en un pueblo de España, la galantería de un viajero, cuyo lecho habíase visto obligada á aceptar, mientras que él dormía en una silla.

—No debe usted pensar en volver á las Tullerías—dijo sin la menor transición.—Hágase usted desear.

—Gracias mil, señorita Maquiavelo—le contestó riendo.

Y ella rió más ruidosamente que él; mas no por eso dejó de seguir dándole consejos excelentes. Y como volviese á intentar pellizcarle los brazos, por vía de juego, Clorinda se amostazó, gritando que no podía hablarse con formalidad dos minutos seguidos. ¡Ah, si fuese hombre! ¡Cómo sabría abrirse camino en el mundo! ¡Tenían los hombres tan huera la cabeza!

—Vamos, cuénteme usted ahora la historia de sus amigos—prosiguió, sentándose al borde de la mesa, mientras que Rougón permanecía en pie delante de ella.

Luigi, que no les quitaba la vista de encima, cerró de golpe la caja de colores.

—Me voy—dijo.

Pero Clorinda volvió hacia él y volvió á traerle, jurando y perjurando que iba á volver á tomar la postura. Debía de tener miedo de quedarse sola con

Rougón. Y como Luigi accediera, procuró componérselas para ganar tiempo.

—Bien me dejará usted tomar un tentepié. ¡Tengo un hambre! ¡Oh! nada más que dos bocados.

Abrió la puerta, gritando:

—¡Antonia! ¡Antonia!

Y dió sus órdenes en italiano. Acababa de volverse á sentar al borde de la mesa, cuando Antonia entró, trayendo en cada una de sus manos una tostada con manteca. La criada se las presentó como sobre una bandeja, con su risa de animal á quien se hace cosquillas, risa que le hendía de parte á parte la boca en su negra faz. Y acto seguido desapareció, limpiándose las manos en el vestido. Clorinda la volvió á llamar para pedirle un vaso de agua.

—¿Quiere usted acompañarme?—preguntó á Rougón.—Es cosa excelente la manteca. A veces le pongo azúcar, mas no hay que ser siempre golosa.

No lo era gran cosa, en efecto. Rougón la había sorprendido una mañana, dispuesta á comerse por todo almuerzo un trozo de tortilla fría, hecha el día anterior. Tuvo sus sopechas de que era avara, vicio propio de los italianos.

—Tres minutos no más, ¿estamos, Luigi?—exclamó clavando los dientes en la primera tostada.

Y volviendo á Rougón, siempre en pie delante de ella, le preguntó:

—Veamos, el señor Kahn, por ejemplo, ¿cuál es su historia y cómo es que ha llegado á ser diputado?

Prestóse Rougón á aquel nuevo interrogatorio, esperando tener de ella alguna confidencia forzada. Sabía que tenía gran curiosidad por enterarse de la vida de unos y de otros y que prestaba atento oído á todas las indiscreciones, en acecho siempre de las complicadas intrigas, entre las cuales vivía. Importábasele muy mucho las grandes fortunas.

—¡Oh!—contestó riendo.—Kahn nació diputado; debió de haber echado los primeros dientes en los bancos de la Cámara. En el reinado de Luis Felipe, ya tenía asiento en el centro á la derecha, y defendía la monarquía constitucional con pasión juvenil. Después del 48, pasó al centro izquierda, por lo demás siempre apasionadísimo; había escrito una profesión de fe republicana en soberbio estilo. Hoy ha vuelto al centro derecha y defiende con el mayor entusiasmo el imperio... En resumidas cuentas, es hijo de un banquero judío de Burdeos, dirige unos altos hornos cerca de Bressuire, y se ha constituido una especialidad en los asuntos financieros é industriales; vive con bastante modestia, en espera de la colosal fortuna que heredará un día, y ha sido ascendido al grado de oficial el 15 de agosto último.

Y Rougón parecía buscar más detalles, con la vista extraviada.

—Estoy en que no he olvidado nada... No, no tiene hijos...

—¡Cómo! ¿está casado?—exclamó Clorinda.

E hizo un gesto, como para indicar que el señor Kahn maldito lo que ya le interesaba. Era un ro-

daballo; á nadie había presentado su mujer. Entonces, Rougón le refirió que la señora de Kahn vivía en París, muy retirada. En seguida, sin esperar nueva interrogación, repuso:

—¿Quiere usted saber ahora la biografía de Béjuin?

—No, no—contestó la joven.

Mas, no obstante, prosiguió:

—Procede de la Escuela politécnica. Ha escrito varios folletos, que nadie se ha tomado el trabajo de leer. Dirige la cristalería de Saint-Florent, á tres leguas de Bourges... Es prefecto del Cher, departamento que le dió á conocer...

—¡Calle usted!—gritó Clorinda.

—Hombre digno, que vota bien, que no dice nunca esta boca es mía, muy paciente, en espera de que se piense en él, mirándoos siempre para que no se le olvide. Yo he conseguido que se le nombre caballero...

Clorinda tuvo que llevarle la mano á la boca, amostazándose y diciendo:

—¡Eh! ese está casado también. ¡No es ningún chusco!... He visto á su mujer en casa de usted... ¡una facha! Me ha invitado á visitar su cristalería, en Bourges.

De un bocado dió fin á su primera tostada. Luego se echó al colete un gran trago de agua. Las piernas le colgaban al borde de la mesa; y moviendo un tanto las caderas y con el cuello echado atrás, balanceábalas con movimiento maquinal, cuyo ritmo

segua Rougón. A cada vaivén, las pantorrillas parecían hincharse bajo la gasa.

—¿Y el señor Du Poizat?—preguntó tras breve silencio.

—Du Poizat ha sido subprefecto—contestó sencillamente.

Ella le miró, sorprendida por la brevedad de la historia.

—Bien que lo sé—dijo Clorinda.—¿Y qué más?

—¿Qué más? Más adelante será prefecto, y entonces se le condecorará.

Comprendió que nada más quería decir. Por lo demás, el nombre de Poizat lo había echado al aire sin interés alguno. Entonces se puso á hacer memoria de aquellos señores valiéndose de los dedos; partiendo del pulgar, decía:

—El señor d'Escorailles: éste no es formal, le gustan todas las mujeres... El señor La Rouquette: inútil, le conozco demasiado... El señor de Combelot: otro más que está casado...

Y como se detuviese en el anular, no dando con nadie, Rougón le dijo, mirándola fijamente:

—Olvida usted á Delestang.

—¡Tiene usted razón!—exclamó.—¿No me hablará usted de él?

—Es un bello sujeto—repuso Rougón, sin apartar de ella la vista.—Es riquísimo, y le he vaticinado siempre un gran porvenir.

Y continuó en aquel diapasón, exagerando las alabanzas y duplicando las cantidades. La granja mo-

delo de la Chamade valía la friolera de dos millones. Delestang llegaría un día á ser ministro. Mas en los labios de Clorinda aparecía un mohín desdenoso.

—Es un estúpido—acabó por murmurar.

—¡Caramba!—exclamó Rougón con astuta sonrisa.

Parecía embelesado por las palabras que Clorinda había dejado escapar. Entonces, cediendo á uno de los súbitos saltos que le eran familiares, le salió con una nueva pregunta, mirándole á su vez con toda fijeza.

—Usted debe de conocer, y no poco, al señor de Marsy.

—Sí, sí, nos conocemos—le contestó sin pestañear y como regocijado más y más por lo que le pedía.

Pero púsose muy serio y habló con tanta dignidad como justicia.

—Es hombre de inteligencia extraordinaria—dijo,—y me honro al tenerlo por enemigo. En todo ha puesto las manos. A los veintiocho años era coronel. Más adelante se le halla al frente de una gran fábrica. Después se le ve ocupado sucesivamente de agricultura, de hacienda, de comercio. Asegúrase que hasta ha pintado retratos y escrito novelas.

Clorinda, olvidándose de comer, se quedó pensativa.

—La otra noche hablé con él—dijo á media voz.

—Persona es de gran mérito... digno hijo de una reina.

—En mi concepto—prosiguió Rougón,—el excesivo talento le perjudica. Yo tengo otra idea formada de la fuerza. En una circunstancia de suma gravedad le he oído hacer juegos de palabras. En fin, obtenido el éxito que ambicionaba, reina tanto como el emperador. ¡Qué suerte tienen todos esos bastardos!... Lo que tiene de más personal es la resistencia, una mano de hierro, atrevida, delicadísima y hábil al propio tiempo.

A su pesar la joven había bajado los ojos, fijándolos en las gruesas manos de Rougón. Este se percató de ello, y prosiguió sonriendo:

—¡Oh! las mías son patas, ¿no es así? A esto se debe el que jamás nos hayamos entendido Marsy y yo. El acuchilla á la gente con toda galantería, sin manchar sus blancos guantes; pero yo aplasto.

Había cerrado los puños, gruesos puños, velludos en las falanges, y los agitaba, satisfecho al contemplarlos enormes. Clorinda tomó la segunda tostada, en la que hincó los dientes, pensativa siempre. Por último, dirigió la vista á Rougón.

—¿Y ahora usted?—le preguntó.

—¿Es mi historia lo que usted desea saber?—le dijo.—Nada tan fácil de contar. Mi abuelo vendía hortalizas. Yo, hasta los treinta y ocho años arrastré mis chancas de abogadillo, en el fondo de mi provincia. Ayer, como quien dice, era yo un desconocido. Como nuestro amigo Kahn, yo no he gastado mis hombros sosteniendo á todos los gobiernos. No salgo, como Béjuin, de la Escuela politécnica. No llevo

ni el bonito nombre del pequeño Escorailles, ni la hermosa presencia de ese pobre hombre de Combelot. No estoy tan bien emparentado como La Rouquette, quien debe su asiento de diputado á su hermana, la viuda del general de Llorentz, en el día dama de palacio. Mi padre no me ha dejado, como á Delestang, cinco millones de fortuna, ganados en el negocio de vinos. No he nacido en las gradas de ningún trono, como el conde de Marsy, y no he crecido pendiente de las faldas de una mujer de talento, ni recibiendo caricias de Tayllerand. No, yo soy hombre nuevo, no cuento más que con mis puños...

Y se aporreaba un puño contra el otro, riendo estrepitosamente y tomando la cosa á pura broma. Pero habíase erguido, y no parecía sino que rompía piedras entre sus cerrados dedos. Clorinda le admiraba.

—Yo no era nada, y ahora seré lo que mejor me venga en gana—continuó, distrayéndose, y como hablando para él solo.—Soy una fuerza. ¡Y no me hacen encogerme poco de hombros los demás, cuando protestan de su adhesión al imperio! ¿Acaso lo prefieren? ¿lo sienten acaso? ¿No transigirían por ventura con cualquier otro gobierno? En cuanto á mí, he brotado con el imperio; yo lo he hecho y él me ha hecho á mí... Fui nombrado caballero después del 10 de diciembre, oficial en enero del 52, comendador el 15 de agosto del 54, y gran oficial hace tres meses. En tiempo de la presidencia tuve

por un instante la cartera de Obras públicas; andando el tiempo, el emperador me encargó de una misión en Inglaterra; luego entré en el Consejo de Estado, en el Senado...

—Y mañana, ¿en dónde entra usted?—preguntó Clorinda, con una sonrisa, con la cual trataba de ocultar el ardor de su curiosidad.

Rougón la miró y se detuvo en redondo.

—Es usted muy curiosa, señorita Maquiavelo—le dijo.

Entonces se puso á mecer las piernas con movimiento de mayor impulso. Reinó breve silencio. Rougón, al verla abstraída en profunda cavilación, creyó llegado el momento favorable para confesarla.

—Las mujeres...—empezó.

Mas ella le interrumpió, con la mirada vaga, sonriendo ligeramente por sus propias imaginaciones, y murmurando á media voz:

—¡Oh! las mujeres tienen otra cosa.

Y fué ésta su única confesión. Dió fin á la tostada, vació de un solo trago el vaso de agua pura y se puso en pie sobre la mesa de un salto, que atestiguaba su habilidad de amazona.

—¡Eh! ¡Luigi!—gritó.

Hacía un instante que el pintor, mordiéndose el bigote de impaciencia, se había levantado, moviéndose en torno de Clorinda y de Rougón. Luego volvió á sentarse dando un suspiro, y tomó de nuevo la paleta. Los tres minutos de favor pedidos por el joven, habían durado un cuarto de hora. Entretanto,

manteniase en pie encima de la mesa, envuelta siempre en su chal de encajes negros. Después, así que hubo vuelto á dar con la postura, descubrióse con un solo ademán. Tornaba á ser de mármol y perdía la conciencia del pudor.

En los Campos Elíseos, los coches rodaban en mayor número. El sol poniente enfilaba la avenida con polvareda de sol que cubría los árboles, como si las ruedas levantasen aquella nube de rosada luz. Bajo la claridad que penetraba por los altos vanos acristalados, los hombros de Clorinda se matizaron con reflejos de oro. Y, lentamente, el cielo palidecía.

—¿Es cierto que el enlace del señor de Marsy con esa princesa válaca continúa decidido?—preguntó pasado un instante.

—Yo no lo creo—contestó Rougón.—Ella es muy rica, y de Marsy anda siempre á la cuarta pregunta. Por lo demás, dícese que anda loco por ella.

El silencio no se volvió á turbar. Rougón permanecía allí, creyéndose en su casa, sin pensar en irse. Reflexionaba y volvía á sus paseos por la habitación. Aquella Clorinda era en realidad una muchacha por demás seductora. Pensaba en ella, como si la hubiese dejado ya hacía mucho tiempo; y, con los ojos fijos en el pavimento, sumíase en imaginaciones medio formuladas, dulcísimas, cuyo halago interior saboreaba. Parecíale salir de un tibio baño, con languidez de miembros deliciosa. Un perfume particular, de rudeza casi azucarada, penetraba en su ser. Habríale parecido de perlas el tenderse en

uno de los canapés y entregarse al sueño envuelto en aquel aroma.

Repentinamente se sintió despertado por un ruido de voces. Un hombre, de avanzada edad, á quien no había visto entrar, besaba en la frente á Clorinda que se inclinaba sonriendo, al borde de la mesa.

—Buenos días, pequeñuela—le decía.—¡Qué hermosa estás! Por lo visto, ensañas cuanto Dios te ha dado.

Y se echó á reír maliciosamente; y como Clorinda, confusa, se atrajese la manteleta de blonda negra:

—No, no—repuso el viejo vivamente.—¡todo es lindísimo, y no veo reparo en que lo enseñes!... ¡Ah, mi pobre niña! ¡son tantas las que he visto!

Luego, volviéndose hacia Rougón, á quien trató de «querido colega», le estrechó la mano, agregando:

—Una rapaza que más de una vez se ha dormido en mis rodillas, cuando era pequeñita. Pero ahora tiene un seno que le deslumbra á uno.

Era aquél el viejo señor de Plouguern, que contaba setenta años. En el reinado de Luis Felipe, enviado á la Cámara por el Finisterre, fué uno de los diputados legitimistas que hicieron la peregrinación de Belgrave Square; y presentó su dimisión á consecuencia del voto de censura que fué lanzado contra él y sus compañeros. Más adelante, tras las jornadas de febrero, demostró una repentina ternura por la república, que aclamó vigorosamente en los bancos de la Constituyente. Ahora, después que el

emperador le había asegurado en el Senado un retiro merecido, habíase hecho bonapartista. No había más sino que sabía serlo como caballero. Su grande humildad permitíase de vez en cuando un punto de oposición. La ingratitud le divertía. Escéptico hasta la médula de los huesos, defendía, no obstante, la religión y la familia. Creía deber esto á su apellido, uno de los más ilustres de Bretaña. En ciertas ocasiones encontraba el imperio inmoral y lo decía á voz en cuello. Habíase llevado una vida de aventuras sospechosas, había sido un gran disoluto, un gran maestro de intrigas y refinado en achaque de goces; contábanse, con respecto á su vejez, anécdotas que hacían soñar á la juventud. En un viaje por Italia fué cuando conoció á la condesa Balbi, de quien estuvo siendo amante obra de treinta años; después de separaciones que duraban años, volvían á reunirse durante tres noches, en las ciudades en que se encontraban. No faltaba quien decía que Clorinda era hija suya; pero ni él ni la condesa sabían nada en realidad; y así que la niña fué haciéndose mujer, robusta y apetecible, el viejo aseguraba que en otro tiempo había frecuentado mucho el trato con su padre. Devorábala con la vista y se permitía con ella familiaridades sobrado libres de antiguo amigo. El señor de Plouguern, alto, enjuto, huesudo, tenía cierto parecido con Voltaire, por quien sentía secreta devoción.

—¿No miras mi retrato, padrino?—dijo Clorinda. Llamábale padrino por pura amistad. Habíase co-

locado á espaldas de Luigi, entornando los ojos, á guisa de inteligente.

—¡Delicioso!—exclamó.

Acercóse Rougón, y hasta la misma Clorinda se echó de la mesa para ver. Y los tres quedáronse admirados. La pintura quedaba hecha con todo arte. El pintor había cubierto el lienzo con una ligera veladura de los colores rosa, blanco y amarillo, que ofrecían palideces de acuarela. Y el rostro aparecía lindo y sonriente como el de una muñeca, con sus arqueados labios, sus bien delineadas cejas y sus mejillas teñidas de bermellón fresco y delicado. Era una Diana que podía figurar en una caja de pastillas.

—¡Ah! miren ustedes allí, cerca del ojo, aquella diminuta peca—dijo Clorinda batiendo palmas de admiración.—Este Luigi nada echa en olvido.

Rougón, á quien, por lo común, se le importaban un bledo los cuadros, estaba con la boca abierta. Comprendía el arte, en aquel momento. Y emitió este juicio, en tono de convencido:

—Está admirablemente dibujado.

—Y el colorido es excelente—repuso el señor de Plouguern.—Esos hombros son la carne misma... ¿Pues y los pechos? ¡Seductores! El izquierdo sobre todo tiene la frescura de la rosa... ¡Y qué brazos! Esta muchacha tiene unos brazos que pasan. Me gusta muchísimo ese aumento de volumen por encima de la sangría; resulta un modelo perfecto.

Y volviéndose al pintor, le dijo:

—Sr. Pozzo, reciba usted mi cordial enhorabuena. Ya había visto una *bañista* debida al pincel de usted; pero este retrato la aventajará... ¿Por qué no expone usted? Yo conocí un diplomático que tocaba admirablemente el violín; y esto no le impidió adelantar en su carrera.

Luigi, muy lisonjeado, inclinaba la cabeza. En esto la luz se iba retirando; mas como quisiese terminar una oreja, suplicó á Clorinda que volviese á colocarse por unos diez minutos, á lo más. El señor de Plouguern y Rougón continuaron hablando de pintura. Este confesaba que estudios especiales no le habían permitido seguir el movimiento artístico de los últimos años; pero protestaba de su admiración por las bellas obras. Vino á declarar que el colorido le dejaba asaz frío; un hermoso dibujo le satisfacía plenamente, un dibujo que fuese capaz de elevar el alma y de inspirar grandes pensamientos. En cuanto al señor Plouguern, tan sólo estaba por los antiguos maestros; había visitado todos los museos de Europa, y no comprendía cómo se tenía el atrevimiento de pintar aún. El mes anterior, no obstante, había mandado decorar un saloncito por un artista á quien nadie conocía y quien, no obstante, poseía un gran talento.

—Me ha pintado Amorcillos, flores, hojarasca, en gran manera extraordinarios—dijo.—A decir verdad, hasta se cogrían las flores. Vense allí además insectos, mariposas, moscas, saltamontes, que se



les tomaría por vivos. Aquello, en fin, resulta alegre, y yo me perezco por la pintura alegre.

—El arte no se ha hecho para aburrir á la gente— infirió Rougón.

En aquel instante, como anduviesen uno al lado del otro, á paso menudito, el señor de Plouguern aplastó, con el talón de la botina, algo que estalló con el ligero ruido de un chicharo fulminante.

—¿Qué es esto?— exclamó.

Y alzó del suelo un rosario que se había deslizado de un sillón, sobre el cual Clorinda debió de haber vaciado sus bolsillos. Una de las cuentas de vidrio, cerca de la cruz, había quedado pulverizada; también la cruz, de plata, pequenita como era, había resultado con un brazo doblado y aplastado. El viejo agitó el rosario, fisgándose y diciendo:

—Niñita, ¿cómo es que dejas que estos juguetes rueden por los suelos?

Clorinda se puso como la amapola. Precipitose desde lo alto de la mesa, con los labios hinchados, los ojos encendidos de indignación, cubriéndose los hombros más que de prisa, y balbuceando:

—¡Malvado, malvado! ¡ha destrozado mi rosario!

Arrebatóselo de las manos y arrancó á llorar como un niño.

—Ta, ta— decía el señor de Plouguern sin dejar de reir.—¡Aquí tienen ustedes á mi devota! La otra mañana, por poco me salta los ojos, porque, habiendo reparado en una ramita de boj, le pregunté qué era lo que barría con aquella escobilla... No llo-

res más, so estúpida, que nada he roto al Dios de bondad.

—Sí, sí—gritaba ella,—le ha hecho usted mal.

Ya no le tuteaba. Con sus trémulas manos acababa de quitar la perla de vidrio; y después, redoblando los sollozos, quiso componer la cruz. Limpiábala con las yemas de los dedos, como si hubiese visto gotas de sangre sobre el metal. Y murmuraba:

—El papa fué quien me hizo este regalo, la primera vez que fuí á verle con mamá. Muy bien que me conoce el papa; me llama «su hermoso apóstol», porque en una ocasión le dije que me sentiría contenta muriendo por él... Un rosario que me traía la suerte. Ahora ya no tendrá virtud, antes atraerá al demonio...

—Veamos, dámelo—interrumpió el señor Plouguern.—Vas á destrozarte las uñas con querer componer eso... La plata es dura, niña mía.

Había tomado el rosario y procuraba desdoblar los brazos de la cruz, con toda delicadeza, á fin de no romperla. Clorinda ya no lloraba y estaba con los ojos fijos, con gran atención. Rougón, por su parte, acercaba también la cabeza, sonriendo; era un incrédulo á macha martillo, en tal medida que la joven había estado á punto dos veces de romper con él, á causa de sus bromas fuera de lugar.

—¡Diantre!—decía á media voz el señor de Plouguern,—no resulta muy tierno el bendito Señor. Y es que tengo miedo de partirlo por la mitad... Habrías de tener un Señor de repuesto, niñita.

Hizo un nuevo esfuerzo y la cruz quedó rota de golpe.

Rougón se había echado á reir. Entonces, Clorinda, con los ojos echando chispas, convulso el rostro, retrocedió y los miró cara á cara; después, con los puños cerrados, los rechazó hecha una furia, como si hubiese querido ponerlos en la puerta de la calle. Les decía las mayores injurias en italiano, con la cabeza perdida.

—¡Nos pega, nos pega!—repetía regocijado el señor de Plouguern.

—Estos son los frutos de la superstición,—dijo Rougón entre dientes.

El anciano dejó de tomarlo á chacota, con el rostro súbitamente grave; y como el gran hombre continuase lanzando las frases de cajón contra la detestable influencia del clero, contra la deplorable educación de las mujeres católicas, contra el envilecimiento de Italia entregada á los curas, declaró con su voz seca:

—La religión forma la grandeza de las naciones.

—Cuando no las corroe una úlcera,—replicó Rougón. Ahí está la historia. Si el emperador no tiene á raya á los obispos, no tardará en verles echarse encima.

Entonces el señor de Plouguern se atufó á su vez. Defendió á Roma y habló de sus convicciones de toda su vida. Sin religión, los hombres retrocedían al estado salvaje. Y de este modo llegó como por la mano á defender la gran causa de la familia.

Los tiempos presentes corrían á la abominación; nunca el vicio se había ostentado con más impudencia, nunca la impiedad había llevado semejante turbación á las conciencias.

—¡No me hable usted de su imperio!—concluyó por exclamar.—Es un hijo bastardo de la revolución... ¡Oh! bien lo sabemos, nuestro imperio sueña en la humillación de la Iglesia. Pero nosotros estamos aquí y no nos dejaremos degollar como corderos... Pruebe usted tan siquiera de emitir sus doctrinas en el Senado.

—¡Eh! no le conteste usted—dijo Clorinda.—Si usted le apurara, acabaría por escupir á Jesucristo. Es un réprobo, un condenado.

Rougón, anonadado, bajó la cabeza. Guardóse silencio. La joven buscaba en el suelo el pedacito desprendido de la cruz; así que lo hubo encontrado, lo envolvió cuidadosamente con el rosario, en un pedazo de periódico. Tranquilizóse al fin.

—Ahora que me acuerdo, niñita—dijo el señor Plouguern de repente,—aún no te he dicho por qué he subido. Tengo un palco para esta noche en el Palais-Royal, y te llevaré conmigo.

—¡Qué bueno es mi padrino!—exclamó Clorinda poniéndose colorada de satisfacción.—Es cosa de despertar á mamá.

Dióle un beso «por la molestia», decía. Volvióse á Rougón, sonriente, y tendióle la mano, diciendo con gracioso mohín:

—¿No me guarda usted rencor, eh? No me haga

usted rabiarse con sus ideas de pagano... Me vuelvo estúpida cuando se me marea con las cosas de la religión. Sería capaz de ponerme de punta con mis mejores amigos.

En esto, Luigi había colocado el caballete en un rincón, convenciéndose de que aquel día no podría terminar la oreja. Tomó el sombrero y fué á dar un golpecito en el hombro á Clorinda, para prevenirle que se iba. Acompañóle al pasillo y hasta entornó la puerta tras ellos; mas despidiéronse tan ruidosamente, que se oyó un ligero grito de la joven, que se perdió en una risa ahogada. En cuanto volvió, dijo:

—Voy á desnudarme, á menos que mi padrino no quiera llevarme al teatro en este empaque.

La idea hizo reír á los tres de la mejor gana. El crepúsculo se había echado ya encima. Cuando Rougón se retiró, Clorinda bajó con él, dejando sólo un instante al señor de Plouguern, el tiempo indispensable para echarse un vestido. La escalera estaba ya completamente oscura. Iba ella delante, sin decir una palabra, tan despacio, que Rougón sentía el roce de la falda de gasa en las rodillas. Después, cuando llegó á la puerta de la habitación, entró y anduvo dos pasos antes de volverse. Rougón la había seguido. Las dos ventanas iluminaban débilmente el lecho descompuesto, la jofaina olvidada y el gato dormido, como siempre, sobre el montón de ropas.

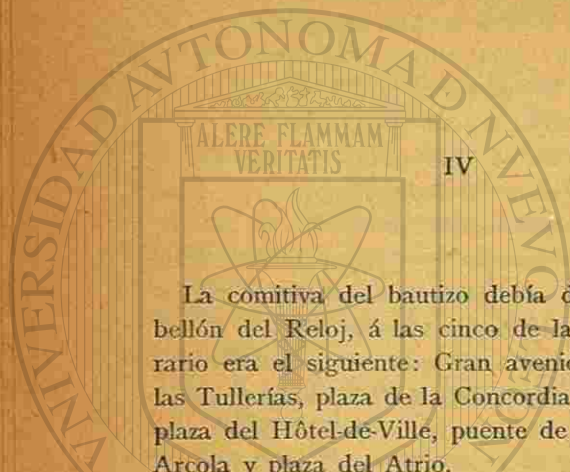
—¿No me guarda usted rencor?—le repitió con voz casi baja, tendiéndole las manos.

Juróle que no. Háblale cogido las muñecas y subió á lo largo del brazo hasta por encima de los codos, hurgando suavemente por entre la negra blonda, á fin de que sus gruesos dedos pudieran pasar sin desgarrar nada. Clorinda alzaba ligeramente los brazos, como deseosa de facilitarle aquella tarea. Hallábanse á la sombra que proyectaba el biombo y no se veían el semblante. Rougón, en medio de aquella estancia, cuyo ambiente comprimido le sofocaba un tanto, volvió á percibir el acre y casi azucarado olor que ya le había embriagado. Mas, tan luego como hubo pasado de los codos, sus manos hiciéronse brutales, sintió que Clorinda se le escapaba, y la oyó gritar, por la puerta que había quedado abierta tras ellos:

—¡Antonia! ¡luz y dame el vestido gris!

Cuando Rougón se encontró en la avenida de los Campos Elíseos, permaneció un instante anonadado, respirando el aire fresco que soplaba de las alturas del Arco de Triunfo. La avenida, desprovista de carruajes, iluminaba, uno á uno, sus mecheros de gas, cuyas repentinas claridades interrumpían la obscuridad con multitud de fulgurantes chispas. Acababa de sentir como un ataque de sangre y se pasaba las manos por la cara.

—¡Ah, no!—exclamó en alta voz.—¡Sería el colmo de la estupidez!



La comitiva del bautizo debía de partir del pabellón del Reloj, á las cinco de la tarde. El itinerario era el siguiente: Gran avenida del jardín de las Tullerías, plaza de la Concordia, calle de Rívoli, plaza del Hôtel-de-Ville, puente de Arcola, calle de Arcola y plaza del Atrio.

Desde las cuatro, la muchedumbre invadió el puente de Arcola. Allí, en el hueco que dejaba el río en mitad de la ciudad podía contenerse todo un pueblo. Era como un brusco ensanche del horizonte, con el extremo de la Isla de San Luis en lontananza, atajado por la negra línea del puente de Luis Felipe; á la izquierda, el brazo más estrecho del río iba á perderse en el fondo de una compresión de bajas construcciones; á la derecha del brazo mayor ofrecía una lontananza perdida en una especie de humareda violácea, en que se percibía la verde mancha de los árboles del Port-aux-Vins. Después, por ambos lados, desde el muelle de San Pablo al de la Tenería, desde el muelle de Napoleón al

del Reloj, las aceras se prolongaban en grandes vías, mientras que la plaza del Hôtel-de-Ville, frontera al puente, desarrollaba una llanura... Y, sobre aquellos inmensos espacios, el cielo, un cielo de junio de diáfana pureza, extendía el manto enorme de su infinito azul.

Cuando dió la media, veíase gente por todas partes. Costeando las aceras había estacionadas interminables filas de curiosos, estrujados contra las paredes. Un mar de cabezas humanas, oleadas siempre crecientes, henchía la plaza del Hôtel-de-Ville. En frente, las vetustas casas del muelle de Napoleón amontonaban, en los oscuros huecos de sus ventanas abiertas de par en par, millares de cabezas; y hasta en el fondo de las lóbregas callejuelas, con vista al río, las calles de Colombe, de Saint-Landry, de Glatigny, veíanse innumerables gorros de mujeres con sus lazos azotados por el viento. Invadido el puente de Nuestra Señora, ofrecía una hilera de espectadores, acodados sobre el pretil, como sobre el terciopelo de una tribuna colosal. En el otro extremo, lo más lejos, el puente de Luis Felipe se animaba con un bullir de puntos negros; mientras que las ventanas más lejanas, las diminutas rayas que cortaban con regularidad las fachadas amarillas y grises de lo alto de las casas, en la punta de la isla, se iluminaban por instantes con la clara mancha de un vestido. Veíanse hombres de pie, encima de los techos, entre las chimeneas. Personas, á quienes no se divisaba, miraban con los anteojos,

desde lo alto de sus terrazas, el malecón de la Tour-nelle. Y el oblicuo astro del día, inmensamente extendido, parecía como el estremecimiento mismo de toda aquella multitud; acompañaba el reir de la inmensa marejada de cabezas; los quitasoles, de colores vivos, se asemejaban á espejos, que aparecían como redondeces de astros, en medio del abigarramiento de las faldas y de los gabanes.

Pero lo que se distinguía de todas partes, desde los muelles, de los puentes, de las ventanas, en el horizonte, era, en la desnuda pared de una casa de seis pisos, en la isla de San Luis, una gigantesca levita gris, pintada al fresco, de perfil, con la manga izquierda doblada por el codo, como si la pieza hubiese conservado la actitud y la forma de un cuerpo ya desaparecido. Aquel reclamo monumental adquiría, al sol y sobre el hormiguero de los paseantes, una extraordinaria importancia.

Entretanto, una doble hilera de soldados mantenía libre el espacio necesario para que el cortejo pasara en medio de la muchedumbre. A la derecha se alineaba la guardia nacional, á la izquierda soldados de infantería. Un extremo de aquella doble hilera perdíase en la calle de Arcola, empavesada con banderas y engalanadas las ventanas con ricas colgaduras, que ondeaban blandamente, costeano las negras casas. El puente, por el que se había impedido el paso, era el único espacio libre, en medio de la invasión de los menores rincones; y producía un extraño efecto, viéndolo desierto, ligero, con

su única cerca de hierro, de curva tan suave. Pero allá abajo, en las barcas de la orilla del río, el torbellino se renovaba; burgueses endomingados habían extendido los pañuelos y sentádose encima, al lado de sus mujeres, poniéndose en espera, para descansar de toda una tarde de andar de acá para allá. Al otro lado del puente, en medio de la dilatada sábana del río, muy azulada y ondulada de verde en la reunión de ambos brazos, una tripulación de barqueros con camisetas rojas, hallábase remando, para mantener sus esquifes á la altura del Port-aux-Fruits. Veíase también entre el muelle de Gèvres, un gran lavadero flotante, con sus maderos enmohecidos por el agua, en el que se oían las carcajadas y los paletazos de las lavanderas. Y aquel pueblo amontonado, aquellas trescientas á cuatrocientas mil cabezas, alzábanse de vez en cuando y dirigían la vista á las torres de Nuestra Señora, que ergían al sesgo sus cuadradas masas, por encima de las casas del muelle de Napoleón. Las campanas de las torres, doradas por el sol poniente, color de herrumbre sobre el claro cielo, vibraban en el aire, sonoras, con formidable repiqueteo.

Dos ó tres equivocados toques de atención habían producido ya serios empujones entre la multitud.

—Yo aseguro á ustedes que no pasarán antes de las cinco y media—decía un buen mozo sentado delante de un café del malecón de Gèvres, en compañía del señor y de la señora de Charbonnel.

Era Gilquin, Teodoro Gilquin, antiguo inquilino de madama Correur, el terrible amigo de Rougón. Hallábase aquel día vestido de terliz amarillo, traje completo por veintinueve francos, estropeado, lleno de manchas y reventando por las costuras; y llevaba botas agujereadas, guantes habana claro y amplio sombrero de paja sin cinta. Tan luego como se ponía los guantes, Gilquin quedaba vestido. Desde el medio día andaba correteando con los Charbonnel, con quienes había trabado relaciones una noche en casa de Rougón, en la cocina.

—Todo lo verán ustedes, hijos míos—repetía secándose con la mano los enormes bigotes que cruzaban de negro su cara de borracho.—Ustedes se han puesto en mi mano, ¿verdad que sí? Pues bien, permítanme ustedes regular el orden y la marcha de la fiesta.

Gilquin había trasegado ya tres vasos de coñac y cinco *chops*. Hacía dos horas largas de talle que tenía allí á los Charbonnel, con el pretexto de que había que llegar los primeros. Era aquél un cafetín que conocía al dedillo y en donde se estaba al pelo, según decía; y tuteaba al mozo. Los Charbonnel, resignados, le escuchaban, sorprendidísimos de la abundancia y de la variedad de su conversación; la señora Charbonnel tan sólo había querido un vaso de agua azucarada; su consorte tomaba una copa de anisete, como tenía por costumbre, á veces, en el Círculo del Comercio, en Plassans. Mientras tanto, Gilquin les hablaba del bautizo, como si hu-

biese pasado la mañana en las Tullerías, para obtener detalles.

—La emperatriz está la mar de contenta—decía.—Ha tenido un alumbramiento felicísimo. ¡Oh! ¡es muy valiente! Van ustedes á ver qué presencia la suya... El emperador ha vuelto anteayer de Nantes, donde había ido con motivo de las inundaciones... ¡Ah! ¡qué desgracia de inundaciones!

La señora Charbonnel echó más atrás la silla. Tenía un ligero temor á la muchedumbre, que se aproximaba á ella, cada vez más compacta.

—¡Qué gentío!—exclamó.

—¡Pardiez!—gritó Gilquin,—hay más de trescientos mil extranjeros en París. Desde hace ocho días, los trenes traen aquí todas las provincias... Miren ustedes, allí tienen normandos, allí gascones y allá del Franco-Condado. ¡Oh! no se me despintan. ¡Es tanto lo que está mi humanidad ha rodado por esos mundos de Dios!

Dijo después que los tribunales holgaban, que la Bolsa estaba cerrada, y que todas las administraciones habían dado asueto á sus empleados. La capital entera festejaba el bautizo. Y todo le llevó por la mano á citar números, á calcular lo que costarían las ceremonias y las fiestas. El Cuerpo legislativo había votado cuatrocientos mil francos; mas esto era una miseria; pues un palafrenero de las Tullerías le había asegurado el día anterior, que sólo los gastos de la comitiva ascenderían á cerca de doscientos mil francos. Si el emperador no tenía que

agregar más que un millón de la lista civil, podría darse por satisfecho. Tan sólo la canastilla valía cien mil francos.

—¡Cien mil francos!—repetía la señora de Charbonnel haciéndose cruces.—Mas ¿cómo se entiende ese gasto? ¿Qué es lo que se le ha podido agregar?

Gilquin se echó á reír con benevolencia. ¡Había blondas que costaban un ojo de la cara! En otro tiempo, él había viajado para la venta de blondas. Y continuó sus cálculos: cincuenta mil francos habían sido destinados á los padres de los hijos legítimos nacidos en el mismo día que el principito, y de los cuales el emperador y la emperatriz habían querido ser padrino y madrina; ochenta y cinco mil francos habían de emplearse en la compra de medallas para los autores de canciones cantadas en los techos. Dió, por último, detalles sobre las ciento veinte mil medallas conmemorativas, distribuídas á los colegiales, á los niños de las escuelas primarias y de las salas de asilo, á los sargentos y á los soldados del ejército de París. El tenía una y la enseñó. Era una medalla tan grande como una moneda de diez sueldos, llevando en el un lado los perfiles del emperador y la emperatriz y en el del otro el del príncipe imperial, con la fecha del bautizo: 14 de junio de 1856.

—¿Querría usted cedérmela?—le preguntó el señor Charbonnel.

Gilquin accedió. Pero al ver que aquel buen hombre, confundido acerca del precio, le largaba

una moneda de cien sueldos, se negó resueltamente á aceptarla, diciendo que todo lo más, aquello sólo valía diez sueldos. Entretanto la señora de Charbonnel contemplaba el perfil de la pareja imperial. Y se enternecía...

—Tienen cara de buenas personas—decía.—Están el uno pegado al otro, como la gente de bien... Vea usted, señor Charbonnel, cuando se mira la medalla de este modo, creeríase que se trata de dos cabezas recostadas sobre la misma almohada.

Entonces Gilquin se extendió hablando de la emperatriz, cuya caridad puso en las nubes. En el noveno mes de su estado de buena esperanza, había dedicado tardes enteras á la creación de una casa de educación para las niñas pobres, en la parte más alta del arrabal de San Antonio. Acababa de rehusar ochenta mil francos, recogidos de cinco en cinco sueldos por el pueblo, para ofrecer un regalo al principito, y aquella cantidad fué destinada, según sus deseos, á costear el aprendizaje de un centenar de huérfanos. Gilquin, ya un si es no es entre dos luces, abría unos ojos terribles en busca de tiernas inflexiones de voz y de expresión en que se aliaran el respeto del súbdito con la apasionada admiración del hombre. Declaraba que de buen grado haría el sacrificio de su vida en aras de aquella noble señora. Pero en torno suyo nadie alzaba la menor protesta. El lejano rumor de la muchedumbre parecía como el eco de sus elogios, que se extendían en clamoreo incesante. Y las campanas de

Nuestra Señora, á todo vuelo, lanzaban por encima de las casas el bamboleo de su infinita alegría.

—¿No sería ya ocasión de irnos á colocar?—dijo tímidamente el señor Charbonnel, quien se aburría de estar sentado.

Su consorte se había levantado, atrayéndose al cuello su chal amarillo.

—¿Quién lo duda?—repuso.—Usted quería que llegásemos de los primeros y he aquí que no nos movemos, y que dejamos pasar á todo hijo de vecino delante de nosotros.

Pero Gilquin puso el grito en el cielo. Echóse á renegar como un condenado, asestando puñetazos á la mesita de zinc. Por ventura ¿no conocía él su París? Y en tanto que la señora de Charbonnel, intimidada, volvía á caer sobre su asiento, gritó al mozo de café.

—¡Julio, un agenjo y cigarros!

Y en seguida, en cuanto hubo humedecido sus grandes bigotes en el agenjo, le llamó hecho una furia.

—¡Qué! ¿estás haciendo burla de mí? ¿Quieres cargar con esa droga y servirme de la otra botella, de la del viernes?... También he viajado para la venta de licores. No se toma el pelo tan fácilmente á Teodoro.

Y se calmó, así que el mozo, quien parecía tenerle miedo, le hubo traído la botella. Entonces dió amistosos golpecitos en los hombros de los Charbonnel y les llamó papá y mamá.

—¡Cómo, mamá! ¿los piecitos tienen ganas de largarse? Vamos, tiempo tendrá usted para ponerlos en movimiento de aquí á la noche. ¡Qué diantre, mi querido papá! ¿no nos encontramos á pedir de boca delante de este café? Estamos sentados y vemos pasar la gente... Digo á ustedes que nos sobra tiempo. Mándense ustedes servir algo.

—Gracias, ya hemos tomado lo que nos hacía falta—declaró el señor Charbonnel.

Gilquin acababa de encender un cigarro. Retrepábase en la silla, con los pulgares en las sisas del chaleco, arqueando el pecho y zarandeándose en la silla. Sus entornados ojos aparecían en verdadero estado de beatitud. De repente le asaltó una idea.

—Pero ¿no saben ustedes? Pues bien, mañana por la mañana, á las siete, me tienen ustedes en su casa, para llevarles y hacerles ver toda la fiesta. ¿Eh? Será de lo que no hay.

Los Charbonnel se miraron vivamente inquietos; pero él reseñaba el programa de cabo á rabo. Su voz habría sido á propósito para enseñar osos y anunciar sus habilidades pomposamente. Por la mañana, almuerzo en el Palais-Royal y paseo por la ciudad. Por la tarde, á la esplanada de los Inválidos, maniobras militares, cucañas, trescientos globos en libertad, llevando cucuruchos de confites, y gran globo lanzando una lluvia de grajeas. Por la noche cena en casa de un almacenista de vinos, á quien conocía, muelle de Billy, fuegos artificiales, cuya pieza final debía de representar un baptisterio, y, por último,



gulusmear de una parte á otra, en medio de las iluminaciones. Y hablóles de la cruz de fuego que se izaba sobre el hotel de la Legión de Honor, del palacio de hadas de la plaza de la Concordia, que necesitaba el empleo de novecientos cincuenta mil vasos de colores, de la torre de Santiago, cuya estatua, al aire, parecía una antorcha encendida. Mas, como los Charbonnel no dejaban de vacilar, inclinóse y bajó la voz.

—Después, al regreso, nos detendremos en una lechería de la calle del Sena, en donde se come una sopa con queso que da la hora.

Entonces los Charbonnel no fueron osados á negarse. Sus redondeados ojos expresaban á la vez gran curiosidad y espanto de niños. Parecía como si se convirtiesen en la cosa de aquel demonche de hombre. La señora de Charbonnel se dió por satisfecha con murmurar:

—¡Ah! ¡qué París, qué París!... En fin, ya que en él estamos, hay que verlo todo. Pero, si usted supiera, señor Gilquin, cuán tranquilos nos hallábamos en Plassans... Allí tengo conservas que se pierden, confituras, cerezas en aguardiente, pepinillos...

—No tengas miedo, mamá—dijo Gilquin, que hasta gozaba tuteándola.—Ganas tu pleito y me convidas, ¿eh? para ir allá abajo á dar buena cuenta de las conservas.

Y se echó otro vasito de ageno. Estaba ya hecho un zaque. Durante unos instantes estuvo contem-

plando á los Charbonnel con ojos de ternura. Súbitamente se puso de pie, y agitó los largos brazos, llamando la atención con sus «¡psit! ¡eh! ¡oiga usted!». Era la señora Melania Correur, con vestido de seda color de cuello de paloma, que pasaba por la acera de en frente. La dama volvió la cabeza y pareció de muy mal talante al distinguir á Gilquin. No obstante, atravesó el arrecife, moviendo las caderas como una princesa. Y cuando se halló en pie delante de la mesa, hízose mucho de rogar para aceptar cualquier bagatela.

—Vamos, una copita de grosella—dijo Gilquin.—A usted le gusta. ¿No se acuerda usted... calle de Vanneau? ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Ah! ¡qué pedazo de animal era aquel Correur!

Acababa de sentarse, cuando un inmenso clamoreo recorrió la multitud. Los paseantes, como impulsados por el huracán, se dejaban llevar, con pisoteo de rebaño desbandado. Los Charbonnel, instintivamente, habíanse levantado para apretar á correr, pero la pesada mano de Gilquin volvió á clavarles en sus asientos. Estaba más colorado que un pimiento.

—¡No se muevan, voto á sanes! Esperen la voz de mando... Ya ven ustedes que esos imbéciles no se salen con la suya. No son más que las cinco, ¿estamos? Quien llega ahora es el cardenal-legado. A mí me parece humillante que el papa no haya venido en persona. O se es padrino, ó no se es ¡idigo, á

mí me parece! Juro á ustedes que el cominejo no pasará antes de media hora.

Poco á poco, la gran pítima iba haciendo que se le perdiera el respeto. Había dado la vuelta á la silla y fumaba en las narices de la gente, guiñando los ojos á las mujeres y mirando al sexo fuerte con ademán provocativo. En el puente de Nuestra Señora, á algunos pasos de allí, se produjeron entorpecimientos de carruajes; los caballos piafaban impacientes, y los uniformes de altos funcionarios y de oficiales superiores, bordados de oro, cuajados de condecoraciones, aparecían en las portezuelas.

—¡Miren ustedes cuánta quincalla!—murmuró Gilquin, con sonrisa de hombre superior.

Mas como llegase un cupé por el muelle de las Tenerías, por poco de un salto no echó patas arriba la mesa y gritó:

—¡Calle! ¡Rougón!

Y, en pie, con su enguantada mano, se puso á saludar. Después, como temiese no haber sido visto, tomó su sombrero de paja y lo agitó. Rougón, cuyo uniforme de senador era muy mirado, se hundió más que de prisa en un rincón del cupé. Entonces Gilquin le llamó á voces, haciendo vocina de su puño á medio cerrar. En frente, sobre la acera, la multitud se agrupaba tumultuosamente y se volvía para ver quién era aquel energúmeno vestido de dril amarillo. El cochero pudo en fin fustigar al caballo y el cupé se deslizó por el puente de Nuestra Señora.

—Cállese usted—dijo con ahogado acento madama Correur, cogiendo uno de los brazos de Gilquin.

No quiso sentarse de seguida. Empinábase para seguir con la vista el cupé, en medio de los demás carruajes. Y soltó una última frase tras las ruedas que huían.

—¡Ah, el que olvida á sus amigos, porque ahora lleva el gabán bordado de oro! Esto no quita, gran soberbio, que en más de una ocasión no hayas pedido prestadas las botas á Teodoro.

A su alrededor, en las siete ú ocho mesas del cafetín, había burgueses con sus damas que abrían ojos enormes; había sobre todo en la mesa de al lado, una familia compuesta de padre, madre y tres hijos, que le escuchaban con el mayor interés. El por su parte se esponjaba, embelesado por contar con un público. Paseó lentamente una mirada sobre los consumidores, y dijo en alta voz, volviéndose á sentar:

—¡Rougón! ¡á mí me debe cuanto es!

Como madama Correur hubiese tratado de interrumpirle, Gilquin la tomó por testigo. Ella lo sabía todo de pe á pa. Todo se había realizado en su casa, calle de Vanneau, hotel de Vanneau. Estaba en que no iba quizás á desmentirle que le había prestado sus botas veinte veces para ir á casa de las personas de campanillas, para tomar parte en un montón de líos, de quien nadie entendía jota. Rougón, en aquellos tiempos, sólo contaba con un par de zapatos destalonados, que habría despreciado un

trapero. E, inclinándose, victorioso hacia la mesa vecina, para mezclar á aquella familia en la conversación, exclamó:

—¡Pardiez! No dirá que no. Ella fué, en París, quien le pagó el primer par de botas nuevas.

—Madama Correur volvió su silla para no aparecer que formaba parte de la sociedad de Gilquin. Los Charbonnel, permanecían pálidos y azorados, ante la manera como oían tratar á un hombre que habla de meterles en el bolsillo la friolera de quinientos mil francos. Pero Gilquin, una vez lanzado por aquel camino, refirió, con detalles interminables, los comienzos de la vida de Rougón. Se las echaba de filósofo; ahora Gilquin lo tomaba todo á risa, y la emprendía con los consumidores, uno por uno, fumando, escupiendo, bebiendo, haciéndoles saber que estaba acostumbrado á la ingratitud de los hombres; bastábale con merecer la estimación de sí propio. Y repetía, una y otra vez, que él había hecho á Rougón. En aquella época él era viajante del ramo de perfumería; pero aquel comercio no florecía, á causa de la república. Los dos padecían hambres caninas en el mismo tugurio. Entonces concibió la idea de instar á Rougón á hacerse enviar aceite por un propietario de Plassans. Y ambos se pusieron á trabajar el negocio, cada uno por su lado, azotando las calles de París hasta las diez de la noche, con muestras de aceite en sus bolsillos. Rougón no era muy ducho, y, sin embargo, obtenía de vez en cuando importantes pedidos, al-

canzados en las casas de personajes de alto copete, á donde iba de tertulia. ¡Ah! el muy granuja de Rougón, más estúpido que un adoquín en todo y para todo y, sin embargo, con más astucias que el mismo diablo. ¡Cómo había hecho, más adelante, correr de ceca en meca al pobre Teodoro, sin darle punto de reposo, por su dichosa política! Aquí Gilquin bajó un tanto la voz y guiñó los ojos; porque al fin y al cabo él también había sido de la partida. Recorría los bailucos de la gente popular, en donde gritaba: «Viva la república!». ¡Canastos! era muy preciso ser republicano para reclutar prosélitos. El imperio le debía de estar muy agradecido. Pues bien, no le daba tan siquiera las gracias. Mientras que Rougón y su hato de tunos se zampaban la torta, á él se le ponía de patitas en la calle, como si fuese perro sarnoso. Mejor estaba así, porque ante todo quería la independendencia. No tenía más que un sentimiento, el de no haber llegado hasta el fin con los republicanos, para barrer á tiros á toda aquella escoria de la sociedad.

—Lo propio acontece con el pequeño Du Poizat, que hace como quien ya no me conoce—dijo para terminar.—Un alfenique, á quien en más de una ocasión he cargado la tripa... ¡Du Poizat subprefecto!... Le he visto en paños menores con la grande Amelia, que, de un pescozón lo ponía en la calle, cuando no era buen muchacho.

Y se calló por un instante, enternecido de repente, con los ojos anegados de borrachera. Luego, reanudó

su interrumpida cháchara, interrogando á los consumidores á la redonda.

—En fin, ustedes acaban de ver á Rougón. Tan grande soy yo como él. Tengo su misma edad y me glorío de estar dotado de una cabeza no menos canalla que la suya. Pues bien, ¿no presentaría yo en un coché mejor empaque que ese grandísimo cerdo, cuajado el cuerpo de condecoraciones?

Pero movióse entonces tal clamoreo en la plaza del Hôtel-de-Ville, que los consumidores no pensaron gran cosa en contestar. La multitud se alborotó nuevamente; veíanse tan sólo piernas de hombre al aire, mientras que las mujeres se remangaban las faldas hasta las rodillas, exhibiendo sus blancas medias, para correr mejor. Y como el clamor se acercaba, extendiéndose en aullido cada vez más pronunciado, Gilquin gritó:

—¡Ah! ¡ya tenemos aquí al chiquitín!... Pague usted sin tardanza, papá Charbonnel, y síganme ustedes todos.

Madama Correur se había agarrado á su gabán de dril amarillo, á fin de no perderle. La señora de Charbonnel seguía, echando los bofes. Por poco dejan á la mitad del camino al señor Charbonnel. Gilquin se había lanzado en pleno barullo, resueltamente, valiéndose de los codos y abriendo un surco; y maniobraba con autoridad tanta, que las filas más compactas se apartaban ante él. Cuando llegó al pretil del muelle, colocó á toda su gente. Con un solo esfuerzo, alzó en alto á aquellas señoras

y las sentó en el pretil, con las piernas del lado del río, á pesar de los gritos de espanto que lanzaban. Tanto él como el señor Charbonnel, se quedaron de pie, detrás de ellas.

—¡Qué tal, gatitas mías! Están ustedes en los primeros palcos—les dijo para tranquilizarlas.—¡No tengan miedo! Vamos á cogerlas á ustedes por la cintura.

Y deslizó ambos sus brazos alrededor de la robusta humanidad de madama Correur, quien se le sonreía. No había miedo de tomarla por la tremenda con aquel intrépido personaje. Mas entretanto nada se veía. Del lado de la plaza del Hôtel-de-Ville, percibíase como una agitación de cabezas, una marea de gritos y de vítores, que iban en aumento; los sombreros, á lo lejos, agitados por manos que no se veían, producían por encima de la muchedumbre una ancha oleada negra que se acercaba lentamente, por grados. Las casas del muelle de Napoleón, situadas fronteras á la plaza, fueron las primeras en conmovirse; las personas que había en las ventanas se irguieron, se codearon, con entusiasmados rostros y con los brazos extendidos, señalando algo á la izquierda, por el lado de la calle de Rívoli. Y, durante tres eternos minutos, el puente permaneció todavía vacío. Las campanas de Nuestra Señora, como cediendo á un furor de alegría, tocaban más fuerte aún.

Súbitamente, en medio de la multitud ansiosa, los trompetas se presentaron en el desierto puente. Un

intenso suspiro se exhaló de todos los pechos. Detrás de las trompetas y de la música que iba en pos, venía un general á caballo, acompañado de su estado mayor. A seguida, después de los escuadrones de carabineros, de dragonés y de guías, empezaban los carruajes de gala. Iban en primer lugar ocho, tirados por seis caballos. Los primeros contenían damas de palacio, chambelanes, oficiales de la casa del emperador y de la emperatriz, damas de honor de la gran duquesa de Baden, encargada de representar á la madrina. Y Gilquin, sin soltar á madama Correur, le explicaba á la espalda que la madrina, la reina de Suecia, así como el padrino, no se habían tomado el trabajo de molestarse. Después, cuando pasaron el séptimo y el octavo coche, fué nombrando á las personas que dentro iban, con tal familiaridad, que le distraía muy al tanto de las cosas de la corte. Aquellas dos damas, eran la princesa Matilde y la princesa María. Aquellos tres señores, eran el rey Gerónimo, el príncipe Napoleón y el príncipe de Suecia; iba con ellos la gran duquesa de Baden. La comitiva adelantaba lentamente. A las portezuelas, los caballeros, los edecanes y los caballeros de honor refrenaban las bridas de sus corceles, para mantenerlos al paso.

—¿En dónde está el pequenuelo?—preguntó la señora de Charbonnel, impaciente.

—¡Pardiez! no lo habrán puesto debajo de ninguna banqueta—dijo Gilpin riendo.—Espere usted, que pronto llegará.

Apretó más amorosamente á la señora Correur, que se dejaba llevar, porque tenía miedo de venirse al suelo, según decía. Y, dominado por la admiración, con los ojos echando fuego, murmuraba:

—Sea como sea, esto en realidad resulta bellissimo. No se dan poco charol todos esos tunantes, en sus cajas de raso... ¡Y cuando pienso que yo he trabajado en todo eso!

¡Y cómo se engrería el hombre! La comitiva, la multitud, el horizonte entero le pertenecían. Mas, en el corto recogimiento ocasionado por la aparición de los primeros carruajes, un formidable runrun se aproximaba; ahora era en el muelle mismo en donde se agitaban los sombreros sobre las cabezas de la multitud. En medio del puente, seis batidores del emperador pasaban, con su verde librea y con sus redondos casquetes, de los que pendían dorados cordones con grandes borlas. Y la carretela de la emperatriz se dejó ver por último; iba tirada por ocho caballos; llevaba cuatro riquísimos faroles, colocados en los cuatro ángulos de la caja; cubierta toda de cristales, espaciosa, redondeada, asemejaba á un gran cofrecillo de cristal, adornado con relieves de oro y montado sobre ruedas de oro también. En el interior se distinguía con toda claridad en una nube de blancas blondas el sonrosado rostro del príncipe imperial, llevado en el regazo del aya de los Infantes de Francia; junto á ella se hallaba la nodriza, una hermosa mujer borgoñona de robusto seno. Después, á cierta distancia, tras un

grupo de escuderos de á pie y de á caballo, venía la carretela del emperador, arrastrada asimismo por ocho alazanes, enjaezados con igual riqueza; dentro de ella, el emperador y la emperatriz saludaban. En las portezuelas de ambos carruajes, los mariscales recibían, sin el menor gesto, el polvo de las ruedas en los bordados de sus uniformes.

—¡Si el puente se llegara á hundir!...—decía bromeando Gilquin, quien disfrutaba ante la idea de atroces peligros.

Madama Correur, espantada, le hizo callar. Mas él no se daba á partido y aseguraba que aquellos puentes de hierro no eran nunca lo bastante sólidos; y cuando los dos coches se encontraban en medio, afirmaba que bailaba todo el piso. ¡Qué chapuzón, cuerpo de tal! ¡Tanto el papá, como la mamá y el niño, no se echarían mal trago! Los coches rodaban mansamente, sin el menor ruido; el pavimento resultaba tan ligero, con su larga y suave curva, que parecían como suspendidos encima del gran arco del río; abajo, en la sábana azul, se reflejaban, semejantes á raros peces de oro nadando entre dos aguas. El emperador y la emperatriz, algo cansados, habían recostado la cabeza sobre el apuntado raso, felices con apartarse siquiera por un instante de la multitud y por no tener que hacer más saludos. También el aya de los Infantes de Francia se aprovechaba de las aceras desiertas, para incorporar al principito, que se le deslizaba de las rodillas; en tanto que la nodriza, inclinándose, procura-

ba distraerle sonriendo. Y la comitiva se bañaba por completo en el esplendente sol; los uniformes, los tocados de las damas y los ricos arneses de las caballerías, brillaban asimismo por modo fantástico; las carretelas, resplandecientes con fulgores de astro, despedían reflejos cristalinos que bailoteaban sobre las negras paredes del muelle de Napoleón. A lo lejos, por encima del puente, se alzaba como fondo de aquel cuadro, el reclamo monumental pintado en la pared de una casa de seis pisos de la isla de San Luis, la gigantesca levita gris, vacía de cuerpo, que iluminaba el sol con fulgor de apoteosis.

Gilquin se fijó en la levita, en el instante que parecía dominar los dos coches, y exclamó:

—¡Callen! ¡miren el tfo allí!

Una carcajada estalló entre la multitud que se hallaba á su alrededor. El señor Charbonnel, que no había comprendido, quiso que se le dieran explicaciones. Pero ya nada se oía, un viva ensordecedor se elevaba y las trescientas mil personas que se aplastaban allí, batían las palmas. Cuando el principito hubo llegado á la mitad del puente, y cuando se vió aparecer tras de él al emperador y á la emperatriz, en el amplio espacio descubierto en que nada impedía la vista, una extraordinaria emoción se apoderó de los curiosos. Habíase presenciado allí uno de esos entusiasmos populares, nerviosos, trastornando las cabezas como azotadas por el huracán, de un extremo á otro de la ciudad. Los hombres se empinaban y se ponían á los embobados

chicuelos á horcajadas sobre sus hombros; las mujeres lloraban á lágrima viva, balbuceando palabras de ternura dirigidas al «querido pequeñuelo», compartiendo con acentos salidos del corazón la burguesa alegría de la pareja imperial. Una tempestad de gritos continuaba saliendo de la plaza del Hôtel-de-Ville; en los malecones, por ambos lados, por arriba y por abajo, tan lejos como la vista podía alcanzar, se distinguía un bosque de brazos alzados, agitándose, saludando. En los balcones y ventanas, dábanse al aire los pañuelos, los cuerpos se inclinaban y se iluminaban los rostros, en los cuales se percibían los puntos negros de las bocas, abiertas de par en par. Y, allá en lo hondo, las ventanas de la isla de San Luís, angostas como delgadas líneas trazadas con carboncillo, animábanse con chisporroteos de blancos fulgores, rebosantes de animación y vida que no se distinguían por completo. Entretanto los tripulantes de las lanchas, con camisetas rojas, en pie en medio del Sena, que les arrastraba, vociferaban á grito herido, mientras que las lavanderas, medio asomadas á las vidrieras del barco, con los brazos al aire, despechugadas, eloquecidas, queriendo hacerse oír, golpeaban desafortadamente con las palas, amenazando con romperlas.

—Ya ha concluido, vámonos—dijo Gilquin.

Pero los Charbonnel querían ver hasta el final. La cola de la comitiva, los escuadrones de cien guardias, de coraceros y de carabineros, se hundían en la calle de Arcola. Después prodújose un espan-

toso tumulto; la doble hilera de guardias nacionales y de soldados de línea, fué cortada en muchas partes; y las mujeres gritaban á más y mejor.

—Vamos—repitió Gilquin.—La gente se va á aplastar.

Y así que hubo puesto á aquellas señoras en la acera, hízoles atravesar el arrecife, á despecho de la multitud. Madama Correur y los Charbonnel eran de parecer de ir siguiendo el pretil hasta alcanzar el puente de Nuestra Señora, é ir á ver lo que pasaba en la plaza del Atrio. Mas él no les escuchaba y les arrastraba, quieras que no. Cuando se volvieron á encontrar delante del cafetín, empujóles bruscamente y les obligó á que se sentaran á la mesa que acababan de dejar.

—¡Lindos papanatas son ustedes todavía!—les gritaba.—¿Acaso se figuran que me entran ganas de que me rompa las patas esa turba de belitres?... ¡Vamos á echar un traguito, voto á sanes! Mejor estamos aquí que entre esa caterva. ¿No les parece? Estamos ya hasta la coronilla de la tal fiesta. Acaba por aburrirse el más pintado... Vamos á ver, ¿qué va usted á tomar, mamá?

Los Charbonnel, á quienes parecía cobijar con sus nada tranquilizadores ojos, salieron con tímidas objeciones. De buena gana habrían querido ver la salida de la iglesia. Entonces él les salió con que era indispensable que se fueran largando los curiosos; dentro de un cuarto de hora les llevaría, esto, si era que ya no había allí mucha gente. Madama Co-

rreur, mientras que nuestro hombre pedía á Julio cigarros y cerveza, se escabulló con prudencia suma.

—Está bien, descansen ustedes—dijo á los Charbonnel.—Allí me encontrarán ustedes.

Tomó el puente de Nuestra Señora y se internó en la calle de la Cité. Pero los apretones de la multitud eran tales, que empleó un cuarto de hora, largo de talle, para llegar á la calle de Constantina. Tuvo que decidirse á cortar por la calle de la Licorne y la de las Trois-Canettes. Desembocó por fin en la plaza del Atrio, después de haber dejado en el respiradero de una casa sospechosa todo un volante de su vestido color de cuello de paloma. La plaza, enarenada, cuajada de flores, se hallaba sembrada de mástiles, que lucían banderas con las armas imperiales. Delante de la iglesia, un pórtico colosal, en forma de tienda de campaña, cubría la desnudez de la piedra con cortinajes de terciopelo rojo, con franjas y borlas de oro.

Allí madama Correur fué detenida por una valla de soldados que contenían á la multitud. En mitad del extenso cuadro dejado libre, unos lacayos de á pie se pascaban poco á poco, á lo largo de los carruajes dispuestos en cinco filas, mientras que los cocheros, con toda solemnidad, permanecían en los pescantes, apercibidas las riendas. Cuando madama Correur alargaba el cuello, en busca de alguna clara por donde penetrar, distinguió á Du Poizat, que se fumaba tranquilamente un cigarro, en un ángulo de la plaza, en medio de los lacayos de á pie.

—Qué, ¿no puede usted hacer que entre?—le preguntó cuando consiguió llamarle, agitando el pañuelo.

Du Poizat llamó á un oficial, y la condujo al pórtico de la iglesia.

—Si quiere usted creerme, quédese usted aquí conmigo. Ahí dentro hay para ahogarse. Yo no podía aguantar más, y por eso he salido... Mire usted, allí están el coronel y el señor Bouchard, que han renunciado á buscar sitios.

Aquellos señores, en efecto, se encontraban allí, á la izquierda, del lado de la calle del Claustro de Nuestra Señora. El Sr. Bouchard contaba que acababa de confiar su mujer al señor d'Escorailles, quien tenía un excelente sillón para una dama. En cuanto al coronel, sentía en el alma no poder explicar la ceremonia á su hijo Augusto.

—Querría haberle podido enseñar el famoso vaso,—dijo.—Como ustedes no ignoran, se trata del propio vaso de San Luis, vaso de cobre, damasquinado y nielado, del más bello estilo persa, una antigüedad del tiempo de las cruzadas, que ha servido para el bautismo de todos nuestros reyes.

—¿Ha presenciado usted las ceremonias?—preguntó el señor Bouchard á Du Poizat.

—Sí—contestó éste.—Madama de Llorentz era la que llevaba el gorrito de cristianar.

Tuvo que dar detalles; mas era el caso que ninguno de aquellos señores sabía una palabra de aquello; é hicieron mil exclamaciones. Du Poizat enume-



ró entonces los honores tributados al príncipe imperial, el gorrito, el cirio, el salero, y los honores del padrino y de la madrina, consistentes en la palanquilla, el aguamanil, la toalla; todos aquellos objetos eran llevados por las damas de palacio. Llevaban además el manto del principito imperial, aquel manto soberbio, extraordinario, extendido en un sillón, junto á la pila bautismal.

—¿Y no habría, señores, un rinconcito para mí?— exclamó madama Correur, á quien aquellos detalles infundían fiebre de curiosidad.

Entonces le citaron todos los grandes cuerpos, todas las autoridades, todas las delegaciones que habían visto pasar. Era un desfile interminable: el Cuerpo diplomático, el Senado, el Cuerpo legislativo, el Consejo de Estado, el Tribunal de casación, el Tribunal de cuentas, el Tribunal imperial, los Tribunales de comercio y de primera instancia, sin contar los ministros, los prefectos, los alcaldes y sus adjuntos, los académicos, los oficiales superiores, hasta los delegados del consistorio israelita y del consistorio protestante. Y quedaban más, muchos más.

—¡Gran Dios! ¡qué hermoso debe de ser todo eso!— exclamó madama Correur dando un suspiro.

Du Poizat se encogió de hombros. Estaba de un humor de todos los diablos. Toda aquella gente «de reventaba». Y parecía irritado por lo interminable de la ceremonia. Por ventura, ¿no podrían haber acabado más pronto? Habían cantado el *Veni Creator*; se habían lisonjeado recíprocamente, paseando,

saludándose. A aquellas horas debía de hallarse bautizado el infante. El señor Bouchard y el coronel, más pacienzudos, contemplaban los empavesados balcones de la plaza; después, á un repentino repique de campanas que hizo sacudir las torres, volvieron la cabeza; sintieron un ligero escalofrío, por la vecindad de la iglesia, cuya cima no distinguían allá en el cielo. Entretanto, Augusto se había deslizado hacia el pórtico, y madama Correur se fué tras él. Mas cuando llegó en frente de la puerta mayor, abierta de par en par, un espectáculo extraordinario la dejó clavada en el suelo.

Entre las dos amplias cortinas, la iglesia se ofrecía inmensa, en sobrehumana visión de tabernáculo. Las bóvedas, de claro azul, veíanse sembradas de estrellas. Las vidrieras ostentaban, en torno á aquel firmamento, místicos astros avivando las refulgentes llamas, con ascuas de pedrerías. Por do quiera, de las elevadas columnas se desprendían luengos cortinajes de terciopelo encarnado, que se apoderaban de la escasa claridad que se esparcía bajo la nave; y en aquella obscuridad rojiza, ardía sólo, en el centro, un radiante foco de cirios, millares de cirios en montón, puestos los unos tan cerca de los otros, que parecía verse allí como un sol único, fulgurando en una lluvia de centellas. No parecía sino que en el centro del crucero, sobre el estrado, el altar mayor era pasto de las llamas. A derecha é izquierda elevábanse sendos tronos. Un amplio dosel de terciopelo forrado de armiño, llevaba en la cima del

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MATEOS"  
Aptdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

trono más elevado, una gigantesca ave, con el pecho de nieve y las alas de púrpura. Y una apretada multitud, resplandeciente de oro y de pedrería, llenaba de bote en bote la iglesia; cerca del altar mayor, en el fondo, el clero, los obispos, con sus báculos y mitras, formaban como una aureola, como uno de esos resplandores que aparecen entre nubes en el firmamento. Alrededor del estrado, los príncipes, las princesas, los grandes dignatarios, se hallaban colocados con soberana pompa; después, á ambos lados del crucero, alzábanse escalinatas, con el Cuerpo diplomático y el Senado á la derecha, y el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado á la izquierda; mientras que las delegaciones de todas clases se amontonaban en el resto de la nave, y que las damas, arriba, al borde de las tribunas, ostentaban los brillantes colores de sus claros ropajes. Una humareda rojiza parecía flotar en la atmósfera. Las cabezas, que se distinguían en el fondo, á derecha é izquierda, ofrecían matices de porcelana iluminada. Los trajes, el raso, la seda, el terciopelo, presentaban reflejos de brillantez sombría, como dispuestos á inflamarse. Filas enteras parecía que de repente se incendiaban. El inmenso templo se caldeaba con inaudito lujo de horno gigantesco.

En esto, madama Correur vió adelantarse, por el medio del coro, un maestro de ceremonias que gritaba furiosamente, por tres veces consecutivas:

—¡Viva el príncipe imperial! ¡viva el príncipe imperial! ¡viva el príncipe imperial!

Y en medio de la estruendosa aclamación, que hizo temblar las bóvedas, madama Correur distinguió, al borde del estrado, al emperador en pie, dominando la multitud. Su negra silueta se destacaba sobre el fondo deslumbrador que los obispos ofrecían á su espalda. Presentaba al pueblo al príncipe imperial, un bulto de blancas blondas que sostenía en alto en sus alzados brazos.

Pero, de repente, un pertiguero apartó con un ademán á la señora Correur. Se echó dos pasos atrás, y ya no tuvo ante ella sino uno de los cortinones del pórtico. La visión había desaparecido. Encontróse de nuevo á la plena luz del día y permaneció con la boca abierta, imaginándose que había visto algún viejo cuadro semejante á los del Louvre, con la pátina de los años, coloreado de rojo y dorado, con personajes de otros tiempos, como no se encuentran por las aceras.

—No se esté usted aquí—la dijo Du Poizat, llevándola nuevamente al lado del coronel y del señor Bouchard.

Aquellos caballeros hablaban entonces de las inundaciones. Los estragos eran espantosos en los valles del Ródano y del Loira. Millares de familias se habían quedado sin hogar. Las suscripciones, abiertas en todas partes, no bastaban para el alivio de tanta miseria. Pero el emperador se mostraba con valor y generosidad admirables: en Lyon había sido visto atravesar al vado los barrios bajos de la ciudad, invadidos por las aguas; en Tours se

había paseado en lancha, por espacio de tres horas, en medio de las calles inundadas. Y por do quiera sembraba la limosna, sin parar mientes en la cantidad.

—Oigan ustedes—interrumpió el coronel.

Los órganos resonaban en el templo. Un robusto canto salía por la abierta entrada del pórtico, cuyas colgaduras se agitaban, impulsadas por tan enorme aliento.

—Es el *Te Deum*—dijo el señor Bouchard.

Du Poizat lanzó un suspiro de alivio. ¡Por último iban á acabar! Pero el señor Bouchard le atajó diciendo que todavía no se habían firmado las actas. Después, el cardenal legado tenía que echar la bendición pontifical. La gente, sin embargo, empezó muy pronto á salir. Rougón apareció uno de los primeros, llevando del brazo á una mujer muy delgada, de rostro amarillo y vestida con suma sencillez. Acompañábales un magistrado en traje de presidente del Tribunal de apelación.

—¿Quiénes son?—preguntó madama Correur.

Du Poizat le nombró á las dos personas. El señor Beulin-d'Orchère había conocido á Rougón un poco antes del golpe de Estado, y desde aquella época le consagró una estimación particular, sin pretender, no obstante, establecer entre ellos relaciones seguidas. La señorita Verónica, su hermana, habitaba con él un hotel de la calle de Geranière, del que apenas salía, á no ser para asistir á las misas rezadas de San Sulpicio.

—Miren ustedes—dijo el coronel bajando la voz.—ahí tienen ustedes la mujer que vendría como anillo al dedo á Rougón.

—Sin duda alguna—aprobó el señor Bouchard.—Redondeada fortuna, buena familia, mujer de casa y de experiencia. No encontrará cosa mejor.

Pero Du Poizat se expresó en son de protesta. La señorita era ya tan madura como un níspero olvidado en la paja. Contaba por lo menos treinta y seis añitos, y hasta aparentaba tener cuarenta. ¡Bónita caña de escoba para acostar en una cama! ¡Una cara tan consumida, tan sosa, que parecía haberse estado bañando en agua bendita por espacio de seis meses.

—Usted es joven—declaró gravemente el jefe de oficina.—Rougón debe de hacer un matrimonio de conveniencia... Por mi parte, yo hice un casamiento por amor; pero esto no lo consigue todo el mundo.

—¡Bah! en resumidas cuentas, me río yo de la joven—acabó por confesar Du Poizat.—La jeta del Beulin-d'Orchère es lo que me pondría los pelos de punta. Aquel buen mozo tiene hocico de perro dogo... Mírenlo ustedes con aquellas prominentes quijadas y aquel bosque de pelos enmarañados, entre los cuales no se ve un cabello blanco, á pesar de sus cincuenta primaveras. ¿Sábese acaso lo que ese hombre piensa? ¿Saben ustedes por qué continúa echando, como quien dice, á su hermana en brazos de Rougón, ahora que éste anda caído?

El señor Bouchard y el coronel se mantuvieron

callados, cambiando una mirada inquieta. El «perro dogo», como le llamaba el antiguo subprefecto, ¿iba por sí sólo á devorar á Rougón? Pero madama Correur dijo, midiendo las palabras:

—Buena cosa es tener uno la magistratura de su parte.

Entretanto, Rougón había acompañado á la señorita Verónica hasta su carruaje; y, allí, antes de que hubiese subido, la saludó. Precisamente en aquel instante, la bella Clorinda salía de la iglesia, del brazo de Delestang. Púsose seria y envolvió con furibunda mirada á aquella gran doncella amarilliza, tras de la cual Rougón había tenido la galantería de cerrar la portezuela, á pesar de su uniforme de senador. Entonces, y en tanto que el coche se alejaba, Clorinda se dirigió en derechura á él, dejando el brazo de Delestang, y recobrando su sonrisa de niña grande. Toda la reunión se fué tras ella.

—He perdido á mamá—le dijo alegremente.—Se me la han llevado en medio del gentío... Creo que me ofrecerá usted un rinconcito en su cupé, ¿no?

Delestang, que iba á proponerle acompañarla á su casa, pareció muy contrariado. Clorinda llevaba un vestido de seda color de naranja, recamado con tan vistosas flores, que hasta los lacayos fijaban la vista en ella. Rougón hizo una inclinación de asentimiento, pero hubieron de esperar el cupé cerca de diez minutos. Todos permanecieron allí, hasta Delestang, cuyo carruaje estaba en primera fila, á dos pasos. La iglesia continuaba desocupándose

lentamente. Los señores Kahn y Béjuin, que por allí pasaban, corrieron á unirse á la partida. Mas, como el gran hombre estrechase las manos con falta de entusiasmo y con malhumorado gesto, el señor Kahn le preguntó con viva inquietud:

—¿Se siente usted mal?

—No—contestó.—El sinnúmero de luces de ahí dentro ha llegado á fatigarme.

Callose, y después repuso á media voz:

—Es grande, muy grande... En mi vida he visto reflejada tanta alegría en el semblante de un hombre.

Hablaba del emperador. Había abierto los brazos, en amplio ademán, con majestuosa lentitud, como para recordar la escena de la iglesia; y nada más agregó. Los amigos que le rodeaban guardaban también en silencio. Formaban, en un rincón de la plaza, un reducidísimo grupo. Por delante de ellos el desfile aumentaba; los magistrados con sus togas, los oficiales de gran gala, los empleados de uniforme, una multitud llena de galones, recamada, condecorada, que andaba sobre las flores de que la plaza estaba cubierta, en medio de las llamadas de los lacayos y del brusco rodar de los carruajes. La gloria del imperio en su apogeo flotaba en la púrpura del sol poniente, mientras que las torres de Nuestra Señora, sonrosadas, sonoras, parecían llevar muy arriba, á una cumbre de paz y de grandeza, el reinado futuro del infante bautizado bajo sus bóvedas. Pero los de nuestro grupo, descontentos, sentían tan sólo llegarles una desordenada codicia del es-

plendor de la ceremonia, de las sonoras campanas, de las desplegadas banderas, de la entusiasta ciudad, de todo aquel mundo oficial, rebosante de júbilo. Rougón, quien por vez primera sentía el frío de su desgracia, tenía el rostro muy pálido; y, en sueños, sentía celos del emperador.

—Buenas tardes, señores, me voy; esto es insostenible—dijo Du Poizat, después de haber estrechado la mano á los demás.

—¿Qué es lo que le pasa á usted hoy?—le preguntó el coronel.—Hoy está usted atroz.

El subprefecto respondió tranquilamente, mientras se iba:

—¿Y por qué quiere usted que esté alegre?... Esta mañana he leído en el *Monitor* el nombramiento de ese imbécil de Campenon para la prefectura que se me había prometido.

Los demás se miraron unos á otros. Du Poizat tenía razón que le sobraba, ellos no eran de la fiesta. Rougón, desde el nacimiento del príncipe, habíales prometido un diluvio de regalos para el día del bautizo; el señor Kahn había de obtener su concesión; el coronel la cruz de comendador, madama Correur los cinco ó seis estancos que solicitaba. Y allí estaban todos, formando un grupito, en un rincón de la plaza, con las manos vacías. Dirigieron entonces á Rougón una mirada tan cariacontecida, tan preñada de reproches, que el gran hombre se encogió terriblemente de hombros. Su cupé llegó por fin, empujó bruscamente á Clorinda y se encerró

sin decir una palabra, haciendo crujir la portezuela con violencia.

—Allí está Marsy, bajo el pórtico—murmuró el señor Kahn, que traía consigo á Béjuin.—¡No muestra poca soberbia ese canalla!... Vuelvan ustedes la cabeza; lo que le satisfaría sería no devolvernos el saludo.

Delestang se había apresurado á subir en su coche, para seguir el cupé de Rougón. El señor Bouchard esperó á su consorte; después, cuando la iglesia quedó vacía, se sorprendió en gran manera y fué con el coronel, harto asimismo de esperar á su hijo Augusto. En cuanto á madama Correur, ésta acababa de aceptar el brazo de un subteniente de dragones, un compatriota, que casi casi le debía su charretera.

Mientras tanto, en el cupé, Clorinda hablaba con entusiasmo de la ceremonia, y él, retrepado en la testera y medio soñoliento, la escuchaba. La joven había visto las fiestas de la Pascua en Roma y no eran más grandiosas. Y decía que á su modo de ver, la religión era un rincón del paraíso entreabierto, con el Padre Eterno sentado en su trono, lo mismo que un sol, en medio de la pompa de los ángeles colocados á su alrededor, en amplio círculo de hermosos jóvenes vestidos de oro. Luego, de repente, se interrumpió, para preguntar:

—¿Vendrá usted esta noche al banquete que el Municipio ofrece á Sus Majestades? Será cosa magnífica.

Ella estaba invitada. Llevaría un traje color de rosa, cuajado de miosotis. El señor de Plouguern era quien debía de acompañarla, porque su madre no quería salir de noche á causa de sus jaquecas. Volvióse á interrumpir, y salió bruscamente con una nueva pregunta:

—¿Quién era el magistrado con quien estaba usted hace un instante?

Rougón alzó la cabeza y recitó de carretilla:

—El señor Beulin-d'Orchère, cincuenta años, de familia de togados, ha sido substituto en Montbrison, procurador del rey en Orleans, abogado general en Ruán, formó parte de una comisión mixta en el 52, vino en seguida á París como consejero del tribunal de apelación, y es, en fin, en el día de hoy presidente de este tribunal... ¡Ah! me olvidaba; aprobó el decreto de 22 de enero de 1852, confiscando los bienes de la familia de Orleans... ¿Está usted satisfecha?

Clorinda se había echado á reír. Rougón se burlaba de ella porque quería enterarse; pero de sobra estaba permitido el conocer á las personas con quienes podría una tropezarse. Y no le hizo abrir la boca por lo tocante á la señorita Beulin-d'Orchère. Volvió á hablar del banquete del Ayuntamiento; la galería de las fiestas había de ser decorada con inaudito lujo; una orquesta tocaría piezas durante todo el tiempo de la comida. ¡Ah! ¡Francia era un gran país! En parte alguna, ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en España, ni en Italia,

había visto bailes más espléndidos y que más estupefacta dejaran á la gente. Por lo tanto, añadía con el rostro encendido de admiración, su elección quedaba hecha ahora: quería ser francesa.

—¡Oh! ¡los soldados!—exclamó—mire usted, ¡los soldados!

El cupé, que había seguido la calle de la Cité, se vió detenido, al extremo del puente de Nuestra Señora, por un regimiento que desfilaba por el malecón. Eran soldados de línea, pequeñitos, que marchaban como corderos, algo á la desbandada, á causa de los árboles de las aceras. Venían de formar el cordón. Traían los rostros tostados por el sol de las primeras horas de la tarde, con los pies blancos y la espalda inclinada con el peso de la mochila y del fusil. Y era tanto lo que se habían aburrido, en medio de los encontrones de la multitud, que parecían la estupidez andando.

—Me vuelvo loca por el ejército francés—dijo Clorinda entusiasmada, inclinándose para ver mejor.

Rougón, como despertado, miraba también. Era la guardia del Imperio la que pasaba pisoteando el polvo del arroyo. Una multitud de carruajes iba interceptando el puente con lentitud; pero los cocheros, comedidos y respetuosos, esperaban, mientras los personajes en gran uniforme, se asomaban á las portezuelas, con los rostros por modo vago sonrientes, y miraban con cariño los soldaditos atontados por tan larga centinela. Los fusiles, iluminados por el sol, agregaban mayor esplendor á la fiesta.

—Y aquellos últimos, ¿los ve usted?—repuso Clorinda.—Hay de ellos toda una fila á los que ni siquiera apunta el bozo. ¡Qué buen efecto producen!

Y, en un arranque de ternura, envió desde el fondo del coche, un millar de besos á los soldados, con sus dos manos. Ocultábase un poquitín, para no ser vista; quería regalarse ella sola con la alegría, con el amor hacia la fuerza armada. Rougón le dirigió también paternal sonrisa; acababa asimismo de disfrutar el primer goce de todo el día.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó cuando el cupé pudo por último dar vuelta en el extremo del malecón.

Una considerable muchedumbre habíase agolpado, tanto en la acera como en el arroyo. El coche tuvo que detenerse otra vez. Una voz, salida de la multitud, decía:

—Es un borracho que ha insultado á los soldados. Los municipales acaban de echarle mano.

Entonces, habiéndose apartado el grupo, Rougón pudo distinguir á Gilquin, hecho una uva y sujetado por el cuello por dos municipales. Con el traje de dril amarillo desgarrado, dejaba ver pedazos de la carne. Mas él se mantenía del mejor humor, con el bigote caído y el rostro colorado como un pimiento. Tutecía á los municipales, llamándoles «corderitos míos». Referíales que había pasado la tarde muy tranquilamente en un café de allí al lado, en compañía de personas riquísimas. Podían tomarse informes en el Teatro del Palacio Real, á donde el

señor y la señora de Charbonnel habían ido para ver representar los *Confites del bautizo*: seguramente que no dirían lo contrario.

—¡Dejadme, pues, so farsantes!—gritó poniéndose tieso de repente.—El café está ahí al lado ¡rayos y centellas! ¡vengan ustedes conmigo, si es que dudan de mi palabra!... Los soldados me han faltado al respeto, entiéndanlo ustedes bien; hasta hubo un pequeñín que se reía. Entonces le envié á que le sonaran las narices. Pero de esto á insultar al ejército francés, eso nunca ¡nunca! Hablen ustedes al emperador de Teodoro, y ya verán lo que dirá... ¡Ah, por vida de! ¡bonitos quedarían ustedes!

La multitud, regocijada, reía á más no poder. Los dos municipales, imperturbables, no soltaban la presa y empujaban poco á poco á Gilquin hasta la calle de San Martín, en la cual se distinguía, á lo lejos, la linterna roja de un cuartelillo de policía. Rougón se había echado más que de prisa á la testera del carruaje. Pero, de repente, Gilquin le vió, al levantar la cabeza. Entonces, en medio de su gran pítima, volviése chocarrero al par que prudente. Púsose á mirarle, guiñando los ojos y como hablando por él.

—¡Basta, hijitos míos! podría haber un escándalo, y no lo habrá, porque se tiene dignidad... ¡Eh! decidme, pues, ¿pondríaís la pata sobre Teodoro si anduviere siempre de acá para allá con princesas, como cierto ciudadano á quien conozco? Sea como sea, uno ha trabajado con gente de campanillas, y

por todo lo fino, y se enorgullece, sin pedir el oro y el moro. Cada uno sabe lo que vale, lo que consuela de ciertas miseriucas... ¡Rayos y truenos! ¿Los amigos no son ya amigos?

Se enternecía, con la voz entrecortada de hipos. Rougón, con todo disimulo, llamó con la mano á un hombre abrochado en un gran gabán, á quien conoció junto al coche; hablóle en voz baja y le dió la dirección de Gilquin, calle de Virginia, número 17, en Greneville. El hombre se acercó á los municipales, como para ayudarles á aguantar al borracho, que forcejaba como un condenado. La multitud se quedó sorprendida, al ver que los agentes se volvían hacia la izquierda, y que metían á Gilquin en un fiacre, cuyo cochero, según órdenes, siguió el muelle de las Tenerías. Pero la cabeza de Gilquin, enorme y con el cabello alborotado, rompiendo en una careajada triunfal, apareció en la portezuela, aullando:

—¡Viva la república!

Cuando el tropel de gente quedó disuelto, los malecones volvieron á su gran tranquilidad. París, hastiado de tanto entusiasmo, se sentaba á la mesa; los trescientos mil curiosos que se habían apabullado unos contra otros, habían invadido los restaurantes de la orilla del agua y del arrabal del Temple. En las vacías aceras, muchos provincianos andaban arrastrando los pies, molidos, sin saber dónde ir á comer. Allá abajo, á ambos lados del lavadero flotante, las lavanderas acababan de pale-

tear la ropa, con furiosos golpes. Una raya de sol doraba todavía las torres de Nuestra Señora, mudas á la sazón, por encima de las casas negras de sombra. Y en la ligera neblina que ascendía del Sena, á lo lejos, en la punta de la isla de San Luis, tan sólo se distinguía ya, en medio del enmarañado gris de las fachadas, la gigantesca levita, el anuncio monumental, colgando, en algún claro del horizonte, el burgués despojo de un Titán cuyos miembros hubiese destruído el rayo.



brero de hombre, á cuyo alrededor veíase una gasa, como azulada nube, empolvada con el polvo de oro del sol.

—¡Cómo! ¡es usted!—exclamó Rougón levantándose con presteza.—¡Pero entre usted!

—No, no,—contestó la joven.—No se moleste usted, pues sólo tengo una palabra que decirle... Mamá debe de estarme esperando para almorzar.

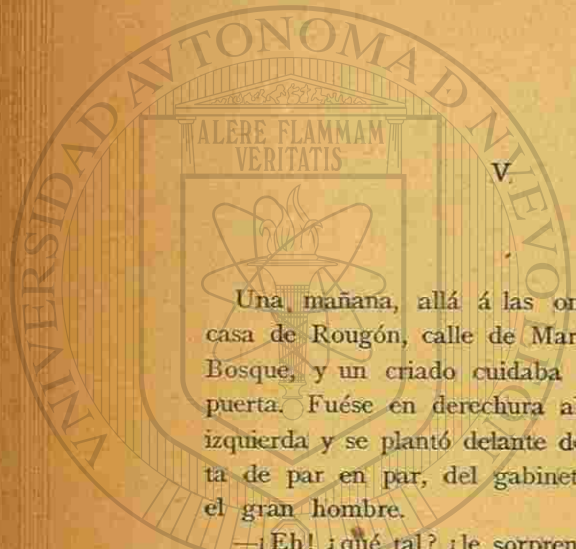
Era aquélla la tercera vez que por modo tal se presentaba en casa de Rougón, contra todas las conveniencias sociales; mas hacía como que tenía empeño en quedarse en el jardín. Por lo demás, las dos primeras veces se había presentado también en traje de amazona, traje que le prestaba cierta libertad de muchacho y cuya larga falda debía de parecerle de suficiente protección.

—Ha de saber usted que vengo en clase de mendiga,—prosiguió. Se trata de billetes de lotería... Hemos organizado una lotería en beneficio de las niñas pobres.

—Pues bien, entre usted—repitió Rougón.—Ya me explicará usted eso.

Habíase quedado con el latiguillo en la mano, un latiguillo preciosísimo, con puñito de plata. Echóse á reír, dándose ligeros golpes en la falda.

—¿Qué más explicaciones he de dar? Usted no ha de hacer sino tomarme billetes. No he venido para otra cosa... Tres días hace que le busco á usted las vueltas, sin conseguir echarle la mano encima, y la lotería se sortea mañana.



Una mañana, allá á las once, Clorinda fué á casa de Rougón, calle de Marbeuf. Regresaba del Bosque, y un criado cuidaba de su caballo, á la puerta. Fuése en derechura al jardín, volvió á la izquierda y se plantó delante de una ventana abierta de par en par, del gabinete en que trabajaba el gran hombre.

—¡Eh! ¿qué tal? ¿le sorprende á usted?—le dijo de golpe y porrazo.

Rougón alzó vivamente la cabeza, y ella se reía en medio del caluroso sol de junio. Su vestido de amazona, de recio paño azul, cuya larga cola se había terciado al brazo izquierdo, hacía parecer de mayor estatura; mientras que su corpiño de chaleco, con faldillas redondas, muy ajustado, parecía como una viviente piel que le ceñía los hombros, el seno y las caderas. Llevaba puños de hilo y un cuello de hilo también, bajo el cual se anudaba una sutil corbata de seda azul. Sobre los recogidos cabellos, llevaba con garbo y donosura, un som-

brero de hombre, á cuyo alrededor veíase una gasa, como azulada nube, empolvada con el polvo de oro del sol.

—¡Cómo! ¡es usted!—exclamó Rougón levantándose con presteza.—¡Pero entre usted!

—No, no,—contestó la joven.—No se moleste usted, pues sólo tengo una palabra que decirle... Mamá debe de estarme esperando para almorzar.

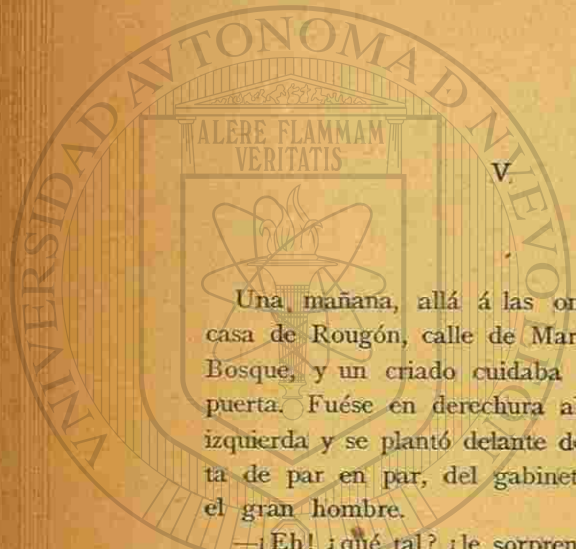
Era aquélla la tercera vez que por modo tal se presentaba en casa de Rougón, contra todas las conveniencias sociales; mas hacía como que tenía empeño en quedarse en el jardín. Por lo demás, las dos primeras veces se había presentado también en traje de amazona, traje que le prestaba cierta libertad de muchacho y cuya larga falda debía de parecerle de suficiente protección.

—Ha de saber usted que vengo en clase de mendiga,—prosiguió. Se trata de billetes de lotería... Hemos organizado una lotería en beneficio de las niñas pobres.

—Pues bien, entre usted—repitió Rougón.—Ya me explicará usted eso.

Habíase quedado con el latiguillo en la mano, un latiguillo preciosísimo, con puñito de plata. Echóse á reír, dándose ligeros golpes en la falda.

—¿Qué más explicaciones he de dar? Usted no ha de hacer sino tomarme billetes. No he venido para otra cosa... Tres días hace que le busco á usted las vueltas, sin conseguir echarle la mano encima, y la lotería se sortea mañana.



Una mañana, allá á las once, Clorinda fué á casa de Rougón, calle de Marbeuf. Regresaba del Bosque, y un criado cuidaba de su caballo, á la puerta. Fuése en derechura al jardín, volvió á la izquierda y se plantó delante de una ventana abierta de par en par, del gabinete en que trabajaba el gran hombre.

—¡Eh! ¿qué tal? ¿le sorprende á usted?—le dijo de golpe y porrazo.

Rougón alzó vivamente la cabeza, y ella se reía en medio del caluroso sol de junio. Su vestido de amazona, de recio paño azul, cuya larga cola se había terciado al brazo izquierdo, hacía parecer de mayor estatura; mientras que su corpiño de chaleco, con faldillas redondas, muy ajustado, parecía como una viviente piel que le ceñía los hombros, el seno y las caderas. Llevaba puños de hilo y un cuello de hilo también, bajo el cual se anudaba una sutil corbata de seda azul. Sobre los recogidos cabellos, llevaba con garbo y donosura, un som-

Entonces, sacando una carterita del bolsillo, le preguntó:

—¿Cuántos billetes quiere usted?

—Ni uno siquiera, si no entra usted aquí—le contestó.

Y agregó en tono placentero:

—¡Qué demontre! ¿Acaso se hacen negocios por las ventanas? Estoy en que no debo de entregarle á usted dinero, como si se tratase de una mendiga.

—Lo mismo me da, con tal de que usted me lo entregue.

Mas él se mantuvo en sus trece. Clorinda le miró un instante, sin decir palabra. Después continuó:

—Si entro, ¿me tomará usted diez?... Son de á diez francos.

Y no se determinó á entrar de seguida. Empezó por dirigir una rápida mirada al jardín. Un jardinero, arrodillado en una avenida, plantaba una canastilla de geranios. Tras de una ligera sonrisa, se dirigió á la pequeña escalinata de tres peldaños, que llevaba á la puerta-ventana del gabinete. Rougón le tendió la mano, y cuando la hubo conducido á la mitad de la estancia:

—A lo que parece, tiene usted miedo de que me la coma—le dijo.—Usted sabe muy bien que soy el más sumiso de sus esclavos... ¿Qué puede usted temer aquí?

La joven proseguía dando ligeros golpecitos en su falda con el latiguillo.

—Nada temo absolutamente—contestó con toda la serenidad de joven emancipada.

Después, cuando hubo dejado el látigo sobre un sofá, registró de nuevo en su cartera.

—Toma usted diez, ¿no es eso?

—Y veinte, si usted lo quiere—le contestó.—Pero, por favor, siéntese usted; charlemos un poco... Creo que no va usted á escaparse tan deprisa y corriendo... ¿eh?

—Entonces, un billete por minuto, ¿estamos? Si permanezco aquí un cuarto de hora, serán quince billetes; si veinte minutos, veinte; y de este modo hasta la noche. Yo no tengo inconveniente... ¿Trato hecho?

Y se regocijaron sobremanera con semejante convenio. Clorinda acabó por sentarse en una butaca, en el vano mismo de la ventana que permanecía abierta. Rougón para no asustarla, volvió á sentarse á su bufete. Y pusieron á hablar, en primer lugar de la casa. La amazona dirigía miradas por la ventana, parecíale el jardín algo reducido, pero encantador, con su césped central y sus grupos de verdes árboles. Rougón le hacía detallada reseña de la distribución de habitaciones. Bajo en el entresuelo, se encontraban su gabinete, un gran salón, otro pequeño y un muy hermoso comedor; en el primer piso, lo mismo que en el segundo, había siete habitaciones. Bajo en el entresuelo, sobrado espacioso para él. Cuando el emperador le regaló aquel hotel, debía de contrarar matrimonio

con una dama viuda, elegida por su misma Magestad. Pero la dama había muerto, y él se quedaría soltero.

—¿Por qué?—le preguntó mirándole fijamente el rostro.

—¡Bah!—le contestó.—Otras son las cosas en que tengo que pensar. A mi edad ya no se tiene necesidad de mujer.

Pero Clorinda, encogiéndose de hombros, le dijo sencillamente:

—No presuma usted de ello.

Habían llegado á sostener entre ellos conversaciones muy libres. Pretendía la joven que él fuese de voluptuoso temperamento; mas sabía defenderse y le refería su juventud, años transcurridos en habitaciones desprovistas de todo, en donde ni siquiera las lavanderas entraban, decía riendo. Entonces Clorinda le hacía preguntas sobre sus queridas, con suavidad infantil; algunas había tenido—le decía—no podía, por ejemplo, manchar la memoria de cierta dama, conocida en todo París, quien, al dejarle, se había establecido en provincia. Pero Rougón se encogía de hombros. Las faldas apenas le hacían mala obra. Cuando la sangre se le subía á la cabeza ¡qué diantre! era como todos los demás, y capaz habría sido de echar un tabique abajo con los hombros para entrar en una alcoba. No estaba por entretenerse en bagatelas; y así que todo había terminado, se quedaba tan tranquilo, y hasta otra.

—No, no, nada de mujer—repetía con los ojos ya hechos unas candelas, ante la rendida actitud de Clorinda.—La mujer ocupa demasiado lugar.

La joven, retrepada en la butaca, se sonreía por modo extraño. Su semblante aparecía como desfallecido y su seno latía con lentitud. Exageraba su acento italiano y resultaba melodiosa su voz.

—¡Quite usted allá, caro amigo! ustedes nos adoran—le dijo.—¿Quiere usted apostar algo á que quedará usted casado en este mismo año?

Y tan segura parecía de ganar, que hasta se mostraba irritante. De algún tiempo á aquella parte, ofrecíase á Rougón con toda tranquilidad. No se tomaba ya el trabajo de disimular su lenta seducción, aquel trabajo inteligente de que le había rodeado, antes de emprender el sitio formal de sus aspiraciones. Ahora le tenía ya por sobrado conquistado para seguir la aventura á cara descubierta. Habíase entablado entre ellos un verdadero desaffo, de cada día, de cada hora. Si no establecían aún en alta voz las condiciones del combate, percibíanse muy francas confesiones en sus labios y en sus ojos. Cuando se miraban no podían menos de sonreír, se provocaban. Clorinda ponía precio, iba derecha á su fin, con soberbia audacia, segura como estaba de conceder tan solo lo que quisiese. Rougón, aturdido ya, herido en su amor propio, prescindía de todo escrúpulo y soñaba sencillamente en hacer su querida de aquella linda muchacha, y abandonarla después para probarle su superioridad

sobre ella. El orgullo de ambos batallaba más alto aún que sus sentidos.

—En nuestro país—continuaba Clorinda en voz baja,—el amor es el asunto de mayor interés. Las muchachillas de doce años tienen ya sus enamorados... Yo he venido á ser un muchacho, porque he viajado de acá para allá. ¡Pero si hubiese usted conocido á mamá cuando era joven! No salía nunca de su casa, pero era tan hermosa, que se venía á verla de muy lejos. Un conde permaneció expresamente seis meses en Milán, sin llegar á verle ni una trenza de sus cabellos. Esto se debe á que las italianas no son como las francesas, que pasan la vida charlando y azotando calles; quedan abrazadas al hombre á quien han elegido... En cuanto á mí, yo he viajado é ignoro si guardaré de aquello memoria; paréceme, no obstante, que amaré con alma y vida, sí, con alma y vida, hasta morir de amor...

Poco á poco había ido entornando los párpados y su rostro se bañaba en éxtasis voluptuoso. Rougón, en tanto que ella hablaba, había dejado el bufete, con las manos temblorosas, como atraído por fuerza superior é irresistible. Mas, cuando se hubo acercado, la joven abrió del todo los ojos y le miró con toda tranquilidad. Señalando al reloj, y sonriendo, repuso:

—Esto compone diez billetes.

—¿Cómo diez billetes?—balbuceó Rougón sin comprender.

Cuando volvió en sí, Clorinda se reía á carcajadas. Así se complacía en enloquecerle; y luego apartábase de él en un abrir y cerrar de ojos, cuando se aprestaba á abrir los brazos; aquello parecía divertirla sobremanera. Rougón, que, de repente, se había quedado muy pálido, la miró hecho una furia, lo que la hizo reír todavía más.

—Vamos, me voy—dijo.—No es usted muy galante que digamos con las damas... No, con formalidad, mamá me está esperando para almorzar.

Pero ya Rougón había recobrado su aire paternal. Tan sólo sus ojos grises, bajo los pesados párpados, despedían relámpagos, cuando la joven volvía la cabeza; y envolvíala entonces por completo en una mirada, con la rabia del hombre fuera ya de sus sillillas, resuelto á acabar de una vez, á jugar el todo por el todo. Decíale, sin embargo, que bien podía concederle cinco minutos más. ¡Era tan engorroso el trabajo en que le había encontrado ocupado! ¡una Memoria para el Senado, sobre peticiones!... Y púsose á hablarle de la emperatriz, á quien consagraba verdadero culto. Hacía diez días que la emperatriz se hallaba en Biarritz. Entonces la joven se reclinó de nuevo en el fondo de la butaca, entregándose á un charloteo sin fin. Conocía al dedillo Biarritz, y antaño había pasado allí una temporada, cuando aquella playa no estaba aún de moda. Desesperábase por no poder volver durante la estancia allí de la corte. A seguida pasó á contar una sesión de la Academia, á donde el señor de Plou-

guern la había llevado el día anterior. Recibíase á un escritor, de quien se reía mucho, porque era calvo; por lo demás, todos los libros le causaban horror. Cuando se le ponía en el moño leer, tenía que meterse en la cama, pasto de crisis nerviosas. No entendía jota de lo que leía. Cuando Rougón le dijo que el escritor recibido la víspera era enemigo del emperador, y que era su discurso un hormiguero de alusiones abominables, se quedó consternada.

—Sin embargo, parecía una excelente persona— dijo Clorinda.

Rougón, á su vez, tronaba contra los libros. Aca- baba de ver la luz pública una novela, que le indignaba; una obra de la más depravada imaginación, que fingiendo verdadero interés por la verdad exacta, arrastraba al lector á los desenfrenos de una mujer histérica. Aquella palabra «histérica» pareció ser de su agrado, pues la repitió tres veces. Clorinda le preguntó qué era lo que significaba, pero él se negó á darle explicación alguna, acometido de gran pudor.

—Todo se puede decir— prosiguió;—consiste en el modo de decirlo... Así es que en el gobierno se ve uno obligado á tratar de los asuntos más delicados. Yo he leído informaciones ó memorias sobre ciertas mujeres, pongo por caso, ¿me comprende usted? en que se leen los detalles más precisos, en estilo clarísimo, sencillo, honesto, casto, en fin... Al paso que los novelistas de hogaño han adoptado un estilo lúbrico, un modo de decir las cosas que las re-

presentan como vivas á nuestros ojos. A eso llaman arte, cuando no es más que inconveniencia, y asunto concluído.

Hasta pronunció la palabra «pornografía» y llegó hasta á nombrar al marqués de Sade, á quien, por lo demás, en su vida había leído. En esto, hablando hablando, maniobraba con gran habilidad para pasar detrás de la butaca de Clorinda, sin que ella se percatara. La joven, con la mirada vaga, murmuraba:

—¡Oh! por mi parte, ni siquiera he abierto una sola novela. Todas esas mentiras son verdaderas estupideces... ¿No tiene usted noticia de *Leonora la bohemia*? Es de lo más bonito. La leí en italiano, cuando era pequeñita. Se habla en ella de una joven que se casa en fin con un señor. Empezaron por robarla unos bandidos...

Mas un ligero chirrido que se oyó á su espalda, la hizo volver vivamente la cabeza, como despertada con sobresalto.

—¿Qué hace usted ahí?—preguntó.

—Bajo la cortina—contestó Rougón.—El sol debe de molestarla á usted.

Hallábase, en efecto, envuelta en un rayo de sol, cuyos voladores átomos doraban, cual luminoso polvillo, el paño de su amazona.

—¿Quiere usted dejar la cortina?—exclamó.—A mí me gusta el sol; me siento como en un baño.

Y llena de inquietud, se medio incorporó y dirigió una mirada al jardín, para ver si el jardinero se

hallaba allí todavía. Cuando hubo dado con él, al otro lado de la canastilla, en cuchillas, sin que se le viera más que la espalda cubierta con su blusa azul, volvió á tomar asiento, tranquilizada, sonriente, Rougón, que había seguido la dirección de su mirada, dejó la cortina, en tanto que la joven le bromeaba. Era, pues, como los buhos, le decía, que buscaba la sombra. Mas él no se incomodaba, y andaba en medio del gabinete, sin demostrar el menor despecho. Su aventajado cuerpo ofrecía los tardos movimientos del oso que trama alguna traición.

Después, hallándose al otro extremo de la estancia, junto á un amplio canapé, encima del cual hallábase colgada una grande fotografía, la llamó:

—Venga usted á ver—le dijo.—¿No ha visto usted mi último retrato?

Clorinda se retrepó todavía más en la butaca y contestó, sin cesar de sonreír:

—Lo veo muy bien desde aquí... y además, ya me lo ha enseñado usted.

No se desanimó el grande hombre. Había ido á echar la cortina de la otra ventana, é inventó á dos ó tres pretextos para atraerla á aquel rincón de misteriosa sombra, en donde se estaba á las mil maravillas, según decía. Desdeñando tan burdo lazo, la joven ni siquiera respondió, contentándose con negar con la cabeza. Entonces, viendo que había comprendido, volvió á plantarse delante de ella, con las manos cruzadas, cesando de recurrir á la astucia y provocándola cara á cara.

—¡Ah, me olvidaba!... Quiero enseñar á usted mi «Monarca», mi nuevo alazán. Ya sabe usted que he hecho un cambio... Usted me dará su opinión tocante á él, usted, á quien tanto le gustan los caballos.

Volvióse á negar, pero Rougón insistió; la cuadra no estaba más que á cinco minutos de allí; sería cosa de cinco minutos todo lo más. Pero como continuase diciendo que no, á él se le escapó decir á media voz y en tono casi de desprecio:

—¡Ah! ¡no es usted valiente!

Aquello fué como un latigazo. La joven se puso en pie, seria, un tanto pálida.

—Vamos á ver á Monarca—dijo sencillamente.

Echó la cola de su amazona sobre el brazo izquierdo. Púsose á mirarle fijamente, cara á cara. Durante un instante, se estuvieron contemplando tan profundamente, que leían mutuamente sus pensamientos. Era como un reto ofrecido y aceptado, sin miramientos de ninguna clase. Y fué ella la primera en bajar la escalinata, mientras que Rougón se abrochaba maquinalmente el batín con que se hallaba vestido. Mas apenas Clorinda hubo andado tres pasos en la avenida, cuando se detuvo.

—Espere usted—le dijo.

Volvió al gabinete. Cuando estuvo de regreso, daba ligeramente vueltas en sus dedos, al latiguillo de montar, que había dejado olvidado tras un almohadón del canapé. Rougón miró el látigo como quien no hacía la cosa, y luego alzó lentamente los

ojos para mirar á Clorinda. Esta ahora se sonreía y echó también á andar delante.

La cuadra estaba á la derecha, en el fondo del jardín. Cuando pasaron por delante del jardinero, éste se hallaba arreglando sus trebejos, en disposición de marcharse. Rougón sacó el reloj; eran las once y el palafrenero debía de estar almorzando. Y, bajo el ardiente sol, con la cabeza descubierta, seguía á Clorinda, quien tranquilamente iba andando, dando latigazos á diestra y siniestra á los verdes árboles. No cruzaron tan sólo una palabra, y ella ni siquiera se volvió. Después, llegado que hubieron á la cuadra, dejó que Rougón abriese la puerta y pasó delante de él. La puerta, empujada con demasiada fuerza, se cerró violentamente, sin que ella cesase de sonreír. Su semblante aparecía cándido, soberbio y confiado á la vez.

La cuadra era pequeña, sin nada extraordinario y con cuatro divisiones de roble. A pesar de que se habían lavado las losas por la mañana, y que las entabladuras, los depósitos y los pesebres ostentaban gran limpieza, un fuerte tufo llenaba el ambiente. Sentíase un húmedo calor de bañera. La claridad, que penetraba por dos tragaluces redondos, atravesaba con sendos pálidos rayos la obscuridad del techo, sin iluminar los negros rincones del suelo. Clorinda, con los ojos deslumbrados por la gran claridad del exterior, no distinguió nada al principio; mas esperó, sin volver á abrir la puerta, para no dar á entender que tenía miedo. Dos divisiones

tan sólo estaban ocupadas. Los caballos resoplaban, volviendo la cabeza.

—¿Es éste, no?—preguntó cuando los ojos se hubieron acostumbrado á la obscuridad.—Me parece de muy buena estampa.

Dió unos golpecitos en la grupa del caballo. Luego se deslizó en el compartimiento, acariciándole el cuerpo todo á lo largo, sin demostrar temor alguno. Descaba—decía—verle la cabeza. Y, cuando se halló en el fondo, Rougón oyó que le aplicaba ruidosos besos en las ventanas de la nariz. Esto le sacó de quicio.

—Vuelva usted atrás, se lo suplico. Si se dejase caer de costado, quedaría usted aplastada.

Mas ella se reía y besaba al caballo con más entusiasmo aún, hablándole con las palabras más cariñosas, mientras que el animal, regalado con aquella lluvia de inesperadas caricias, sentía estremecimientos que le recorrían por toda su sedosa piel. Por último la joven salió de allí; decía que sentía verdadero flaco por los caballos, que la conocían muy mucho, que nunca le hacían mal, aunque les impacientase. Muy bien que sabía cómo se les debía de tratar. Eran animales muy cosquillosos. Monarca tenía aspecto de buen muchacho. Y se puso en cuclillas detrás de él y le levantó una de las patas con ambas manos para examinarle el casco. El caballo no mostró la menor resistencia.

Rougón, en pie, la veía agachada ante él. En el enorme montón de sus faldas, las caderas henchían



el paño cuando se inclinaba. No decía ya una palabra, la sangre se le agolpaba á la garganta, pas-to de repente de la timidez de la gente brutal. No obstante, concluyó por bajarse. Entonces Clorinda sintió un imperceptible roce bajo los brazos, pero tan ligero, que continuó examinando el casco del cuadrúpedo. Rougón tomó aliento, y, bruscamente, extendió más las manos; pero la joven no demostró el menor sobresalto, como si hubiese estado esperando aquello. Dejó el casco del caballo, y dijo, sin volver la cabeza:

—¿Qué tiene usted? ¿qué le da?

Quiso cogerla por la cintura, pero recibió papirotazos en los dedos, mientras que la joven agregaba:

—No, nada de juegos de manos, si le parece á usted. Yo, como los caballos, soy cosquillosa... ¡Buen bromista está usted!

Y se reía, haciendo como que no entendía nada. Mas así que el aliento del grande hombre llevóle el calor á la nuca, levantóse con potente elasticidad, como un resorte de acero; huyó de su alcance y fué á adosarse á la pared, frente á las divisiones. El la siguió con los brazos extendidos, tratando de echar mano de lo que pudiera; mas ella convertía en escudo la cola de la amazona, que llevaba al brazo izquierdo, mientras que con la derecha alzaba el látigo. El, con los brazos temblorosos, no pronunciaba una palabra; mas la joven, con el mayor sosiego, proseguía hablando:

—Creo que no intentará usted tocarme, ¿estamos?

En mi juventud, recibí lecciones de esgrima, y hasta deploré no haberlas continuado... Tenga usted cuidado con los dedos. ¿Ve usted? ¿qué es lo que le decía?

Parecía tomarlo á broma. No pegaba muy fuerte, divirtiéndose tan sólo en cruzarle la piel, cada vez que aventuraba sus manos hacia adelante. Y tan ligera se presentaba para el quite, que ni siquiera podía Rougón llegarle al vestido. Primeramente había querido cogerla por los hombros; pero alcanzado dos veces por el látigo, intentó dirigirse á la cintura; alcanzado otra vez, acabó traicioneramente por bajarse hasta las rodillas, no con ligereza suficiente para evitar una lluvia de latigazos sin gran importancia, pero lo bastante fuertes para que le obligaran á levantarse. Era una granizada, á derecha é izquierda, cuyo ligero chasquido se oía á alguna distancia.

Rougón, acribillado y escociéndole la piel, retrocedió un instante, púsose como la grana y gruesas gotas de sudor comenzaban á rodarle por las mejillas. El penetrante olor de la cuadra le embriagaba, y la tibia del vaho animal, en la obscuridad, dábale alas para jugar el todo por el todo. Entonces el juego cambió de aspecto. Lanzóse rudamente sobre Clorinda, con impetuosos arranques; mas ella, sin cesar de reir y de hablar, no malgastó ya amistosamente sus latigazos, antes bien los aplicó en secos golpes, uno solo á la vez, el último con mayor fuerza que el precedente. Cuán hermosa aparecía, con la fal-

da arrollada á las piernas, con sus flexibles caderas en el ajustado corpiño, semejante á una ágil serpiente, de color azul oscuro. Cuando azotaba el aire con el brazo, la línea de su garganta, un tanto echada atrás, revestía un encanto sublime.

—Vamos á ver, ¿concluyó esto?—preguntó riendo.—Usted será el primero en cansarse, caro amigo.

Mas éstas fueron las últimas palabras que pronunció. Rougón, perdido el tino, espantoso, con la faz enrojecida, se revolvió con jadeante resoplido de toro escapado. A ella también, gozosa con sacudir á aquel hombre, encendíanse los ojos con fulgores de crueldad. Muda á su vez, apartóse de la pared y se adelantó soberbiamente al centro de la cuadra; y daba vueltas sobre sí misma, multiplicando los golpes, manteniéndole á distancia, y alcanzándole á los brazos, á las piernas, al vientre, á los hombros; y él en tanto, aturdido, enorme, iba de acá para allá, semejante á una fiera castigada por el domador. Clorinda azotaba por lo alto, como agigantada, altanera, con las mejillas pálidas y manteniendo en sus labios nerviosa sonrisa. No obstante, sin que ella se percatara, la fué empujando al fondo, hacia una puerta abierta que daba á una segunda pieza, en donde se encerraba provisión de paja y de heno. Después, como la joven defendiese el látigo, del cual él tenía trazas de querer apoderarse, cogióla por las caderas, no obstante los golpes que recibía, y la empujó para hacerla rodar sobre la paja, al través de la puerta, con ímpetu tal, que fué á caer al lado

de ella. No lanzó Clorinda un solo grito; mas á todo vuelo y con todas sus fuerzas, le cruzó el rostro de una oreja á otra.

—¡Gran zorra!—exclamó.

Y soltó las expresiones más sucias y canalescas renegando, tosiendo y falto de respiración. Se puso á tutearla, diciéndole que había dormido con todo el mundo, con el cochero, con el banquero, con Pozzo. Y acto seguido la preguntó:

—¿Y por qué no quiere usted nada conmigo?

Clorinda no se dignó contestar; hallábase en pie, inmóvil, palidísimo el rostro y con la altanera tranquilidad de una estatua.

—¿Por qué no quiere usted?—repitió.—Bien me ha dejado usted cogerle los brazos desnudos. Dígame usted tan sólo por qué no quiere nada conmigo.

Ella permanecía grave, superior á la injuria y con la mirada en otra parte.

—Porque...—dijo por último.

Y, sin apartar de él la vista, repuso tras breve silencio:

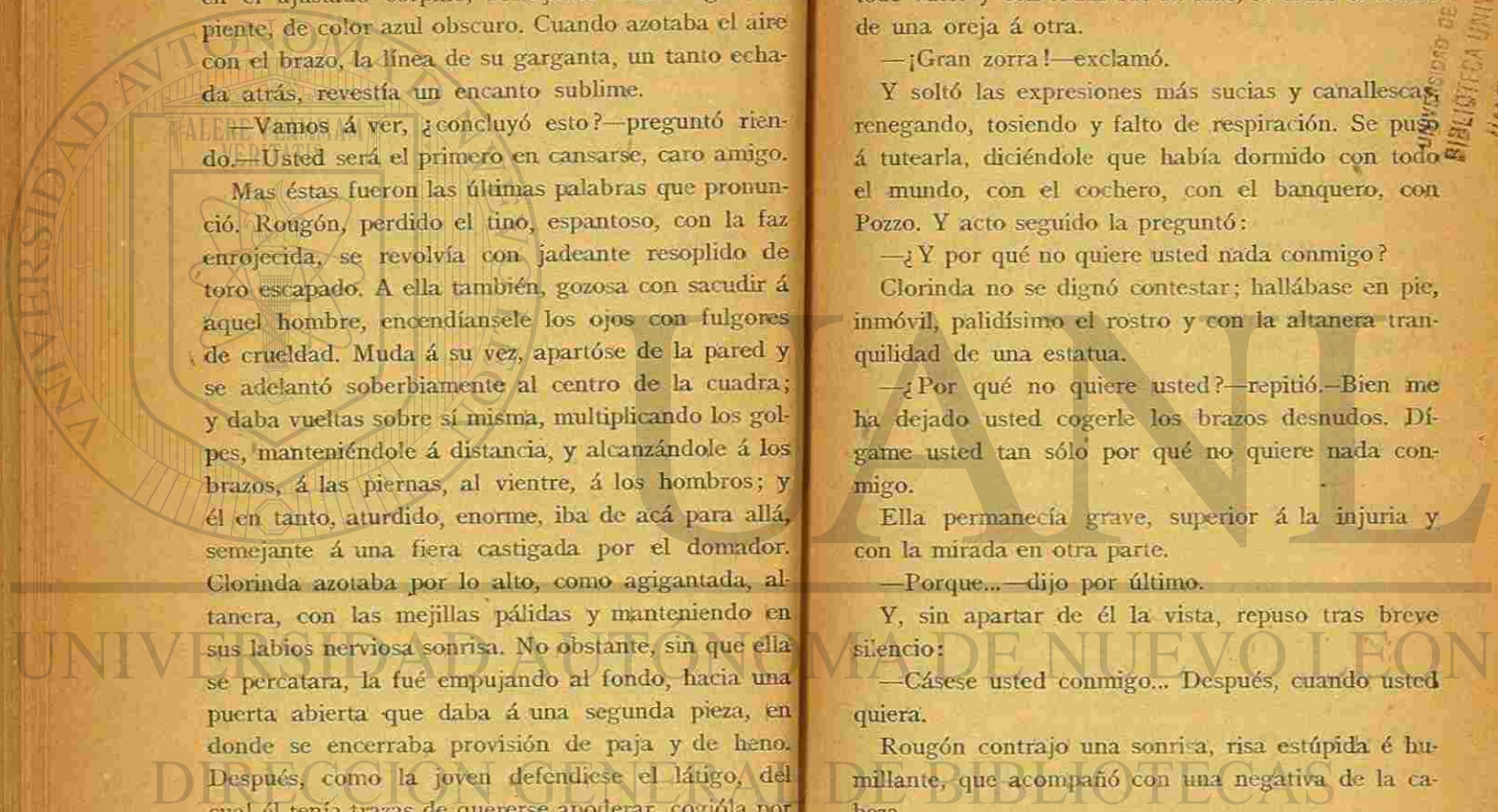
—Cátese usted conmigo... Después, cuando usted quiera.

Rougón contrajo una sonrisa, risa estúpida é humillante, que acompañó con una negativa de la cabeza.

—Pues entonces, jamás—exclamó.—¿Lo oye usted? ¡jamás! ¡jamás!

No añadieron una sola palabra y se volvieron á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALFONSO RUIZ  
 Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



la cuadra. Los caballos, en el fondo de sus compartimientos, volvían la cabeza, respirando más fuerte, inquietos por aquel ruido de lucha que habían oído detrás de ellos. El sol acababa de ascender á los dos tragaluces; dos rayos amarillos salpicaban la obscuridad con rutilante polvillo; y el pavimento, en el espacio en que los rayos le herían, humeaba y exhalaba un aumento de olor. Entretanto, Clorinda, muy sosegada, con el látigo bajo el brazo, se había deslizado nuevamente junto á Monarca. Y le llenaba de besos el hocico, diciendo:

—Adiós, hermoso. Tú tienes juicio.

Rougón, asendereado, corrido, experimentaba una gran tranquilidad. El último latigazo parecía como si le satisficiera la carne. Con las manos, que permanecían temblorosas, reanudaba la corbata y tocaba el batín para cerciorarse de que estaba bien abrochado. Luego quedóse sorprendido al ver que iba quitando con todo cuidado, de la amazona de la joven, las pajitas que se le habían adherido. El temor de ser encontrado allí con ella, le hacía prestar oído. Y, como si nada extraordinario hubiese acontecido entre ellos, dejábele la joven dar vueltas en torno de su falda, sin el menor temor. Cuando le rogó que abriese la puerta, obedeció sin vacilar.

Luego, en el jardín, anduvieron pasito á paso. Rougón, que sentía un ligero escozor en la mejilla izquierda, se aplicaba el pañuelo. Desde el umbral del gabinete, la primera mirada de Clorinda fué para el reloj.

—Esto suma treintidos billetes—le dijo sonriendo. Y como él la mirase sorprendido, ella rió á más y mejor, prosiguiendo:

—Despache usted en seguida, pues la manecilla no para. Como que ya empieza el trigésimo tercero minuto... Mire usted, pongo los billetes sobre su pupitre.

Rougón dió los trescientos veinte francos sin titubear. Sus dedos tan sólo experimentaron un ligero escalofrío, al contar las monedas de oro; era un castigo que se infligía. Entonces, entusiasmada Clorinda por el modo como se desprendía de tamaña cantidad, se adelantó con ademán de seductor abandono, y le presentó la mejilla. Y así que Rougón le hubo dado un beso paternal, se fué entusiasmadísima, diciendo:

—Gracias por esas pobres niñas... Ya no me quedan más que siete billetes que colocar. Mi padrino los tomará.

Cuando Rougón se encontró solo volvió á sentarse en el bufete, maquinalmente. Reanudó su interrumpida tarea, escribió durante unos minutos, consultando con gran atención los documentos esparcidos á su vista. Después se quedó con la pluma en los dedos, con el rostro grave, mirando al jardín, con la ventana abierta, sin ver. Lo que creía ver á la ventana, era la delicada silueta de Clorinda, que se balanceaba, se enroscaba y volvía á desenroscarse, con la muelle voluptuosidad de azulada culebra. Se arrastraba, volvía á entrar; y, en

el centro del gabinete se mantenía erguida, con la viviente cola de su traje, vibrantes las caderas, mientras que los brazos se tendían hacia él, en un desliz sin fin de flexibles anillos. Poco á poco, su seductora persona lo invadía todo, se abandonaba por doquier, sobre la alfombra, sobre los sillones, á lo largo de la tapicería, silenciosa, apasionadamente. Un olor acre y voluptuoso se exhalaba de todo su sér.

Entonces Rougón lanzó violentamente la pluma y dejó, colérico, el bufete, haciendo crujir los dedos unos con otros. ¿Iba por ventura á no dejarle trabajar ahora? ¿volvía loco, al ver cosas que no existen, él, cuya cabeza tan sólida había sido siempre? Hacía memoria de una mujer de otro tiempo, cuando era estudiante, junto á la cual escribía noches enteras, sin oír siquiera su suave respiración. Alzó la cortina, abrió la segunda ventana y estableció una corriente de aire, empujando brutalmente una puerta, al otro extremo de la habitación, como si se viese amenazado de asfixia. Y con el irritado ademán con que habría arrojado alguna avispa peligrosa, se puso á aventar con el pañuelo el olor que había dejado Clorinda. Cuando ya no la sintió allí, respiró ruidosamente, se enjugó el rostro con el pañuelo, para disipar el calor que aquella hermosa joven le había en él dejado.

Entretanto no podía continuar la página comenzada. Anduvo de un extremo á otro del gabinete, con lento paso. Al mirarse en un espejo, distinguió

una mancha roja en su mejilla izquierda. Acercóse y se examinó fijamente. El látigo había dejado tan sólo un ligero rasguño; aquéllo lo podía explicar por un accidente cualquiera. Mas si su rostro conservaba apenas el chirlo de una delgada y rosada línea, él sentía de nuevo en la carne, y profundamente, la ardiente quemadura del azote que le había cruzado la faz. Corrió á un gabinete de tocado, instalado tras de una antepuerta, y allí se humedeció la cabeza en una palangana de agua, lo que le alivió en gran manera. Tenía miedo de soñar con ella, en tanto que la pequeña desolladura de la mejilla no le quedase curada. El calor que le ardía en aquel sitio, se le extendía por todos sus miembros.

—¡No, no quiero!—decía en voz alta, al volver al gabinete.—Al fin y al cabo, sería una estupidez.

Sentóse en el canapé con los puños cerrados. Un criado entró á decirle que el almuerzo se enfriaba, sin sacarle de aquella abstracción de luchador, que se las había con su propia carne. Su ruda faz se henchía movida por un esfuerzo interior; su cuello de toro estallaba, sus músculos se distendían como si estuviese dispuesto á ahogar en sus entrañas, sin el menor grito, alguna fiera que le devorase. Aquel combate se prolongó diez largos minutos. No hacía memoria de haber desarrollado en toda su vida tanto poder; de él salía desencajado el rostro y bañado en sudor.

Por espacio de dos días Rougón no recibió á nadie. Habíase engolfado en un trabajo considerable,

y toda la noche la pasó velando. El doméstico le sorprendió tres veces más, recostado sobre el canapé, como atontado y con rostro que daba miedo. En la noche del segundo día se vistió para ir á casa de Delestang, en donde debía de comer. Mas, en vez de atravesar los Campos Eliseos, remontó la avenida y entró en el hotel Balbi. No eran más que las seis.

—La señorita no está—dijo la criadita Antonia, deteniéndole en la escalera, con su risa de cabra negra.

Alzó la voz para que se le oyese, y hallábase vacilando entre si se retiraba ó no, cuando Clorinda apareció en lo alto, inclinándose sobre la barandilla.

—¡Suba usted!—gritó.—¡Qué animal es esa muchacha! No comprende nunca las órdenes que se le dan.

En el primer piso le hizo entrar en una estrecha habitación, al lado de su cuarto. Era un gabinete de tocado, un papel de ramaje azul claro, que había mandado amueblar con una gran mesa escritorio de caoba, ya sin barniz, apoyada en la pared, con un sillón y un armario. Multitud de papelotes veíanse aquí y allá cubiertos con espesa capa de polvo. Cualquiera habríase creído en la oficina de algún alguacil de equívoca conducta. Tuyo que ir por una silla á su habitación.

—Le esperaba á usted—gritó desde el fondo de aquella estancia.

Luego que hubo traído la silla, le dijo que estaba

despachando su correspondencia. Y le enseñaba anchas hojas de papel amarillento, esparcidas sobre la mesa, llenas de gruesa y redonda letra. Al sentarse Rougón, observó que iba püesto de frac.

—¿Viene usted á pedir mi mano?—le preguntó alegremente.

—Precisamente á eso—le contestó.

Y luego agregó sonriendo:

—No para mí, sino para uno de mis amigos.

Clorinda se le quedó mirando, indecisa, sin saber si hablaba en serio ó en broma. Hallábase despeinada, nada limpia, con una bata roja mal ajustada; hermosa, á pesar de todo, con la irresistible belleza de una antigua estatua, olvidada casi en la tienda de una tendera. Mientras se chupaba uno de los dedos que acababa de llenarse de tinta, olvidóse de examinar la ligera cicatriz que se veía aún en la mejilla izquierda de Rougón. Acabó por repetir á media voz, con semblante distraído:

—Estaba segura de que vendría usted; solo que le esperaba más pronto.

Y agregó en voz más alta, haciendo memoria y continuando la conversación:

—Entonces, es para uno de sus amigos de usted, su más caro amigo, sin duda.

Y su seductora risa se dejaba oír. Persuadida estaba ahora de que Rougón hablaba por cuenta propia. Sentía gran comezón por tocarle con el dedo la cicatriz, de cerciorarse de que le había marcado y que para en adelante le pertenecía. Pero Rou-

gón la cogió por las muñecas y la sentó cariñosamente sobre el sillón de cuero.

—Hablemos, ¿lo quiere usted?—le dijo.—Somos dos buenos amigos; ¿le satisface á usted? Pues bien, desde anteayer he reflexionado muchísimo... En todo este tiempo no he pensado más que en usted... Imaginábame que estábamos casados, que vivíamos juntos de tres meses á esta parte. ¿Y no sabe usted en qué veía que ambos estábamos ocupados?

La joven no contestó, un tanto contrariada, á pesar de su serenidad.

—Pues veía que nos hallábamos delante del fuego. Usted se había apoderado de la paleta y yo de las tenazas, y ambos nos sacudíamos las liendres que era una bendición.

Parecióle aquello tan gracioso, que se echó atrás riéndose como una loca.

—No, no se ría usted, hablo en serio,—prosiguió.—No vale la pena de que unamos nuestras existencias para matarnos á testarazos. Juro á usted que esto sería lo que llegaría á suceder. Bofetada limpia y luego la separación... No olvide usted esto: nadie se debe empeñar en unir dos voluntades.

—¿Y entonces?...—preguntó Clorinda, que se había puesto muy seria.

—Entonces, estoy en que obraríamos santísimamente dándonos un apretón de manos y no alimentando el uno por el otro sino una cordial amistad.

Clorinda se quedó muda, con sus grandes y ne-

gros ojos clavados en los de Rougón. Una arruga terrible de diosa ofendida le cruzaba la frente. Tembláronle ligeramente los labios, con silencioso balanceo de desprecio.

—¿Me permite usted?—le preguntó.

Y acercando el sillón á la mesa escritorio, se puso á plegar las cartas. Servíase, como en las oficinas, de grandes sobres grises, que cerraba con lacre. Había encendido una bujía y miraba el lacre arder. Rougón esperaba con toda tranquilidad á que concluyese.

—¿Y es para eso para lo que usted ha venido?—repuso en fin, sin dejar su tarea.

A su vez él no dió contestación. Quería verla de cara. Cuando se decidió á volver el sillón, dirigióle una sonrisa, tratando de que sus miradas se cruzaran; acto seguido le besó la mano, como deseoso de desarmarla. Clorinda conservaba su altanera frialdad.

—Usted sabe muy bien que vengo á pedirla á usted en matrimonio para uno de mis amigos.

Habló largo y tendido. Amábala mucho más de lo que ella se figuraba; amábala sobre todo porque era inteligente y fuerte. Por esto le costaba tener que renunciar á ella; mas sacrificaba su pasión á la felicidad de entrambos. El la quería reina en su propia casa; veíala casada con un hombre riquísimo, á quien impulsaría á su buen talante; gobernaría y no tendrfa que hacer dejación de su personalidad. ¿No era preferible esto á paralizarse el

uno al otro? Ambos eran muy á propósito para cantarse aquellas crudas verdades cara á cara. Acabó por llamarla «su hija». Era su hija perversa, criatura cuyo espíritu de intriga, le regocijaba, y habría sentido verdadero dolor si llegaba á verla mezquinamente manejada.

—¿Y es eso todo lo que me tenía usted que decir? —le preguntó cuando acabó de hablar.

Hábale escuchado con la mayor atención. Y, alzando los ojos hacia él, repuso:

—Si usted me casa para obtenerme, le prevengo que su cálculo anda equivocado... ¡Tengo dicho que jamás!

—¡Qué idea! —exclamó Rougón, ruborizándose ligeramente.

Tosió y cogió de la mesa una plegadera, cuyo puño se puso á examinar, para que ella no viese su turbación. Pero la joven, sin ocuparse mucho más de él, reflexionaba.

—¿Y quién es el marido? —preguntó.

—Adivínelo usted.

Clorinda sonrió débilmente y se puso á dar golpecitos con los dedos sobre el pupitre y á encogerse de hombros. De sobra sabía de quién se trataba.

—¡Es tan animal! —dijo entre dientes.

Rougón salió á la defensa de Delestang. Era hombre de lo que no había y del que podría servirse como de un dominguillo. Extendióse en detalles acerca de su salud, de su fortuna, de sus costumbres. Por lo demás, él se comprometía á servir-

les, tanto á él como á ella, con toda su influencia, si llegase un día á subir al poder. Delestang no tenía quizás una inteligencia superior; mas no haría ningún mal papel en ninguna situación.

—¡Oh! sí, cumple el programa, se lo concedo á usted—dijo riendo con franqueza.

Después, tras nuevo silencio:

—¡Gran Dios! no digo que no, tal vez está usted en lo cierto... El señor Delestang no me disgusta.

Le miró al pronunciar estas palabras. Creía haber notado, en más de una ocasión, que se sentía celoso de Delestang; mas no vió que se estremera el menor pliegue de su rostro. Había tenido en realidad sobrado dominio sobre sí mismo para dar al traste, en dos días, con sus deseos. Parecía, por el contrario, la mar de satisfecho por el buen éxito del paso que acababa de dar; y volvió á la carga poniéndole de manifiesto las ventajas de semejante matrimonio, como si se tratase, cual abogado socarrón, de un negocio particularmente beneficioso para ella. Hábale cogido las manos, en las que daba amistosos golpecitos, como cómplice feliz, repitiendo:

—La cosa se me ha ocurrido esta noche, y en seguida pensé: ¡Estamos salvados!... No quiero que se que de usted para vestir imágenes. Es usted la única mujer que me parece digna de merecer un marido. Delestang viene como anillo al dedo. Con él quedamos por completo á nuestras anchas.

Y agregó en el colmo de la alegría:

—En mi fuero interno, tengo por seguro que me recompensará usted un día, haciéndome asistir á cosas extraordinarias.

—¿Y el señor Delestang está enterado de los proyectos de usted?—le preguntó la joven.

El se quedó un instante sorprendido, como si Clorinda hubiese dejado escapar una palabra que no esperaba de su boca; en seguida contestó con todo sosiego:

—No, es inútil. Ya se le explicará todo más adelante.

Hacía un instante que de nuevo se había puesto Clorinda á cerrar las cartas. Una vez que había puesto encima del lacre un ancho sello sin inicial, volvía el sobre, escribía la dirección, despacio y en sus gruesos caracteres. A medida que echaba las cartas á la derecha, Rougón procuraba leer las direcciones; en su mayor parte, tratábase de nombres de hombres políticos italianos, muy conocidos. Clorinda hubo de percatarse de su indiscreción, pues dijo, al levantarse llevándose la correspondencia para mandarla echar al correo:

—Cuando mamá está con la jaqueca, soy yo quien escribe á allá.

Rougón, habiéndose quedado solo, estuvo paseando en la pequeña habitación. En las divisiones del armario, leyó, como en los despachos de la gente de negocios: *Recibos, Cartas por clasificar, Legajos A*. No pudo por menos de sonreír, al reparar,

en medio de los papelotes de oficina, un corsé que por allí rodaba, estropeado y partido por la cintura. Había también una pastilla de jabón en la concha del tintero, unos trozos de raso azul en el suelo, los despojos de algún arreglo de falda, que se había olvidado barrer. La puerta de la alcoba se encontraba entreabierta y tuvo la curiosidad de alargar el cuello, pero las persianas estaban echadas, y reinaba tal obscuridad, que distinguió tan sólo la grande sombra que ofrecían las cortinas de la cama. Clorinda volvía.

—Me voy—le dijo Rougón.—Cómo esta noche en casa de nuestro hombre. ¿Me deja usted en libertad para obrar?

Ella no contestó. Volvía con el semblante sombrío, como si hubiese hecho nuevas reflexiones en la escalera. Rougón estaba ya apoyado en la barandilla, mas ella le atrajo y cerró la puerta. Era su ensueño el que se alejaba, una esperanza, con tanta inteligencia conducida, que una hora antes la tenía todavía por certidumbre. Toda la quemadura de una ofensa mortal le subía al rostro. Parecíale como si la hubiesen abofeteado.

—¿Luego la cosa es seria?—le preguntó, poniéndose contra la luz para que no reparara en la rojez de su semblante.

Y así que Rougón hubo expuesto sus argumentos por la tercera vez, se quedó muda. Temía, si entraba en discusión, abandonarse á la loca ira, cuyo estallido sentía en su cerebro. Hasta tenía miedo



de llegarle á pegar. Después, en el derrumbamiento de la vida que se había ya forjado, perdió la clara noción de las cosas, retrocedió hasta la puerta de la alcoba, casi hasta el punto de entrar, de atraer á Rougón y gritarle: «Ven, tóname, tengo en tí confianza, y no seré después tu mujer, á no ser que así lo quieras».

Rougón, que no cesaba de hablar, comprendió de repente; se calló y se quedó muy pálido. Y ambos se miraron. Por un instante sintieron un ligero temblor de vacilación. El volvía á ver el lecho, al lado, con la gran sombra que proyectaban las cortinas. Ella, por su parte, calculaba ya las consecuencias de su generosidad. De una y otra parte, aquello fué tan sólo el abandono de un minuto.

—¿Está usted por este casamiento?—dijo la joven con lentitud.

Rougón no titubeó un solo instante, y contestó alzando la voz:

—Sí.

—¡Pues bien! obre usted como le parezca.

Y ambos, á menudos pasos, se dirigieron á la puerta y salieron al pasillo, con muy tranquila actitud. En las sienas de Rougón se percibían tan sólo algunas gotas de sudor que acababan de costarle su última victoria. Clorinda se erguía, en la seguridad de su fortaleza. Permanecieron por un instante cara á cara, mudos, no teniendo ya nada que decirse, y sin ser dueños, no obstante, de separarse. Al despedirse él, por último, con un apretón

de manos, ella le contuvo con una corta presión y le dijo sin iracundia:

—Usted se tiene por más fuerte que yo... Se equivoca usted... Tal vez llegue el día en que se arrepienta.

Y no llevó más allá sus amenazas. Acodóse sobre la barandilla para verle bajar. Cuando se halló al pie de la escalera, alzó la cabeza y se sonrieron. Clorinda no alimentaba venganza alguna pueril, soñaba ya en aplastarle mediante algún triunfo de apoteosis. Al volver á su gabinete, sorprendióse á sí misma, diciendo á media voz:

—¡Ah, tanto peor! todos los caminos llevan á Roma.

Desde aquella misma noche, Rougón dió principio al asedio del corazón de Delestang. Llevóte supuestas palabras, en extremo lisonjeras, que la señorita Balbi había pronunciado con respecto á él, en el banquete del Ayuntamiento, el día del bautizo. Y no se dió punto de reposo, desde aquel instante, en hablar al antiguo abogado de la extraordinaria hermosura de la joven. Rougón que, en otro tiempo, le ponía tan á menudo en guardia contra las mujeres, trataba ahora de entregarle á Clorinda, atado de pies y manos. Un día eran sus admirables manos las que ponía en las nubes, otro día celebraba su talle con provocadora crudeza. Delestang, muy inflamable de suyo, y con el corazón ya interesado por Clorinda, no tardó en concebir loca y ardiente pasión. Cuando Rougón le aseguró que en toda su

vida había pensado en ella, confesóle que la amaba desde hacía seis meses, pero que se callaba por temor de atajarle á él los pasos, de convertirse en su rival, en una palabra. Ahora todas las tardes iba á la calle de Marbeuf, para hablar de ella. Hacíase como una conspiración en torno suyo; no se acercaba á ningún hijo de vecino sin oír un entusiasta elogio de aquella por quien bebía los vientos; hasta los Charbonnel, que le detuvieron una mañana, en mitad de la plaza de la Concordia, empezaron y no acabaron de maravillarse y de poner en los cuernos de la luna á «aquella hermosa señorita con quien le veían por doquiera».

Por su parte, Clorinda prodigaba las más amables sonrisas. Habíase trazado un nuevo plan de existencia y acostumbrose en pocos días á su nuevo papel. Obedeciendo á una táctica de su genio, no procuraba seducir al antiguo abogado con la desenvuelta lisura que acababa de experimentar con Rougón. Transformábase, fingía languideces, aparentaba espantos de niña inocente, y tenía por tan dominada por los nervios, que le sobrevenían ataques tan sólo con que se le estrechase una mano con demasiada ternura. Cuando Delestang contaba á Rougón que se le había desmayado en sus brazos, porque se había atrevido á besarle una muñeca, éste consideró el acto como palmaria prueba de gran pureza de alma. Mas, como las cosas marchaban muy con pies de plomo, Clorinda se entregó, una noche de julio, en uno de sus abandonos de colegiala. De-

lestang se quedó como quien ve visiones ante aquella victoria, tanto más cuanto creyó haberse aprovechado villanamente de un síncope de la joven, para obtenerla: habíase quedado como difunta y parecía no hacer memoria de nada. Cuando aventuraba una excusa, ó que intentaba alguna familiaridad, mirábale ella con tal candor, que el hombre se ponía á balbucear, devorado por los remordimientos y agujado por el desco. Así fué que, tras de aquella aventura, pensó seriamente en llevarla al altar. Así veía el medio de reparar su menaguada acción; más aún, veía la manera de poseer legítimamente la dicha robada, dicha de un minuto, cuyo recuerdo le abrasaba y que desesperaba poder alcanzar de otro modo.

Sin embargo, todavía transcurrieron ocho días antes de que Delestang se decidiera. Fué á consultar á Rougón. Cuando éste comprendió lo que había pasado, quedóse un instante con la cabeza gacha, sondeando todo ese negro abismo que constituye la mujer, la prolongada resistencia que Clorinda le había opuesto, y luego su repentina caída en brazos de aquel papanatas. No vió las profundas causas que determinaron tan ambigua conducta. Por un instante, herido en su amor propio, pasto de una necesidad brutal y grosera, á punto estuvo de cantarlo todo, en medio de un mar de injurias. Por otra parte, Delestang, como caballero que era, negaba toda verdad á las crudas preguntas que aquél le dirigía. Esto fué lo bastante para que volviera en

sí, y para que decidiera al antiguo leguleyo, con toda habilidad. No era que le aconsejase aquel matrimonio, sino que á él le impelía mediante reflexiones casi ajenas al asunto. En cuanto á los asquerosos cuentos que pudiesen correr acerca de la señorita Balbi, le dejaban sorprendido, no les daba el menor crédito; él mismo había ido en busca de informes, y cuanto había llegado á su noticia era de lo más honroso. Por lo demás, no había para qué poner en tela de juicio á la mujer á quien se amaba. Esta fué su última palabra.

Seis semanas después, al salir de la Magdalena, en donde acababa de celebrarse el casamiento con extraordinaria pompa, Rougón contestó á un diputado que se hacía cruces por la elección de Delestang:

—¿Qué quiere usted? Se lo tengo dicho cien veces... había de verse arrollado por una mujer.

Hacia el fin del invierno, cuando Delestang y su esposa regresaban de un viaje á Italia, supieron que Rougón estaba á punto de contraer matrimonio con la señorita Beulin-d'Orchère. Cuando fueron á verle, Clorinda le dió la enhorabuena con gracia sin igual. El, echándola de hombre complaciente, aseguraba que daba aquel paso á instancias de sus amigos. Hacía tres meses que no le dejaban á sol ni á sombra, probándole por *a más b* que un hombre de su posición debía de pertenecer al gremio. El lo tomaba á guasa, agregando que cuando recibía á las personas de su intimidad, por las noches, ni

siquiera había en su casa una mujer que les sirviera el té.

—Es decir, que la idea nació en usted de repente, no le pasaba por las mientes—dijo Clorinda sonriendo.—Debería usted haberse casado al mismo tiempo que nosotros; juntos habríamos ido á Italia.

Y sin dejar de chancearse, le estuvo haciendo preguntas. Sin duda había sido su amigo Du Poizat quien había tenido tan peregrina idea. Rougón juró que nada de eso, y contó que Du Poizat, antes al contrario, se oponía resueltamente á semejante enlace; el antiguo subprefecto no podía tragar al señor Beulin-d'Orchère. Pero todos los demás, el señor Kahn, el señor Béjuin, madama Correur, y hasta los mismos Charbonnel, no metían la lengua en paladar cuando se trataba de las perfecciones de la señorita Verónica: si había de creérseles, la novia había de llevar á su casa, virtudes sin cuento, prosperidades á manta, encantos no imaginables. Y dió fin, tomando el asunto por su lado cómico.

—En resumidas cuentas, es una persona que ha sido hecha exprofeso para mí, por lo que no me era posible desairarla.

Y luego añadió ingenuamente:

—Si en el otoño vamos á la guerra, bueno será que pensemos en alianzas.

Clorinda lo aprobó en todo y por todo. También por su parte hizo un gran elogio de la señorita Beulin-d'Orchère, á quien, no obstante, tan sólo había visto de paso una vez. Delestang, quien hasta en-

tonces se había contentado con mover la cabeza, sin quitar los ojos de su mujer, se lanzó á entusiastas consideraciones tocante al matrimonio. Iba á dar principio al relato de su felicidad, cuando Clorinda se levantó, hablando de otra visita que habían de hacer. Y, como Rougón les acompañaba, ella le contrajo, dejando pasar delante á su marido.

—Ya le dije á usted—le susurró al oído,—que dentro del año quedaría usted casado.

## VI

Llegó el verano. Rougón vivía en completa tranquilidad. La señora de Rougón, en el espacio de tres meses había llevado la severidad á la casa de la calle de Marbeuf, en donde reinaba en otro tiempo un ambiente de aventuras. Ahora las habitaciones, un tanto frías, pero muy aseadas, trascendían á la vida honrada; los muebles se hallaban metódicamente colocados, las cortinas no dejaban pasar sino resquicios de claridad, las alfombras apagaban los ruidos; todo producía allí la austeridad casi religiosa de un salón de convento; hasta parecía que aquellas cosas databan de otras edades, que se encontraba en una antigua morada rebotante de perfume patriarcal. Aquella alta mujer, fea, que ejercía vigilancia continua, agregaba á aquel recogimiento la suavidad de su silencioso andar; y llevaba el manejo de la casa con tan discreta mano y tan sin esfuerzo, que parecía haber envejecido en aquel sitio, en veinte años de matrimonio.

Rougón se sonreía cuando se le felicitaba, obs-

tonces se había contentado con mover la cabeza, sin quitar los ojos de su mujer, se lanzó á entusiastas consideraciones tocante al matrimonio. Iba á dar principio al relato de su felicidad, cuando Clorinda se levantó, hablando de otra visita que habían de hacer. Y, como Rougón les acompañaba, ella le estuvo, dejando pasar delante á su marido.

—Ya le dije á usted—le susurró al oído,—que dentro del año quedaría usted casado.

## VI

Llegó el verano. Rougón vivía en completa tranquilidad. La señora de Rougón, en el espacio de tres meses había llevado la severidad á la casa de la calle de Marbeuf, en donde reinaba en otro tiempo un ambiente de aventuras. Ahora las habitaciones, un tanto frías, pero muy aseadas, trascendían á la vida honrada; los muebles se hallaban metódicamente colocados, las cortinas no dejaban pasar sino resquicios de claridad, las alfombras apagaban los ruidos; todo producía allí la austeridad casi religiosa de un salón de convento; hasta parecía que aquellas cosas databan de otras edades, que se encontraba en una antigua morada rebotante de perfume patriarcal. Aquella alta mujer, fea, que ejercía vigilancia continua, agregaba á aquel recogimiento la suavidad de su silencioso andar; y llevaba el manejo de la casa con tan discreta mano y tan sin esfuerzo, que parecía haber envejecido en aquel sitio, en veinte años de matrimonio.

Rougón se sonreía cuando se le felicitaba, obs-

tinándose en decir que se había casado cediendo á los consejos y á la elección de los amigos. Su mujer le embelesaba. Mucho tiempo hacía que suspiraba por un hogar burgués, que fuese como una prueba material de su probidad. Esto acababa de sustraerle á su sospechoso pasado, á clasificarle entre la gente honrada. Había permanecido siendo provincial, y conservado como ideal ciertos salones de Plassans, cuyos sillones se veían durante todo el año con sus fundas de tela blanca. Cuando iba á casa de Delestang, en donde Clorinda ostentaba por genialidad un lujo extravagante, demostraba su desprecio encogiéndose ligeramente de hombros. Nada le parecía más ridículo que arrojar la casa por la ventana; no, ciertamente, porque fuese avaro, así era que repetía á cada instante que conocía goces preferibles á los que se compran con dinero. Por este motivo había depositado en su mujer el cuidado y administración de su común hacienda. Hasta allí había vivido sin hacer números; mas ella desde entonces administró el dinero con la religiosa exactitud que ya empleaba en el manejo de la casa.

Durante los primeros meses Rougón vivió retirado, recogiendo en sí mismo y preparándose para las luchas que soñaba. Para él, semejante conducta se cifraba tan sólo en el amor al poder por el poder mismo, desprovisto de apetitos de vanidad, de riquezas, de honores. De crasa ignorancia, de verdadera medianía en todas las cosas que no se relacionasen con el manejo de los hombres, convertíase en

hombre verdaderamente superior, tan sólo por su necesidad de dominio. Para esto encarecía sus esfuerzos, idolatraba su inteligencia. Sentíase por encima de la multitud, en donde tan sólo veía imbéciles y granujas, conducir el mundo á garrotazos, esto desarrollaba, en la espesura de su carne, un espíritu sagaz, de extraordinaria energía. En nadie creía más que en él, tenía convicciones como se tienen argumentos, y lo subordinaba todo al engrandecimiento incesante de su personalidad. Sin el menor vicio, hacía en secreto orgías de omnímodo poder. Si había heredado los anchos hombros de su padre, lo vigoroso de la fisonomía de su madre, de aquella terrible Felicitas que gobernaba á Plassans, había al propio tiempo heredado una llamarada de voluntad, una pasión por la fuerza, desdeñosa de los mezquinos medios y de las insignificantes alegrías; él era seguramente, el más grande de los Rougón.

Cuando se encontró por tal manera solo, sin ocupaciones, después de tantos años de vida activa, empezó por experimentar un delicioso sentimiento de sueño. Desde las turbulentas jornadas de 1851 parecióle que no había dormido. Aceptaba su desgracia como una licencia en recompensa de dilatados servicios. Pensaba pasar seis meses alejado de todo, el tiempo necesario para elegir mejor terreno, para volver cuando bien le pareciera á la gran batalla. Mas transcurridas algunas semanas, cansado se hallaba ya de reposo. Jamás había abrigado conciencia tan clara de su poder; ahora, que no les daba em-

pleo, su cabeza y sus miembros le estorbaban; y pasaba días y días yendo de acá para allá en su estrecho jardín, con formidables bostezos, semejante á uno de esos leones enjaulados, que estiran con toda su fuerza los entumecidos miembros. Entonces empezó para él una aborrecible existencia, cuyo aplastante fastidio ocultó con el mayor cuidado; echábala de campechano y decía que se daba por muy satisfecho no perteneciendo á aquel «fangal»; tan sólo los pesados párpados se alzaban de tarde en tarde, espiaba los acontecimientos y volvía á dejarlos caer sobre la llama de sus ojos, tan luego como se le miraba. Lo que le mantuvo enhiesto fué la impopularidad sobre que se sentía marchar. Su caída había llenado de júbilo á mucha gente. No pasaba día sin que algún periódico le atacase; personificábanse en él el golpe de Estado, las proscripciones, todas aquellas violencias de que se hablaba á cerros tapados; llegábase hasta á felicitar al emperador por haberse separado de un servidor que le comprometía. En las Tullerías la hostilidad era mayor aun; Marsy, triunfante, le acribillaba con dichos agudos, que las damas esparcían por los salones. Aquella inquina le daba alientos y le hundía más y más en su desprecio hacia el rebaño humano. Se le detestaba, mas no se le echaba en olvido, y esto le parecía del mejor augurio. El solo contra todos, era el sueño que acariciaba; él solo, látigo en mano, teniéndolos á todos en el debido respeto.

Embriagóse con las injurias y se hizo más grande, en el orgullo de su soledad.

Entretanto, la ociosidad enervaba por modo terrible sus músculos de acero. A haberse atrevido hasta habría cogido una azada para cavar un rincón de su jardín. Empezó un largo trabajo, el estudio comparado de la constitución inglesa y de la constitución imperial de 1852; tratábase, teniendo en consideración la historia y las costumbres políticas de ambos pueblos, de probar que la libertad era tan grande en Francia como en Inglaterra. Después, cuando hubo reunido los documentos necesarios, cuando el legajo quedó completo, tuvo que hacer un esfuerzo considerable para tomar la pluma; de buen grado habría defendido el asunto ante la Cámara; pero redactarlo, escribir una obra, limando el estilo y rebuscando las frases, parecía tarea de dificultad enorme, sin utilidad inmediata. El estilo le había sido siempre trabajoso; por lo tanto, lo desdenaba en gran manera. No pasó de la décima página. Por lo demás, dejó rodar sobre el bufete el manuscrito comenzado, sin que agregase ni veinte líneas por semana. Siempre que se le hacían preguntas sobre sus ocupaciones, contestaba explicando su idea con toda extensión y dando á la obra un alcance inmenso. Era la excusa tras de la cual ocultaba la vergonzosa vida de sus jornadas.

Los meses transcurrían y se sonreía con más sereno candor. Ni una so'a de las desesperaciones que ahogaba, le subían al rostro. Acogía las quejas de

sus amigos íntimos con razonamientos que demostraban su perfecta felicidad. ¿No era acaso feliz? Tenía pasión por el estudio, trabajaba cuanto le venía en gana; preferible era aquéllo á la febril agitación de los asuntos públicos. Ya que el emperador no le necesitaba, hacía santamente en dejarle tranquilo en su rincón; y no nombraba al emperador sino con profunda abnegación y desinterés. Con frecuencia, sin embargo, se le escapaba decir que se hallaba dispuesto y apercebido, esperando tan sólo una señal de su amo para volverse á encargar del peso del poder; pero añadía que él no intentaría un solo paso para provocar la señal. En efecto parecía hacer un estudio especial para mantenerse apartado. En el silencio de los primeros años del imperio, en medio de aquel extraño estupor compuesto de temor y de cansancio, oía alzarse un sordo despertar. Y, como esperanza suprema, contaba con alguna catástrofe que de repente le hiciese necesario. Era el hombre de las situaciones graves, «el hombre de las manzanas», según decía el señor de Marsy.

Los jueves y los domingos, la casa de la calle de Marbeuf se abría para los íntimos. Acudíase á hablar al gran salón rojo, hasta las diez y media, hora en que Rougón ponía despiadadamente á sus amigos en la puerta de la calle; decía que las largas veladas embotan los sentidos. La señora de Rougón, á las diez en punto, servía en persona el té, cual dueña de casa atenta á los menores detalles. No

había más que dos bandejas de bizcochos, á las cuales nadie tocaba.

El jueves del mes de julio que siguió aquel año á las elecciones generales, todos los amigos se encontraban reunidos en el salón desde las ocho. Las señoras de Bouchard, de Charbonnel, madama Courreux, sentadas junto á una ventana abierta, para respirar las escasas bocanadas de aire que venían del estrecho jardín, formaban un círculo, en cuyo centro el señor d'Escorailles refería sus travesuras de Plassans, cuando iba á pasar doce horas en Mónaco, pretextando una partida de caza en la posesión de un amigo. La señora de Rougón, vestida de negro, medio oculta tras de una cortina, no prestaba atención, se levantaba sin hacer el menor ruido y desaparecía enteros cuartos de hora. Hallábase asimismo con las damas el señor Charbonnel, sentado al borde de un sillón, con tanta boca abierta al escuchar á un joven de las altas prendas de d'Escorailles referir tamañas aventuras. En el fondo de la estancia hallábase Clorinda en pie, prestando escaso oído á una conversación sobre cosechas, sostenida entre su esposo y el señor Béjuin. Vestida con un traje de seda cruda, muy recargado con lazos color de paja, daba golpecitos con el abanico en la palma de su mano izquierda, mirando atentamente el globo encendido de la única lámpara que iluminaba el salón. En una mesa de juego, á la amarilla claridad, el coronel y el señor Bouchard jugaban al *piquet*, mientras que Rougón, en un án-



gulo del tapete verde, echaba suertes, alzando las cartas con ademán grave y metódico, sin darse punto de reposo. En los jueves y domingos, era aquélla su diversión favorita, la ocupación que daba á sus dedos y á su imaginación.

—¿Qué tal? ¿sale eso bien?—preguntó Clorinda, quien se acercó sonriendo.

—Siempre sale bien—contestó Rougón tranquilamente.

La joven se mantenía delante de él, al otro lado de la mesa, en tanto que él disponía el juego en ocho montones.

Así que hubo retirado todas las cartas, de dos en dos, Clorinda repuso:

—Tiene usted razón, sale bien... ¿En qué había usted pensado?

Pero Rougón alzó lentamente los ojos, como admirado por la pregunta.

—En el tiempo que reinará mañana—concluyó por decir.

Y se puso á extender de nuevo las cartas. Delestang y el señor Béjuin habían dejado de hablar. Oíase tan sólo en el salón la argentina risa de la señora de Bouchard. Clorinda se acercó á una ventana y permaneció allí unos instantes contemplando la noche que se venía encima. Después, sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Se tienen noticias del pobre señor Kahn?

—He recibido una carta—contestó Rougón.—Le espero esta noche.

Hablóse entonces del desagradable accidente acaecido al señor Kahn. Durante la última sesión, había tenido la imprudencia de criticar con sobrado ímpetu un proyecto de ley sometido por el gobierno; el tal proyecto de ley, que creaba en un departamento inmediato al suyo una competencia temible, amenazaba con arruinar sus altos hornos de Bressuire. No creía, sin embargo, haber traspasado los límites de una legítima defensa, cuando he aquí que á su regreso á los Deux-Sèvres á donde había ido para cuidar de su elección, supo, de labios del mismo prefecto, que ya no era candidato oficial; dejaba de ser grato, y el ministro acababa de designar á un abogado de Niort, hombre de reconocida mediocridad. Fué aquél un accidente tan imprevisto como desgraciado.

Rougón iba dando detalles, cuando el señor Kahn entró, seguido por Du Poizat. Ambos habían llegado en el tren de las siete, y sólo se habían tomado el tiempo indispensable para comer.

—Y bien, ¿qué les parece á ustedes?—dijo el señor Kahn en mitad del salón, mientras que se acercaban solícitos á su alrededor.—Heme aquí ahora convertido en revolucionario.

Du Poizat, molido de cansancio, se había dejado caer en un sillón.

—¡Linda campaña!—exclamó.—¡Lindo lodazal! ¡Hay para producir náuseas á toda la gente honrada!

Mas fué preciso que el señor Kahn contase la cosa con todos sus pelos y señales. Decía que cuan-

do hubo llegado allí, había notado cierto encogimiento en casa de sus mejores amigos. En cuanto al prefecto, el señor de Langlade, hombre era de costumbres disolutas, á quien acusaba de estar á partir piñones con la mujer del abogado de Niort, el nuevo diputado. Y, sin embargo, este Langlade fué quien le participó su desgracia por modo amabilísimo, fumándose un cigarro, á los postres de un almuerzo dado en la prefectura. Y relató la conversación de cabo á rabo. Lo peor del caso era que se estaban ya imprimiendo sus carteles y sus papeletas. En los primeros instantes ahogábale la cólera hasta tal punto, que quería presentarse, á pesar de todo.

—¡Ah! si no nos hubiese usted escrito—dijo Du Poizat volviéndose hacia Rougón,—¡no habría sido poco sonada la lección que habríamos dado al gobierno!

Rougón se encogió de hombros, y contestó con displicencia, en tanto que barajaba las cartas:

—Habría usted naufragado, quedándose comprometido para siempre. ¡Valiente ventaja!

—¡No sé de qué madera está usted formado!—exclamó Du Poizat, poniéndose de súbito en pie, con furibundo gesto.—Por mi parte declaro que le Marsy empieza á calentarme las orejas. A usted es á quien ha querido alcanzar al herir á nuestro amigo Kahn... ¿Ha leído usted las circulares del tal personaje? ¡Ah! ¡bien limpias resultan sus elecciones! las ha hecho á fuerza de frases... ¡No se ría us-

ted! Si usted hubiese estado en el Interior, habría usted dirigido el tinglado con mayor amplitud de miras, y otro gallo nos habría cantado á todos.

Mas como Rougón continuase sonriendo al mirarle, añadió con más violencia:

—Nos hallábamos allí y lo hemos visto todo... Ha habido un desventurado joven, un antiguo discípulo mío, que ha tenido la osadía de presentar una candidatura republicana. No puede usted formarse una idea del modo como se le ha acosado. El prefecto, los alcaldes, los gendarmes, toda la gartería ha caído sobre él; hacíanse añicos sus carteles, arrojaban sus papeletas á los fosos y se echaba el guante á los pobres diablos encargados de distribuir sus circulares; hasta su tía, digna mujer á pesar de todo, le ha hecho rogar que no vuelva á poner los pies en su casa, por temor de que la comprometa. ¡Pues y los periódicos! hasta le han tratado de bandido. Las buenas mujeres se persignan, cuando pasa por un pueblo.

Respiró ruidosamente, y, dejándose caer de nuevo en un sillón, repuso:

—No importa: si Marsy ha obtenido mayoría en todos los departamentos, París no ha dejado por eso de nombrar cinco diputados de oposición... Esto es el despertar. Que el emperador deje el poder en manos de ese boquirrubio de ministro y de esos prefectos de alcoba, quienes, para acostarse sosegadamente con sus mujeres envían á sus maridos á la Cámara: de aquí á cinco años, el imperio, con

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO R. L. P.  
Año 1925. Montevideo

móvido, amenazará ruina. Por lo que á mí toca, estoy contentísimo de las elecciones de París. Tengo para mí que nos vengan.

—Pero, ¿y si hubiese usted sido prefecto?...—preguntó Rougón con apacible acento, con tan sutil ironía, que apenas llegaba á contraer las comisuras de sus gruesos labios.

Du Poizat enseñó sus blancos y mal avenidos dientes. Sus raquíuticos puños de niño enfermo apretaban los brazos de la butaca, como si hubiese querido retorcerlos.

—¡Oh!—murmuró.—Si hubiese sido prefecto...

Mas no dió fin; se recostó sobre el respaldo, diciendo:

—No, al fin y á la postre esto da asco... Por lo demás, yo siempre he sido republicano.

Entretanto, delante de la ventana, las señoras guardaban silencio, con el rostro vuelto al interior del salón, para escuchar; mientras que el señor d'Escorailles, con un ancho abanico en la mano, y sin decir esta boca es mía, abanicaba á la linda señora de Bouchard, lánguida en extremo y con las mejillas húmedas por las tibias emanaciones del jardín. El coronel y el señor Bouchard, que acababan de empezar otra partida, cesaban de jugar á intervalos, aprobando ó desaprobando lo que se decía con un movimiento de cabeza. En torno á Rougón se había formado un ancho círculo de butacas: Clorinda, atenta, con la barba apoyada en la mano, no arriesgaba el menor gesto: Delestang sonreía contemplando á

su mujer, con la mente ocupada con algún tierno recuerdo; el señor Béjuin, con las manos cruzadas sobre las rodillas, miraba sucesivamente á damas y caballeros, con azorado gesto. La repentina entrada de Du Poizat y del señor Kahn, había desencadenado, en la gran quietud del salón, toda una tempestad; parecía que habían traído con ellos, entre los pliegues de sus ropas, un ambiente de oposición.

—En fin, yo seguí el consejo de usted, y me retiré—repuso el señor Kahn.—Habíase me prevenido que habría de ser tratado aún con más rudeza que el candidato republicano, á mí, que he servido al imperio con tanto interés y abnegación. Confiesen ustedes que tamaña ingratitud es para desanimar y dar al traste con los espíritus más bien templados.

Y quejábese amenazante de un sin fin de vejaciones. Había querido fundar un periódico, para sostener su proyecto de un ferrocarril de Niort á Angers; más adelante, el tal periódico había de convertirse en sus manos en poderosísima palanca financiera; pero acababan de negarle la autorización, porque el señor de Marsy se había imaginado que Rougón se ocultaba tras él, y que se trataba de una publicación de pelea, destinada á combatir abiertamente su cartera.

—¡Pardiez!—dijo Poizat.—Tienen miedo de que se acabe por escribir la verdad. ¡Ah! ¡qué de sabrosos artículos le habría á usted proporcionado!... Es un baldón el tener una prensa como la nuestra,

amordazada y con la amenaza de verse estrangulada al primer grito. Uno de mis amigos, que publica una novela, ha sido citado al ministerio, en donde un jefe de negociado le ha rogado que se sirva cambiar el color del chaleco de su héroe, porque el tal color desagradaba al ministro. No es que yo invente nada.

Citó otros hechos, habló de leyendas espeluznantes que circulaban por el pueblo, del suicidio de una joven actriz y de un pariente del emperador, del supuesto duelo de dos generales, de los cuales el uno había matado al otro, nada menos que en un corredor de las Tullerías, á consecuencia de una historia de robo. Acaso semejantes patrañas, habrían hallado eco si la prensa hubiese podido hablar libremente? Y repitió, como conclusión:

—Resueltamente, yo soy republicano.

—Pues es usted feliz—murmuró el señor Kahn;—yo no sé ya lo que soy.

Rougón, encogiendo sus anchos hombros, había dado principio á una suerte muy delicada. Tratábase, después de haber distribuido las cartas tres veces, en siete montones, luego en cinco y después en tres, de llegar á que todas las cartas, una vez vueltas, los ocho bastos se encontrasen juntos. Parecía absorto en tal medida, que no oía nada, á pesar de que sus pabellones acústicos experimentasen ligeros estremecimientos cuando se echaban á volar ciertas palabras.

—El régimen parlamentario ofrece serias garan-

tías—dijo el coronel.—¡Ah! si los príncipes volvieran!

El coronel Jobelin era orleanista, en sus momentos de oposición. Contaba á cuantos querían oírle el combate del desfiladero de Mouzia, en donde había hecho sus primeras armas, junto al duque de Aumale, á la sazón capitán del cuarto de línea.

—Se era muy feliz en el reinado de Luis Felipe—prosiguió, viendo el silencio que acogía sus añoranzas.—Si tuviésemos un gabinete responsable, ¿creen ustedes que nuestro amigo no se hallaría al frente del Estado antes de seis meses? Muy pronto contaríamos con un orador más.

Pero el señor Bouchard daba señales de impaciencia. El se tenía por legitimista. Su abuelo, en aquellos tiempos, había figurado en la corte. Así era que, todas las noches, cruzábanse contiendas terribles entre él y su primo sobre política.

—¡Quite usted allá!—murmuraba.—Vuestra monarquía de julio vivió siempre de expedientes. No hay más que un príncipe, bien lo sabe usted.

Entonces se pusieron cual no digan dueños. Hacían tabla rasa del imperio, y cada uno establecía el gobierno de su elección. Por ventura los orleanes ¿habían en su vida escatimado una condecoración á un veterano? Acaso los reyes legítimos, ¿habrían cometido desafueros, como á cada triquitraque se ven en las oficinas? Cuando llegaron á tratarse sor-damente de imbéciles, el coronel, tomando hecho una furia las cartas:

—¡Déjeme usted en paz! ¿lo oye usted, Bouchard? Tengo los cuatro ases y una sota. ¿Le está á usted bien?

Delestang, despertando de su ensimismamiento por la disputa, creyó de su deber defender el imperio. ¡Cuerpo de tal! no era que el imperio le hiciese feliz, ni poco ni mucho. El habría deseado un gobierno más radicalmente humano. Y trató de explicar sus aspiraciones, que se extendían á una concepción socialista muy complicada, á saber, la extinción del pauperismo, la asociación de todos los trabajadores, algo así como su granja modelo de la Chamade, en grandes proporciones. Du Poizat decía de ordinario que el marido de Clorinda había frecuentado más de la cuenta su trato con los animales. Mientras que Delestang hablaba moviendo su soberbia cabeza de personaje oficial; su esposa le contemplaba con ligero mohín de los labios.

—Sí, soy bonapartista—dijo una y otra vez.—Soy, si no lo llevan ustedes á mal, bonapartista liberal.

—¿Y usted, Béjuin?—preguntó bruscamente el señor Kahn.

—Pues yo también—contestó el interpelado, con la boca entorpecida por sus interminables silencios;—es decir, hay ciertos matices, en realidad...

Por último, soy bonapartista.

Du Poizat soltó una carcajada.

—¡Pardiez!—exclamó.

Y, como se le instase para que se explicara, prosiguió, sin rebozo:

—Son ustedes de lo que no hay. ¡Es claro! A ustedes no se les ha dado el pasaporte. Delestang continúa en el Consejo de Estado. Béjuin acaba de ser reelegido.

—Esto ha venido naturalmente—interrumpió éste.—Es el prefecto del Cher...

—¡Oh! usted no ha tenido la menor parte, y yo no le acuso. Ya estamos al tanto de cómo suceden las cosas... Combelot también ha sido reelegido, y La Rouquette del mismo consiguiente. El imperio no tiene rival.

El señor d'Escorailles, que seguía abanicando á la linda señora de Bouchard, quiso intervenir. El defendía el imperio bajo otro punto de vista; había aliado á él porque parecía que el emperador tenía una gran misión que cumplir; el bien de la patria antes que todo.

—Usted ha conservado su destino de auditor, ¿no es así?—repuso Du Poizat alzando la voz;—pues bien, las opiniones de usted son conocidas... ¡Qué demontre! Parece que lo que estoy diciendo os escandaliza á todos. No obstante, la cosa es muy sencilla. Ni Kahn ni yo estamos ya pagados para volvernos ciegos, y tan amigos como antes.

Y se atufaron. Aquel modo de considerar la política era, á todas luces, abominable. Algo más había en la política que intereses personales. El mismo coronel y el señor Bouchard, aun cuando no fuesen bonapartistas, confesaban que podían existir bonapartistas de buena fe; y hablaban de sus pro-

pias convicciones con gran acrecentamiento de calor, como si se hubiese querido arrancárselas á viva fuerza. En cuanto á Delestang, dábase por muy ofendido; repetía que no se le había comprendido é indicaba cuáles eran los importantes puntos de vista que le alejaban de los ciegos partidarios del imperio; lo que le arrastró á nuevas explicaciones sobre los desenvolvimientos democráticos de que el gobierno del emperador le parecía susceptible. Tampoco el señor Béjuin, por otra parte, y no mucho más que el señor d'Escoiralles, aceptarían el ser bonapartistas á secas; establecían matices enormes, se aferraban unos y otros en opiniones particulares, difíciles de definir, tanto y tan bien que al cabo de diez minutos la sociedad en masa había pasado á la oposición. Alzábanse las voces, entablábanse discusiones parciales; las palabras de legitimistas, de orleanistas, de republicanos volaban en medio de las profesiones de fe veinte veces repetidas. La señora de Rougón apareció un instante, en el umbral de una puerta, con ademán de inquietud; después, sin el menor ruido, volvió á desaparecer.

Rougón entretanto acababa de terminar su juego de los bastos. Clorinda se inclinó para preguntarle en medio de aquel tumulto:

—¿Ha salido bien?

—Pues ya lo creo—contestó con tranquila sonrisa.

Y como tan sólo en aquel momento se hubiese dado cuenta de la algazara de las voces, agitó una mano y exclamó:

—¡Pues no mueven ustedes poco estrépito!

Y se callaron, en la creencia de que el gran hombre iba á hablar. Guardóse un gran silencio; todos más ó menos fatigados, esperaban. Rougón, con ligero movimiento, había extendido en la mesa un abanico de trece cartas. Las contó y dijo en medio del mayor recogimiento:

—Tres sotas, señal de disputa... Una noticia para la noche... Una mujer morena, de la que se habrá de desconfiar...

Pero Du Poizat, perdiendo los estribos, le atajó diciéndole:

—Y usted, Rougón, ¿qué es lo que piensa?

El grande hombre se recostó en el sillón y se puso á su comodidad, ahogando un bostezo. Alzaba la barba, como si el cuello le hubiera hecho mal.

—¡Oh! por lo que á mí toca—murmuró, con los ojos clavados en el techo—soy autoritario, bien les consta á ustedes. Se viene al mundo con estas ideas. No es una opinión, es una necesidad... Tengo para mí que, disputando de ese modo, resultan ustedes unos habiecas. En Francia, ya se sabe, en cuanto se reúnen cinco caballeros en un salón, hay otros tantos gobiernos á la vista. Esto no quita que todos sirvan al poder constituido. ¡Eh! ¿no es lo que digo? Todo se reduce á hablar.

Bajó la cabeza y dirigió una lenta mirada en torno suyo.

—Marsy ha dirigido al pelo las elecciones. Ha-

cen ustedes mal en reprobar sus circulares. La última, sobre todo, era de lo más contundente... En cuanto á la prensa, de demasiada libertad disfruta. ¿A dónde vendríamos á parar si cualquier hijo de vecino pudiese escribir cuanto se le antojare? Por lo demás, lo mismo que ha hecho Marsy, yo habría negado á Kahn el permiso para fundar un periódico. Siempre resulta inútil el proporcionar un arma á sus adversarios... Ténganlo ustedes entendido, los poderes que se ablandan son poderes perdidos. Francia pide una mano de hierro. Cuando se la aprieta un poco, no por eso anda más mal.

Deslestang quiso protestar, y dió principio á una frase:

—Sin embargo, hay cierto número de libertades necesarias...

Pero Clorinda le impuso silencio. Todo cuanto decía Rougón lo aprobaba con un exagerado movimiento de cabeza. Inclínabase para que el gran hombre la viese mejor, sumisa ante él, convencida. Por lo tanto, á ella fué á quien dirigió una mirada, exclamando:

—¡Ah! sí, las libertades necesarias, ya esperaba verlas venir!... Oíganme ustedes, si el emperador me consultara, jamás otorgaría la menor libertad.

Mas como Delestang de nuevo se agitara, su mujer hizo que se mantuviese tranquilo, con un terrible fruncimiento de sus hermosas cejas.

—¡Jamás!—repitió Rougón con energía.

Habíase levantado de su asiento, en actitud tan

formidable, que nadie llegó á chistar. Mas volvió á dejarse caer, como si sus miembros se aflojaran, diciendo por lo bajo:

—También á mí me hacéis gritar... Ahora soy un buen burgués, y nada más. No tengo para qué mezclarme en nada de eso, y estoy contentísimo. ¡Haga Dios que el emperador no vuelva á necesitarme!

En aquel instante abríase la puerta del salón. Rougón se llevó un dedo á los labios, para decir muy quedito:

—¡Chist!

Era el señor La Rouquette quien entraba. Rougón sospechaba que era enviado por su hermana, madama de Llorentz, para espiar lo que se decía en su casa. El señor de Marsy, aunque casado hacía apenas seis meses, acababa de reanudar sus relaciones con aquella dama, que había tenido por querida durante cerca de dos años. Por tanto, lo mismo fué llegar el joven diputado, que cesar toda conversación sobre política. El salón volvió á revestir su aspecto de discreción. Rougón fué en persona en busca de una gran pantalla, que colocó en la lámpara; y ya tan sólo se vieron, en el limitado círculo de claridad amarilla, las flacas manos del coronel y del señor Rouchard, que echaban con regularidad las cartas. Delante de la ventana, la señora de Charbonnel, á media voz, contaba sus cuitas á madama Correur, en tanto que el señor Charbonnel reforzaba cada detalle con un gran suspiro; pron-

to cumplirían dos años que se hallaban en París, y su condenado pleito no acababa nunca; hasta tuvieron que resignarse el día anterior á comprar la friolera de seis camisas para cada uno, al enterarse de una nueva dilatación del asunto. Un poco más atrás, junto á una cortina, la señora de Bouchard parecía entregada á Morfeo, amodorrada por el calor. El señor d'Escorailles había ido para encontrarse con ella; y después como nadie les dirigiese la vista, tuvo nuestro hombre la tranquila audacia de depositar un prolongado y silencioso beso en los labios de la hermosa, á medio cerrar. Abrió los ojos como quien dice de par en par, sin moverse y se puso en extremo serio:

—¡Dios mío! No—decía el señor La Rouquette precisamente en aquel momento,—yo no he ido á Variedades. Lo que he visto ha sido el ensayo general de la obra. ¡Oh! ¡tuvo un éxito loco, una música lo más divertida!... París entero correrá á verla... Yo tenía que terminar un trabajo. Estoy preparando algo.

Había estrechado la mano á aquellos caballeros y besado galantemente la de Clorinda por encima del guante. Manteníase en pie, apoyado en el respaldo de un sillón, sonriente, vestido con corrección irreprochable. En el modo con que llevaba abrochada la levita, se traslucía, no obstante, la presunción de aparecer como persona grave y sesuda.

—A propósito—dijo dirigiéndose al dueño de la casa—tengo un documento que indicar á usted para

su gran trabajo, un estudio sobre la constitución inglesa, muy curioso, á fe mía, que se ha publicado en una revista de Viena... ¿Y va usted adelantado?

—¡Oh! muy á paso de tortuga—contestó Rougón.—Me encuentro en un capítulo que me da mucho que pensar.

Por regla general encontraba muy chistoso el hacer hablar al joven diputado; por él se enteraba de cuanto pasaba en las Tullerías. Persuadido en la noche aquélla de que se le enviaba para enterarse de su opinión sobre el triunfo de las candidaturas oficiales, vino á conseguir, sin aventurar ni una sola frase digna de ser repetida, obtener de él un diluvio de informes. Empezó por felicitarle con motivo de su reelección. Después, con su aspecto bonachón, mantuvo la conversación con simples movimientos de cabeza. El otro, prendadísimo con tener la palabra, no se dió punto de reposo. La corte rebosaba de alegría. El emperador se había enterado en Plombières del resultado de las elecciones; contábase que al recibir el telegrama hubo de sentarse, porque las piernas le temblaban de emoción. Una gran inquietud dominaba, sin embargo, tan señalada victoria: París acababa de votar cual verdadero monstruo de ingratitud.

—¡Bah! se amordazará á París—murmuró Rougón, quien contuvo un nuevo bostezo, como aburrido por no dar con nada interesante, en el diluvio de palabras del señor La Rouquette.

Dieron las diez. La señora de Rougón, colocan-



do un velador en medio de la estancia, sirvió el té. Era la hora en que se formaban grupos aislados en los rincones. El señor Kahn, con una taza en la mano, en pie delante de Delestang, que jamás tomaba té, porque le encabritaba los nervios, entraba en nuevos detalles referentes á su viaje en la Vendée; su magno asunto de la concesión de una vía férrea de Niort á Angers, se hallaba siempre en el mismo estado; aquel canalla de Langlade, el prefecto de los Deux-Sèvres, había tenido la osadía de servirse de su proyecto como manejo electoral, á favor del nuevo candidato del gobierno. El señor La Rouquette, pasando á la sazón por detrás de las damas, deslizábales en el cogote palabritas que les hacían sonreír. Tras de una muralla de sillones, madama Correur hablaba vivamente con Du Poizat; pedíale noticias de su hermano Martineau, el notario de Coulonges; y Du Poizat decía haberle visto, un instante, delante de la iglesia, siempre el mismo, con su semblante frío y su ademán grave. A seguida, como la dama diese principio á sus habituales recriminaciones, él le aconsejó, con la intención más perversa, que no pusiese nunca los pies por allí, porque la señora de Martineau había jurado ponerla en medio del arroyo. Madama Correur acabó el té sofocada, como no había para menos.

—Vamos, hijos míos, hay que irse á acostar—dijo paternalmente Rougón.

Eran las diez y veinticinco, y todavía concedió nada menos que cinco minutos. Algunas personas

se marchaban. Acompañó á los señores Kahn y Béjuin, á quienes la señora de Rougón daba siempre memorias para sus respectivas mitades, á pesar de que no veía á aquellas señoras, cuanto más, dos veces al año. El gran hombre empujó nuevamente hacia la puerta á los Charbonnel, encogidos siempre para despedirse. Después, como la preciosa señora de Bouchard saliese entre el señor d'Escorailles y el señor La Rouquette, volvióse hacia la mesa de juego, gritando:

—¡Eh! ¡señor Bouchard, mire usted que se le llevan á su mujer!

Pero el jefe de oficina, sin oír, anunciaba su juego.

—Una quinta mayor en bastos ¡eh! ¡ésta si que es buena, ésta!... Tres reyes, son buenos también...

Rougón, con sus manazas, retiró los naipes, diciendo:

—Ha concluido, váyanse ustedes. ¿No les da vergüenza de encarnizarse por tal modo?... Vaya, coronel, tenga usted juicio.

Esto se repetía todos los jueves y todos los domingos. Tenía que interrumpirlos á la mejor de una partida, y, á veces, hasta apagar la lámpara para decidirles á dejar el juego. Y se retiraban hechos una furia, y peleándose.

Delestang y Clorinda se quedaron los últimos. Esta, en tanto que su marido buscaba por todas partes su abanico, dijo cariñosamente á Rougón:

—Hace usted mal en no ejercitar un poco las piernas; caerá usted enfermo.

Rougón hizo un gesto de indiferencia al par que de resignación. La señora de la casa disponía ya las tazas y las cucharillas. Después, cuando los Delestang le estrecharon la mano, bostezó con tanta boca abierta. Y dijo por cortesía, para que no se figuraran que el aburrimento de la velada era lo que acababa de subirle á la garganta:

—¡Ah! ¡qué ricamente voy á dormir esta noche!

Y así pasaban todas las veladas. Llovía tristeza en el salón de Rougón, según decía Du Poizat, á quien le parecía también que aquello «trascendía demasiado á la devota». Clorinda se mostraba filial. Con frecuencia, por las tardes, llegaba sola á la casa de la calle de Marbeuf, con cualquiera comisión de que se había encargado. Decía alegremente á la señora de Rougón que iba á hacer la corte á su marido; y ella, sonriendo con sus pálidos labios, los dejaba juntos, horas tras horas. Hablaban afectuosamente, sin parecer acordarse del pasado; dábanse apretones de manos, como amigos, en aquel mismo gabinete, en donde, el año anterior Rougón pateaba ante ella aguijado por ardiente deseo. Mas, no pensando ya en aquello, abandonábanse ambos á tranquila familiaridad. Acercábale á las sienes los mechoncillos de cabellos que siempre tenía alborotados, ó bien le ayudaba á extender entre las butacas, la cola de su vestido de longitud exagerada. Un día, al atravesar el jardín, tuvo la

curiosidad de empujar la puerta de la cuadra. Entró y le miró con ligera sonrisa. Rougón, con las manos en los bolsillos, se contentó con murmurar, sonriendo también:

—¡Qué bestia es uno á veces!

Luego, á cada visita, le daba excelentes consejos. Defendía la causa de Delestang, quien, en resumidas cuentas, era la flor y nata de los maridos. Clorinda, con toda prudencia, contestaba que le tenía en gran estimación; oyéndola, cualquiera diría que no había habido aún entre ellos el menor motivo de queja. Decía que ni siquiera era coqueta, lo que resultaba la pura verdad. En sus menores palabras se percibía una gran indiferencia, casi un verdadero desprecio hacia los hombres. Cuando se hablaba de alguna mujer cuyos amantes no podían ya contarse, abría grandes ojos de asombrada niña, y preguntaba: «¿Eso la divierte?». Olvidábase de su belleza durante semanas enteras, no acordándose de su persona sino en contados casos de verdadera necesidad; y, aun en estas ocasiones, servíase de su hermosura como de un arma terrible. Y por eso, cuando Rougón, con insistencia singular, volvía á tratar de aquel asunto, aconsejándole que permaneciese fiel á Delestang, acababa por ponerse hecha un basilisco, gritando:

—¡Vaya, déjeme usted tranquila! No dejo de pensar en ello... ¡Acaba usted por ofender!

Un día le contestó sin más ceremonias:

—Pues bien, si eso sucediera ¿qué podría impor-

tarle á usted?... Usted nada tendría que perder.

A Rougón se le colorearon las mejillas, y dejó de hablarle por algún tiempo de sus deberes, del mundo, de las conveniencias. Aquel persistente escalofrío de celos, era cuanto le quedaba de su antigua pasión. Elevó las cosas hasta el extremo de hacerla vigilar en los salones á donde concurría. Si hubiese notado la menor intriga, tal vez habría ido á abrir los ojos al marido. Por lo demás, cuando veía á éste á solas, poníale en guardia, hablándole de la extraordinaria belleza de su mujer. Pero Delestang, confiado y fátuo, se reía; en tal medida que, entre él y su mujer, era Rougón el que padecía todos los tormentos del hombre engañado.

Los demás consejos que le prodigaba, muy prácticos en verdad, patentizaban su grande amistad hacia Clorinda. Por instigación suya, la llevó como por la mano á enviar á su madre á Italia. La condesa Balbi, sola ahora en el hotelito de los Campos Eliseos, llevaba una extraña vida de indiferencia, de que se llegaba á hablar. Encargóse con ella de regular la delicada cuestión de una pensión de por vida. Vendido el hotel, el pasado de la joven quedó como destruído. Después emprendió la tarea de curarla de sus excentricidades; mas allí se tropezó con una ingenuidad absoluta, con una testarudez de mujer obtusa. Clorinda, casada, rica, vivía en un increíble desorden de dinero, con bruscos accesos de vergonzosa avaricia. Había conservado á su lado á su criadilla, aquella negruza de Antonia que chu-

paba naranjas desde por la mañana hasta la noche. Ellas dos bastaban para ensuciar abominablemente la habitación de la señora, todo un ángulo del vasto hotel de la calle del Coliseo. Cuando Rougón iba á verla, encontraba platos sucios sobre los sillones, botellas de jarabe por el suelo y á lo largo de las paredes. Adivinaba bajo los muebles un hacinamiento de cosas sucias, empujadas allí al anuncio de su visita. Y en medio de las grasientas tapicerías, de las entabladuras grises de polvo, continuaba sustentando caprichos que dejaban á cualquiera viendo visiones. Con frecuencia le recibía medio desnuda, envuelta con una colcha, tendida en un sofá, quejándose de males desconocidos, de un perro que se le comía los pies, ó bien de un alfiler que se había tragado distraída, y cuya punta había de aparecerle por el muslo izquierdo. Otras veces, cerraba las persianas á las tres, encendía todas las bujías, y después se ponía á bailar con la doméstica, una en frente de la otra, riendo á tan grandes carcajadas, que cuando Rougón entraba, la sirvienta permanecía cinco largos minutos resoplando junto á la puerta, antes de poderse marchar. Un día no quiso dejarse ver, había cosido los cortinajes de su cama de arriba abajo y se mantuvo sentada sobre la almohada, en aquella jaula de tela, hablando tranquilamente con él durante más de una hora, como si se hubiesen hallado sentados á ambos lados de una chimenea. Y aquellas cosas parecíanle de lo más natural del mundo. Cuando la reprendía, que-

dábase maravillada y decía que no creía hacer el menor mal. Ya podía predicarle sobre las conveniencias sociales y prometerle convertirla antes de un mes en la mujer más seductora de París, que lo que él hacía era que la cólera le subiese al campanario y que repitiera:

—Yo soy así y vivo como me place... ¿Qué les va ni les viene á los demás?

A veces se echaba á reír.

—De todos modos se me quiere, ¿estamos?

Y, en verdad, Delestang la adoraba, y continuaba siendo su dueña, tanto más absoluta, cuanto menos parecía su mujer. Delestang cerraba los ojos sobre sus caprichos, dominado por el terrible miedo de que le plantase en seco, como llegó á amenazarle en cierta ocasión. En el fondo de su sumisión, tal vez la sentía superior á él, sobrado fuerte para hacer de su persona lo que mejor le pareciera. Ante la sociedad, tratábala como á una niña y hablaba de ella con complaciente ternura de hombre grave. En la intimidad, aquel buen mozo de soberbia cabeza lloraba las noches en que su mujer no quería abrirle la puerta de su habitación; y todo lo más que hacía era llevarse las llaves de los aposentos del primer piso, para librar su gran salón de las manchas de grasa.

Sin embargo, Rougón obtuvo de Clorinda que se vistiese, poco más ó menos, como las demás mujeres de su clase. Por lo demás perdíase de vista, y su ingenio y sutileza eran los de los locos lúcidos,

que se muestran razonables en presencia de los extraños. Encontrábala en ciertas casas, en actitud reservada, dejando que su marido figurase antes que ella, del todo conveniente, en medio de la admiración producida por su sin par belleza. En su casa veía á menudo al señor de Plouguern; y Clorinda entre ambos se divertía de lo lindo, con el diluvio de sus reflexiones morales, mientras que el viejo senador le daba golpecitos en las mejillas, con gran aburrimento de Rougón; mas jamás se atrevió á expresar su sentir sobre el particular. Más osado se mostró por lo que hacía á Luigi Pozzo, el secretario del caballero Rusconi. Habíale visto muchas veces salir de su casa á horas irregulares. Así que dió á entender á la joven cuánto aquello podía comprometerla, le dirigió una de sus hermosas miradas de sorpresa, y en seguida soltó una carcajada. ¡No se chiflaba ella poco del qué dirán! En Italia las mujeres recibían á los hombres, á quienes les daba la gana, y nadie pensaba en cosas deshonestas. Luigi, por lo demás, no entraba en cuenta; era un primo; llevábale pastelillos de Milán, que compraba en el pasaje de Colbert.

Pero la política quedaba siendo siempre la gran preocupación de Clorinda. Desde el punto y hora en que se había unido á Delestang, toda su inteligencia se empleaba en asuntos ambiguos y complicados, cuya importancia nadie conocía con precisión. Halagaba de este modo sus anhelos de intriga, por tanto tiempo satisfechos en sus cam-

pañas de seducción contra los hombres de gran porvenir; y parecía haberse así preparado para cualquier empresa más vasta, tendiendo hasta los veintidós años sus redes de joven casadera. Ahora sostenía una muy activa correspondencia con su madre, que se había fijado en Turín. Iba casi día por día á la embajada de Italia, en donde el caballero Rusconi se la llevaba por los rincones, para hablar rápidamente y en voz baja. También hacía excursiones incomprensibles á los cuatro ángulos de París, visitas furtivamente hechas á elevados personajes, citas dadas en el fondo de los más apartados barrios. Todos los refugiados venecianos, los Brambilla, los Staderino, los Viscardi, la veían en secreto y le pasaban pedacitos de papel llenos de notas. Había comprado una carpeta de badana roja y una cartera monumental con cerradura de acero, digna de un ministro, en la cual llevaba de una parte á otra un sinnúmero de papeles. Cuando iba en coche tenía la sobre sus rodillas, como si fuese un manguito; á donde quiera que subía, llevábala consigo bajo el brazo, como la cosa más natural del mundo; hasta en las primeras horas de la mañana veíasela á pie estrechándola con ambas manos contra el pecho, con los puños ya doloridos. No tardó la cartera en rozarse y en estallar por las costuras; entonces la sujetó con correas. Y en sus vistosos trajes de gran cola, cargada siempre con aquel informe saco de cuero, que los líos de papel agujereaban, parecíase á cualquier abogado de malas

causas, recorriendo los juzgados de paz para ganarse cien sueldos.

Muchas veces Rougón había intentado enterarse de los grandes negocios de Clorinda. Un día, habiéndose quedado un instante solo con la famosa cartera, no sintió el menor escrúpulo al atraer hacia sí las cartas cuyas esquinas pasaban por las hendiduras; pero lo que de un modo ó de otro llegaba á saber, parecíale tan incoherente, tan lleno de claros, que no podía menos de sonreirse de las jactancias políticas de la joven. Esta le explicó, una tarde, con ademán tranquilo, todo un vasto proyecto: hallábase en camino de trabajar para conseguir una alianza entre Italia y Francia, en vista de una próxima guerra contra Austria. Rougón, arrebatado por un instante, acabó por encogerse de hombros frente á las verdaderas locuras involucradas con su plan. A su modo de ver, lo que Clorinda había encontrado era sencillamente una originalidad del mejor gusto. Persistía siempre en no modificar su opinión con respecto á las mujeres. Clorinda, aparte de todo, aceptaba de buen grado el papel de discípula. Cuando iba á verle á la calle de Marbeuf, se presentaba humildísima, sumisa en extremo, le hacía preguntas y le escuchaba con el ardor del neófito deseoso de instruirse. Y él, con mucha frecuencia, olvidando con quién hablaba, exponía su sistema de gobierno y se empeñaba en las confesiones más precisas. Poco á poco, aquellas conversaciones llegaron á ser una costumbre; tomola

por confidente, halló compensación al silencio que observaba con sus mejores amigos. Y la trató como discípula discreta, cuya respetuosa admiración le embelesaba.

Durante los meses de agosto y septiembre, Clorinda menudeó sus visitas. Iba á la sazón hasta tres y cuatro veces por semana. Nunca había demostrado cariño tal de discípula. Lisonjaba mucho á Rougón, se extasiaba con su gran talento, y echaba de menos las grandes cosas que habría llegado á realizar á no haberse mantenido apartado. Un día, en un minuto de lucidez, Rougón la preguntó riendo:

—¿Necesita usted en realidad de mí?

—Sí—le contestó con atrevimiento.

Pero se apresuró á revestirse de su aspecto de maravillado éxtasis. La política la divertía más que una novela, decía la joven. Y, tan luego como volvía él la espalda, en sus ojos del todo abiertos, fulguraba una corta llama, alguna antigua memoria de odio, con vida siempre. Muchas veces, abandonaba sus manos en las de Rougón, como si se sintiese demasiado débil aún; y, con las muñecas temblorosas, parecía esperar á haberle robado fuerza bastante para poderle estrangular.

Lo que sobre todo inquietaba á Clorinda era el creciente desfallecimiento de Rougón. Veíale dormirse en el fondo de su aburrimiento. Al principio había distinguido perfectamente lo que podía haber de fingido en su actitud. Poco después, á pesar de toda su agudeza, empezaba á tenerla por verdadera-

mente descorazonado. Sus ademanes se entorpecían y su palabra se hacía premiosa; en ciertos días se mostraba con tal indiferencia, con tanto candor, que la joven, espantada, llegaba á preguntarse si al fin de cuentas acabaría por aceptar en el Senado su retiro, como hombre político inutilizado.

A fines de septiembre, Rougón pareció muy preocupado. Luego, en una de sus conversaciones de costumbre, le confesó que abrigaba un gran proyecto. Se aburría en París y necesitaba respirar aire puro. Y de golpe y porrazo se puso á hablar; tratabase de un vasto plan de vida nueva, de un voluntario destierro á las Landas, para el desmonte de muchas leguas cuadradas de terreno, para la fundación de una ciudad en medio de la comarca conquistada. Clorinda, con el rostro muy pálido, le escuchaba.

—Pero ¿y la situación de usted aquí, sus esperanzas?—exclamó.

Rougón hizo un gesto de desdén, murmurando:

—¡Bah! ¡castillos en el aire! Usted ya ve que, indudablemente, no he nacido para la política.

Y volvió á enseñorearse de su ensueño de convertirse en un gran propietario, con toda suerte de ganados, sobre los cuales reinaría como señor y dueño. Pero en las Landas su ambición iba en aumento; hacíase el rey conquistador de una tierra nueva; tenía un pueblo suyo... Y se extendió en detalles interminables. Hacía quince días que, á la chita callando, leía obras especiales. Descababa lagunas, com-

batía con poderosas máquinas el amontonamiento de piedras, detendría el desarrollo de las areniscas colinas por medio de las plantaciones de pinos y dotaría á Francia con una comarca de fertilidad milagrosa. Toda su actividad adormecida, toda su fuerza de gigante ocioso se despertaban en aquella cesación; sus apretados puños parecían hendir ya los guijarros rebeldes; sus brazos, con sólo un esfuerzo, removían el suelo de arriba abajo; sus hombros transportaban casas ya construídas, que fijaba á su guisa al borde de un río, cuyo lecho cavaba con sólo un puntapié. Nada era más fácil que todo aquello. Allí encontraría cuanto trabajo quisiese. El emperador le quería aún lo suficiente para cederle un departamento que arreglar á su sabor. Y poniéndose en pie, encendidas las mejillas, agigantado por el endeuzamiento brusco de sus robustos miembros, estalló en soberbia carcajada.

—¡Eh! ¡qué magnífica idea!—exclamó.—Dejaré mi nombre á la ciudad y fundo á mi vez un reducido imperio.

Clorinda se figuró que aquello tan sólo obedecía á un capricho, á un delirio de la imaginación, nacidos del profundo aburrimiento con que luchaba. Pero, en los siguientes días, volvió á la carga, hablándole de su proyecto con mayor entusiasmo aún; y siempre que iba á verle, hallábase absorto en medio de planos extendidos en la mesa, en los asientos, hasta en la alfombra. Una tarde no le fué posible verle, por hallarse conferenciando con dos

ingenieros. Entonces, empezó á sentir verdadero espanto. ¿Iría á dejarla allí plantada para edificar su ciudad, en el fondo de un desierto? ¿No era antes alguna nueva combinación que se disponía á poner en práctica? Clorinda renunció á saber la verdad, pero creyó prudente sembrar la alarma entre los amigos.

La noticia produjo verdadera consternación. Du Poizat, se encolerizó por todo lo alto; hacía más de un año que andaba azotando calles; en su último viaje á la Vandéc, su padre sacó una pistola del cajón, cuando se hubo atrevido á pedirle diez mil francos para establecer un negocio soberbio; y, á la hora presente, empezaba á morir de hambre, como en el 48. El señor Kahn se mostró por igual modo furioso; sus altos hornos de Bressuire veíanse amenazados de inminente quiebra; considerábase perdido, si no obtenía antes de seis meses la concesión de su línea férrea. Los demás, el señor Béjuin, el coronel, los Bouchard, los Charbonnel, se desataron asimismo en amargas quejas. Aquello no podía acabar así. Rougón, en realidad, no estaba muy en sus cabales, y había que hablarle.

Entretanto transcurrieron quince días. Clorinda, muy atendida por toda la reunión, había resuelto que no sería prudente atacar de frente al grande hombre. Esperábase una ocasión oportuna. Un domingo por la noche, allá á mediados de octubre, hallándose los concurrentes reunidos en su totalidad,

en el salón de la calle Marbeuf, Rougón dijo sonriendo:

—¿No saben ustedes lo que he recibido hoy?

Y tomó de detrás del reloj una esquila color de rosa, que enseñó á los circunstantes.

Una invitación para ir á Compiègne.

En aquel instante el ayuda de cámara abrió suavemente la puerta. El hombre á quien esperaba el señor se hallaba allí. Rougón suplicó que le excusaran y salió. Clorinda se había levantado, poniéndose á escuchar; después en el mayor silencio, dijo con energía:

—Es indispensable que vaya á Compiègne.

Los amigos, con gran prudencia, miraron á su alrededor; pero se encontraban muy solos, pues la señora de Rougón había desaparecido hacía ya unos minutos. Entonces, á media voz, y sin dejar de atisbar á las puertas, hablaron con entera libertad. Las damas formaban círculo delante de la chimenea, en donde un gran tizon se consumía hecho ascua; el señor Bouchard y el coronel jugaban su eterno *piquet*; mientras que los caballeros habían rodado sus sillones á un rincón, para mejor aislarse. Clorinda en pie en mitad de la estancia, reflexionaba profundamente, con la cabeza inclinada.

—¿Es decir que esperaba á alguien?—preguntó Du Poizat.—¿Quién podrá ser?

Los demás se encogieron de hombros, como queriendo decir que lo ignoraban.

—¿Tal vez para su estúpido negocio?—continuó,

—Ya me falta la paciencia. Ya verán ustedes cómo una de estas noches le espetaré en la cara todo cuanto pienso.

—¡Chist!—dijo el señor Kahn, llevándose un dedo á los labios.

El antiguo subprefecto había alzado la voz por modo inquietante. Todos, por un instante, prestaron atención; y luego, el mismo señor Kahn fué quien prosiguió muy bajito:

—Sin duda ha adquirido compromisos tocante á nosotros.

—Diga usted que ha contraído una deuda—agregó el coronel, dejando sus cartas.

—Sí, sí, una deuda, esa es la palabra—declaró el señor Bouchard.—Nosotros no dejamos de hablarle con toda claridad, el último día, en el Consejo de Estado.

Y los demás asentían enérgicamente con la cabeza.

Siguióse una lamentación general. Rougón les había arruinado á todos. El señor Bouchard añadía que, á no ser por su fidelidad á la desgracia, mucho tiempo hacía que sería jefe de oficina. A oír al coronel se le habían acercado para ofrecerle la cruz de comendador y un destino para su hijo Augusto, de parte del conde de Marsy; mas él se había negado por la amistad que le ligaba á Rougón. El padre y la madre del señor d'Escorailles, decía la linda señora de Bouchard, se hallan muy resentidos, al ver que su hijo quedaba siendo auditor, cuando esperaban ya hacía seis meses su nombramiento de



magistrado relator. Y hasta los que nada decían, como Delestang, el señor Béjuin, madama Correur, los Charbonnel, se mordían los labios y alzaban los ojos al cielo, en actitud de mártires, á los que la paciencia empieza á faltar.

—En suma, hemos sido defraudados en nuestras esperanzas—repuso Du Poizat.—Pero no se ausentará, respondo de ello. ¿Acaso se está en su cabal juicio yendo á habérselas con los pedruscos, en no sé qué rincón ignorado, cuando se cuenta con intereses tan graves en París?... ¿Me autorizan ustedes para que yo le hable?

Clorinda despertó de su abstracción. Impúsole silencio con un ademán; y luego, cuando hubo entreabierto la puerta para ver si alguien había allí, repitió:

—Entiéndanlo ustedes bien; es preciso que vaya á Compiègne.

Y como todos los rostros se convertían á ella, con un nuevo ademán contuvo las preguntas.

—¡Chist! ¡aquí no!

Dijo, sin embargo, que su marido y ella estaban también invitados para ir á Compiègne; y dejó escapar los nombres del señor de Marsy y de madama de Llorentz, sin querer dar más explicaciones. Impulsaría al gran hombre al poder, á pesar suyo, se le comprometería si era necesario. El señor Beulin-d'Orchère y la magistratura en peso le apoyarían á cencerros tapados. El emperador—confesaba el señor La Rouquette—en medio del odio de los que

le rodean contra Rougón, guardaba reserva absoluta; en cuanto se le nombraba en presencia suya, poníase serio, entornaba los ojos y ocultaba la boca á la sombra de los bigotes.

—No se trata de nosotros—concluyó por decir el señor Kahn.—Si nos salimos con la nuestra, el país tendrá que darnos las gracias.

Entonces, ya en alta voz, se continuó haciendo desmedidos elogios del dueño de la casa. En la habitación inmediata acababa de percibirse un murmullo de voces. Du Poizat, espoleado por la curiosidad, empujó la puerta como si fuese á salir, y después la volvió á cerrar bastante poquito á poco para distinguir al hombre que se encontraba con Rougón. Era Gilquin, en paletó de abrigo, casi limpio, y llevando en las manos un recio bastón con puño de cobre. Con exagerada familiaridad, y sin bajar la voz, decía:

—Ya lo sabes, en adelante no envíes á la calle de Virginia, en Granelle. Allí he tenido de las más; ahora estoy en lo hondo de las Batignolles, pasaje de Guttin... En fin, siempre puedes contar conmigo. Hasta más ver.

Y dió un apretón de manos á Rougón. Cuando éste volvió al salón, dió sus excusas y miró á Du Poizat con fijeza.

—Es un buen muchacho, á quien usted conoce ¿no es así, Du Poizat?... Va á reclutarme colonos para mi nuevo mundo, allá en lo más apartado de las Landas... A propósito, me los llevo á todos usted.

des conmigo; ya pueden hacer sus maletas. Kahn será mi primer ministro. Delestang y su mujer obtendrán la cartera de negocios extranjeros. Béjuin se encargará de correos. Y no echó en olvido á las damas: la señora de Bouchard tendrá el cetro de la belleza, y á la señora de Charbonnel se le confiarán las llaves de nuestros graneros.

Lo echaba á broma, mientras que los amigos, nada á su sabor, preguntábanse si no les habría estado oyendo por algún resquicio de la pared. Cuando condecoró al coronel con todas sus cruces, éste por poco no se enfurruca. Entretanto Clorinda fijaba las miradas en la invitación de Compiègne, que había tomado de encima de la chimenea.

—¿Qué, piensa usted ir?—le preguntó con displicencia.

—¿Quién lo duda?—contestó Rougón admirado. Cuento con aprovechar la oportunidad para que el emperador me conceda el departamento.

Dieron las diez, y la señora de Rougón se presentó para servir el té.

## VII

Allá á las siete, en la tarde de su llegada á Compiègne, Clorinda hablaba con el señor de Plouguern, cerca de una ventana de la galería de los Mapas. Esperábanse al emperador y á la emperatriz para pasar al comedor. La segunda serie de los invitados se encontraba en el castillo apenas hacía tres horas; y como quiera que toda la gente no hubiese bajado aún, la joven se ocupaba en sentenciar con una palabra á toda persona que entraba. Las damas, despechadas, con flores en los cabellos, sonreían amablemente desde el umbral; los hombres permanecían graves, con corbata blanca y calzón corto, con las pantorrillas ceñidas bajo la media de seda.

—¡Ah! allí está el caballero—dijo en voz queda Clorinda.—Está bien, muy bien... Pero, mira, padrino, al señor Beulin-d'Orchère, ¿no diría cualquiera que se dispone á ladrar? ¡y qué piernas, santo Dios!

El señor de Plouguern se divertía con aquellas

des conmigo; ya pueden hacer sus maletas. Kahn será mi primer ministro. Delestang y su mujer obtendrán la cartera de negocios extranjeros. Béjuin se encargará de correos. Y no echó en olvido á las damas: la señora de Bouchard tendrá el cetro de la belleza, y á la señora de Charbonnel se le confiarán las llaves de nuestros graneros.

Lo echaba á broma, mientras que los amigos, nada á su sabor, preguntábanse si no les habría estado oyendo por algún resquicio de la pared. Cuando condecoró al coronel con todas sus cruces, éste por poco no se enfurruca. Entretanto Clorinda fijaba las miradas en la invitación de Compiègne, que había tomado de encima de la chimenea.

—¿Qué, piensa usted ir?—le preguntó con displicencia.

—¿Quién lo duda?—contestó Rougón admirado. Cuento con aprovechar la oportunidad para que el emperador me conceda el departamento.

Dieron las diez, y la señora de Rougón se presentó para servir el té.

## VII

Allá á las siete, en la tarde de su llegada á Compiègne, Clorinda hablaba con el señor de Plouguern, cerca de una ventana de la galería de los Mapas. Esperábanse al emperador y á la emperatriz para pasar al comedor. La segunda serie de los invitados se encontraba en el castillo apenas hacía tres horas; y como quiera que toda la gente no hubiese bajado aún, la joven se ocupaba en sentenciar con una palabra á toda persona que entraba. Las damas, despechadas, con flores en los cabellos, sonreían amablemente desde el umbral; los hombres permanecían graves, con corbata blanca y calzón corto, con las pantorrillas ceñidas bajo la media de seda.

—¡Ah! allí está el caballero—dijo en voz queda Clorinda.—Está bien, muy bien... Pero, mira, padrino, al señor Beulin-d'Orchère, ¿no diría cualquiera que se dispone á ladrar? ¡y qué piernas, santo Dios!

El señor de Plouguern se divertía con aquellas

críticas. El caballero Rusconi se acercó á saludar á Clorinda, con su empalagosa galantería de bello italiano; acto seguido fué recorriendo las filas de las señoras, cadenciosamente, en una serie de rítmicas reverencias, del más tierno efecto. A algunos pasos de allí, Delestang, muy serio, miraba los enormes planos del bosque de Compiègne, que llenaban las paredes de la galería.

—¿En qué wagón has venido?—repuso Clorinda.—Te busqué en la estación para hacer el viaje contigo. Figúrate que vine á meterme entre un hatajo de hombres...

Pero se interrumpió, ahogando una carcajada con los dedos.

—El señor La Rouquette parece una figurita de alcorza.

—Sí, una especie de almuerzo de colegiala—dijo con malignidad el senador.

En aquel instante oyóse en la puerta un gran rozar de estofas; abrióse cuan ancha era é hizo su entrada una mujer, vestida con un traje tan recargado de lazos, de flores y de blondas, que hubo de aplastar la falda con ambas manos para poder pasar. Era madama de Combelot, la cuñada de Clorinda. Esta le echó la vista encima, murmurando:

—Si hay permiso...

Y como el señor de Plouguern la mirase á ella, en su sencillo vestido de muselina, puesto sobre un fondo de faya color de rosa mal cortado, la joven continuó en tono de perfecta indiferencia:

—¡Oh! el traje á mí me tiene sin cuidado; ya lo sabes, padrino, se me toma tal cual soy.

En esto, Delestang, se había resuelto á dejar los naipes para ir al encuentro de su hermana, que llevó á su mujer. No se amaban gran cosa que digamos, y cambiaron un saludo agridulce. La señora de Combelot se alejó, arrastrando una cola de raso, semejante á un trozo de jardín, por en medio de hombres que no decían una palabra y que retrocedían con prudencia suma, ante el desbordado torrente de sus volantes de blonda. Clorinda, en cuanto se halló de nuevo sola con el señor de Plouguern, volvió á sus chirigotas, aludiendo á la terrible pasión que la dama abrigaba por el emperador. Y después, como el senador refiriese la pudibunda resistencia de Su Majestad Imperial:

—No es gran mérito el suyo—decía la joven;— ¡está tan flaca! He oído decir á algunos hombres que les parece hermosa, y, en verdad, que no sé en dónde tienen los ojos. Su cara es de todo punto insignificante.

Y sin dejar de hablar, no quitaba la vista de la puerta, preocupada á más no poder.

—¡Ah!—exclamó,—esta vez debe de ser el señor Rougón.

Mas en seguida se retractó, con pasajera llamarada en sus ojos.

—¡Calla! no, es el señor de Marsy.

El ministro, correctísimo, en su traje negro y su calzón corto, se adelantó sonriendo hacia la señora.

de Combelot; y en tanto que la felicitaba, dirigía la vista á los invitados, con vagos y velados ojos, como si á nadie hubiese conocido. Entonces, á medida que se le saludaba, inclinaba la cabeza con muestras de grande amabilidad y cortesía. Muchos hombres se acercaron y pronto se convirtió en el núcleo de un grupo. Su rostro pálido, delicado y malévoló, dominaba los hombros que se amontonaban á su alrededor.

—A propósito—repuso Clorinda impeliendo al señor de Plouguern al fondo del vano,—he contado contigo para que me des detalles... ¿Qué es lo que sabes referente á las famosas cartas de madama de Llorentz?

—Pero si eso lo sabe todo el mundo—le contestó.

Y habló de las tres cartas escritas, según se decía, por el conde de Marsy á madama Llorentz, obra hacía de cinco años, un poco antes del enlace del emperador. Aquella señora, que acababa de perder á su marido, un general de origen español, encontrábase á la sazón en Madrid, en donde tenía á su cargo negocios de interés. Aquella fué la mejor época de sus relaciones. El conde, para divertirla, y cediendo también á sus inclinaciones de vodevillista, le había enviado detalles sumamente picantes referentes á ciertas augustas personas, en cuya intimidad él vivía. Y se refería que desde aquella época, la señora de Llorentz, hermosa mujer, extremadamente celosa, conservaba aquellas cartas, que te-

nía como pendientes sobre la cabeza del señor de Marsy, como venganza preparada siempre.

—Háse dejado convencer cuando se ha visto precisado á casarse con una princesa vólaca—dijo el senador dando fin á su relato. Pero, después de haber consentido en un mes de luna de miel, le ha mandado decir que si no volvía al instante á echarse á sus pies, pondría un día de estos tales cartas sobre el bufete del emperador; y ha vuelto á amarrarse á su cadena... y la colma de galanterías para hacerse devolver la maldita correspondencia.

Clorinda se reía de la mejor gana. La historia le parecía de lo más peregrino. No cejaba en sus preguntas. Pues entonces, si el conde engañaba á la señora de Llorentz, sería ésta capaz de ejecutar su amenaza? ¿En dónde tenía aquellas tres cartas? en su corpiño, cosidas entre dos lazos de raso, según lo que había oído decir. Pero el señor de Plouguern no sabía una palabra más. Nadie había leído tales cartas. Conocía á un joven que, por obtener una copia, se había convertido inútilmente, durante seis meses, en humilde esclavo de la señora de Llorentz.

—¡Diantre!—agregó,—él no le quita la vista de encima, niñita mía. ¡Eh! me olvidaba: ¡has hecho su conquista!... ¿No es cierto que en su último sarao, en el ministerio, estuvo hablando contigo casi una hora?...

La joven no contestó. No escuchaba más y per-

manecía inmóvil y altanera bajo la fija mirada del señor de Marsy. Después, alzando lentamente la cabeza, mirándole á su vez, esperó á que la saludara. Acercóse á ella y se inclinó. Entonces sonrióle Clorinda con toda dulzura. No cruzaron ni una sola palabra. El conde dió la vuelta al centro del grupo, en donde el señor La Rouquette hablaba en muy alta voz, nombrándole á cada frase «Su Excelencia».

La galería, no obstante, se había ido llenando poco á poco. Habíanse allí reunido cerca de cien personas, altos funcionarios, generales, diplomáticos extranjeros, cinco diputados, tres prefectos, dos pintores, un novelista, dos académicos, sin contar los oficiales de palacio, chambelanes, edecanes y escuderos. El discreto murmurio de las voces envolvíase en la claridad de las arañas. Los asiduos concurrentes al castillo se paseaban pasito á paso, mientras que los nuevamente invitados, en pie, no osaban aventurarse en medio de las damas. Aquella primera hora de encogimiento, entre personas que en su mayor parte no se conocían y que de repente se encontraban reunidas á la puerta del comedor imperial, comunicaba á los rostros un aspecto de dignidad desapacible. A veces notábanse bruscos silencios y las cabezas se volvían, vagamente ansiosas. Y el mueblaje imperio de la vasta estancia, las consolas de rectos pies, los sillones cuadrados, parecían aumentar todavía más la solemnidad de la espera.

—¡Llegó por fin!—murmuró Clorinda.

Rougón acababa de entrar. Detúvose un instante á dos pasos de la puerta. Habíase revestido de su vulgar aspecto de bondad, con la espalda un tanto cargada y con el rostro adormilado. Con sólo una mirada percatóse del ligero estremecimiento de hostilidad que su presencia producía en medio de ciertos grupos. Después, con la mayor tranquilidad, sin dejar de distribuir algunos apretones de manos, se las compuso en forma que fué á hallarse en frente del señor de Marsy. Saludáronse y parecieron muy satisfechos de encontrarse. Y sin quitarse la vista de encima uno del otro, como enemigos que tienen respeto á su mutua fuerza, hablaron amistosamente.

En torno de ambos se formó un vacío.

Las damas no perdían de vista sus menores movimientos, al paso que los caballeros, aparentando gran discreción, miraban á otra parte, aunque sin dejar de dirigir del lado de ellos miradas furtivas. Los cuchicheos llegaban á todos los rincones. ¿Qué secreto designio era el del emperador? ¿por qué ponía á aquellos dos personajes en presencia uno del otro? El señor La Rouquette, por demás perplejo, creyó olfatear un acontecimiento grave. Acercóse para hacer preguntas al señor de Plouguern, quien se divirtió contestándole:

—¡Caramba! Quizás Rougón va á echar la zancadilla á de Marsy, y harán santamente en guardarle atenciones. A no ser que al emperador no le haya

movido una mala intención, lo que le sucede á veces. Tal vez le ha guiado tan sólo el placer de verlos juntos, en la espera de que se muestren tal para cual.

Pero cesaron los cuchicheos, y un gran movimiento se dejó percibir. Dos oficiales de palacio iban de grupo en grupo, pronunciando una frase á media voz. Y los invitados, vueltos de repente á su gravedad, se dirigieron hacia la puerta de la izquierda, en donde formaron doble hilera, los hombres á un lado y las señoras á otro. Junto á la puerta se colocó el señor de Marsy, quien mantenía á su lado á Rougón; luego los demás personajes se escalonaron, según su rango ó su categoría. Allí hubo todavía una espera de tres minutos, en medio del mayor recogimiento.

La puerta se abrió de par en par. El emperador, puesto de frac y cruzado el pecho con la sola mancha del gran cordón, entró á la cabeza, seguido por el chambelán de servicio, señor de Combelot; detúvose ante el señor de Marsy y Rougón, dirigiéndoles una débil sonrisa; retorciase con mano lenta el largo bigote, con balanceo de todo su cuerpo. Después, con voz un tanto entorpecida, murmuró:

—Dirá usted á la señora de Rougón el sentimiento que hemos tenido al saber que se halla enferma. Habríamos deseado vivamente verla aquí con usted... En fin, hay que esperar que eso no sea nada. Son muchos los constipados que andan por ahí.

Y pasó adelante. Dos pasos más allá estrechó la

mano de un general, á quien pidió nuevas de su hijo, á quien llamaba «su amiguito Gastón». Gastón tenía los años del príncipe imperial, mas era ya mucho más fuerte. La hilera se inclinaba á medida que iba pasando. Por último, ya en el extremo, el señor de Combelot le presentó á uno de los dos académicos, que venía á la corte por la primera vez; y el emperador habló de una reciente obra del escritor, de la cual había leído algunos pasajes—á lo que decía—con el mayor placer.

En esto, la emperatriz había entrado, acompañada de madama de Llorentz. Llevaba un traje muy modesto, una falda de seda azul, cubierta con túnica de encaje blanco. Con paso menudo, sonriente, inclinando por modo gracioso el desnudo cuello, en el cual una sencilla cinta de terciopelo azul sostenía un corazón de diamantes, iba recorriendo toda la fila formada por las señoras. Las reverencias que se la hacían á su paso, producían continuo rozar de faldas, de las cuales se desprendían almizclados aromas. Madame de Llorentz le presentó una joven, que parecía muy conmovida. La señora de Combelot aparentó una tierna familiaridad.

Después, cuando ambos soberanos se encontraron al extremo de la doble hilera, volvieron atrás, pasando el emperador por delante de las damas y la emperatriz por delante de los caballeros. Hicieronse nuevas presentaciones. Nadie hablaba todavía; una cortedad respetuosa tenía mudos á los convidados, unos en frente de los otros. Mas una

vez rotas las filas, cruzáronse palabras á media voz y oyéronse risas con claridad; en esto, el ayudante general del palacio se presentó á decir que la comida estaba dispuesta.

—Oye, me parece que ya no me necesitas á mí— dijo gozosamente el señor de Plouguern al oído de Clorinda.

Esta le sonrió. Habíase quedado delante del señor de Marsy, para constreñirle á ofrecerle el brazo, lo que, por lo demás, hizo él con toda galantería. Reinaba una ligera confusión. El emperador y la emperatriz pasaron los primeros, seguidos de las personas designadas para sentarse á su derecha é izquierda; correspondían aquel día estos puestos á dos diplomáticos extranjeros, á una joven americana y á la esposa de un ministro. Detrás seguían los demás invitados, á su mejor talante, llevando cada uno del brazo á la dama á quien había tenido á bien invitar. Y, lentamente, el desfile se organizó.

La entrada en el comedor revistió la mayor pompa. Cinco arañas ardían por encima de la larga mesa, iluminando las piezas de orfebrería que componían el centro de la mesa, escenas de caza, al partir el ciervo, con los cuernos tocando el ¡hurra, adelante! y con los perros llegando á la ralea. La vajilla de plata, resultaba, á la orilla del mantel, como un cordón de argentadas lunas; mientras que los bordes de las estufillas en que se reflejaban la brasa de las bujías, la cristalería manando gotas de llamas, las canastillas de frutas y los búcaros de

rosadas flores, comunicaban al centro de mesa imperial un esplendor cuya flotante claridad henchía la misma estancia. Por la puerta abierta de par en par, la comitiva desembocaba, después de haber atravesado la sala de los guardias con mesurado andar. Los caballeros se inclinaban, decían una palabra al oído del vecino, y después se erguían, en el secreto estímulo de vanidad de aquella marcha triunfal; las damas con los hombros desnudos, inundadas de torrentes de luz, ofrecían imágenes seductoras; y, arrastrando sobre las alfombras las colas de sus vestidos, distanciando las parejas, ofrecían mayor pompa y majestad al desfile, que acompañaban con su murmurio de estofas ricas. Era una aproximación casi tierna, una ansiosa llegada á un ambiente de lujo, de luz y de tibieza, como un baño sensual, en que los almizclados aromas de los tocados se mezclaban á un ligero husmillo de piezas de caza, realzado con un punto de limón. Cuando en el umbral, frontera á la inmensa extensión de la mesa, una música militar, oculta en el fondo de una galería inmediata, les acogía con brillantes acordes, semejantes á la señal de alguna fiesta de hadas, los convidados, un tanto molestos en sus calzones cortos, oprimían los brazos de las damas, involuntariamente, con la sonrisa en los labios.

Entonces la emperatriz bajó por la derecha y se mantuvo en pie al llegar al centro de la mesa, mientras que el emperador, pasando á la izquierda, se acercaba á ocupar su sitio en frente de ella. Des-



pués, cuando las personas designadas se colocaron á la derecha é izquierda de Sus Majestades, las demás parejas se volvieron por un instante, eligiendo la suya y deteniéndose cada uno á su guisa. Aquella noche eran ochenta y siete los invitados. Cerca de tres minutos transcurrieron antes de que todo el mundo hubiese entrado y llegado á colocarse. La satinada ondulación de los desnudos hombros, las vistosas flores de los trajes, los diamantes de los altos peinados, comunicaban como una sonrisa viviente á la ostentosa claridad de las arañas. Los ayudas de cámara tomaron por fin los sombreros, que los caballeros habían conservado en la mano. Todos, por último, tomaron asiento.

El señor de Plouguern había seguido á Rougón. Después de la sopa, le tocó con el codo y le preguntó:

—¿Habría usted quizás encargado á Clorinda que le reconcilie con Marsy?

Y, con el rabillo del ojo, le señaló á la joven sentada, al otro lado de la mesa, junto al conde, con el cual hablaba cariñosamente. Rougón, muy contrariado, se contentó con alzarse de hombros; y después hizo como que miraba enfrente de él. Mas, á pesar de cuanta indiferencia quería aparentar, volvía á Clorinda, se interesaba por sus menores gestos, por el movimiento de sus labios, como si hubiese querido ver las palabras que pronunciaba.

—Señor Rougón—dijo inclinándose la señora de Cambelot, quien se había colocado lo más cerca po-

sible del emperador.—¿se acuerda usted de aquel accidente? Usted fué quien me encontró un fiacre. Todo un volante de mi falda quedó desgarrado.

Y se hizo la interesante refiriendo que un día faltó poco para que su carruaje quedase partido por la mitad por el landó de un príncipe ruso. Y Rougón tuvo que contestar. Durante un momento no se habló de otra cosa en medio de la mesa. Citóse toda clase de desgracias, entre otra la caída del caballo de un perfumista del pasaje de los Panoramas, la semana última, que le costó la fractura de un brazo. La emperatriz lanzó un ligero grito de conmiseración. El emperador nada decía, escuchaba atentamente y comiendo con lentitud.

—¿En dónde diablos se ha metido Delestang?—preguntó á su vez Rougón al señor de Plouguern.

Y tendieron la vista á un lado y otro. El senador, por último, le distinguió al extremo de la mesa. Hallábase al lado del señor de Combélot, entre toda una fila de caballeros, con el oído atento á las frases de color subido que quedaban ahogadas por el murmullo de las conversaciones. El señor La Rouquette había dado principio á la picante historia de una lavandera de su país; el caballero Rusconi emitía apreciaciones personales sobre las parisien-  
ses; mientras que uno de los pintores y el novelista, en voz más queda, juzgaban con crudas expresiones á las damas cuyos brazos demasiado gruesos ó demasiado delgados, les hacían reír. Y Rougón, tascando el freno, dirigía sus miradas, de Clorinda,

cada vez más amable con el conde, al imbécil de su marido, que parecía ciego, sonriéndose con toda dignidad de los chistes un tanto desvergonzados que oía á su alcance.

—¿Por qué no se ha colocado entre nosotros?— decía en voz queda.

—¡Eh! maldito lo que le compadezco—dijo el señor de Plouguern.—Parece que se divierten por aquel lado.

Y luego prosiguió acercándosele al oído:

—Estoy en que arreglan el asunto de la señora de Llorentz. ¿No ha llamado á usted la atención lo descotada que está? Uno, con seguridad, se le va á salir, ¡el de la izquierda! ¿no?

Pero, al inclinarse para ver mejor á la señora de Llorentz, sentada al mismo lado que él, á cinco asientos de distancia, púsose repentinamente serio. Aquella dama, aquella hermosa rubia, un tanto ordinaria, aparecía en aquel momento con semblante terrible, pálido, concentrado y frío de furor; sus azules ojos, casi negros, fijábanse ardientemente en el señor de Marsy y en Clorinda. Y dijo entre dientes, tan bajo que ni el mismo Rougón pudo comprender:

—¡Diantre! me parece que esto va á echarse á perder.

La música seguía tocando, música lejana que parecía llegar del techo. A ciertos sonidos de los instrumentos de metal, los comensales alzaban la cabeza, como buscando la tonada que les perseguía.

Después dejaban de oír; el ligero toque de los clarinetes, en el fondo de la galería inmediata, se confundía con los argentinos rumores de la vajilla, que los servidores se llevaban por pilas enormes. Grandes fuentes ofrecían ahogados sonidos de platillos. En torno á la mesa, notábase un apresuramiento silencioso, todo un pueblo de servidores, yendo de acá para allá, sin pronunciar una palabra, los ujieres de frac y de calzón azul claro, con espada y tricornio, los lacayos, con los cabellos empolvados, con la gran librea verde galoneada de oro. Los manjares hacían su aparición, los vinos circulaban con toda regularidad; mientras que los jefes de servicio, los inspectores, el primer oficial trinchante, el jefe de la argentería, en pie, vigilaban tan complicada maniobra, aquella confusión en que el papel del último lacayo quedaba regulado de antemano. Detrás del emperador y de la emperatriz, los ayudas de cámara particulares de Sus Majestades, servían con digna corrección.

Cuando llegaron los asados y cuando los grandes vinos de Borgoña fueron escanciados, el murmullo de las voces tomó cuerpo. Ahora, en el rincón en donde sólo había hombres, en el extremo de la mesa, el señor La Rouquette hablaba de cocina, discutiendo sobre el grado de cocción que requería un cuarto de corzo al asador, que se acababa de servir. Había habido una sopa á la *Créci*, un salmón salsa azul, un filete de buey con salsa de *escalotte*,

pollas á la *financière*, perdices con coles y pastelillos de ostras.

—Apuesto á que nos van á servir cardos con salsa y cohombros con crema—dijo el joven diputado.

—Yo he visto cangrejos—añadió con finura Delestang.

—Pero como los cardos con salsa y los cohombros con crema hicieron su aparición, el señor La Rouquette triunfó ruidosamente. Añadió que estaba enterado de los gustos de la emperatriz. Entretanto el novelista miraba al pintor, con ligero chasquido de lengua.

—¡Eh! ¿qué tal? cocina medianeja—murmuró.

El pintor hizo una mueca de aprobación. Luego, después de haber bebido, dijo á su vez:

—Los vinos son de primera.

En aquel instante, una repentina risa de la emperatriz sonó tan fuerte, que todo el mundo se calló. Algunos estiraron el cuello para enterarse. La emperatriz hablaba con el embajador de Alemania, sentado á su derecha; seguía riendo, pronunciando entrecortadas palabras, que no se oían. En el respetuoso silencio que se había producido, un cornetín de pistón, acompañado de sordina por los bajos, tocaba un solo, una frase melódica de romanza sentimental. Y, poco á poco, el sordo y confuso ruido fué creciendo nuevamente. Las sillas se medio volían, los codos se apoyaban al borde de los manteles y entablábanse conversaciones íntimas en medio

de la libertad de una mesa redonda de príncipes.

—¿Quiere usted un pastelillo?—preguntó el señor de Plouguern.

Rougón negó con la cabeza. Hacía rato que ya no comía. Habíase reemplazado la vajilla lisa por la de porcelana de Sèvres, embellecida con delicadas pinturas azules y rosa. Todos los postres desfilaron delante de él sin que aceptase otra cosa que un poco de queso de Camembert. Ya no se reprimía y miraba á Clorinda y al señor de Marsy, cara á cara, ampliamente, en la espera sin duda de intimidar á la joven. Mas ésta fingía tal familiaridad con el conde, que parecía olvidar el sitio donde se encontraba, creyéndose, por el contrario, en el fondo de cualquier estrecho salón en una cena íntima de dos cubiertos. Su exquisita belleza ofrecía un esplendor de extraordinaria ternura. Crujía con los dientes los dulces que el conde le presentaba, y le conquistaba con su incesante sonrisa por modo desvergonzadamente tranquilo. Los comensales que se hallaban inmediatos poníanse á cuchichear.

Habiendo recaído la conversación sobre la moda, el señor de Plouguern interpeló maliciosamente á Clorinda acerca de la nueva forma de sombreros. Y luego, como ella fingiese no haber oído, el senador se inclinó para dirigir igual pregunta á la señora de Llorentz; pero no se atrevió á dirigírsela, tanto aquella señora le pareció formidable con sus apretados dientes y con su trágica careta de celoso furor. Precisamente Clorinda acababa de abandonar

su mano izquierda al señor de Marsy, con el pretexto de enseñarle un camafeo antiguo que llevaba en el dedo; y le dejó la mano, el conde tomó el anillo y se lo volvió á poner; aquello resultó casi indecente. La señora de Llorentz, que jugaba nerviosamente con una cuchara, rompió su vaso de Burdeos, cuyos pedazos de cristal se llevó en un instante uno de los sirvientes.

—Se echarán mano al moño, con seguridad—dijo el senador al oído de Rougón.—¿Les ha observado usted?... Pero, lléveme el diablo si entiendo el juego de Clorinda. ¿Qué es lo que se propone?

Y al dirigir su mirada al vecino, se quedó muy sorprendido ante la aliteración de sus facciones.

—¿Qué es lo que tiene usted? ¿Se siente usted mal?

—No—contestó Rougón,—parece como si me faltara algo la respiración. Estas comidas duran demasiado. Además, se siente un olor á almizcle...

Aquello tocaba á su término. Algunas damas se comían aún un bizcochito, retrepadas en sus asientos. Sin embargo, nadie era osado á moverse. El emperador, mudo hasta entonces, acababa de alzar la voz; y, en los dos extremos de la mesa, los convidados, que habían olvidado completamente la presencia de Su Majestad, tendían de repente el oído, con semblante de gran complacencia. El soberano contestaba á una disertación del señor Beulin-d'Orchère contra el divorcio. Luego, interrumpiéndose, lanzó una mirada al tan descotado corpiño de la joven se-

fiora americana, sentada á su izquierda, y dijo con su voz pegajosa:

—En América nunca ví que se divorcieran sino las mujeres feas.

Y la risa se extendió entre los convidados. Pareció un rasgo de ingenio tan agudo, y hasta tan delicado, que el señor La Rouquette puso su imaginación á la tortura para descubrir su oculto sentido. La joven dama americana creyó ver sin duda una lisonja, pues dió las gracias, un tanto confusa, con una inclinación de cabeza. El emperador y la emperatriz se habían levantado. Oíase de un lado á otro el rozar de las faldas, el crujir de las sedas, un pisoteo alrededor de la mesa, mientras que los ujieres y los lacayos, colocados gravemente junto á las paredes, eran los únicos que aparecían correctos, en medio de aquella desbandada de personas que habían comido bien. Y el desfile se organizó de nuevo, con Sus Majestades á la cabeza, los invitados siguiendo en hilera, espaciados por las largas colas, atravesando la sala de los guardias con solemnidad un sí ó no es falta de respiración. Tras de ellos, á la plena claridad de los arañas, en el desorden tibio aún de los manteles, retumbaban los acordes de la gran música militar, dando fin á la última figura de un rigodón.

El café fué servido aquella noche en la galería de los Mapas. Un prefecto del palacio llevó la taza del emperador en una bandeja de plata sobredorada. Entretanto muchos de los convidados habían subido ya al fumadero. La emperatriz acababa de re-

tirarse con algunas damas al salón de familia, á la izquierda de la galería. Decíanse al oído unos á otros que había demostrado un vivo disgusto ante la extraña actitud de Clorinda durante la comida. Esforzabase en introducir en la corte, durante la estancia en Compiègne, una decencia burguesa, una afición á los juegos de sociedad y á los placeres del campo. Sentía un odio personal, algo como rencor, contra ciertas extravagancias.

El señor de Plouguern habíase llevado á parte á Clorinda, para darle una leccioncita de moral. La verdad era, que quería que se confesase con él. Mas ella se dió por sorprendida en gran manera. ¿De dónde sacaban que se hubiese comprometido con el conde de Marsy? Habían bromeado uno con otro, y pare usted de contar.

—Pues mira allí—dijo el viejo senador.

Y, empujando la puerta á medio abrir de un saloncito inmediato, enseñóle á la señora de Llorentz moviendo un zipizape terrible al señor de Marsy. Habíales visto entrar. La hermosa rubia, perdido el seso, se desahogaba dando rienda suelta á las más groseras expresiones, perdiendo toda mesura y olvidando que los estallidos de su voz podían producir un espantoso escándalo. El conde, un tanto pálido, se sonreía y la tranquilizaba, hablando con rapidez, con dulzura, en voz queda. El ruido de la contienda, habiendo llegado hasta la galería de los Mapas, los invitados que oyeron se alejaron, por prudencia, de la vecindad del saloncito.

—¿Luego lo que tú deseas es que fije las famosas cartas en las cuatro esquinas del castillo?—le preguntó el señor de Plouguern, quien había reanudado su marcha, después de haber dado el brazo á la joven.

—¡Eh! no sería poco chistoso—le contestó riendo.

Entonces, estrechando su desnudo brazo con todo el ardor de joven galante, volvió de nuevo á sus predicaciones. Había que dejar para la señora de Combelot las actitudes excéntricas. Y acabó por darle la seguridad de que Su Majestad parecía en extremo irritada contra ella. Clorinda, que profesaba verdadero culto por la emperatriz, se quedó maravillada. ¿En qué había podido desagradarle? Y cuando llegaron en frente del salón de familia, paráronse un instante, mirando por la puerta, que se había dejado abierta. Todo un círculo de damas rodeaba una gran mesa. La emperatriz, sentada en medio de ellas, les enseñaba con toda paciencia el juego de los anillos, mientras que los caballeros, detrás de los sillones, estaban atentos á la lección, con toda gravedad.

Rougón, durante aquel tiempo, ponía de vuelta y media á Delestang, en el extremo de la galería. No se había atrevido á hablarle de su mujer; echábale en cara la resignación que demostraba al aceptar una habitación que daba al patio del castillo; y quería constreñirle á que reclamase una habitación con vista al parque. Pero Clorinda se acercaba del

brazo del señor de Plouguern; y decía de manera de ser oída:

—Déjeme usted en paz con su señor Marsy! No le volveré á hablar en toda la noche. ¿Está usted satisfecho?

Aquellas palabras tranquilizaron á todos. Precisamente el señor de Marsy salía del saloncito, al parecer contento como unas pascuas; bromeó un instante con el caballero Rusconi, y luego entró en el salón de familia, en donde no tardó en oirse á la emperatriz y á las damas reír á carcajadas por un cuento que de Marsy las refería. Diez minutos después, la señora de Llorentz se presentó á su vez; parecía fatigada y no le había desaparecido cierto temblor de manos; y al notar que curiosas miradas espíaban sus menores movimientos, se quedó allí, valientemente, hablando en mitad de los grupos.

Un respetuoso aburrimiento hacía que se ahogasen bajo los pañuelos ligeros bostezos. La velada era el rato penoso de la jornada. Los nuevos invitados, no sabiendo cómo distraerse, se acercaban á las ventanas y contemplaban la noche. El señor Beulin-d'Orchère continuaba en un ángulo su disertación contra el divorcio. El novelista, que encontraba aquello «aplastante», preguntaba muy bajito á uno de los académicos si no estaba permitido irse á acostar. En esto, el emperador aparecía de vez en cuando, atravesando la galería y arrastrando los pies, con un cigarrillo en la boca.

—Ha sido imposible organizar maldita la cosa para

esta noche—explicaba el señor de Combelot al reducido grupo formado por Rougón y sus amigos. —Mañana, después de la caza con galgos, habrá para éstos una comida fiambre á la luz de las antorchas. Pasado mañana, los artistas de la Comedia Francesa deben venir á representar *Les Plaideurs* (Los Litigantes). Háblase también de cuadros al vivo y de una charada, que se representará allá al fin de la semana.

Y proporcionó todos los detalles. Su mujer desempeñaría un papel. Los ensayos iban á empezar. En seguida contó, con todos sus detalles, un paseo realizado la antevíspera por la mañana á la «Piedra que da vueltas», un monolito druídico, en torno al cual se estaban practicando excavaciones. La emperatriz había tenido empeño en bajar.

—Imagínense ustedes—continuó el chambelán con conmovido acento,—que los obreros han tenido la fortuna de descubrir dos cráneos en presencia de Su Majestad. Nadie esperaba semejante cosa y todos han quedado la mar de contentos.

Acariciábase la soberbia barba negra, que tan gran éxito le atraía entre el sexo débil; su hermoso semblante de hombre vanidoso ofrecía una dulzura de zoquete; y ceceaba al hablar, por exceso de finura.

—Pero—arguyó Clorinda,—habíase asegurado que los actores del Vodevil darían una representación de la nueva comedia... Las mujeres sacarán trajes

ideales. Y hay para reir hasta descoyuntarse, á lo que parece.

El señor de Combelot repuso con afectado continente:

—Sí, sí, se ha hablado de ello un instante.

—Y bien, ¿qué?

—Se ha abandonado el proyecto. A la emperatriz apenas le gusta esta clase de representaciones.

En aquel instante hízose un gran movimiento en la galería. Todos los hombres habían bajado del salón de fumar, y el emperador iba á jugar su partida de tejo. La señora de Combelot, que se preciaba de ser un águila en este juego, acababa de pedirle un desquite, pues tenía presente haber sido vencida por él, en la temporada anterior; y se presentaba con tierna humildad, ofreciéndose siempre con tan provocadora sonrisa, que Su Majestad, contrariada y hasta intimidada, tenía muy á menudo que apartar los ojos.

Entablóse la partida. Un gran número de convidados formó círculo, juzgando los golpes y quedándose con tanta boca abierta. La joven delante de la larga mesa cubierta de paño verde, lanzó su primer tejo, que colocó cerca del hito, figurado por un punto blanco. Pero el emperador, mostrando mayor destreza todavía, lo apartó y ocupó su lugar. Aplaudióse con discreción. Sin embargo, la señora de Combelot fué quien ganó.

—Sire ¿qué es lo que hemos jugado?—le preguntó con osadía.

El emperador se sonrió, mas no dió respuesta. Después, volviéndose, dijo:

—Señor Rougón, ¿quiere usted hacer una partida conmigo?

Rougón se inclinó y tomó los tejos, sin dejar de hacer mención de su torpeza.

Un estremecimiento se había apoderado de las personas colocadas á ambos lados de la mesa. ¿Acaso era verdad que Rougón volvía á obtener el favor del soberano? La sorda hostilidad en que se movía desde el punto y hora en que había llegado, se disipaba, y las cabezas se adelantaban para seguir con la vista sus tejos, en actitud de simpatía. El señor La Rouquette, más perplejo aún que antes de la comida, llamó á un lado á su hermana, con el objeto de saber á qué carta quedarse; mas ella no pudo, sin duda, proporcionarle ninguna explicación satisfactoria, puesto que volvió con avinagrado gesto de incertidumbre.

—¡Ah! magnífico—murmuró Clorinda, tras de un golpe diestramente jugado por Rougón.

Y dirigió significativas miradas á los amigos del gran hombre que se encontraban allí. El momento era oportuno para impelerle á la amistad del emperador. Clorinda dirigió el ataque. Durante un momento aquello fué un chaparrón de elogios.

—¡Diablo!—exclamó Defestang, que no pudo dar con nada más apropiado en la muda mirada de los ojos de su mujer.

—Y usted se nos daba por desmañado!—dijo el

caballero Rusconi con entusiasmo.—¡Ah, Sire! os lo ruego, no os juguéis la patria con él.

—No hay más sino que el señor Rougón se portaría como nadie respecto á Francia, seguro estoy de ello—agregó el señor Beulin-d'Ochère, comunicando un delicado gesto á su semblante de perro dogo. La frase iba directa, y el emperador se dignaba sonreír. Y rió de la mejor gana, cuando Rougón, cohibido por tanta lisonja, contestó, con el ademán más modesto que darse podía:

—¡Dios mío! ¡jugué tanto al chito cuando era un granuja!

Al oír reír á Su Majestad, toda la galería estalló. Durante un momento reinó un regocijo extraordinario. Clorinda, con su olfato de mujer avispada, había comprendido que al admirar á Rougón, jugador muy mediocre al fin y al cabo, se halagaba sobre todo al emperador, quien demostraba una superioridad incontrovertible. Sin embargo, el señor de Plouguern, no se daba aun por vencido y abrigaba sus celos por aquel éxito. Clorinda se acercó para tropezarlo ligeramente con el codo, como quien no quería la cosa. Comprendió y quedó extasiado al primer tejo lanzado por su colega. Entonces, el señor La Rouquette perdiendo los estribos y jugando el todo por el todo, exclamó:

—¡Muy bonito! el golpe es de lo que no se ve.

Como el emperador hubiese ganado, Rougón pidió el desquite. Los tejuelos se deslizaban otra vez sobre el tapete de paño verde, con un zumbidillo

de hoja seca, cuando un aya se presentó en la puerta del salón de familia, llevando en sus brazos al príncipe imperial. El niño, que contaba ya unos veinte meses, llevaba un vestido blanco muy sencillo, con los cabellos despeluzados y con los ojos hinchados por el sueño. Por regla general, cuando se despertaba de aquel modo, por la noche, llevábanlo un instante á la emperatriz, para que lo besara. El infante miraba la luz con el semblante profundamente serio de los niños.

Un anciano, un gran dignatario, arrastrando sus gotosas piernas, se había precipitado á su encuentro. E inclinándose, con temblor senil de cabeza, tomó la regordeta mano del príncipe y murmuró con su cascada voz:

—¡Monseñor, monseñor!

El niño, asustado al ver acercarse aquel apergaminado rostro, se echó vivamente atrás y lanzó terribles gritos. Pero el anciano no le soltaba y seguía protestando de su adhesión. Y túvose que arrancar á su adoración la manecita que tenía pegada á los labios.

—¡Retírese usted, lléveselo!—dijo al aya, impaciente, el emperador.

El soberano acababa de perder la segunda partida, y dió principio la tercera en discordia. Rougón, que tomaba los elogios en serio, ponía sus cinco sentidos. Ahora á Clorinda le parecía que jugaba demasiado bien; y le deslizó al oído, en el instante en que iba á recoger los tejuelos:



—Supongo que no irá usted á ganar.

Rougón se sonrió. Mas, de repente, dejáronse oír fuertes ladridos. Era Nerón, perro de caza favorito del emperador, el cual, aprovechándose de una puerta á medio abrir, acababa de lanzarse á la galería. Su Majestad dió orden de que se lo llevaran, y un ujier tenía ya cogido al perro por el collar, cuando el anciano, el gran dignatario, se abalanzó de nuevo, gritando:

—¡Nerón, mi hermoso Nerón!...

Y casi se arrodilló sobre la alfombra para cogerle entre sus trémulos brazos. Apretábale el hocico contra su pecho y le daba ruidosos besos en la cabeza, gritando:

—Os lo ruego, Sire, no lo despedáis... ¡Es tan hermoso!

El emperador consintió en que se quedara. Entonces redoblaron las caricias del anciano. El perro no se asustó ni llegó á gruñir, lamiendo las secas manos que le halagaban.

Rougón, en aquel intervalo, cometía faltas. Había lanzado un tejo tan desmañadamente, que la redondela de plomo forrada de paño había saltado al corpiño de una dama, quien la sacó de en medio de sus encajes, poniéndose colorada. El emperador quedó triunfante. Entonces, con toda delicadeza, se le dió á entender que había alcanzado una seria victoria. Sintió algo así como ternura, y se alejó con Rougón, conversando, como si sintiese que debía consolarle. Anduvieron hasta el extremo de la ga-

lería, cediendo la pieza, á causa de su amplitud, para un bailecillo que se organizaba.

La emperatriz, que acababa de dejar el salón de familia, se esforzaba, con encantadora gracia, en combatir el aburrimiento cada vez más creciente de los invitados. Había propuesto jugar á los papelitos; mas ya era sobrado tarde y se prefirió bailar. Todas las damas se encontraban entonces reunidas en la galería de los Mapas, y se envió al fumadero en busca de los hombres que allí se ocultaban; y cuando se colocaban las figuras para un rigodón, el señor de Combelot se sentó galantemente al piano. Era un piano mecánico, con un pequeño manubrio á la derecha del teclado. El chambelán, con movimiento continuo de brazo, daba vueltas con seriedad admirable.

—Señor Rougón—decía el emperador—háseme hablado de cierto trabajo, de un paralelo entre la constitución inglesa y la nuestra... Tal vez podría proporcionarle á usted documentos.

—Vuestra Majestad es sobrado bondadoso... Mas yo tengo en estudio otro proyecto, un proyecto vastísimo.

Y Rougón, viendo tan afectuoso al soberano, quiso aprovechar la ocasión. Y explicó su proyecto detenidamente, su sueño de grandes cultivos en un rincón de las Landas, el desmonte de muchas leguas cuadradas, la fundación de una ciudad, la conquista de una nueva tierra. En tanto que hablaba, el emperador le miraba con sus taciturnos

ojos, en donde una luz centelleaba. Nada decía y movía la cabeza de tanto en tanto. Después, así que Rougón hubo concluido:

—No hay duda—dijo,—se podría ver...

Y, volviéndose hacia un grupo inmediato, compuesto de Clorinda, de su marido y del señor de Plouguern:

—Señor Delestang—dijo,—sírvese usted darnos su parecer... Conservó el mejor recuerdo de mi visita á su granja modelo de la Chamade.

Delestang se acercó. Pero el círculo que se formaba junto al emperador, tuvo que retroceder hasta el vano de una ventana. La señora de Combelot, valiendo medio desmayada, en brazos del señor de La Rouquette, acababa de envolver con su larga cola las medias de seda de Su Majestad. En el piano, el señor de Combelot saboreaba la música que producía; daba vueltas más de prisa y movía á un lado y otro su hermosa y correcta cabeza; y, de vez en cuando, dirigía una mirada á la caja del instrumento, como sorprendido por los sonidos graves que ciertos movimientos del manubrio devolvían.

—He tenido la dicha de obtener este año unos terneros sorprendentes, merced á un nuevo cruzamiento de razas—decía Delestang.—Desgraciadamente, cuando Vuestra Majestad estuvo allí, los parques se hallaban en reparación.

El emperador habló de cultivo, de cría de ganados, de abonos, todo con lentitud y por monosila-

hos. Desde su visita á la Chamade tuvo á Delestang en gran aprecio. Alabábale sobre todo por haber intentado, con respecto al personal de su granja, un ensayo de vida en común, con todo un sistema de participación de ciertos beneficios y de caja de retiro. Cuando hablaban el uno con el otro, ostentaban comunidad de ideas, atisbos de humanitarismo que les hacía comprenderse con media palabra.

—¿El señor Rougón le ha hablado á usted de su proyecto?—preguntó el emperador.

—¡Oh! es un proyecto soberbio—contestó Delestang.—Podrían intentarse en gran escala ensayos...

Demostró un verdadero entusiasmo. La raza porcina le preocupaba muchísimo; los tipos más bellos se perdían en Francia. Luego dejó entender que se hallaba estudiando un nuevo aprovechamiento de los prados artificiales. Pero habría que disponer de inmensos terrenos. Si Rougón obtenía buen éxito, él se plantaría allí para aplicar su sistema. Y, de repente, se detuvo; acababa de reparar en que su mujer le miraba fijamente. Desde que Clorinda vió que aprobaba el proyecto de Rougón, mordíase los labios, furiosa, en extremo pálida.

—Amigo mío—dijo por lo bajo señalándole el piano.

El señor de Combelot, con los dedos magullados, abría la mano y la cerraba en seguida poco á poco, como para hallar descanso. Iba á embestir una polka, con la complaciente sonrisa de un mártir, cuando Delestang corrió á brindarse para reemplazarle;

lo que aquel aceptó con galantería, como si cediese un puesto de honor. Y Delestang, emprendiéndola con la polka, se puso á dar vuelta al manubrio. Mas aquello era otra cosa; carecía del juego flexible, del voltear fácil y blando del chambelán.

Rougón, no obstante, deseaba obtener un parecer definitivo del emperador. Este, muy seducido ante aquella idea, preguntábale ahora si no contaba con establecer allá vastas ciudades obreras; sería hacederlo conceder á cada familia un trozo de terreno, una corta concesión de agua, herramientas; y hasta le prometía comunicarle planos, el proyecto de una de aquellas ciudades que él mismo había trazado en el papel, con casas uniformes, en las que todas las necesidades se hallaban previstas.

—Yo participo, sin la menor duda, de todas las ideas de Vuestra Majestad,—contestó Rougón, á quien el nebuloso socialismo del soberano impacientaba.—Sin Vuestra Majestad, nada podríamos hacer... De esta suerte, habría sin duda que expropiar ciertas comunas, habría que declararse la utilidad pública. Yo tendría, en fin, que ocuparme de una sociedad... Una palabra de Vuestra Majestad es indispensable...

La mirada del emperador se ensombreció. Proseguía moviendo de un lado á otro la cabeza. Por último, sordamente, con voz apenas perceptible:

—Veremos... hablaremos de ello—dijo.

Y se alejó, atravesando con su tardo paso la figura de un rigodón. Rougón mostró serenidad como si hubiese obtenido la certeza de una contestación fa-

vorable. Clorinda aparecía radiante de júbilo. Poco á poco, entre los hombres graves que no bailaban, corrió la noticia de que Rougón dejaba á París, y que iba á ponerse al frente de una gran empresa, en el Mediodía. Entonces se acercaron á felicitarle. Le dirigían sonrisas de un extremo á otro de la galería. Ya no quedaba huella de la hostilidad del primer instante. Ya que él se desterraba *motu proprio*, bien se podía estrecharle la mano, sin correr el peligro de comprometerse. Fué aquéllо un verdadero alivio para muchos de los invitados. El señor La Rouquette, dejando el baile, habló del asunto al caballero Rusconi, con el acento de satisfacción del hombre que rebosa de contento.

—Hace muy bien; allí llevará á cabo grandes cosas—dijo.—Rougón es hombre de gran solidez; pero en política le hace falta tacto.

En seguida se enterneció hablando de la bondad del emperador, quien, según sus expresiones, «amaba á sus viejos servidores como se ama á las antiguas queridas». Aficionábase á ellas y experimentaba retoños de cariño, tras de las rupturas más ruidosas. Si había invitado á Rougón á Compiègne, sin duda había sido por alguna muda debilidad del corazón. Y el joven diputado citó otros hechos en honra de los buenos sentimientos de Su Majestad: cuatrocientos mil francos dados para pagar las deudas de un general arruinado por una bailarina, ochocientos mil francos ofrecidos como regalo de boda á uno de sus antiguos cómplices de Strasburgo

y de Boulogne; cerca de un millón invertido en favor de la viuda de un gran funcionario.

—Su caja está puesta á saco—dijo para concluir. —No se ha hecho nombrar emperador sino para enriquecer á sus amigos... Yo me encojo de hombros cuando oigo á los republicanos echarle en cara su lista civil. Diez listas civiles agotaría haciendo bien; dinero es que se devuelve á Francia.

Y sin dejar de hablar á media voz, el señor La Rouquette y el caballero Rusconi seguían con la vista al emperador. Este acababa de dar la vuelta á la galería. Maniobraba con toda prudencia por en medio de las bailarinas, avanzando mudo y solo en el vacío que el respeto abría delante de él. Cuando pasaba por detrás de los desnudos hombros de cualquier dama sentada, alargaba un poco el cuello, con los párpados entreabiertos y con mirada oblicua y penetrante.

—Y es toda una inteligencia—dijo en voz más queda aun el caballero Rusconi—un hombre extraordinario.

El emperador había llegado junto á ellos, y permaneció allí cosa de un minuto, melancólico y como si titubease. Luego pareció querer acercarse á Clorinda, muy regocijada en aquel instante y en extremo hermosa; mas ella le miró de tan atrevida manera, que debió de asustarle. Empezó de nuevo su marcha, con la mano izquierda echada atrás y apoyada en los riñones, y ocupada la otra en retorcer las enceradas guías de su bigote. Y, como el señor

Beulin-d'Ochère se encontrase en frente de él, dió un rodeo y se acercó al sesgo, diciendo:

—Parece que usted no baila, señor presidente...

El magistrado confesó que no sabía bailar, y que no había bailado en todos los días de su vida. Entonces el emperador repuso con animador acento:

—Eso no importa; se baila de todos modos.

Éstas fueron sus últimas palabras. Acercóse pasito á paso á la puerta y desapareció.

—¿No es así? ¿No es un hombre extraordinario? —decía el señor La Rouquette, repitiendo la frase del caballero Rusconi.—¿Eh? En el extranjero se ocupan muchísimo de él.

El caballero, como diputado discreto, contestó con vagos movimientos de cabeza. Convino, no obstante, en que toda Europa tenía la vista fija en el emperador. Una palabra pronunciada en las Tullerías hacía tambalear los tronos vecinos.

—Es un príncipe que sabe callar—agregó con una sonrisa cuya delicada ironía pasó inadvertida al joven diputado.

Ambos volvieron galantemente junto á las damas, é hicieron invitaciones para el próximo rigodón. Un edecán hacía un cuarto de hora que daba vuelta al manubrio del piano. Delestang y el señor de Combelot se precipitaron hacia él, ofreciéndose á reemplazarle. Pero las señoras gritaron:

—Señor de Combelot, señor de Combelot... ¡El da vueltas mucho mejor!

El chambelán dió las gracias con amable saludo, y púsose á hacer girar el manubrio con impor-

tancia verdaderamente magistral. Fué aquél el último rigodón. Acababa de ser servido el té en el salón de familia. Nerón, que salió de detrás de un canapé, fué atiborrado de *sandwiches*. Formáronse reducidos grupos para conversar por modo íntimo.

El señor de Plouguern habíase llevado una *brioche* al extremo de una consola; comía, bebiendo algunos tragos de té, explicando á Delestang, con quien compartía su *brioche*, cómo era que había acabado por aceptar invitaciones para Compiègne, él, cuyas opiniones legitimistas eran tan conocidas. ¡Cuerpo de tal! era muy sencillo; tenía para sí que no debía negar su concurso á un gobierno que salvaba á Francia de la anarquía. Interrumpióse para decir:

—Es de primera esta *brioche*... He comido bastante mal esta tarde.

En Compiègne, fuere como fuere, su maligna verborrea se hallaba siempre en acocho. Hablaba de casi todas las mujeres presentes, con crudeza tal de expresiones, que hasta el mismo Delestang se ponía de mil colores. A nadie respetaba sino á la emperatriz, que era una santa; su devoción era ejemplar, era legitimista, y con seguridad habría llamado á Enrique V, á haber podido disponer libremente del trono. Durante un instante, se espació celebrando las dulzuras de la religión. Y luego, al dar de nuevo principio á la narración de una anécdota licenciosa, la emperatriz entró precisamente en sus habitaciones, seguida por madama de Llorentz. En el umbral de la puerta hizo un ma-

jestuoso saludo á la reunión. Todo el mundo, en el mayor silencio, se inclinó.

Los salones fueron quedándose vacíos. Entonces se habló más fuerte, y cambiáronse apretones de manos. Cuando Delestang buscó á su mujer para subir á la habitación que les estaba destinada, no la encontró en ninguna parte. Rougón, que le ayudaba en sus pesquisas, concluyó por descubrirla, sentada al lado del señor de Marsy, en un estrecho canapé, en lo hondo de aquel saloncito, en que madama de Llorentz había armado al conde tan gran zipizape de celos, después de la comida. Clorinda se reía á carcajadas. Al distinguir á su marido, se levantó y dijo sin cesar de reír:

—Buenas noches, señor conde... Ya verá usted mañana, durante la caza, si sostengo mi apuesta.

Rougón la siguió con la vista, en tanto que Delestang la llevaba del brazo. Habría querido acompañarles hasta la puerta, para preguntarle qué apuesta era la de que hablaba; mas hubo de quedarse allí, retenido por el señor de Marsy, quien le trataba con mayor cortesía que de costumbre. Así que se vió libre, en lugar de subir á acostarse, aprovechóse de una puerta que quedó abierta y bajó al parque. La noche estaba obscurísima, noche de octubre, sin una estrella, sin la menor brisa, negra y muerta. A lo lejos las altas arboledas fingían promontorios de tinieblas. No sin trabajo podía distinguir ante sí la palidez de las avenidas. A cien pasos de la terraza se detuvo. Llevando el sombrero en la mano, en pie en medio de la noche, recibió por un instante

en el rostro toda la frescura que descendía, y aquello fué un alivio, aunque forzado baño. Y distrájose mirando, en la fachada de la izquierda, una ventana vivamente iluminada; como todas las demás fuesen quedando á obscuras, ella tan sólo manchaba con su fulgor la adormecida masa del castillo. El emperador velaba. De repente creyó ver su sombra, una cabeza enorme, atravesada por las guías de unos bigotes; después pasaron dos sombras más, la una muy delgada, la otra gruesa, tan ancha que tapaba toda la claridad. En ésta reconoció, sin la menor duda, la colosal silueta de un agente de policía secreta, con quien Su Majestad se encerraba horas y horas, sólo por gusto; la sombra delgada, habiendo vuelto á pasar, supuso que muy bien podía ser la de una mujer. Todo desapareció, la ventana volvió á ostentar su resplandor tranquilo, la fijeza de su mirada de llama, perdida en las misteriosas profundidades del parque. Tal vez en aquel entonces el emperador pensaba en el desmonte de una parte de las Landas, en la fundación de una ciudad obrera, en donde se intentaría en gran escala la extinción del pauperismo. Con frecuencia sus acuerdos los tomaba por la noche. De noche era cuando firmaba decretos, escribía manifiestos, destituía ministros. Entretanto, poco á poco, Rougón se sonreía; sin poderlo remediar hacía memoria de una anécdota que había corrido, pintando al emperador con delantal azul, con gorra de policía hecha con un trozo de periódico, pegando papel de á tres francos el rollo en un cuarto de Triánón, para alojar allí

á una querida; é imaginábaselo en aquella hora, en medio del solemne silencio, recortando figuras, que pegaba en la pared con ayuda de un pincelito, con suma limpieza.

Entonces Rougón, levantando los brazos, se sorprendió á sí mismo, diciendo en voz alta:

—Los suyos le hicieron tal como es.

Apresuróse á volver al castillo. El frío se apoderaba de él, sobre todo en las piernas, que el calzón corto dejaba sin el necesario abrigo.

Al día siguiente, allá á las nueve, Clorinda le envió á Antonia, á quien se había llevado, para preguntarle si su marido y ella podían ir á almorzar con él. Rougón se había mandado subir una jícara de chocolate. Les estuvo esperando. Precedióles Antonia con una amplia bandeja de plata, en la cual se les había servido, en su habitación, sendas tazas de café.

—¿Eh, qué tal? Aquí estaremos más alegres—dijo Clorinda al entrar.—De este lado tiene usted sol... ¡Oh, está usted mucho mejor alojado que nosotros!

Y fué á recorrer la habitación. Componíase de una antesala, en la cual se veía, á la derecha, la puerta de un gabinete para criado; en el fondo hallábase la alcoba, vasta pieza tapizada de cretona cruda con grandes flores encarnadas, con una gran cama cuadrada de caoba y una inmensa chimenea, en donde ardían troncos de árbol.

—¡Pardiez!—exclamó Rougón—¡había que reclamar! Por lo que á mí toca, no habría aceptado una habitación que diese al patio. ¡Ah, si se hace

uno de miel!... Ya se lo dije ayer noche á Delestang.

La joven se encogió de hombros, murmurando:

—¡Eh! ¡El toleraría que se me alojase en los desvanes!

Clorinda quiso ver hasta el gabinete de tocado, en el cual todo el servicio era de porcelana de Sèvres, blanco y dorado, con la marca imperial. A seguida se dirigió á la ventana. Una ligera exclamación de admiración y de sorpresa se escapó de sus labios. En frente de ella, en la extensión de varias leguas, el bosque de Compiègne cubría el horizonte con el agitado mar de sus gigantescas arboledas; las monstruosas copas parecía como si se rizaran, perdiéndose en un moderado balanceo de marejada; y bajo el luciente sol de aquella mañana de octubre, mares de oro, mares de púrpura, una riqueza de galoneado manto, se extendían de una parte á otra del firmamento.

—Vaya, almorcemos,—dijo Clorinda.

Desocuparon una mesa, en la cual se hallaban un tintero y un papel secante. El prescindir de los criados parecía cosa graciosa. La joven, muy risueña, repetía que por la mañana le había parecido despertarse en la posada, en una posada sostenida por un príncipe, después de un largo viaje hecho en sueños. Aquel desayuno casual, servido en vajilla de plata, la entusiasmaba como una aventura que la hubiese acontecido en cualquier desconocido país, muy lejos, decía. Entretanto Delestang no salía de su asombro al considerar la cantidad de leña que ardía en la chimenea. Acabó por mur-

murar, absorto y con los ojos fijos en las llamas:

—Me han contado que se quema por valor de mil quinientos francos de leña en el castillo, cada día... ¡Mil quinientos francos! ¿No le parece á usted, Rougón, la cantidad un tanto excesiva?

Rougón, que tomaba poquito á poco el chocolate, se contentó con mover la cabeza. Sentíase muy preocupado por la viva alegría de Clorinda. Aquella mañana parecía haberse levantado con extraordinaria fiebre de hermosura; exhibía sus grandes y chispeantes ojos de combate.

—¿Qué apuesta es esa de que hablaba usted ayer?—le preguntó de súbito.

Ella se echó á reír sin contestar. Mas como insistiese:

—Ya lo verá usted—le dijo.

Entonces, poco á poco, llegó el grande hombre á incomodarse y la trató con dureza. Fué aquella una verdadera escena de celos, con alusiones en un principio veladas, que se convirtieron muy pronto en crudas acusaciones: habíase dado un espectáculo, había dejado sus dedos entre los del señor de Marsy por espacio de más de dos minutos. Delestang, tranquilo á más no poder, empapaba buenas sopas en el café con leche.

—¡Ah! ¡si yo fuese su marido de usted!—exclamó Rougón.

Clorinda se había levantado. Teníase en pie detrás de Delestang, con ambas manos apoyadas en sus hombros,

—¿Y bien, qué? ¿Si fuese usted mi marido?...— le preguntó.

E inclinándose sobre Delestang, como si hablase con sus cabellos, que agitaba con tibio aliento:

—¿No es verdad, amigo mío, que sería muy juicioso, tan juicioso como tú?

Por toda respuesta, Delestang inclinó el cuello y le besó la mano apoyada en el hombro izquierdo. Miraba á Rougón, con el rostro conmovido y turbado, con guiñar de ojos, como queriendo darle á entender que iba quizás un poco lejos. Rougón estuvo á punto de llamarle imbécil. Pero Clorinda, habiendo hecho una señal por encima de la cabeza de su marido, Rougón la siguió á la ventana, en cuyo alfeizar la joven se acodó. Por un instante permaneció sin decir una palabra, con los ojos perdidos en el inmenso horizonte. Después dijo sin transición:

—¿Por qué quiere usted dejar á París? ¿No me quiere usted ya?... Escúcheme usted; seré razonable, seguiré sus consejos, si usted renuncia á desterrarse allá lejos, en su abominable país.

Al oír aquella proposición, Rougón se quedó muy serio. Puso de manifiesto los grandes intereses á los cuales obedecía; ahora le era de todo punto imposible retroceder. Y, en tanto que él hablaba, en vano trataba Clorinda de leer la verdad «verdadera» en su semblante; parecía decididísimo á partir.

—Está bien, ya no me ama usted—repuso.—En este caso me considero muy dueña de obrar como se me antoje... Ya verá usted.

Dejó la ventana sin demostrar contrariedad, y volviendo á sonreír. Delestang, á quien el fuego seguía interesando, se ocupaba en determinar el número aproximado de chimeneas que había en el castillo. Mas ella le interrumpió en sus apreciaciones, pues apenas contaba con el tiempo suficiente para vestirse, si no quería faltar á la caza. Rougón les acompañó hasta el corredor, un largo corredor de convento, provisto de una moqueta verde. Clorinda, al irse, se divirtió leyendo, de puerta en puerta, los nombres de los invitados, escritos en pequeñas placas encuadradas con delgados filetes de madera. Después, ya al final, volvió la cabeza; y, creyendo ver á Rougón perplejo, como pronto á llamarla, detúvose y esperó unos segundos, sonriente; pero él entró en su cuarto y cerró la puerta con mano brutal.

El almuerzo fué adelantado aquella mañana. En la galería de los planos, hablóse mucho del tiempo, que era excelente para una caza con galgos; el sol muy ligeramente nublado, el ambiente fresco y suave, inmóvil como agua estancada. Los carruajes de la corte partieron del castillo un poco antes de medio día. La cita era en los *Puits-du-Roi*, vasta encrucijada en pleno bosque. La montería imperial esperaba allí desde hacía una hora, los picadores á caballo, con calzón de paño colorado, con el gran sombrero galoneado del revés, los servidores de la jauría, calzados con zapatos negros con hebillas de plata, para correr con holgura por en medio de los sotos; y los coches de los invitados lle-



gados de las quintas inmediatas, correctamente alineados, formaban un semicírculo, en frente de la jauría contenida por los lacayos; en tanto que grupos de damas y de cazadores de uniforme, formaban en el centro un asunto para cuadro antiguo, una caza del tiempo de Luis XV, resucitada en el rosado ambiente. El emperador y la emperatriz no siguieron la caza. En seguida después del ataque, sus charabanes dieron la vuelta por una avenida y se volvieron al castillo. Muchas personas les imitaron. Ruogón había en un principio tratado de acompañar á Clorinda; más ésta lanzaba su caballo tan locamente, que perdió terreno y se decidió á volver, despechado, furioso al verla galopar al lado del señor de Marsy, en el fondo de una avenida, muy lejos.

Allá á las cinco y media, se suplicó á Rougón que bajase á tomar el té en las habitaciones de la emperatriz. Era una distinción que generalmente se concedía á los hombres de talento. Encontrábanse ya allí el señor Beulin-d'Orchère y el señor Plouguern; y éste contó, en delicados términos, una farsa de lo más burdo, que tuvo gran éxito é hizo descoyuntar de risa. Entretanto los cazadores apenas iban regresando. La señora de Combélot llegó, aparentando un extremado cansancio. Y, como se le pidiesen noticias, contestó empleando palabras técnicas:

—¡Oh! el animal se ha hecho batir por espacio de más de cuatro horas... Figúrense ustedes que desemboscó un instante en llano. Había cobrado un

poco aliento... Por último fué á dejarse coger en la charca Roja. ¡Fué un hurra soberbio!

El caballero Rusconi dió otro detalle, con ademán de inquietud.

—El caballo de la señora de Delestang se había desbocado... Desapareció del lado del camino de Pierrefonds, y no se han recibido todavía noticias suyas.

Entonces se le anonadó á preguntas. La emperatriz parecía sobremanera angustiada. El caballero contaba que Clorinda había seguido durante todo el trayecto un galope infernal. Su aspecto entusiasmaba á los monteros más afamados. Luego, súbitamente, su caballo había desaparecido en una avenida lateral.

—Sí—agregó el señor La Rouquette, que ansiaba meter su cucharada,—había dado tal tunda de zurriagazos al pobre animal, y con tal fuerza... El señor de Marsy se lanzó tras ella para acudir en su socorro. Tampoco se le ha vuelto á ver.

La señora de Llorentz, sentada detrás de Su Majestad, se levantó. Creía que se la miraba sonriendo. Se puso lívida. Ahora la conversación versaba sobre los peligros que se corrían en la caza. Un día, el ciervo, refugiado en el corral de una granja, se había vuelto por tan terrible manera contra los perros, que una dama había resultado con una pierna rota, en medio del zipizape. Luego se vino con suposiciones. Si el señor de Marsy había conseguido dominar el caballo de la señora de Delestang, tal vez habrían echado pie á tierra los dos, para des-

cansar unos minutos; abrigos, como chozas, cobertizos, pabellones, abundaban en el bosque. Pero á la señora de Llorentz le parecía que las sonrisas aumentaban, mientras que se atisbaba de reojo su celoso furor. Rougón no decía esta boca es mía, mientras tocaba febrilmente una marcha sobre sus rodillas, con las yemas de los dedos.

—¡Bah! ¡aun cuando pasaran la noche fuera!— dijo el señor de Plouguern.

La emperatriz había dado orden para que Clorinda fuese invitada á tomar el té, si regresaba. De repente alzáronse ligeras exclamaciones. La joven hallábase bajo el dintel de la puerta, enrojecido el semblante, sonriente, triunfante. Dió las gracias á Su Majestad por el interés que le demostraba. Y con sosegado acento:

—¡Dios mío!— exclamó.— Siento un verdadero pesar. Han hecho mal en inquietarse... Había apostado con el señor de Marsy á ver quién de los dos llegaba primero á la muerte del ciervo. A no ser por ese maldito caballo...

Y luego agregó alegremente:

—Pues no hemos perdido ni el uno ni el otro, y aquí paz y después gloria.

Pero hubo de contar la aventura más por extenso, y, al hacerlo, no experimentó la menor contrariedad. Después de diez minutos de un galope vertiginoso, su caballo cayó al suelo, sin que ella sufriese el menor mal. Entonces, como vacilase un poco por la emoción, el señor de Marsy la hizo guarecerse un instante bajo un cobertizo.

—¡Ya lo habíamos adivinado!— exclamó el señor La Rouquette.—¿Dice usted bajo un cobertizo?... Yo había dicho en un pabellón.

—Debía usted de encontrarse muy mal allí debajo— agregó con malignidad el señor de Plouguern.

Clorinda, sin dejar de sonreír, contestó con lentitud muy oportuna:

—No, se lo aseguro á usted. No faltaba allí paja, y me senté... Era un gran cobertizo, lleno de telas de araña. La noche se venía encima. El suceso ha sido de lo más chistoso.

Y, mirando cara á cara á la señora de Llorentz, prosiguió, con voz más lenta todavía, lo que transmitía á sus palabras un valor particular:

—El señor de Marsy ha estado muy bondadoso conmigo.

Así que la joven hubo referido su accidente, madama Llorentz apoyaba con fuerza dos dedos de la mano contra sus labios. Al oír los últimos detalles cerró los ojos, como pasto de iracundo vértigo. Todavía permaneció allí cosa de un minuto; después, no pudiendo contenerse más, salió de la estancia. El señor de Plouguern, intrigado en gran manera, se deslizó tras de ella. Clorinda, que no la perdía de vista, hizo un voluntario gesto de triunfo.

La conversación cambió de asunto. El señor Beulin-d'Orchère hablaba de un escandaloso proceso, del cual la opinión se preocupaba en alto grado; tratábase de una demanda de separación, fundada en la impotencia del marido; y refería ciertos hechos con tan decentes frases de magistrado, que la

señora de Combelot quedábase en baba y pedía explicaciones. El caballero Rusconi satisfizo muchísimo cantando á media voz canciones populares del Piamonte, versos de amor, de los que daba en seguida la traducción francesa. A la mitad de una de aquellas canciones entró Delestang; volvía del bosque, cuyos caminos y veredas recorría hacía dos horas, en busca de su costilla, y todos se rieron del extraño rostro con que llegaba. En esto la emperatriz parecía haber concebido de repente viva amistad por Clorinda; hábala hecho sentar á su lado y hablaba de caballos con ella. «Píramo», el que había montado la joven durante la caza, era de durísimo galope; y decía que para el día siguiente mandaría que le diesen á «César».

Rougón, desde la llegada de Clorinda, se había acercado á una ventana, haciendo como que se intertataba por todo lo alto por ciertas luces que se encendían á lo lejos, á la izquierda del parque. De este modo nadie pudo percatarse de los estremecimientos de su semblante. Permaneció mucho rato en pie ante la obscuridad de la noche. Volvíase por último, impassible, cuando el señor de Plouguern, que volvía, se acercó á él y le susurró al oído, con voz febril de curioso satisfecho:

—¡Oh! ¡qué escena! ha habido para poner los pelos de punta... Como vió usted, yo la seguí. Precisamente se tropezó con de Marsy al extremo de los corredores. Entraron en una habitación, y allí oí que de Marsy le decía lisa y llanamente que le tenía aburrido... Ella salió escapada como una loca

y se dirigió al gabinete del emperador... A fe mía, estoy en que ha ido á poner sobre el bufete del emperador las famosas cartas...

En aquel momento volvió la señora de Llorentz. Venía como la cera blanca, con los cabellos alborotados sobre las sienes y con la respiración anhelante. Volvió á ocupar su sitio detrás de la emperatriz, con la desesperada tranquilidad de un enfermo que acaba de practicar en su misma persona cualquier terrible operación que puede costarle la vida.

—Con seguridad que ha dejado allí las cartas—repitió el señor de Plouguern, examinándola con atención.

Mas como Rougón parecía no comprenderle, fué á inclinarse detrás de Clorinda para contarle el suceso. La joven le escuchaba embelesada, con los ojos chispeantes de satisfacción. Solamente al salir de las habitaciones particulares de la emperatriz, cuando llegó la hora de la comida, fué cuando Clorinda hizo como que veía á Rougón. Cogióle el brazo y le dijo, mientras que Delestang venía detrás de ellos:

—Conque, ya lo ha visto usted... Si hubiese usted sido amable esta mañana, no habría estado á punto de romperme las piernas.

Por la noche tuvo lugar una comida para los perros á la luz de las antorchas, en el patio del palacio. Al dejar el comedor, la comitiva de los invitados, en vez de volver inmediatamente á la galería de los Mapas, se dispersó por los salones de la fachada, cuyas ventanas fueron abiertas de par en

par. El emperador tomó asiento en el balcón central, á donde unas veinte personas pudieron seguirle.

Abajo, desde la verja al vestíbulo, dos filas de lacayos en gran librea y con los cabellos empolvados, disponían una ancha avenida. Todos ellos llevaban sendas largas pértigas, en el extremo de las cuales flameaban estopas contenidas en cubiletes llenos de espíritu de vino. Aquellas altas y verdosas llamas se agitaban en la atmósfera, como flotantes y suspendidas; manchando la noche sin iluminarla y sin destacar más sobre lo negro que la doble hilera de chalecos escarlata que convertía en violáceos. A ambos lados del patio una multitud se amontonaba, burgueses de Compiègne con sus mujeres, rostros descoloridos bullendo en la obscuridad, de la que á veces un reflejo de las estopas hacía surgir alguna testa abominable, una cara verdegris de pequeño rentista. En el centro, delante de la escalinata, los despojos del ciervo, amontonados en tierra, hallábanse cubiertos con la piel de la víctima, extendida y con la cabeza hacia delante; mientras que al otro extremo, contra la verja, la trailla esperaba, rodeada por los picadores. Allí, los criados encargados de los perros, con traje verde, con gruesas medias de algodón blanco, agitaban antorchas. Una viva claridad rojiza, atravesada por humaredas cuyo hollín rodaba hacia la ciudad, presentaba, en fulgores de horno, á los perros, apretados unos contra otros, respirando con fuerza y con las fauces abiertas.

El emperador permaneció en pie. A veces una repentina claridad de las antorchas iluminaba su rostro indeciso, impenetrable. Clorinda, durante toda la comida, había estado espiando cada uno de sus movimientos, sin sorprender otra cosa en él que un tétrico cansancio, el apenado mal humor de enfermo que padece sin quejarse. Una sola vez se le figuró verle mirar al señor de Marsy, de soslayo, con sus ojos grises, cuyo brillo apagaban sus párpados. Junto á la barandilla del balcón se mantenía tétrico, desapacible, un tanto encorvado y retorciéndose el bigote; mientras que los convidados, á su espalda, se empinaban para ver mejor.

—¡Vamos, Fermín!—dijo como impacientado.

Los picadores tocaban con sus trompas la *Royale*. Los perros pusieron á ladrar, á aullar, con estruendo de todos los diablos, extendiendo el pescuezo y medio en pie sobre sus patas traseras. De repente, en el instante en que un lacayo enseñaba la cabeza del ciervo á la trailla enloquecida, Fermín, jefe de los trailleros, situado en la escalinata, bajó el látigo, y la jauría, que esperaba aquella señal, atravesó el patio en tres brinco, con los ijares jadeantes de hambre rabiosa. Los perros, detenidos á alguna distancia del ciervo, se aplanaron unos instantes en tierra, con la espina dorsal agitada por estremecimientos y con las fauces destrozadas por los feroces ladridos. Y tuvieron que retroceder y colocarse en hilera al otro extremo, junto á la verja.

—¡Oh, pobres animales!—dijo la señora de Combelot con semblante compungido.

—¡Soberbio!—exclamó el señor La Rouquette.

El caballero Rusconi aplaudía. Había señoras que se inclinaban, excitadísimas, con ligeros latidos en las comisuras de los labios, con el corazón henchido por la necesidad de ver á los perros comer. No se les daban sus huesos de golpe y porrazo; y aquello resultaba emocionante en sumo grado.

—No, no, todavía no—decían algunos.

Entretanto Fermín, había levantado y bajado el látigo dos veces seguidas. La jauría espumarajeba, exasperada. A la tercera el jefe no levantó el látigo. El lacayo había apretado á correr llevándose la piel y la cabeza del ciervo. Los perros se lanzaron y se revolcaron sobre los despojos; sus furiosos ladridos desaparecían en un gruñido sordo, en un convulsivo temblor de codiciado goce. Los huesos crujían. Entonces, en el balcón, en las ventanas, la satisfacción no tenía límites; las damas exhibían incisivas sonrisas, apretando sus blancos dientes; los caballeros bufaban, vivos los ojos y con los dedos ocupados en retorcer algún mondadientes traído del comedor. En el patio se realizó como una repentina apoteosis; los picadores tocaban sus trompas; los criados de los perros agitaban las antorchas; las luces de Bengala ardían, sangrientas, como incendiando la noche, inundando los plácidos rostros de los burgueses de Compiègne, agrupados á los lados, con una roja lluvia de anchas gotas.

En seguida el emperador volvió la espalda. Y como Rougón se hallaba á su lado, pareció salir del

profundo ensimismamiento, que le tenía con cara de pocos amigos desde que acabó la comida.

—Señor Rougón—le dijo,—he pensado en el asunto de usted... Presenta obstáculos, muchos obstáculos.

Detúvose, abrió los labios y después los volvió á cerrar. Después, al irse, volvió á decir:

—Hay que quedarse en París, señor Rougón.

Clorinda, que lo oyó, hizo un vivo gesto de triunfo. Pronto circularon las palabras del emperador; todos los rostros se mostraron graves y ansiosos, en tanto que Rougón atravesaba lentamente por entre los grupos, dirigiéndose hacia la galería de los Mapas.

Y, allá abajo, los canes daban fin á los huesos. Echábanse furiosamente unos sobre otros para llegar al frente de la pila. Era una colección de lomos en movimiento, blancos, negros, de todos matices empujándose, extendiéndose, amenazándose como viviente montón, en un ronquido voraz. Las mandíbulas no se daban punto de reposo, comían á escape, con la fiebre de engullírselo todo. Riñas de corta duración, acababan con un gruñido. Un gran braco, soberbio animal, atufado por hallarse tanto á la orilla, retrocedió y se lanzó de un brinco en mitad de la banda. Hizose allí puerta y se echó al colete una buena parte de las entrañas del ciervo.

Marsy, una inmediata vuelta del gran hombre al poder. Aquel plan de mujer parecía de seguro éxito. Así fué que al cabo de un mes su admiración no tuvo límites, cuando vió que el conde seguía en el ministerio. Concibió un gran desdén por el emperador, porque no sabía vengarse. Ella, en su lugar, habría alimentado la pasión de su odio. ¿En qué pensaba, pues, en el eterno silencio que guardaba?

Clorinda, sin embargo, no desesperaba todavía. Olfateaba, como quien dice, la victoria, algún azar imprevisto. El señor de Marsy se hallaba vacilante. Rougón sentía por ella atenciones de marido que teme ser burlado. Desde sus extravagantes accesos de celos, en Compiègne, la vigilaba por modo aún más paternal, la añagaba de moralidad, quería verla día por día. La joven se sonreía, en la seguridad de que ahora ya no se ausentaría de París. No obstante, sobre mediados de diciembre, después de semanas de adormecida paz, volvió á hablar de su magno negocio. Había visto á algunos banqueros y pensaba hasta prescindir del apoyo del emperador. Y, de nuevo, se le encontró abismado en medio de planos y de obras especiales. Gilquin, á lo que él decía, había reclutado ya cerca de quinientos trabajadores, que consentían en irse allá; era el primer puñado de hombres de un pueblo. Entonces, Clorinda, furiosa ante aquella tarea, puso en movimiento toda la banda de los amigos.

Fué aquél un trabajo de zapa enorme. Todos y cada uno se propusieron desempeñar un papel. El

## VIII

Transcurrieron algunas semanas. Rougón había vuelto á su vida de displicencia y de aburrimiento. Jamás hacía alusión á la orden que el emperador le había dado de permanecer en París. Hablaba tan sólo de su fracaso, de los supuestos obstáculos que se oponían á su desmonte de un rincón de las Landas; y sobre este particular empezaba á hablar y no acababa. ¿Cuáles podrían ser tales obstáculos? El, por su parte, no veía ninguno. Iba hasta amostazarse con el emperador, de quien no había medio—según él decía—de arrancarle una explicación, fuere cual fuere. ¡Tal vez Su Majestad abrigaba el temor de verse obligado á subvencionar el negocio!...

Entretanto, á medida que los días avanzaban, Clorinda multiplicaba sus visitas á la calle de Marbeuf. Todas las tardes parecía esperar de Rougón alguna noticia, mirábale sorprendida, al verle en su obstinado mutismo. Desde su estancia en Compiègne, vivía con la esperanza de un repentino triunfo; habíase imaginado todo un drama, una ira furiosa del emperador, una ruidosa caída del señor de

acuerdo se llevaba á cabo con medias palabras, en la propia casa de Rougón, por los rincones, los domingos y los jueves. Se repartían las misiones de mayor dificultad. Lanzábanse diariamente al centro de París, con la porfiada voluntad de conquistar una influencia. Nada se menospreciaba; los éxitos de menor cuantía se tenían en cuenta. Se aproximaba todo, se obtenía todo el partido posible de los menores acontecimientos, utilizábase el día entero, desde los buenos días de por la mañana, hasta el último apretón de manos de por la noche. Los amigos de los amigos convirtiéronse en cómplices unos de otros, y también los amigos de aquéllos. París entero tomó parte en aquella intriga. En el fondo de los barrios más ignorados, había personas que suspiraban por el triunfo de Rougón, sin saber precisamente por qué. La banda, diez ó doce personas á lo sumo, era dueña de la ciudad.

—Nosotros constituimos el gobierno del mañana —decía seriamente Du Poizat.

Establecía paralelos entre ellos y los hombres que habían formado el segundo imperio. Y agregaba:

—Yo seré el de Marsy de Rougón.

Un pretendiente era tan sólo un nombre. Se necesitaba mayor número para constituir un gobierno. Veinte buenos mozos con mejores apetitos son más fuertes que un príncipe; y cuando pueden unir á ellos el pretexto de un príncipe, llegan á ser invencibles. El, por su parte, correteaba por aquellas calles de Dios, iba á las redacciones de los periódicos,

en donde echaba sus cigarros y minaba sordamente al señor de Marsy; siempre sabía delicadas historias tocante á él; acusábale de ingratitud y de egoísmo. Después, cuando llegaba á evocar en las conversaciones el nombre de Rougón, dejaba escapar medias palabras, ensanchaba extraordinarios horizontes con vagas promesas: aquél, si tan sólo pudiese abrir las manos un día, haría llover sobre todo el mundo un diluvio de mercedes, de recompensas, de regalos, de subvenciones. Y de este modo abastecía la prensa con informes, con citas, con anécdotas, que ocupaban continuamente al público con la personalidad del grande hombre; dos hojitas impresas publicaron la reseña de una visita al hotel de la calle de Marbeuf; otras hablaron de la famosa obra sobre la constitución inglesa y la constitución del 52. La popularidad parecía llegar tras un silencio hostil de dos años; un sordo murmurio de elogios ascendía. Y Du Poizat se entregaba á otras tareas, á chalanerías de que no se podía hablar, á la compra de ciertos apoyos, á un juego de Bolsa apasionado sobre la entrada más ó menos segura de Rougón en el ministerio.

—No pensemos más que en él—repetía á cada dos por tres, con aquella abundancia de palabra que tanto fastidiaba á los hombres graves de la banda.—Más adelante, él pensará en nosotros.

El señor Beulin-d'Orchère tenía de su parte la intriga más pesada; evocó contra el señor de Marsy un asunto escandaloso, que hubo prisa en sofocar. Mostrábase más hábil, echando á volar que

podía llegar un día en que fuese nombrado guarda sellos, si su hermano político alcanzaba el poder; lo cual ponía de su parte á los magistrados sus colegas. El señor Kahn llevaba asimismo una cuadrilla al ataque, hombres de negocios, diputados, funcionarios, engrosando las filas con todos los descontentos encontrados en el camino; habíase constituido en dócil lugarteniente del señor Béjuin; hasta empleaba al señor de Combelot y al señor La Rouquette, sin que éstos sospecharan un instante los trabajos á que se les impelía. Trabajando en el mundo oficial, entre las clases más elevadas, extendía su propaganda hasta las Tullerías, trabajando subterráneamente durante muchos días, para que sólo una palabra, llevada de boca en boca, fuese por último llevada al emperador.

Pero sobre todo las mujeres fueron las que se emplearon apasionadamente. Hubo ocultos propósitos, una complicación de aventuras cuyo verdadero alcance quedó siempre en el misterio. Madame Correur ya no llamaba á la humilde señora de Bouchard sino «mi gatita». Llevábala al campo, á lo que decía; y por espacio de una semana el señor Bouchard vivía á lo soltero. El señor d'Escorailles veíase también reducido á pasar las veladas en los teatritos de ínfimo orden. Un día, Du Poizat se había encontrado á aquellas damas con caballeros condecorados; de lo que se había guardado muy bien de hablar. Madame Correur habitaba entonces dos casas, la una en la calle Blanca y la otra en la de Mazarino; esto era de lo más coque-

tón; la señora de Bouchard iba allí todas las tardes y tomaba la llave en la garita del portero. Hablábase también de la conquista de un funcionario de campanillas, conseguida por la joven en una mañana de lluvia, al atravesar el Puente Real, arremangándose las faldas.

La morralla de los amigos se agitaba también, y se utilizaba cuanto era posible. El coronel Jobelin iba á cierto café de los bulevares para ver á unos oficiales, antiguos amigos suyos; y los catequizaba entre dos partidas de *piquet*; y así que había reclutado media docena, se restregaba las manos, llegada la noche, repitiendo que «todo el ejército estaba por la buena causa». El señor Bouchard se entregaba en el ministerio á un enganche parecido; poco á poco había inspirado á los funcionarios un odio de todos los diablos contra el señor de Marsy; hacía suyos hasta los mozos de la oficina, haciendo suspirar á toda aquella gente con la esperanza de una edad de oro, de la que hablaba al oído de sus amigos más íntimos. El señor d'Escorailles ejercía su influjo sobre la juventud adinerada, frente á la cual ponía en el quinto cielo las liberales ideas de Rougón, su tolerancia para ciertos pecadillos, su decisión por los golpes de audacia y de fuerza. Por último, hasta los Charbonnel, en los bancos del Luxemburgo, en donde iban á esperar todas las tardes la resolución de su interminable pleito, encontraban medio de hacer suyos á los pequeños rentistas del barrio del Odeón.

En cuanto á Clorinda, ni que decir tenía que no



se contentaba con tener vara alta sobre toda la banda. Ocupábase en operaciones enmarañadísimas, acerca de las cuales no abría la boca para nadie. Habíasela tropezado muchas veces, con peinadores mal prendidos, llevando cada vez con mayor entusiasmo, al fondo de dudosos barrios, su cartera de ministro, reventada por las costuras y atada con trozos de balduque. Encomendaba además á su marido las comisiones extraordinarias, que éste desempeñaba con dulzura de cordero, sin comprender maldita la cosa. Enviaba á Luigi Pozzò á entregar cartas, y suplicaba al señor de Plouguern que la acompañara, para dejarle, durante una hora larga, esperándola en una acera. Por un instante, ocurrióle la idea de hacer moverse al gobierno italiano á favor de Rougón. Su correspondencia con su madre, siempre fija en Turín, adquirió una actividad loca. Soñaba en trastornar la Europa entera, y hasta iba dos veces al día á casa del caballero Rusconi, para verse allí con algunos diplomáticos. Con frecuencia entonces, en aquella campaña, por tan extraordinario modo llevada, parecía acordarse de su hermosura. Así es que ciertas tardes poníase como los chorros del oro, bien peinada y soberbiamente vestida. Y cuando sus amigos, sorprendidos también, le decían que estaba bellísima:

—No hay más remedio—contestaba, con singular ademán de resignado cansancio.

Reservábase como argumento irresistible. En su sentir, darse no traía aparejada ninguna consecuencia; ponía de su parte tan insignificante placer, que

aquello convertíase en un negocio de igual categoría que los demás, un tanto más engorroso tal vez. Cuando regresó de Compiègne, Du Poizat, que estaba al tanto de la aventura de la caza, había querido enterarse de los términos en que quedaba con el señor de Marsy. Por modo vago se le ocurría traicionar á Rougón por el conde, en el caso de que Clorinda llegase á ser la omnipotente querida del ministro. Pero llegó casi á incomodarse, negando enérgicamente todo el cuento; tenía por muy tonta—decía—si sospechaba que pudiese ser capaz de mantener semejante trato. Y, olvidándose de su negativa, dado había á entender que ni por asomo volvería á ver al señor de Marsy. En otro tiempo tal vez habría podido pensar en casarse con él; pues, á su entender, ningún hombre de talento trabajaba seriamente para hacer la fortuna de una querida. Aparte de todo, ella maduraba otro plan.

—Mire usted—solía decir,—con frecuencia son muchos los medios que se ofrecen para llegar á donde se quiere; mas, de todos estos medios, jamás se presenta uno que cause placer... Son muchas las cosas á que habría de dar satisfacción.

No apartaba la vista de Rougón; quería grande, como si hubiese soñado en hacerle rebosar de poderío, para algún festín el día de mañana. Conservaba su misión de discípula, poníase á la sombra con humildad llena de zalamería. Rougón, en medio de la continua agitación de la banda, parecía no ver nada. En su salón los jueves y los domingos, hacía sus *réussites* con beatitud, con la nariz pegada á los

naipes, sin parecer oír los cuchicheos á su espalda. Los tertulios hablaban del asunto, hacíanse señas por encima de su cabeza, y conspiraban junto á la chimenea, como si él no hubiese estado allí; tan de buen componer les parecía; quedábase impasible, y tan desprendido de todo, tan alejado de las cosas de que se hablaba bajito, que acababan por levantar la voz, regocijándose con sus distracciones. Cuando recaía la conversación sobre su vuelta al poder, Rougón perdía los estribos y juraba no dar el menor paso, aun cuando le esperase un triunfo á la vuelta de la esquina de su calle; y, en efecto, cada día se confinaba, más y más rigurosamente en su casa, fingiendo una ignorancia absoluta de cuanto acaecía en el exterior. El hotelito de la calle de Marbeuf, del que irradiaba tal fiebre de propaganda, era un retiro de silencio y de modorra, en cuyo umbral los íntimos se dirigían miradas de inteligencia, para dejar en la parte de afuera el olor de batalla que traían en sus vestidos.

—¡Vaya!—decía Du Poizat.—Le estamos sirviendo de juguete, y á mí no me la da. Muy bien que nos oye. Fíjense ustedes en sus orejas por la noche; se las ve tomar vuelo.

A las diez y media, cuando se retiraban juntos, aquél era el tema constante de su conversación. No era posible que el grande hombre ignorase la adhesión de sus amigos; se estaba quedando con ellos, repetía el antiguo subprefecto. Aquel demonstre de Rougón vivía como un ídolo indio, amodorrado en la satisfacción de sí mismo, con las manos

cruzadas sobre el abdomen, sonriente y beato en medio de una muchedumbre de fieles que le adoraban derramando toda su sangre. Aquella comparación se la tenía por muy exacta.

—Yo le vigilaré, ya verán ustedes—terminaba diciendo Du Poizat.

Pero ya se podía estudiar el semblante de Rougón, que no por ello se le dejaba de encontrar á la continua encerrado en sí mismo, apacible, cándido casi. ¿Quién sabe si procedía de buena fe? Por lo demás Clorinda prefería que no se mezclase en nada. Temía verle atravesarse en sus planes, si se le obligaba un día á abrir los ojos. Podía decirse que se trabajaba á pesar suyo para su encumbramiento y su fortuna. Tratábase de impelerle, quisiera ó no quisiera, de elevarle á alguna cumbre, hasta apelando á la violencia. Y después se ajustarían cuentas.

Sin embargo, las cosas andaban con sobrada lentitud, y la banda concluyó por perder la paciencia. Los desabrimientos de Du Poizat le hicieron agotar el sufrimiento. No se echó en cara palmariamente á Rougón cuanto se hacía por él; pero se le acribillaba de alusiones, de palabras amargas de doble sentido. Ahora el coronel venía á veces á las veladas, con los pies blancos de polvo; habíale faltado tiempo para pasar por su casa, habiéndose deslomado corriendo toda la tarde; correrías estúpidas que seguramente no se le llegarían á agradecer. Otras noches era el Sr. Kahn, con los ojos hinchados de cansancio, quien se lamentaba de velar hasta muy tarde desde hacía un mes, fre-

cuentaba mucho la sociedad, no porque aquello le divirtiera ¡vive Dios! sino por encontrarse con ciertas personas para tales y tales asuntos. O bien madama Corréur se descolgaba con historias de lo más conmovedor; con la historia de una pobre joven, viuda muy recomendable, á quien iba á hacer compañía; sentía en el alma no tener valimiento alguno, y decía que si fuese gobierno impediría más de cuatro injusticias. Y á renglón seguido todos los amigos ostentaban sus miserias; todos se lamentaban y decían cuál otra sería su situación si él no se hubiese mostrado más que zoquete; quejas sin fin que las miradas lanzadas á Rougón subrayaban con claridad. Se le aguijaba despiadadamente, hasta el punto de ponderar los méritos del señor de Marsy. Empecemos por aseverar que Rougón por su parte conservaba la más imperturbable serenidad y sangre fría. No comprendía siempre. Pero, al cabo de algunas veladas, notáronse en su rostro ligeros estremecimientos, al oír ciertas frases pronunciadas en el salón. No se incomodaba; limitábase á apretar un tanto los labios, como bajo invisibles pinchazos de alfiler. Y, andando el tiempo, púsose tan nervioso, que dejaba sus juegos; como no le salían á medida de su gusto, prefería pasearse á paso menudito, hablando, y dejando bruscamente á los tertulios, cuando los disfrazados reproches empezaban. Había momentos en que de él se apoderaban secretos furoros; parecía apretarse con fuerza las manos tras de la espalda, para no sucumbir

al deseo de plantar en la calle á toda aquella cáfila de impertinentes.

—Hijos míos—dijo una noche el coronel,—lo que es al hijo de mi madre no se le ve aquí el pelo en quince días... Hay que ponerle cara de perro. Ya veremos si sabrá divertirse solo.

Entonces, Ruogón, á quien pasaba por las mientes el cerrar la puerta de su casa, sintióse herido por el abandono en que se le dejaba. El coronel había mantenido su palabra, y otros le imitaron; veíase el salón casi vacío, brillando siempre por su ausencia cinco ó seis de los amigos. Cuando alguno de ellos volvía á presentarse, después de desusado alejamiento, y el grande hombre le preguntaba si había estado enfermo, no contestaba que no, mostrándose sorprendido y sin dar la menor explicación. Un jueves no se presentó un alma. Rougón pasó la velada sólo, paseándose en la vasta habitación, con las manos á la espalda y la cabeza baja. Por la primera vez sintió el poder del lazo que le unía á los suyos. Encogíase con desprecio de hombros, cuando pensaba en la necedad de los Charbonnel, en la rabiosa envidia de Du Poizat, en las ambigüas dulzuras de madama Corréur. Y, no obstante, aquellos amigos y compañeros de trato, á quienes tenía en tan mediana estimación, le hacían falta, le era indispensable verlos, reinar sobre ellos; necesidad de amo celoso que llora en secreto las menores infidelidades. En el fondo de su corazón, hasta sentíase enternecido por sus necedades y encariñado por sus vicios. Ahora parecíale que for-

maban parte de su ser, ó, más bien, que él era el que se sentía lentamente absorbido en ellos, en tal medida, que quedábase como empequeñecido los días en que se apartaban de su persona. Así fué que concluyó por escribirles, cuando su ausencia se prolongaba. Iba hasta á verles á sus casas, para hacer paces con ellos tras formales riñas. Ahora se vivía en continua contienda en la casa de la calle de Marbeuf, con esa fiebre de rupturas y de reconciliaciones de las familias en que se agrió el amor.

En los postreros días de diciembre realizóse una desbandada con circunstancias agravantes. Una noche, sin que se supiese á ciencia cierta por qué, enzarzándose las palabras unas tras otras, habían concluído los íntimos por devorarse entre sí, con aguzados dientes. Durante cerca de tres semanas, no se les volvió á echar la vista encima. La verdad estribaba en que unos y otros empezaban á perder la esperanza. Los esfuerzos más talentudos no llegaban á ningún resultado que valiera la pena. La situación no parecía tener visos de cambiar en mucho tiempo tiempo y los amigos desechaban la ilusión de que sobreviniera alguna catástrofe imprevista, que llevase á Rougón á hacerse necesario. Habían esperado la apertura de las sesiones del Cuerpo legislativo; pero la ratificación de los poderes se había realizado sin producir más que una negativa de juramento de dos diputados republicanos. En aquel entonces, hasta el mismo señor Kahn, el hombre dúctil y respetable del grupo, no

contaba ya con ver convertirse en provecho de ellos la política general. Rougón, exasperado, se ocupaba de su asunto de las Landas con acrecentamiento de interés, como para ocultar los estremecimientos de su fisonomía, que no era dueño de adormecer.

—No me siento muy bien—decía en algunas ocasiones.—Ya lo veis, me tiemblan las manos... Mi médico me ha mandado hacer ejercicio. Toda la mañana la paso fuera.

Y, en efecto, salía mucho. Encontrábasele con los brazos colgantes, alta la cabeza, distraído. Cuando se le encontraba, hablaba de carreras que no tenían fin. Una mañana, á su regreso á casa para almorzar, después de un paseo por el lado de Chaillet, se encontró con una tarjeta con canto dorado, que rezaba el nombre de Gilquin, escrito á mano, en hermosos caracteres ingleses; la tarjeta estaba muy sucia, marcada con grasientos dedos. Llamó á su criado.

—La persona que ha entregado á usted esta tarjeta, ¿no ha dicho nada?—le preguntó.

El doméstico, nuevo en la casa, se sonrió.

—Es un señor con gabán verde. Su aspecto es de persona amable; me ofreció un cigarro... Díjome tan sólo que era uno de los amigos de usted.

Retirábase, cuando hizo memoria:

—Creo que hay detrás algo escrito.

Rougón dió vuelta á la tarjeta y leyó estas palabras trazadas con lápiz: «Es imposible esperar. Pasaré á la noche. Corre prisa, el asunto es de lo más chocante». Rougón hizo un gesto de indiferencia. Pero, después del almuerzo la frase: «Corre

prisa, el asunto es de lo más chocante», acudió a la mente, se enseñoreó de él y acabó por impacientarlo. ¿Qué asunto podía ser el que Gilquin encontraba chocante? Desde que había encargado al antiguo viajante de comercio de negocios oscuros y complicados, veíale con regularidad una vez por semana, por la noche; en ninguna ocasión se había presentado por la mañana. Tratábase, á no dudarlo, de una cosa extraordinaria. Rougón, harto de suposiciones, juguete de una impaciencia que hasta él mismo veía ridícula, se decidió á echarse á la calle, para intentar ver á Gilquin antes de la tarde.

—Algún infundio de borracho—pensaba bajando por los Campos Elíseos.—En fin; quedaré tranquilo.

Andaba á pie, queriendo obedecer las prescripciones de su médico. El día ofrecíase soberbio, un resplandeciente sol de enero en un cielo diáfano. Gilquin no habitaba ya en el pasaje Guttin, en las Batignolles. Su tarjeta decía: calle Guisarde, barrio Saint-Germain.

Rougón empleó todos los trabajos del mundo para poder descubrir aquella casa horriblemente puerca, situada cerca de San Sulpicio. En el fondo de un negro callejón, encontró una portera acostada, quien le gritó desde su cama, con voz enronquecida por la calentura:

—El señor Gilquin... ¡Ah! no sé. Vea usted en el cuarto piso, en todo lo alto, puerta de la izquierda.

En el cuarto, el nombre de Gilquin estaba escrito en la puerta, rodeado de arabescos representando corazones despidiendo llamas y atravesados por fle-

chas. Pero, por más que llamó, tan sólo llegó á sus oídos, detrás de la madera, el tictac de un reloj de cuclillo y el maullido de una gata, muy suave en el silencio. De antemano sospechaba que hacía una carrera inútil, y, no obstante, se satisfizo por haber llegado hasta allí. Volvió á bajar, tranquilizado, diciéndose para sí que bien podía esperar á la noche. Ya en la calle, moderó el paso; atravesó el mercado de Saint-Germain, siguió por la calle de Sena, sin el menor objeto, algo fatigado ya, mas decidido, sin embargo, á regresar á pie. Y, conforme iba llegando á la altura de la calle de Jacob, acordóse de los Charbonnel. Hacía diez días que no les había visto. Le ponían mala cara. Entonces se decidió á subir un instante á su casa para estrecharles la mano. Era tan tibio el ambiente aquella tarde, que hasta se sentía movido á compasión.

La habitación de los Charbonnel en el hotel del Périgord, daba al patio, una especie de pozo sombrío, del que subía un hedor de vertedero mal lavado. El cuarto era oscuro, grande, con mueblaje desvencijado de caoba y cortinas de damasco rojo descolorido. Cuando Rougón entró, la señora de Charbonnel doblaba sus vestidos, que metía en el fondo de una gran maleta, mientras que el señor Charbonnel, sudando la gota gorda, con los brazos entorpecidos, ataba otra maleta más pequeña.

—Según eso, ¿se marchan ustedes?—preguntó sonriendo.

—Sí, sí—contestó la señora de Charbonnel dando

un profundo suspiro;—esta vez la cosa está decidida.

No obstante, hicieron una pura diligencia, lisonjeadísimos al verle en su casa. Todas las sillas estaban atestadas de vestidos, de flos de ropa blanca, de canastas, cuyos costados reventaban. Rougón tomó asiento al borde de la cama, recobrando su aspecto campechano.

—¡Dejen ustedes! estoy muy bien aquí... Continúen lo que estaban haciendo, no les quiero estorbar... ¿Es por el tren de las ocho por el que parten ustedes?

—Sí, por el tren de las ocho—dijo el señor Charbonnel.—Esto hace que nos queden todavía seis horas que pasar en este dichoso París... ¡Ah! nos acordaremos de él por mucho tiempo, señor Rougón.

Y el buen hombre, que hablaba poco de ordinario, soltó cosas terribles y llegó hasta amenazar con el puño á la ventana, diciendo que había que venir á semejante ciudad para no ver claro en su casa á las dos de la tarde. Aquella sucia claridad, viniendo del estrecho pozo del patio, era París, ni más ni menos. Pero, ¡gracias al Señor! iban á ver el sol, en su jardín de Plassans. Y miraba á su alrededor por si olvidaba alguna cosa. Por la mañana había comprado un Indicador de los caminos de hierro. En la chimenea, envuelto en un papel manchado de grasa, señaló un pollo que se llevaban para comérselo en el camino.

—Hija mía—repetía,—¿has vaciado bien todos los cajones?... Había unas zapatillas en la mesa de

noche... Tengo para mí que han caído papeles detrás de la cómoda...

Rougón, al borde de la cama, veía, oprimido el corazón, los preparativos de aquel par de ancianos, cuyas manos temblaban al hacer los envoltorios. En presencia de su emoción, sentía un mudo reproche. El era quien les había detenido en París; el resultado era un verdadero fracaso, una verdadera fuga.

—Hacen ustedes mal—dijo por lo bajo.

La señora Charbonnel le dirigió una mirada suplicante, como para hacerle callar. Y le dijo con energía:

—Escuche usted, señor Rougón, no nos prometa usted nada, porque volvería á empezar nuestra desgracia... ¡Cuando pienso que han cumplido dos años y medio desde que estamos aquí! Dos años y medio ¡justo Dios, en el fondo de este agujero! Todos los días que me queden de vida conservaré memoria de los dolores que tengo en la pierna izquierda; yo era quien me acostaba del lado de la pared, y está detrás de usted, como está usted viendo, chorrea agua... No, no puedo decírselo á usted todo; sería cuento de nunca acabar. Nos hemos comido la mar de dinero. Miré usted, ayer, sin ir más lejos, he tenido que comprar esta gran maleta para llevarnos todo lo que hemos estropeado en París, vestidos mal perjeñados que se nos han vendido por un ojo de la cara, ropa blanca que llegaba en guñapos de la lavandera... ¡Ah! no serán las lavanderas de ustedes

las que yo eche de menos... Todo lo quemar con sus ácidos.

Y arrojó un montón de trapajos en la maleta, gritando:

—No, no, nos vamos. Créame usted, una hora más aquí, daría con mi cuerpo en la eternidad.

Pero Rougón, con testarudez, volvió á hablar de su asunto. ¡Qué! ¿habían llegado á sus oídos malas noticias? Entonces los Charbonnel, casi derramando lágrimas, le contaron que la herencia de su sobrino Chevassu, con seguridad se les escapaba de las manos. El Consejo de Estado estaba á punto de autorizar á las hermanas de la Sagrada Familia para que aceptasen el legado de quinientos mil francos. Y lo que había acabado de quitarles toda esperanza, era que les habían dado noticia de la presencia de monseñor Rochart en París, á donde venía por segunda vez para impulsar el asunto.

De repente, el señor Charbonnel, acometido de brusco arrebato, cesó de habérselas con la maleta pequeña, y retorciase los brazos, repitiendo con desolada voz:

—¡Quinientos mil francos, quinientos mil francos!

A ambos les faltó el valor. Sentáronse, el marido sobre la maleta y la consorte sobre un lío de ropa blanca, en medio del gran desbarajuste de la habitación. Y con palabras quejumbrosas y blanduchas se lamentaron amargamente; cuando el uno de ellos se callaba, el otro volvía á la carga. Traían á la memoria la ternura que profesaron á su sobrino Chevassu. ¡Cuánto le habían querido! La verdad

era que no le habían visto el pelo desde hacía diez y siete años, cuando tuvieron noticia de su muerte. Pero en aquel momento se enternecían de la mejor buena fe, creyendo á pies juntillas que le habían rodeado de toda suerte de atenciones durante su enfermedad.

Luego acusaron á las hermanas de la Sagrada Familia de vergonzosos manejos; habíanse captado la confianza de su pariente, apartando de él á sus amigos, ejerciendo una presión de cada hora sobre su debilitada voluntad de enfermo. La señora de Charbonnel, que era, no obstante, devota, llegó hasta contar una historia abominable, según la cual, su sobrino Chevassu habría muerto de pavora, después de haber escrito su testamento dictado por un cura, quien le había hecho ver el diablo al pie de su cama. En cuanto al obispo de Faverolles, monseñor Rochart, desempeñaba en el asunto un feísimo papel, al despojar de lo que era suyo á beneméritas personas, conocidas en todo Plassans por la acrisolada honradez con que se habían proporcionado un modesto bienestar en el comercio de aceites.

Mas tal vez no está todo perdido—dijo Rougón, quien les veía flaquear.—Monseñor Rochart no es Dios, ni ese es el camino... A mí no me ha sido posible ocuparme de ustedes. ¡Son tantos los asuntos que me rodean! Permítanme que estudie el estado en que se hallan las cosas. No quiero que se les coman á ustedes.

Los Charbonnel se miraron, encogiéndose ligeramente de hombros. El marido dijo por lo bajo:

—No vale la pena, señor Rougón.

Mas, como éste insistiese, jurando que no iba á perdonar el menor esfuerzo y que no se resignaba á verles partir de aquel modo:

—Seguramente que no vale la pena—repitió la señora.—Se tomaría usted un gran trabajo para maldita de Dios la cosa... Hemos hablado de usted con nuestro abogado, y se ha reído en nuestras barbas; nos ha dicho que en estos momentos carecía usted de toda fuerza contra monseñor Rochart.

—Cuando no se cuenta con fuerzas, ¿qué se puede hacer?—dijo á su vez el señor Charbonnel.—Preferible es no pensar más en ello.

Rougón había bajado la cabeza. Las frases de aquel par de viejos le alcanzaban de medio á medio, como si fuesen bofetadas. Nunca su impotencia le había hecho sufrir más cruelmente.

Entretanto, la señora de Charbonnel proseguía:

—Nos volvemos á Plassans. Es mucho más prudente... ¡Oh! No nos separamos reñidos, señor Rougón. Cuando veamos allí á madama Felicitas, su madre de usted, le diremos que ha hecho usted los imposibles para complacernos. Y si otros se nos vienen con preguntas, no tema usted, que no seremos nosotros los que le haremos mal tercio. Nadie está obligado á hacer más de lo que puede, ¿no es eso?

Aquello era ya el colmo. Ya veía á los Charbonnel dar con sus cuerpos en el fondo de su provincia. Desde por la mañana hasta la noche, todo el pueblo baladrearía; era aquello para él un fracaso

personal, una derrota de que tardaría muchos años en reponerse.

—¡Quédense ustedes!—exclamó.—¡Quiero que se queden ustedes!... ¡Ya veremos si monseñor Rochart se me traga de un solo bocado!

Y se echó á reir con risa tan inquietante, que asustó á los Charbonnel. A pesar de todo, continuaban resistiéndose. Por último, consintieron en permanecer algún tiempo más en París, obra de ocho días, ni uno solo más. El marido se puso á desatar laboriosamente las cuerdas con que había amarrado la maleta pequeña; la esposa, aunque apenas eran las tres, acababa de encender una bujía, para volver á colocar la ropa blanca y los vestidos en los cajones. Rougón, al dejarles, les estrechó afectuosamente la mano, renovándoles sus amistosas promesas.

Al cabo de diez pasos, ya en la calle, se arrepintió. ¿Por qué había retenido á los Charbonnel, que se obstinaban en partir? La ocasión no podía ser más propicia para desembarazarse de ellos. Ahora, más que nunca, se encontraba comprometido para hacerles ganar su pleito. Y sentíase sobre todo encrespado contra sí mismo, al confesarse los motivos de vanidad á que había obedecido. Parecíale aquello indigno de su fuerza. Pero, en fin, había prometido, avisaría. Bajó por la calle de Bonaparte, siguió el malecón y atravesó el puente de los Santos Padres.

El tiempo continuaba apacible; sobre el río no obstante, sopiaba un vientecillo sutil. Ha-



llábase en mitad del puente, abrochándose el gabán, cuando vió delante de él una gruesa dama cargada de pieles, que le atajaba el paso. En el metal de la voz, conoció á madama Correur.

—¡Ah! es usted—le dijo con afligido acento.—Preciso es que me tropiece con usted para tener el gusto de estrecharle la mano... Si estuviese yo ocho días sin ir á su casa de usted... No, no es usted muy galante, que digamos.

Y le apostrofó por no haber hecho una diligencia que le venía pidiendo hacía ya un mes. Tratábase siempre de aquella señorita Herminia Villecoq, antigua educanda de San Dionisio, con quien su seductor, un oficial, consentía en casarse, si había un alma honrada que se prestase á adelantar el dote reglamentario. A parte de esto, había de saber Rougón que todas aquellas damas no la dejaban ni á sol ni á sombra; la señora viuda de Leture esperaba su estanco; las demás, la señora Chardón, madama Testanière, madama Jalaguier, iban un día tras otro como en procesión á su casa á llorar su pobreza y á recordarle los compromisos que había creído poder echarse encima.

—Yo contaba con usted—dijo concluyendo.—¡Oh! en buen berengenal me ha metido! Mire usted, en este instante me voy al ministerio de Instrucción pública para saber qué hay tocante á la bolsa del niño Jalaguier. Esta bolsa me la tenía usted prometida.

Dió un suspiro y continuó hablando:

—En fin, nos vemos precisadas de andar corre-

teando de acá para allá, ya que usted se niega á ser nuestro ángel tutelar.

Rougón, á quien el viento molestaba, se encogió de hombros, mirando, allá al extremo del puente, el puerto de San Nicolás, que daba abrigo á un rincón de la ciudad mercantil. Sin dejar de escuchar á madama Correur, interesábase por una barca cargada de pilones de azúcar; había hombres que la descargaban, haciendo deslizar los pilones á lo largo de una canaliza formada por dos tablas. Trescientas personas, de lo alto de los malecones, presenciaban aquella maniobra.

—Yo no soy nada, no puedo nada—contestaba.—Hace usted mal en mirarme con malos ojos.

Mas ella repuso, con avinagrado acento:

—¡Quite allá! ¡De sobra le conozco á usted! Cuando usted quiera, lo será todo... ¡No se haga el tamaño, Eugenio!

Rougón no pudo contener una sonrisa. La familiaridad de madama Melania, como la llamaba en otro tiempo, despertaba en su memoria el recuerdo del hotel de Vanneau, cuando no tenía botas que ponerse y que conquistaba á Francia. Y olvidó los reproches que acababa de dirigirse, al salir de casa de los Charbonnel.

—Vamos—le dijo con ademán de buen muchacho, —¿qué tiene usted que contarme?... Pero, se lo ruego á usted, no estemos parados, como unos pasmarotes. Se hiela uno aquí. Ya que va usted á la calle de Grenelle, la acompañaré hasta el extremo del puente.

Entonces volvió atrás, andando al lado de madama Correur, sin darle el brazo. Esta, sin dejarse nada en el tintero, contaba sus cuitas.

—En cuanto á las demás, después de todo, me río, y tan amigos como antes... No le atormentaría á usted, estaría más contenta que unas sonajas, como en aquellós tiempos, que usted recordará, si yo por mi parte, no tuviese grandísimas desazones. ¡Qué quiere usted! acaba una porque se le agríe el carácter... ¡Dios mío! ¡se trata siempre de mi hermano, de ese pobre Martineau! Su mujer le ha vuelto archidamente; ya no tiene entrañas.

Y entró en minuciosos detalles sobre la nueva tentativa de reconciliación que se había propuesto realizar la semana anterior. Para enterarse con todos sus pelos y señales de las disposiciones de su hermano tocante á ella, se le había ocurrido enviar allí, á Coulonges, á una de sus amigas, á aquella señorita Herminia Villecoq, cuyo matrimonio estaba madurando dos años hacía.

—Su viaje me ha costado ciento diez y siete francos—prosiguió.—Pues bien, ¿sabe usted cómo se la ha recibido? Madama Martineau se lanzó entre ella y mi hermano, hecha una furia, espumarajeando y gritando que si volvía yo á enviarle semejantes busconas las haría meter en chirona por los gendarmes... Mi buena Herminia temblaba todavía por tal manera cuando fui á recibirla á la estación de Montparnasse, que nos fué preciso entrar en un café para tomar algo.

Habían llegado al extremo del puente. Los tran-

seuntes se codeaban. Rougón procuraba consolarla con las mejores palabras.

—Muy enojoso es lo que usted me dice; pero su hermano volverá á usted, ya lo verá. El tiempo todo lo arregla.

Después, como le tuviese parado allí, en la esquina de la acera, en el barullo de los carruajes que iban y venían, volvió á echar á andar sobre el puente, á paso menudo. Ella le seguía, repitiendo:

—El día en que Martineau cierre el ojo, ella es muy capaz de quemarlo todo, si deja testamento... El pobrecito mío está en la piel y los huesos. Herminia le ha encontrado muy mala cara... Sea como sea, me veo afligidísima.

—Nada se puede hacer ahora, y es preciso esperar—dijo Rougón con mirada vaga.

Detúvole de nuevo en mitad del puente, y bajando la voz:

—Herminia—dijo,—me ha contado una cosa especial. A lo que parece, Martineau se ha metido ahora de hoz y de coz en la política. Es republicano. En las últimas elecciones trastornó todo el país... Esto me ha sobresaltado... ¡Eh! ¿no podrían llegarle á molestar?

Tras un instante de silencio, le miró con fijeza. Rougón siguió con la vista un landó que pasaba, como si hubiese querido evitar la mirada de la señora Correur. Y luego repuso, como si cayese de las nubes:

—Tranquilícese. Usted tiene amigos, ¿verdad que sí? Pues bien, cuente con ellos.

—No cuento más que con usted, Eugenio—dijo con ternura, en voz muy bajita.

Entonces pareció que él también se enternecía. Miróla á su vez cara á cara y la encontró seductora, con su cuello regordete y con su enjalbegado rostro de mujer que se resiste á envejecer. Representaba toda su juventud.

—Sí, cuente usted conmigo—le contestó estrechándole las manos.—Ya sabe que tomo una gran parte en todas sus penas.

Y la acompañó todavía hasta el malecón de Voltaire. Así que le hubo dejado, Rougón atravesó el puente por fin, amainando el paso é interesándose de nuevo por los pilones de azúcar que se desembarcaban en el puerto de San Nicolás. Hasta acodóse unos instantes en el pretil. Pero los pilones que se deslizaban por los canalizos, la verde agua cuya continua oleada penetraba bajo los arcos, los papanatas, las casas, todo formó pronto un revoltijo y fué á ahogarse en el fondo de una cavilación invencible. Soñaba en cosas enmarañadas y confusas, descendía con madama Correur á las más lóbregas profundidades. Y ya no echó nada de menos; su ensueño se circunscribía á volver á ser grande, omnipotente, á fin de dar satisfacción á cuantos le rodeaban, aun más allá de lo natural y de lo posible.

Un escalofrío le sacó de su inmovilidad. Estaba tiritando. La noche se venía encima y los efluvios del río levantaban en los muelles ténue polvareda blanquecina. Al atravesar el muelle de las Tullerías, se sintió muy decaído y faltóle de repente

valor para volver á su casa á pie. Mas tan sólo pasaban fiacres llenos, é iba á renunciar á encontrar un vehículo, cuando vió que un cochero detuvo su caballo en frente de él. Una cabeza se asomó por la portezuela; era el señor Kahn, que gritaba:

—Iba á su casa de usted. ¡Suba! Le acompañaré y podremos hablar.

Rougón subió. No bien se hubo sentado, cuando el antiguo diputado se desató en palabras violentas, en medio de los tumbos del fiacre, cuyo caballo había vuelto á su adormecido trote.

—¡Ah, amigo, justamente se me acaba de proponer una cosa... No lo adivinaría usted en todos los días de su vida. Me ahogo.

Y, bajando el cristal de una portezuela:

—Me lo permite usted, ¿no es eso?

Rougón se embutió en un rincón, mirando por el cristal abierto, deslizarse la pared gris del jardín de las Tullerías. El señor Kahn, colorado como un pimiento, continuaba, con movimientos bruscos:

—Ya lo sabe usted, he seguido sus consejos... Dos años hace que lucho erre que erre. He visto al emperador tres veces, y estoy redactando mi cuarta memoria sobre mi asunto. Si no he obtenido la concesión de mi ferrocarril, por lo menos he logrado hasta aquí que de Marsy no lo haga dar á la compañía del Oeste... En fin, me las he compuesto de manera para poder esperar á que seamos los más fuertes, como usted me ha dicho.

Callóse por un instante, pues su voz se perdía en el terrible alboroto que producía un carro cargado

de flejes de hierro, que atravesaba el muelle. Después, cuando el fiacre hubo pasado delante del carro:

—Pues bien—prosiguió,—hace un momento, hallándome en mi gabinete, un caballero, á quien no tengo el gusto de conocer, un contratista en gran escala, á lo que parece, ha ido con toda tranquilidad á ofrecerme, en nombre de Marsy y del director de la compañía del Oeste, el otorgarme la concesión, si tenía á bien adjudicar á aquellos señores un millón en acciones... ¿Qué me dice usted?

—Es un poquito caro—dijo Rougón sonriendo. El señor Kahn movió la cabeza y se cruzó de brazos.

—No, usted no puede formarse una idea de la frescura de esos señores... Preciso sería referirle á usted ce por ce mi conversación con el contratista. Marsy, mediante el millonaje, se compromete á apoyarme y á hacer llegar á buen término mi demanda dentro del plazo de un mes. Su parte es la que reclama, y nada más... Y como yo hablase del emperador, nuestro hombre se echó á reír. Me dijo en los mejores términos que se me timaba si se me hacía creer que el emperador estaba de mi parte.

El fiacre desembocaba en la plaza de la Concordia. Rougón salió de su rincón, como reanimado y rosadas las mejillas.

—¿Y no lo puso usted de patitas en la calle?—preguntó.

El antiguo diputado, sorprendido á más no poder, le miró un instante sin acertar á dar una contesta-

ción. Su coraje había desaparecido en un santiamén. Hundióse él también en un rincón del coche, entregándose muellemente á los traqueteos, y murmurando:

—¡Ah! no se planta en la calle, así como así, á la gente, sin reflexionar... Por lo demás, yo quería saber el parecer de usted. En cuanto á mí, lo confieso, ganas me dan de aceptar.

—¡Nunca, Kahn!—gritó Rougón furioso.—¡Nunca!...

Y se pusieron á discutir. El señor Kahn presentaba números; era indudable que un alboroque de un millón de francos, era colosal; pero probaba que se tataría fácilmente aquel agujero, con ayuda de ciertas operaciones. Rougón no escuchaba, se negaba á oír, mediante un ademán. El se burlaba del dinero. No quería que Marsy se embolsase de bóbilis bóbilis un millón, pues con dejar que se le diese aquel millón era confesar su impotencia, era darse por vencido, estimar la influencia de su rival en un precio exorbitante, que agigantaba más aún en presencia de la suya.

—Ya ve usted que se cansa—le dijo.—Cederá después de la resistencia... Espere usted más. Tendremos la concesión por poco más que nada.

Y agregó en tono casi amenazador:

—Llegaríamos á indisponernos, se lo prevengo á usted. No puedo permitir que uno de mis amigos sea explotado de modo tan infame.

Mientras volvían á mantenerse callados, el fiacre tomaba la dirección de los Campos Elíseos. Am-

bos hombres, pensativos, parecía como que contaban con toda atención los árboles, en las contra-avenidas. El señor Kahn fué el primero que repuso, á media voz:

—Escúcheme usted, yo no pediría cosa de mayor importancia que continuar en la mejor armonía con usted; pero confiese que hace unos dos años...

No acabó y dió otro giro á la frase.

—En fin, la culpa no es de usted; en este instante se halla usted atado de manos... Demos el millón, créame usted.

El fiacre acababa de pararse delante del hotelito de la calle de Marbeuf. Entonces, sin apearse, y con la portezuela cerrada, estuvieron hablando todavía un instante, como si se hubiesen encontrado en su gabinete, con toda comodidad. Rougón tenía convidados aquella noche á cenar al señor Bouchard y al coronel Jobelin, y quería también retener al señor Kahn, quien se negaba, con gran sentimiento suyo, por estar ya invitado en otra parte. Ahora el gran hombre tomaba muy á pechos el asunto de la concesión. Cuando, por último, bajó del fiacre, cerró amistosamente la portezuela, cambiándose un postrer saludo de cabeza entre él y el antiguo diputado.

—Hasta mañana jueves, ¿quedamos así?—le dijo éste, estirando el cuello, mientras que el coche se le llevaba.

Rougón llegó con un amago de calentura. Ni siquiera pudo leer los periódicos de la tarde. Aunque á todo tirar eran las cinco, pasó al salón, en donde esperaba á sus convidados, paseándose de aquí para

allá. El primer sol del año, aquel pálido sol de enero, le había producido un principio de jaqueca. De las primeras horas de la tarde conservaba una agudísima sensación. Toda la banda se encontraba frente á él, los amigos á quienes aguantaba, aquellos á quienes temía, aquellos por los cuales sentía verdadero cariño, le impelían, le acorralaban á un desenlace inmediato. Y no era que aquello le disgustase; daba la razón á sus impacencias y sentía que le subía una cólera á la cabeza, producida por la de todos ellos. Era aquello algo como si, poco á poco, se le hubiese reducido el espacio ante sus pisadas. La hora se acercaba en que forzoso le sería dar algún salto formidable y decisivo.

De repente pensó en Gilquin, á quien por completo había olvidado. Llamó para preguntar si «el caballero del gabán verde» había vuelto durante su ausencia. El doméstico no había visto á nadie. Entonces dió orden para que si se presentaba durante la noche, fuese introducido en su gabinete.

—Y me avisará usted en seguida—agregó;—aun cuando estemos en la mesa.

Luego, despertada su curiosidad, fué en busca de la tarjeta de Gilquin. Una y otra vez leyó: «corre prisa; el asunto es de lo más chocante». Cuando el señor Bouchard y el coronel llegaron, se metió la tarjeta en el bolsillo, desasosegado, irritado por aquella frase, que volvía á fijarse en su cerebro.

La comida fué muy sencilla. El señor Bouchard ejercía de soltero hacía dos días, pues su mujer se había ausentado para asistir á una tía enferma, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO  
ABR. 1986 MONTERREY, MEXICO

la que, por lo demás, hablaba por la primera vez. En cuanto al coronel, que encontraba siempre su cubierto puesto en casa de Rougón, había llevado aquella noche á su hijo Augusto, á la sazón de vacaciones. La señora de Rougón hizo los honores de la mesa, con su silenciosa complacencia de costumbre. El servicio, dirigido por ella, se realizaba con lentitud y minuciosamente, sin que se oyese el menor ruido de vajilla. Hablóse de los estudios en los liceos. El jefe de oficina citó versos de Horacio, recordó los premios que había obtenido en los concursos generales, allá por el año 1813. El coronel habría querido que rigiese una disciplina más militar; y dijo por qué Augusto no había obtenido el bachillerato en noviembre: el muchacho tenía una imaginación tan viva, que se adelantaba siempre á las preguntas de los profesores, lo que disgustaba á aquellos caballeros. Mientras que el padre explicaba por tal modo su fracaso, el mancebo se comía una pechuga de ave, con sonrisa de pobre diablo regocijado.

A los postres, oyóse un campanillazo en el vestíbulo, que pareció emocionar á Rougón, hasta entonces distraído. Se figuró que era Gilquin, dirigió la vista á la puerta y se puso á doblar maquinalmente la servilleta, en espera de que se le avisase. Pero fué Du Poizat quien entró. El antiguo subprefecto se sentó á dos pasos de la mesa, como íntimo de la casa. Iba allí con frecuencia por las noches, muy temprano, en cuanto había acabado de

comer, en una modesta casa de huéspedes del barrio de Saint-Honoré.

—Me siento derrengado—dijo, sin dar ningún detalle de sus complicadas tareas de la tarde.—Habría ido á meterme entre sábanas, á no haberseme ocurrido la idea de venir á echar un vistazo á los periódicos... Están en su gabinete, ¿no es así, señor Rougón?

Quedóse allí, no obstante, y aceptó una pera que se le ofreció, con dos deditos de vino. La conversación versó sobre la carestía de los víveres; todo, de veinte años á aquella parte, había duplicado el precio. El señor Bouchard recordaba haber visto en su juventud los palomos á quince sueldos el par. Entretanto, así que el café y los licores quedaron servidos, la señora de Rougón se retiró discretamente. Volviéronse al salón sin ella y se quedaron como en familia. El coronel y el jefe de oficina colocaron por sí mismos la mesa de juego delante de la chimenea; barajaron las cartas, absortos y engolfados ya en profundas combinaciones. Augusto, junto á un velador, hojeaba la colección de un periódico ilustrado. Du Poizat había desaparecido.

—Fíjese usted en este juego—dijo de pronto el coronel.—Es de lo que no hay, ¿eh?

Rougón se acercó y movió la cabeza. Después, cuando volvía silenciosamente á sentarse, tomando las tenazas para remover los tizones, el criado, que había entrado quedamente, fué á decirle al oído:

—El caballero de esta mañana está ahí.

Rougón se estremeció. No había oído la campa-

nilla. En el gabinete encontró á Gilquin en pie, con un roten bajo el brazo, y examinando con guiñar de ojos de artista, un detestable grabado que representaba á Napoleón en Santa Elena. Hallábase abrochado hasta la barba, encerrado en su gran gabán verde, con la cabeza cubierta con un sombrero de seda negro, casi flamante, exageradamente inclinado sobre la oreja.

—Y bien, ¿qué hay?—preguntó vivamente Rougón.

Pero Gilquin no se apresuraba. Movi6 á un lado y á otro la cabeza, y dijo, mirando al grabado:

—Sea como sea, no está mal... Por lo demás parece que se aburre de lo lindo.

El gabinete se hallaba iluminado por una sola lámpara, colocada en un ángulo del bufete. A la entrada de Rougón, un ligero ruido, un estremecimiento como de papel arrugado, había partido de un sillón de enorme respaldo colocado delante de la chimenea; después había reinado silencio tal, que habríase podido tomar aquel ruido por el estallido de un tizón á medio apagar. Por lo demás, Gilquin se negaba á tomar asiento. Ambos hombres permanecieron cerca de la puerta, en la parte de sombra que proyectaba un cuerpo de la biblioteca.

—¿Qué hay?—repitió Rougón.

Y le dijo que había pasado por la calle de Guisarde, á primera hora de la tarde. Entonces, el otro, habló de su portera, una excelente mujer, que se iba por la posta por hallarse tísica, todo motivado por la casa, cuyos bajos eran de lo más húmedo.

—Pero ese asunto tan urgente... ¿á qué se refiere?

—¡Espera! Para eso he venido. Vamos á hablar... ¿Y llegaste á subir, viste á la gata? Figúrate, es una morronguilla que me llegó por los canalones. Una noche, como mi ventana hubiese quedado abierta, me la encontré acostada conmigo. Me lamía la barba, lo que me resultó gracioso, y me quedé con la felina.

Por último, se resolvió á hablar del asunto. Mas la historia fué larga de contar. Empezó por referir sus amores con una planchadora, por la que consiguió hacerse amar una noche, al salir del Ambigú. Aquella pobre Eulalia acababa de verse forzada á dejar sus muebles en las garras del propietario, porque un amante la había dejado en el preciso momento en que debía cinco meses de alquiler. Consecuencia de esto ha sido el que, de diez días á esta parte, habite en un hotel de la calle de Montmartre, cerca de su taller; en su casa había él dormido toda la semana, en el segundo piso, puerta del fondo del corredor, en un zaquizamí obscuro que da al patio.

Rougón, resignado, le escuchaba.

—Hace tres días—prosiguió Gilquin,—que me descolgué con un pastel y una botella de vino... Nos regalamos con ello en la cama, como puedes comprender... Nos acostamos con las gallinas... Eulalia se levantó un poco antes de media noche, para sacudir las migajas. Después he aquí que se echa á dormir á pierna suelta... Es un verdadero lirón aquella muchacha. Por mi parte, yo no dor-

mía. Había apagado la luz y me hallaba mirando al aire, cuando se armó una marimorena en la habitación contigua. Has de saber que ambos cuartos se comunican por una puerta que hoy está condenada. Las voces decayeron y la paz parecía haberse restablecido; mas llegaron á mí rumores tan singulares, que, á fe mía, fuí á pegar un ojo contra una rendija de la puerta... No, no podrás adivinar en tu vida...

Y se detuvo, como con espantados ojos, para gozar del efecto que se proponía producir.

—Pues bien, eran dos, un joven de veinticinco años, bastante guapo, y un viejo que debería de haber pasado de los cincuenta, pequeño, delgaducho, enfermizo... Los buenos sujetos estaban examinando pistolas, puñales, espadas, toda especie de armas nuevas, cuyo acero resplandecía... Hablaban en una jerga que les era peculiar, que no entendí en un principio... pero, al oír ciertas palabras, conocí que hablaban en italiano. Ya sabes que he viajado por Italia, para el negocio de pastas. Entonces, apliqué el oído y comprendí, caro amigo... Se trata de unos caballeros que han venido á París para asesinar al emperador. ¿Qué te parece?

Y se cruzó de brazos, estrechando el bastón contra el pecho, mientras repetía una y otra vez:

—¡Eh! ¿no es de lo más peregrino?...

Aquél era el asunto que Gilquin encontraba chocante. Rougón se encogió de hombros; veinte veces se le habían denunciado conspiraciones; pero

el antiguo viajante de comercio daba detalles precisos.

—Tú me tienes dicho que venga á repetirme los cuentos y chismes del barrio; y yo, por mi parte, deseo prestarte buenos servicios, contándotelo todo, ¿no es así? Haces mal en menear la cabeza... ¿Crees que si hubiese ido á la prefectura, no se me habría largado una buena propina? Pero aquí no hay más sino que prefiero que se aproveche un amigo. ¿Entiendes bien? ¡la cosa es seria! Ve á contarla al emperador, y ten por seguro que te dará un abrazo ¡voto á Cribas!

Hacía tres días que venía atisbando á aquellos lindos caballeros, como él los llamaba. Durante el día iban allí dos más, uno joven y otro de edad madura, bellissimo, de rostro pálido y de cabellos negros, que parecía ser el jefe. Toda aquella gente entraba allí como molida de cansancio, y discutía con palabras de doble sentido, y con brevedad. El día anterior, habíales visto cargar «maquinitas» de hierro, que, en su sentir, tenía por bombas. Había hecho que Eulalia le diese la llave, y se quedaba en la habitación las horas muertas, descalzo, y con el oído atento. Y, desde las nueve en adelante, por la noche, componíaselas de manera para que Eulalia roncara, á fin de que tranquilizara á los vecinos. A su modo de ver, no había para qué mezclar á las mujeres en los asuntos políticos.

A medida que Gilquin hablaba, Rougón se ponía serio. Empezaba á creer. Bajo la ligera embriaguez del antiguo viajante de comercio, en me-



mía. Había apagado la luz y me hallaba mirando al aire, cuando se armó una marimorena en la habitación contigua. Has de saber que ambos cuartos se comunican por una puerta que hoy está condenada. Las voces decayeron y la paz parecía haberse restablecido; mas llegaron á mí rumores tan singulares, que, á fe mía, fuí á pegar un ojo contra una rendija de la puerta... No, no podrás adivinar en tu vida...

Y se detuvo, como con espantados ojos, para gozar del efecto que se proponía producir.

—Pues bien, eran dos, un joven de veinticinco años, bastante guapo, y un viejo que debería de haber pasado de los cincuenta, pequeño, delgaducho, enfermizo... Los buenos sujetos estaban examinando pistolas, puñales, espadas, toda especie de armas nuevas, cuyo acero resplandecía... Hablaban en una jerga que les era peculiar, que no entendí en un principio... pero, al oír ciertas palabras, conocí que hablaban en italiano. Ya sabes que he viajado por Italia, para el negocio de pastas. Entonces, apliqué el oído y comprendí, caro amigo... Se trata de unos caballeros que han venido á París para asesinar al emperador. ¿Qué te parece?

Y se cruzó de brazos, estrechando el bastón contra el pecho, mientras repetía una y otra vez:

—¡Eh! ¿no es de lo más peregrino?...

Aquél era el asunto que Gilquin encontraba chocante. Rougón se encogió de hombros; veinte veces se le habían denunciado conspiraciones; pero

el antiguo viajante de comercio daba detalles precisos.

—Tú me tienes dicho que venga á repetirme los cuentos y chismes del barrio; y yo, por mi parte, deseo prestarte buenos servicios, contándotelo todo, ¿no es así? Haces mal en menear la cabeza... ¿Crees que si hubiese ido á la prefectura, no se me habría largado una buena propina? Pero aquí no hay más sino que prefiero que se aproveche un amigo. ¿Entiendes bien? ¡la cosa es seria! Ve á contarla al emperador, y ten por seguro que te dará un abrazo ¡voto á Cribas!

Hacía tres días que venía atisbando á aquellos lindos caballeros, como él los llamaba. Durante el día iban allí dos más, uno joven y otro de edad madura, bellissimo, de rostro pálido y de cabellos negros, que parecía ser el jefe. Toda aquella gente entraba allí como molida de cansancio, y discutía con palabras de doble sentido, y con brevedad. El día anterior, habíales visto cargar «maquinitas» de hierro, que, en su sentir, tenía por bombas. Había hecho que Eulalia le diese la llave, y se quedaba en la habitación las horas muertas, descalzo, y con el oído atento. Y, desde las nueve en adelante, por la noche, componíaselas de manera para que Eulalia roncara, á fin de que tranquilizara á los vecinos. A su modo de ver, no había para qué mezclar á las mujeres en los asuntos políticos.

A medida que Gilquin hablaba, Rougón se ponía serio. Empezaba á creer. Bajo la ligera embriaguez del antiguo viajante de comercio, en me-

dio de los extravagantes detalles con que interrumpía la narración, sentía desprenderse una verdad que alucinaba. Ahora, toda su ansiosa curiosidad de durante el día, le impresionaba cual un presentimiento. Y volvió á sentirse pasto de aquel temblor interno que le embargaba desde por la mañana, de una emoción involuntaria de hombre fuerte, cuya suerte se va á jugar á una carta.

—Imbéciles, que á estas horas deben de tener toda la prefectura en su persecución—dijo entre dientes, fingiendo grande indiferencia.

Gilquin se echó á reír, y mascullaba entre dientes:

—En ese caso, muy santamente obraría la policía obrando antes y con antes.

Y se calló, aunque sin dejar de reír y dando un cariñoso golpecito á su sombrero. El grande hombre comprendió que aún no lo había dicho todo; miró-le fijamente, pero el otro abría la puerta, reponiendo:

—Bueno, ya estás prevenido... Yo ahora, caro amigo, me voy á comer; aquí en donde me ves, aún estoy *per istam*. Toda la tarde ando en acecho de mis individuos, ¡ya tengo una gazuza!...

Rougón le detuvo, ofreciéndole hacerle servir un bocado de carne fiambre; y en seguida dió orden para que le pusiesen un cubierto en el comedor. Gilquin pareció enternecidísimo; cerró la puerta del gabinete y bajó la voz, para que el criado no oyese.

—Eres un buen muchacho... Atiende bien; no quiero engañarte. Si me hubieses recibido mal, habría ido á la prefectura... Pero ahora vas á saberlo todo. Esto es honradez, ¿estamos? Espero que

te acordarás del favor que voy á haterte. Por más que se diga, los amigos son siempre amigos.

Y entonces se inclinó y agregó con voz semejante á un silbido:

—Se trata de mañana por la noche... Piensan limpiar á «Badinguet» (1) delante de la Opera, á su entrada en el teatro. El coche, los edecanes, los papanatas, todo quedará barrido sin decir oste ni moste.

En tanto que Gilquin se sentaba á la mesa, Rougón permanecía en medio de su gabinete, inmóvil, con la faz terrosa... Reflexionaba y poníase á titubear. Por último, sentóse al bufete y tomó una hoja de papel, pero la apartó de sí en seguida. Por un instante, pareció querer dirigirse de prisa y corriendo á la puerta, como á punto de dar una orden; pero volvió lentamente, para absorberse de nuevo en una idea que le ensombrecía el semblante.

En aquel momento, delante de la chimenea, el sillón de gran respaldo tuvo un brusco movimiento, y Du Poizat se levantó, doblando un periódico, con ademán tranquilo.

—¡Cómo! ¡estaba usted ahí!—dijo Rougón bruscamente.

—Claro está, me hallaba leyendo los periódicos—contestó el antiguo subprefecto, con aquella sonrisa que dejaba ver sus blancos y mal colocados dientes.

—Bien lo sabía usted, puesto que me vió entrar.

(1) Apodo que daban á Napoleón III

Aquella descarada mentira abrevió toda discusión. Los dos se miraron durante unos segundos, guardando silencio. Y como Rougón, en medio de una gran perplejidad, pareciese consultarle, acercándose por segunda vez á su bufete, Du Poizat dejó ver un ligero mohín, que significaba por modo evidente: «Hay que esperar, no hay prisa, conviene ver». Ni una palabra se cruzó entre ambos. Y volviéronse al salón.

Aquella noche, tan envenenada reyerta había estallado entre el coronel y el señor Bouchard, á propósito de los príncipes de Orleans y del conde de Chambord, que acabaron por arrojar las cartas, jurando que no volverían á jugar juntos. Habíanse sentado á ambos lados de la chimenea, con los ojos preñados de amenazas. Cuando entró Rougón se reconciliaban, poniéndolo en las mismísimas nubes.

—¡Oh! á mí no me duelen prendas, se lo digo en su propia cara—prosiguió el coronel.—En los tiempos que alcanzamos, no hay hombre alguno que calce los puntos que él.

—Estamos cortándole á usted un sayo, ¿lo oye usted?—repuso el señor Bouchard con astucia.

Y la conversación siguió su curso.

—Una inteligencia que no tiene rival.

—Un hombre de acción que tiene el golpe de vista de los conquistadores.

—¡Ah! ¡Y cuánto necesitaríamos que se ocupase un poquito de nuestros negocios!

—Sí, sí, el lodazal no revestiría tan grandes proporciones. El es el único que puede salvar al imperio,

Rougón encogía sus hercúleos hombros, aparentando una áspera actitud, por pura modestia. Aquel incensarle en pleno rostro, fuerza es decir que le era sumamente agradable. Nunca se sentía su vanidad tan deliciosamente lisonjeada, como cuando el coronel y el señor Bouchard, durante veladas enteras, se enviaban uno á otro tales frases admirativas. Su estupidez se ponía de manifiesto y sus rostros se revestían de expresiones gravemente grotescas; y cuanto más vulgares les consideraba, más se regocijaba con sus monótonas voces, que le enaltecían sin fundamento y por modo interminable. Con frecuencia lo echaba á broma, cuando ninguno de ambos primos se hallaban allí; mas no por eso daba menos satisfacción á sus apetitos de orgullo y de dominio. Era aquello como un muladar de elogios, extenso lo suficiente para que pudiese revolver en él con toda comodidad su aventajado cuerpo.

—No, no, yo no soy más que un pobre hombre—dijo moviendo á un lado y á otro la cabeza.—¡Ah! á ser en realidad tan fuerte como ustedes creen...

Y no dijo más. Habíase sentado delante de la mesa de juego, y maquinalmente iba haciendo uno de los suyos, lo que no le acontecía sino rarísima vez. El señor Bouchard y el coronel no cejaban en sus alabanzas; declarábanle gran orador, gran administrador, gran hacendista, gran político. Du Poizat, que permanecía en pie, asentía con la cabeza. Y dijo, por último, sin mirar á Rougón, como si no hubiese estado allí:

—¡Dios mío! bastaría un acontecimiento... El em-

perador está muy bien dispuesto en favor de Rougón. Que mañana estalle una catástrofe, que sienta la necesidad de un brazo enérgico, y al siguiente día Rougón es ministro... ¡Dios mío! sí.

El gran hombre alzó con lentitud los ojos. Dejóse retrepar en el fondo de su sillón, sin dar fin á su juego, con el rostro nuevamente sombrío. Pero en su cavilación, las aduladoras é incansables voces del coronel y del señor Bouchard parecíanecerle é impulsarle á alguna resolución, ante la cual vacilaba todavía. Terminaba por sonreirse, cuando el joven Augusto, que acababa de dar fin á la *réussite* interrumpida, exclamó:

—Me ha resultado bien, señor Rougón.

—¡Pardiez!—dijo Du Poizat, repitiendo la frase habitual del gran hombre.—¡Eso resulta bien siempre!

En aquel instante, un criado entró para decir á Rougón que un caballero y una dama preguntaban por él; y puso en sus manos una tarjeta, que le hizo lanzar un ligero grito.

—¡Cómo! están en París.

Eran el marqués y la marquesa d'Escorailles, y Rougón se apresuró á recibirlos en su gabinete. Pidieron mil perdones por haber llegado tan tarde. Luego, en su conversación, dieron á entender que se encontraban en París hacía dos días, mas el temor de ver que se interpretara mal su visita á un personaje en perspectiva de ser gobierno, les había hecho posponer aquélla á la hora intempestiva en que se presentaban. Esta explicación no ofendió en modo alguno á Rougón. La presencia del marqués y

de la marquesa en su casa constituía para él un honor inesperado. El emperador en persona que hubiese llamado á su puerta, no le habría producido satisfacción de vanidad menos grande. Llegando aquellos ancianos en calidad de solicitantes, era todo Plassans quien le rendía homenaje, el Plassans aristocrático, frío, entonado, del cual, desde el fondo de su juventud, había conservado una idea de Olimpo inaccesible; y satisfacía también un ensueño de antigua ambición, sentíase vengado de los desdenes de su antigua ciudad, cuando por allí arrastraba sus zapatos destalonados de abogado de secano.

—No hemos encontrado á Julio—dijo la marquesa.—Nos proponíamos tener el placer de sorprenderle... A lo que parece, ha tenido que ir á Orleans, para un asunto.

Rougón no sabía una palabra de la ausencia del joven. Pero comprendió, recordando que la tía con quien se encontraba la señora de Bouchard, residía en Orleans. Y excusó á Julio, y hasta explicó el grave asunto, un trabajo sobre cuestión de abuso de autoridad, que había hecho necesario su viaje. Dijo que le tenía por muchacho inteligente, cuya carrera sería brillante.

—Necesita adelantar—dijo el marqués, sin aludir con esto á la ruina de la familia.—Nos hemos separado de él con el corazón desgarrado.

Y, con toda discreción, tanto el padre como la madre, deploraron las exigencias de nuestra abominable época, que impiden que los hijos crezcan en la religión de sus padres. Ellos no habían puesto los

pies en París, desde la caída de Carlos X. Y con seguridad no habrían vuelto, á no tratarse del porvenir de Julio. Desde que aquel querido niño, siguiendo sus secretos consejos, servía al imperio, hacían ante el mundo como que renegaban de él, pero la verdad era que trabajaban sorda y continuamente para que adelantara en su carrera.

—Con usted no tenemos por qué andar con tapujos, señor Rougón—repuso el marqués en tono de seductora familiaridad.—Queremos á nuestro hijo, y esto no puede ser ni más natural ni más justo. ¡Oh! usted ha hecho mucho y se lo agradecemos en el alma. Mas es necesario que continúe usted por el mismo camino; somos amigos y compatriotas, ¿no es así?

Rougón, muy conmovido, se inclinaba. La actitud humilde de aquel par de ancianos, á quienes tan majestuosos había conocido, cuando los domingos se dirigían á la iglesia de San Marcos, le parecía como un engrandecimiento de su propia persona. Así fué que les hizo promesas formales.

Cuando se retiraron, tras de veinte minutos de íntima conversación, la marquesa le cogió una mano, que mantuvo unos instantes en la suya, diciendo muy bajito:

—Conque quedamos de acuerdo, querido señor Rougón. Hemos venido exprofeso de Plassans. ¡Qué quiere usted! Nos impacientábamos... á nuestra edad... Ahora nos volveremos contentísimos... Se nos decía que usted no podía ya nada.

Rougón se sonrió. Y pronunció las siguientes pa-

labras, con decisión que parecía responder en él á secretos pensamientos:

—Se puede lo que se quiere... Cuenten ustedes conmigo.

Sin embargo, cuando ya no se encontraron allí, la sombra de una pena volvió á nublarle el semblante. Parábase en medio de la antesala, cuando reparó, respetuosamente en pie, en un rincón, á un individuo bien trajeado, que daba vueltas entre sus dedos á un pequeño sombrero de fieltro.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntóle en tono brusco.

El individuo, de aventajada estatura y muy robusto, murmuró bajando los ojos:

—¿El señor no me conoce?

Y como Rougón, ásperamente, dijese que no:

—Soy Merle, el antiguo ujier del señor en el Consejo de Estado.

Rougón se suavizó un poco.

—¡Ah! muy bien. Ahora lleva usted toda la barba... Y bien, ¿qué es lo que usted desea?

Entonces, Merle se explicó con los cortesés ademanes de hombre bien educado. Por la tarde se había encontrado con madama Correur, y era ella quien le había aconsejado que fuese á ver al señor aquella noche misma; á no ser así, nunca se habría permitido ir á molestar al señor en hora tan inoportuna.

—Madama Correur es harto bondadosa—replicó una y otra vez.

Por último, dijo que se encontraba sin empleo. Si llevaba toda la barba, era porque había dejado el

Consejo de Estado hacía unos seis meses. Y cuando Rougón le interrogó sobre el motivo de su despedida, no confesó que se le hubiese puesto en la calle por su mala conducta. Mordióse los labios, y dijo con discreción:

—Les constaba que yo era adicto al señor. Desde su partida se me jugaba toda clase de triquiñuelas, porque no he sabido jamás ocultar mis sentimientos... Un día estuvo en un tris que no alumbrase un bofetón á un colega que decía cosas inconvenientes... Y me dieron el pasaporte.

Rougón le miraba con fijeza.

—¿Es decir, que por causa mía se encuentra usted en la calle?...

Merle se sonrió ligeramente.

—Y le debo á usted un empleo, ¿no es eso? Fuerza será que le meta á usted en alguna parte.

Volvió á sonreír, y dijo sencillamente:

—El señor sería muy bondadoso.

Reinó un breve silencio. Rougón golpeaba ligeramente una mano con la otra, con movimiento maquinal y nervioso. Y se echó á reír, resuelto y aligerado de un peso. Tenía sobradas deudas y quería pagarlas todas.

—Pensaré en usted, tendrá usted su empleo. Ha hecho usted bien en venir, amigo mío.

Y le acompañó á la puerta. Entonces ya no vacilaba. Entró en el comedor, en donde Gilquin daba fin á un pote de dulce, después de haberse comido un pedazo de pastel, un muslo de pollo y patatas frías. Du Poizat, que había ido á unirse á él, habla-

ba á horcajadas en una silla. Hablaban con toda crudeza de las mujeres y del modo de hacerse amar. Gilquin no se había quitado el sombrero; se retrepaba y se contoneaba en la silla, con su mondadientes en la boca, para darse el debido tono.

—Vaya, me largo—dijo trasegando un vaso hasta los bordes, con un castañeteo de lengua.—Me voy á la calle de Montmartre, para saber qué ha sido de mis pajaritos.

Pero Rougón, que parecía muy alegre, se le vino con bromas. ¿Acaso creía aún en su historia de conspiradores, ahora que había hecho por la vida? Du Poizat fingía también la mayor incredulidad. Quedó citado para el día siguiente con Gilquin, á quien debía un almuerzo, según decía. Gilquin, con su bastón bajo el brazo, repetía, en cuanto le era posible meter baza:

—Entonces, usted no va á prevenir...

—¡Ah, sí!—concluyó por contestar Rougón.—Se me reirán en las barbas, y pare usted de contar... No hay prisa ninguna. Mañana por la mañana.

El antiguo viajante de comercio, tenía ya cogido el pomo de la puerta. Y volvióse riendo á más y mejor.

—Ya lo sabe usted—dijo,—pueden hacer saltar á «Badingue»; á mí me tiene sin cuidado. ¡Sería de lo más chistoso!

—¡Oh!—repuso el gran hombre con semblante convencido, casi religioso.—¡El emperador nada teme, aun cuando el cuento no fuese una patraña!

Esos golpes no resultan jamás... Existe una Providencia.

Aquella fué la última palabra pronunciada. Du Poizat se fué con Gilquin, á quien tuteaba amistosamente. Y cuando una hora más tarde, á las diez y media, Rougón dió un apretón de manos al señor Bouchard y al coronel, que se iban, estiró los brazos y bostezó, como á veces hacía, diciendo:

—Estoy derrengado. Esta noche voy á dormir á pierna suelta.

Al día siguiente por la noche, tres bombas estallaron bajo el carruaje del emperador, delante del teatro de la Opera. Un espantoso pánico se apoderó de la multitud amontonada en la calle de Le Peletier. Más de cincuenta personas habían sido heridas. Una mujer con vestido de seda azul, muerta en el acto, impedía el paso por el arroyo. Dos soldados agonizaban en el pavimento. Un edecán, herido en la nuca, dejaba en pos de sí gotas de sangre. Y á la fulgurante luz del gas, en medio de la humareda, el emperador, apeándose sano y salvo del coche acribillado de proyectiles, saludaba á la gente. Tan sólo su sombrero resultó agujereado con un casco de bomba.

Rougón había pasado el día tranquilamente en su casa. Por la mañana, sin embargo, sintióse un tanto agitado, y, en dos ocasiones, había manifestado deseo de salir. Pero, al terminar el almuerzo, Clorinda se presentó. Entonces se entretuvo hablando con ella, en su gabinete, hasta la noche. Llegaba para consultarle sobre un asunto compli-

cado; mostrábase desalentada, porque nada le ofrecía un resultado positivo, según decía. Rougón entonces la consoló, muy conmovido por su tristeza, demostrándole grande esperanza y dándole á entender que todo iba á cambiar. No ignoraba la abnegación y propaganda de sus amigos; recompensaría hasta á los más humildes de ellos. Cuando Clorinda se despidió, la besó en la frente. Después de haber comido, sintió un irresistible deseo de andar. Salió y tomó el camino más directo para llegar á los muelles, faltó de respiración y buscando el puro aire del río. Aquella noche de invierno aparecía muy benigna, con cielo nebuloso y bajo, que parecía pesar sobre la ciudad, en un oscuro silencio. A lo lejos, el mugido de las grandes vías se iba extinguiendo. Andaba por las desiertas aceras, con paso igual, siempre adelante y rozando con su gabán la piedra de las paredes; las luces, que se prolongaban hasta lo infinito, en la profundidad de las tinieblas, semejantes á estrellas que marcaran los límites de un cielo apagado, producíanle una dilatada sensación, inmensa, de aquellas plazas y de aquellas calles, cuyas casas no veía ya; y á medida que adelantaba, encontraba á París más grande, más proporcionado á su talla, con aire suficiente para su pecho. El agua color de tinta, ondulada de escamas de oro, brindaba con una respiración inmensa y suave de coloso adormecido, que acompañaba la enormidad de sus imaginaciones. Al llegar frente á frente del palacio de Justicia, un reloj dió las nueve. Sintió un estremecimiento, volvióse y prestó atención; pa-

recíale oír pasar sobre las techumbres un repentino pánico, lejanos ruidos de explosiones, gritos de espanto. De repente, parecióle París sumido en el estupor de algún horrible crimen. E hizo memoria entonces de aquella tarde de junio, de aquella tarde diáfana y esplendente del bautizo, con las campanas repicando en el tibio sol, con los muelles henchidos de apiñada muchedumbre, toda aquella gloria del imperio en su apogeo, bajo la cual había sentido por un instante aplastado, hasta el punto de abrigar celos del emperador. Mas ahora llegaba la ocasión del desquite; un cielo sin luna, la ciudad aterrorizada y muda, los malecones sin un alma, atravesados por un escalofrío que azoraba las luces de gas, algo de siniestro emboscado en el fondo de la noche. Rougón, dilatado el pecho con largas aspiraciones, amaba á aquel París madriguera de ladrones, en cuya terrorífica lobreguez recogía el poder supremo.

Diez días después, Rougón reemplazó en el ministerio del Interior al señor de Marsy, quien fué nombrado presidente del Cuerpo legislativo.

**Fin del tomo I**



